

# Pilar Eyre

## Un perfecto caballero



# ÍNDICE

---

Sinopsis  
Dedicatoria

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17

Créditos  
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

---

En enero de 1939, las tropas de Franco entran triunfantes en Barcelona. Con ellas va Mauricio Casanovas, guapo como un artista de cine. Es el heredero de una empresa textil, al que espera una mujer sumisa y un futuro dorado de noches en el Liceo, los mejores sastres y fulanas de lujo. Pero la brutalidad de la guerra ha abierto una grieta en su corazón que no deja de agrandarse. Mauricio, a pesar de estar casado, conoce por primera vez el amor y la pasión con una obrera de su fábrica, cuyo marido está encarcelado. Atormentado al no poder poseer a esta mujer por completo, Mauricio comete un hecho terrible cuya culpa lo perseguirá para siempre. Además, su vida conyugal esconde un enigma tan devastador y sorprendente que ni él ni nadie ha podido sospecharlo jamás.

Pilar Eyre nos invita a mirar por el ojo de la cerradura los secretos más ocultos, fascinantes y vergonzosos de una Barcelona de contrastes, desde las orgías en el hotel Ritz a las devotas misas de doce. La vida íntima de sus protagonistas en pisos elegantes o en humildes cuevas. Criados y señores, pobres y ricos, honrados y canallas cuentan su magnética historia con un final tan arrebatador como todo el libro.

Pilar Eyre

Un perfecto caballero

 Planeta

*A nadie he querido como a ti, papá*

Fue algo que me contaron y yo imaginé. La primera, mi madre, que me habló con asombro y un poco de miedo de Mauricio Casanovas, de su historia, de su mundo, que era también el de ella. Una historia cuyo inicio no puedo figurarme más que el día en que la columna de Yagüe, por fin, entró en Barcelona. Como en una bruma, veo el momento al que no asistí —ni siquiera había nacido—, pero irrumpe en mi cabeza tan vivamente porque aún me parece escuchar a mi madre contándome quién fue y qué hizo aquel hombre que era una especie de dios y una especie de diablo.

A lo lejos, por una calle cercana a los cuarteles de Pedralbes, se oían los últimos disparos de mortero y una avioneta cruzaba el cielo, tan baja que se veía el fuselaje como si fuera de papel. Mauricio Casanovas Feliu, un requeté medio rubio y guapo, con ojos de pupilas febriles y pestañas tan largas como las de una mujer, agarró el brazo de su compañero y le dijo en tono apremiante:

—Tú, Jaime, collons, espera.

¡El olor! Quería aspirar profundamente ese olor y que este lo invadiera; era un olor reconocido, esperado, deseado hace tiempo. Si fuera ciego, por el olor hubiera sabido que llegaba a su ciudad. A Barcelona. No sabía cuánto tiempo llevaba lloviendo, quizás desde que empezó la guerra, y los campos cultivados de color granate y verde claro de la Diagonal rezumaban agua, el suelo brillaba como charol y los árboles dejaban caer reguerones de líquido mercurial como si todos se hubieran convertido en sauces llorones. ¡Pero no era el olor de la lluvia lo que lo conmovía hasta la médula! ¡Pero si en Codo el cielo se abría como una fruta madura para dejar caer un diluvio sobre los combatientes! ¡Olor a lluvia, quién lo necesita! ¡Quién necesitaba el hedor que desprendían las trincheras, a tripas sangrientas, hongos y materia fecal cuando se inundaban de agua!

A Codo, en la provincia de Zaragoza, un pueblo del que Mauricio nunca había oído hablar, fueron ciento ochenta y seis requetés, y solo sobrevivieron cuarenta y cuatro. Los cadáveres flotaban, algunos eran un amasijo de ropa y sangre, otros estaban impecables, incluso con la boina roja encasquetada aún en el cráneo como si fueran a pasar revista, y ese rubio de barbilla partida como un artista de cine tenía que retirarlos con ambas manos para poder caminar. Y, aunque los sabía sordos por muertos, se disculpaba:

—Perdona, camarada.

¡Olor único, dulce, de la sangre, olor a hierro que se siente, no en las narices, sino en las mandíbulas, que no querría haber conocido nunca!

El olor de la ciudad de Mauricio era el de la sal limpia e inocente del Mediterráneo, el olor de los veranos en Sitges, el de las tardes perezosas estudiando una asignatura pendiente, el de los muslos duros y los suspiros blandos de la criada en el cuarto de la plancha.

Era enero y hacía frío ese día 26 de 1939 mientras las tropas nacionales llegaban a Barcelona, pero para Mauricio la evocación de su adolescencia fue tan impresionante que abrió su capote de un manotazo y se desabrochó la camisa, mostrando una crucecita de oro sobre el pecho velludo, para respirar a pleno pulmón y por todos los poros de su cuerpo, no solo el olor de su ciudad, sino de su vida anterior.

Cuando empezó la guerra, tenía veinte años, y ahora, cien.

—Tú, babau, vas a pillar una pulmonía del carajo.

¡Qué más daba! Le hubiera gustado desnudarse y revolcarse en el suelo, patalear, meter su cara en el fango, diluirse en la tierra. Pero la fila de atrás lo empujó, lo obligó a caminar casi a trompicones, porque llevaba las botas atadas a los tobillos con cuerdas y el pantalón se le caía, no porque hubiera adelgazado, que también, sino porque correspondía a Ramón Irigoyen, un requeté muerto en el frente de Somosierra que era más gordo que él. Y tan oscuro de piel que lo llamaban el Negus. Mientras agonizaba cantaba «Corazón santo, tú reinarás».

Y apartaba ese pensamiento para llenarse de otro: ¿cómo se llamaba el balandro que le regaló su padre? El primero, Somni, el segundo, Ona. ¿Cuáles son los nombres de la rosa de los vientos? Mistral, tramontana, gregal... ¿Por qué nadie lo recuerda ya? Las dos primeras filas del tercio de requetés de Montserrat que entraron para liberar Barcelona del yugo rojo hablaban catalán. Así lo exigió el general Yagüe:

—Quiero que esos chicos carlistas sean los primeros que entren en Barcelona para liberarla del yugo rojo, para que se vea que nosotros no odiamos a Cataluña ni a los catalanes, sino que les tendemos la mano para que se incorporen a nuestro gran proyecto: ¡el imperio!

El general Monasterio, oficioso, pretendió ir más allá:

—En lugar de boina, sería una nota simpática que llevaran barretina.

Yagüe tuvo un gesto de impaciencia. ¿Por qué un idiota como ese había llegado a general?

—Cállese, coño... ¿Cómo va a construirse la nueva España con barretina? Además, piense que los andaluces, con toda la razón del mundo, exigirían ir con sombrero cordobés.

Después, ya apaciguado, dejó a un lado la retórica hueca que ni ellos mismos comprendían para quitarse las gafas de cristales de culo de vaso, limpiarlas, volvérselas a poner y mascullar mirando para otro lado:

—Y además, entrarán primero porque se lo merecen.

De los 1.600 requetés catalanes que habían empezado la guerra, casi la mitad había caído en combate. La mayoría había muerto en el frente de Aragón; el resto se había ido desangrando lentamente, guerreando con ferocidad, escasa instrucción y sus viejas carabinas Mauser, en Punta Targa, en el frente de la Serena, en Vilalba dels Arcs, en Valsequillo, eso sí, sin perder la costumbre diaria de rezar el rosario. Todos eran muy jóvenes.

Fue Jaime Bofill, que iba al lado de Mauricio y lucía un bigotito fino a lo Errol Flynn, quien lo había ganado para la causa. Cuando estaban a punto de movilizarlo porque era de la quinta del 37, le sugirió que se incorporara al bando nacional en Burgos, donde él se había alistado. «Ve hasta Francia y te pasas por San Sebastián, los requetés somos gente bien... Están los Caralt, Isidro Ribes, Pepe Muntadas... ¡No vas a luchar con los rojos contra nosotros! Tu sitio natural está aquí, te esperamos».

Cuando Mauricio recibió la carta, le pidió al chófer de su suegro su guardapolvo y la gorra con visera de charol, que se encajó hasta las cejas para que no se le viera el cabello, que llevaba bastante largo; le habían dicho que así se parecía a Carlos Gardel. Sin papeles, confiando en su suerte, se subió a un tren que iba a Port Bou. Un miliciano muy joven, que llevaba un naranjero más grande que él, se le encaró y le soltó:

—El salvoconducto, que tienes cara de cura.

Mauricio se vio perdido, pero quiso morir como decían que morían los héroes, dando vivas a Dios, a la Patria y al rey. Cuando ya abría la boca y juntaba los labios para acometer esa valentía póstuma e insensata, el miliciano, de un culatazo, le quitó la gorra para ver si iba tonsurado. Cayeron en cascada los rizos abundantes de Mauricio, todo el vagón se puso a reír y el miliciano, sintiéndose ridículo, se fue sin pedir más documentos.

Cuando se encontraron en el hotel Perla de Pamplona, Jaime le había soltado con una enorme sonrisa:

—¡En dos semanas nos vamos al frente!

Mauricio hizo un amago de saludar a su amigo a la romana, lo había ensayado largo rato frente al espejo y pensaba que le favorecía y le salía muy bien, pero Jaime le dio un golpe en el brazo y le susurró:

—Deja eso..., no es necesario.

Se avergonzó, fingió que lo del saludo había sido un espasmo muscular, pero Jaime le sonrió algo desdeñosamente, como si fuera un crío, porque le llevaba nada más y nada menos que diez meses.

Ahora, justo dos años después, se rumoreaba que a Jaime le iban a conceder la Cruz Laureada de San Fernando individual por servir de mensajero cruzando las filas enemigas, hazaña que en su caso tenía aún más mérito porque era un gigantón de dos metros y asomaba por los parapetos como si fuera un periscopio. Mientras fumaban su cigarrillo de después de comer, la hora más tranquila porque el adversario dormía la siesta, el Mauser entre las piernas, la boina en la nuca, comentaban cómo recibiría Barcelona a los vencedores. Mauricio le advertía a su camarada con envidia, porque le volvían loco las mujeres a pesar de que ya estaba casado:

—A ti, con la medalla, se te echarán las chicas a los brazos.

El otro hizo como si no le importase, pero de momento, entrando en Barcelona, las chicas no aparecían. Aunque intentaban fijar la vista al frente, con el rabillo del ojo escudriñaban el Club de Polo, ahí donde Mauricio había besado por primera vez a Conchita.

Era ella la que le había dicho, pasándole la mano por el pelo:

—Si lo tuvieras más largo te parecerías a Carlos Gardel.

Él le atrapó la mano, le dio un beso y le dijo que por ella se lo dejaría crecer. Después le enseñó a fumar y cambió el cigarrillo por sus labios.

En la cuadra de su caballo Milord la había poseído por primera vez. Era la noche del 23 de junio y habían estado en la verbena que se celebraba todos los años en la pista de polo, sobre la que ponían un suelo de madera para no dañar la hierba. Se habían sentado a la mesa de los padres. Agustín Prat y Juan Casanovas pertenecían al sector lanero del gremio de fabricantes de Sabadell y, aunque se conocían de toda la vida, habían estrechado relaciones en los encuentros de la federación internacional que tenían lugar en Europa.

Como Agustín era viudo llevaba a su hija de pareja, aunque solo tuviera dieciséis años y aún no se hubiera presentado en sociedad. La madre de Mauricio decía:

—Es mona esta niña, y muy educada.

Mauricio había bebido mucho y se sentía mareado, pero aun así sacó a bailar a Conchita. Cuando la Crazy Boys Orchestra empezó con sus alocados ritmos, la pareja bailaba tan junta que la boca de Mauricio estaba pegada a la oreja de Conchita susurrándole palabras seductoras que a ella le gustaron. Luego tiró de Conchita para llevársela a los establos, aunque no hizo falta ejercer mucha presión, ya que la muchacha lo seguía con tanta docilidad que parecía sumisa entrega.

En los establos, él fue torpe, silencioso y apresurado.

Le habían dicho que ahora las cuadras del Polo estaban vacías, pues el comité revolucionario había confiscado los caballos como carne para el consumo. Milord tenía los ojos árabes, ribeteados de oscuro, y movía la cabezota arriba y abajo. Pero no, no había que pensar en eso. Le llamó la atención que, frente al Palacio Real, un pastor con zamarra condujese un rebaño de cabras, que se acercaron a beber tranquilamente en los estanques donde el niño Maurisiet llevaba sus barcos a flotar. El pastor se puso ostentosamente de espaldas y escupió a un lado. ¡El único acto de valor que iba a ver en esa larga posguerra!

Uno dos, uno dos, vista al frente, entraban en Barcelona. Había fotógrafos que caminaban a su mismo paso y tomaban imágenes. Venían con ellos desde el frente, escogiendo ángulos, enfocando, ajustando el objetivo de las cámaras como si fueran inmunes a las balas; su actitud puramente profesional siempre impresionaba a Mauricio.

Pero, bueno, al final habían ganado. ¡Habían ganado! ¡Formaban parte del ejército vencedor! Hombre, a ver, faltaba el último objetivo, Madrid, y en el Montsec todavía los anarquistas estaban presentando batalla (Mauricio no sabía entonces que 60.000 hombres habrían de morir aún, aplastados contra los parapetos después de un combate agonizante, destrozados por esa perfecta máquina de hacer la guerra en que se había convertido el ejército de Franco). Pero ya lo decía Celia Gámez en una entrevista en la *Estampa*, en la que exhibía una sonrisa falsamente ingenua y unos ojos perversos y atormentados: «eso está *chupao*». Y también, «hemos *pasao*».

El coronel Arias, al mando del tercio de requetés Virgen de Montserrat, portaba el banderín que habían bordado las mujeres de Pamplona. A su lado, Nazario Giol, que perdió a su hijo en Codo, ondeaba la gran bandera del tercio. Como hormigas feroces, los vencedores iban extendiéndose por la ciudad, las divisiones navarras llegaban por el Tibidabo, los legionarios entraban por Vallcarca, las fuerzas de Yagüe conquistaban Montjuic y liberaban a 1.200 prisioneros que se hincaban en el suelo llorando y dando gracias a sus salvadores.

En la Diagonal, un tranvía derrumbado les impide el paso y deben rodearlo, aún se oye el tableteo discontinuo de una ametralladora. Pero, a medida que se van acercando al centro de la ciudad, empiezan a aparecer a ambos lados de la avenida grupos de personas, dos, tres, una docena, de aspecto macilento, en silencio, sosteniendo paraguas, otras agitando tímidamente unas banderitas improvisadas en papel pintado.

Algunos se apoyan en muletas porque les falta una pierna, otros llevan el brazo en cabestrillo, uno va con la cabeza vendada. Un grupo de mujeres vestidas con el lujo barato de los prostíbulos levantan el brazo y extienden la mano con torpeza avergonzada. Mauricio se fija sin querer en una: tiene en las mejillas los rosetones típicos de los tuberculosos. Ella interpreta mal su mirada y se pasa las manos insinuantes a lo largo del cuerpo, intenta erguir su pecho descarnado mientras dirige un gesto vago hacia atrás, donde hay unos sacos amontonados, restos seguramente de un antiguo parapeto.

Mauricio niega con la cabeza y advierte la desilusión de la mujer, y en su forma de apartar la vista y mirar hacia otro lado también se da cuenta de que ha herido su orgullo.

Jaime ríe:

—¡Tenorio!

Una niña surgió de pronto de la nada y se metió entre las piernas de Mauricio; era muy pequeña, pero tenía la mirada adulta. Tendió hacia ellos sus sucias manitas y dijo con voz ronca:

—Vull pa.

Jaime y Mauricio se encogieron de hombros con impotencia; ellos llevaban también un día entero sin comer. Un muchacho de Sabadell, casualmente un obrero de la fábrica de su padre, rebuscó en los bolsillos y sacó una estampa, que le tendió a la niña. Esta observó extrañada aquel trozo de papel con una imagen que no sabía qué representaba..., le dio la vuelta, la miró por todos lados, y al final se la llevó a la boca y empezó a masticar.

Desde el golf de Pedralbes, sin aliento, un grupo de adolescentes con pantalones bombacho, ellos, y faldas de cuadros, ellas, comenzó a correr a la vez que las tropas, agitando banderas y gritando locamente:

—¡Viva Franco, arriba España!

El páter contestó con sobriedad:

—¡Viva Cristo Rey!

Uno de ellos era su hermano Miquel. El reportero Antoni Campanyá le tomó una fotografía con la boca abierta y los ojos desorbitados que al día siguiente aparecería en *La Vanguardia*.

Aunque Mauricio intentaba sonreír, no podía. Y no porque no lo hubiera hecho durante la guerra. Se lo había dicho su coronel cuando lo había sorprendido en medio de una carcajada, porque el chico de Sabadell imitaba muy bien a Charlot. Una carcajada que se había helado en sus labios cuando se levantó y tuvo que cuadrarse delante de su superior, porque ese día habían tenido siete bajas:

—No se preocupe, Casasnovas, en la guerra se ríe uno mucho.

Arreciaban los vítores, la multitud iba aumentando a cada lado del paseo, Mauricio miraba a sus compañeros y ellos intentaban sonreír también. Todos llevaban las boinas rojas con la borla sobre la oreja, pero Mauricio le dio un tirón para que el fieltro casi le tapara el ojo izquierdo. Cuando llegó a la plaza que hasta ahora se había llamado Hermanos Badía, no quería mirar, pero miró. En la ventana del primer piso del inmenso edificio en forma de herradura, sobre el rótulo Mery de una cervecería también repleta de gente, con personas subidas a las sillas, niños aupados en los hombros de sus padres y algún perro chicoleando entre las piernas y ladrando, vio a Conchita.

Echaba el cuerpo por fuera de la barandilla como si quisiera saltar, pero luego se metía hacia dentro porque iba con ropa de casa y la señora Casasnovas no podía exhibirse en bata como si fuera la portera. Brillaba su flequillo rubio, asomaba el brazo y movía la manita como una muñeca.

En la última carta que le había enviado desde la masía de Aguilar, donde había pasado toda la guerra, escribía con su letra picuda de colegio de monjas: «Tengo ganas de que termine este jaleo para comer lionesas de nata y merengues sin parar, aunque luego me duela la barriga».

Jaleo. ¡Este jaleo!

A su lado, asomando apenas por la barandilla, Mauricio vio a su madre, disminuida, vieja, vestida de luto, que estaba gritando:

—Fill, Fill.

Por dentro él también la llamaba, «mare, marona, mareta, mamá, ¿qué hace sin su hijo?». «Me verá cambiado, tal vez no me reconozca», pensaba.

Podía intuirse la sombra de su suegro detrás, con una gran bandera roja y amarilla no muy a la vista por si acaso, pudiera ser que estos tíos durasen cuatro días y volvieran los «otros», y no había que significarse; no significarse había sido su regla en los tres años de guerra. E incluso, si Mauricio tuviera poderes sobrehumanos, hubiera podido ver que una niñera sin uniforme, seguramente una monja emboscada, llevaba en brazos al hereu, que había sido concebido en una cuadra de caballos de polo. Había nacido con una pelusilla rubia y Mauricio fingía suspicacia:

—Es del mismo color que la paja de la cuadra.

La inocente Conchita reía, aunque no sabía muy bien de qué.

Y más atrás quedaban, aunque no estuvieran en realidad, las chimeneas de la fábrica, ¡y las tundidoras! No pudo evitar que sus ojos se humedecieran. ¡Las tundidoras! ¡*Tundidora* era la primera palabra que había pronunciado en su vida! Mientras los otros niños decían *papá* y *mamá*, él tardó mucho en hablar, pero cuando se arrancó pronunció con perfecta claridad: «Tundidora».

No había día en que el padre no comentara los problemas que le daban las tundidoras, las máquinas de cuchillas para pulir las lanas, que solían averiarse con perversa contumacia. El padre, poco dado a las expansiones emocionales, al oírsele decir, había exclamado con voz húmeda:

—Este niño lleva el negocio en la sangre.

Recordando al padre muerto, Mauricio seguía sonriendo, pero al mismo tiempo tenía los ojos arrasados en lágrimas.

En ese momento Jaime Bofill también lloraba, y el boina roja Puig, y el estudiante de Medicina Antonio Conill, que había tenido que ejercer de médico aunque solo había cursado primero de carrera, e incluso unos hermanos trillizos que habían sobrevivido milagrosamente a la campaña y que nadie sabía cómo se llamaban en realidad, y lloraba el coronel Arias..., y hasta el cielo lloraba sobre sus cabezas.

—Mauricio, coño, parecemos maricones.

Y no se dio cuenta de que *Maurici* se había transformado en *Mauricio*, y que, a pesar de lo que había dicho Yagüe, tal vez nunca más volverían a hablar en público la tierna lengua de su infancia. Pero no tuvo tiempo de ver que unos muchachos se habían encaramado a una larga escalera para arrancar la placa que ponía Hermanos Badía y colocar en su lugar una foto del protomártir José Calvo Sotelo, que en pocos minutos se deshizo bajo la lluvia.

El claxon de un coche empezó a entonar «La cucaracha» y lo siguieron uno, otro, decenas; a los balcones se asoman ancianos con bata y niños pequeños que se agarran a los barrotes, el resto de la familia está en la calle, corren en grupo gritando, quieren ser los primeros. Pero hay muchas casas de la Diagonal con las ventanas cerradas, como ojos ciegos.

Del portal del palacete Parellada, en la esquina de la calle Muntaner, vieron salir a un hombre con el uniforme azul mahón de los porteros apretándose el estómago, al que dos soldados conducían a culatazos. Llevaba sangre en la cara. Todos evitaban mirarlo y le daban la espalda, como si fuera invisible. No muy lejos se oyó una ráfaga de ametralladora, los comercios tenían tiras de papel cruzadas sobre las lunas de los escaparates y sonaban disparos aislados, quizás eran petardos.

No había gatos. ¿Dónde estaban los gatos de Barcelona?

Ni palomas, ¿dónde estaban las palomas?

Llevant, Siroco, Mitjorn...

Frente a la iglesia de Pompeya, las cinco hermanas Eyre, Marina, Esther, Maruja, María Dolores y Ofelia, con vestidos a la moda de tres años atrás, agitaban ramos de claveles mustios y empezaban a entonar con no muy buena voz:

*Cara al sol...*

Antonio era el más pequeño de los ocho hermanos, hijos de un juez gallego. Y, a pesar de tener solo quince años, había estado una semana en la checa de Vallmajor. Ahora improvisaba con voz llena de gallos:

*... con la chaqueta... nueva...*

Pero el mayor, Paco, falangista sublevado el 19 de julio que desde entonces había estado escondido en el desván de la casa de una antigua criada, y que era el único que conocía el himno, se puso a cantar estentóreamente con su voz grave de fumador empedernido:

*... con la camisa nueva  
que tú bordaste en rojo ayer...*

Mauricio saludó con un gesto a otro de los hermanos, Vicente, con el que había compartido un único curso en la escuela de Arquitectura, interrumpido por la guerra. Ninguno de los dos volvería a las aulas. Pero Vicente se separó de su familia y se acercó a él, se abrazaron pecho contra pecho y se separaron rudamente sin pronunciar palabra.

Vicente era también falangista. Estaba delgadísimo, las orejas le sobresalían a ambos lados del cráneo completamente pelado, pero no estaba pálido como su hermano, sino muy moreno porque había tomado el sol de invierno en el patio de la prisión Modelo, donde estuvo preso, condenado dos veces a muerte. A Mauricio se lo había contado su madre en una carta:

«A tu amigo Vicente, el hijo del juez, lo van a fusilar un día de estos con el hijo del dueño de los almacenes El Águila, el que está en el gremio con tu padre».

Al final no lo habían fusilado, acababa de salir tranquilamente de la prisión, después de que el director hubiera entregado a un comité de presos las llaves antes de huir a la frontera. Otros reclusos, entre los que estaba el chico Bosch Labrús, el de El Águila, sí que habían sido fusilados en el Collell. Una última atrocidad de una guerra atroz.

Lo primero que había hecho Vicente al llegar a su casa de la calle Muntaner había sido afeitarse la cabeza infestada de piojos.

—Garbí, ponent... —Mauricio tenía ganas de gritarlo—, tramuntana, gregal, mistral...

Quería taparse la cara con las manos, como hacía cuando era pequeño. Si no veías, el mundo dejaba de existir.

En el cruce de Diagonal con Paseo de Gracia tuvieron que detenerse para que pasara el cuerpo motorizado que venía desde San Gervasio, los carros de combate del ejército marroquí y el resto de las tropas con los oficiales a caballo, que miraban a la multitud con la jactancia y displicencia típicas de los oficiales de caballería. Petardeaban los camiones, los carros se

encallaban y arrancaban de nuevo a saltos como orugas torpes, los caballos se encabritaban, resbalaban sobre el asfalto mojado, relinchaban con miedo y se oía el plof de las bostas al caer al suelo.

Una centuria de Falange, con camisas azules que aún mostraban los pliegues con que habían estado dobladas, las mangas a medio brazo, correa y botas brillantes, desfilaban marcialmente despertando la burla apenas disimulada de los militares de verdad, para quienes estos pipiolos no dejaban de ser unos chiquillos jugando a la guerra.

Jaime y Mauricio se miraron, se dieron unos puñetazos fraternales y se dijeron sin voz:

—Ahora nos podríamos ir a casa..., nadie nos iba a echar en falta.

Y de repente aquella casa nueva con la que tanto había soñado, los brazos de su mujer, ese hijo al que casi no conocía, su madre, el olor de todas las madres, la fábrica, los obreros de talleres, el despacho en la Rambla de Sabadell, las tundidoras, las puestas de largo en el palacete Parellada, la dulzura y amabilidad de la vida de antes de la guerra, su propia vida, en suma, le pareció inasequible, lejana, perdida, imposible.

Había sentido el miedo a la muerte, había aprendido a matar. ¿Cómo podría seguir adelante con esto? Ahora sentía el miedo de la vida, de avanzar.

Se sentó en el bordillo con un ansia muy grande en el pecho, como si le estuviera dando un infarto. Se tendió en el suelo, quería morirse.

Quería morirse. Buscó a ciegas el percutor de la pistola que llevaba en el cinto. No sería el primero de la familia en hacerlo. Pensó si a su padre le habría costado mucho. Debajo de la barbilla estaría bien, en esa parte blanda cubierta ahora por la barba, hacia atrás, un tiro transversal.

Nadie se lo explicaría. Como nadie se había explicado lo de su padre.

¿Qué misterio habría detrás?

El trimotor de antes voló aún más bajo haciendo un tirabuzón y todos gritaron con recelo, porque hasta ayer esos mismos aviones soltaban unos artefactos de trescientos kilos que mataban a la gente. Pero se veía al aviador saludando con el brazo extendido y la mano abierta por la ventanilla y los:

—¡Oh!

Se convirtieron en:

—¡Ah!

Todos aplaudían, estallaban las bocinas de las fábricas y las sirenas de los barcos. Pero una mujer cargada con un bulto y un crío aplastado contra el pecho huía arrimándose a las paredes; se sentían tumultos en las calles laterales, carreras, llantos.

—¡Deu meu, Deu meu!

Y de pronto, por primera vez en muchos meses, se encendieron de golpe las exiguas farolas de quince vatios.

A Mauricio le resbaló la pistola de la mano y se hundió no en los brazos pálidos y delgados de su mujer, sino en los muslos duros de Antonia, en el vello oscuro, el principio del mundo, «corazón santo, tú reinarás». Muy cerca, demasiado, sonaban tiros secos como bofetadas.

—¡Qué gusto!

Mauricio se estiró voluptuosamente en la cama, evitando las esquinas que estaban frías y húmedas a pesar del calorcillo que escupían las tres barras al rojo vivo de la estufa, un esfuerzo exagerado para la precaria instalación eléctrica, que cada cierto tiempo se fundía con gran aparato de chispas y ruidos.

La madre gritaba impaciente:

—Filomena, cambia los plomos.

Filomena era la sirvienta que había sustituido a Antonia, que el 19 de julio de 1936 se había plantificado un pañuelo al cuello y una gorrilla cuartelera, y se había subido a un camión enarbolando la bandera negra y roja de los libertarios. Con pintura blanca alguien había escrito en la chapa CNT-FAI. Conchita tenía la obsesión de que se había llevado también su relojito de brillantes, pero Mauricio no acababa de creérselo, primero porque su mujer era tan distraída que se lo había olvidado varias veces en su caseta de la playa de Sitges, y también porque, antes de irse, Antonia, exhibiendo una seguridad en sí misma que no le conocía y tuteándolo por primera vez, lo había arrinconado detrás de la puerta y le había dicho:

—Cuando te canses de ser señorito, únete a nosotros y tendrás Antonia para rato.

Mauricio había sentido un júbilo salvaje, miedo y deseo a la vez, un deseo animal y primitivo, de esos en los que muerdes, arañas y ruges, que no había sentido nunca por su mujer. Lo frenó la risa de la muchacha, incrédula y burlona, la palmada amistosa que le propinó, la forma despectiva en que le dio la espalda:

—Salud y dinamita, compañero.

Poco faltó para que se hubiera ido detrás de ella ciego y loco.

Se encerró en el cuarto de baño, consiguió un alivio rápido y vulgar, y después, con los pantalones en los tobillos, se quedó mirando su rostro cuidadosamente rasurado, su frente, donde latía una vena; se pasó las manos por el pelo echándoselo para atrás, sin reconocerse. Luego supo que la muchacha había ido a armarse al hotel que se había inaugurado en la plaza de España con motivo de la Exposición Internacional de 1929, donde estaba la sede local de la CNT, y había tomado parte como un miliciano más en los enfrentamientos de Atarazanas. Ahí se había perdido su rastro.

Mauricio sonreía al acordarse de los pechos de Antonia, de ese sudor que se le quedaba en el leve bozo oscuro que tenía encima del labio, gordo y amoratado como el de una negra. Solo se atrevía a sonreír cuando se fundían los plomos y se iba la luz, porque Mauricio llevaba seis semanas negándose a abrir los ojos.

Lo habían recogido inconsciente el 26 de enero en el Paseo de Gracia las hermanas Eyre y Jaime Bofill, que lo habían llevado primero al Hospital Clínico y después a su casa. Jaime le había quitado cuidadosamente la pistola y la había ocultado en su propio macuto.

Fiebre muy alta, gripe, pulmonía, nervios, difteria... El médico, el doctor Blanco Serrano, no sabía muy bien qué diagnosticar sobre el estado de Mauricio, pero había prescrito reposo, aislamiento, tranquilidad.

Con gesto bonachón, el doctor, que era manchego y tenía contactos con el alto mando, había señalado:

—La guerra, ya se sabe, ¡es la guerra! Me han dicho confidencialmente que hasta el Generalísimo está en cama, en Burgos.

Cuando lo subieron al piso no habían dejado que su mujer se acercara a él, estaba encerrada en una habitación, había entreabierto la puerta y puso un morrito que tenía algo de enfado, pero también de beso. Esa misma noche, la monja emboscada había sido reintegrada a su convento de las Clarisas de Pedralbes y ocupado su puesto la sirvienta Filomena. Y por miedo a un hipotético contagio, ella, Conchita, la niñera gallega que la había criado y el hijo ya de tres años al que el padre apenas conocía habían sido despachados a la finca familiar, Can Prat, en Aguilar de Segarra, donde ya habían estado durante toda la guerra. Con ellos iba a regañadientes el hermano pequeño de Mauricio, que el día de la liberación había llegado de la calle con la corbata en la nuca, el pelo revuelto y los zapatos abiertos por delante como si tuvieran hambre. Miquelet se sentía disminuido al tener que irse otra vez en compañía de tanto mujerío, y no le consolaba la mentira que le había soltado su madre:

—Tiene que ir un hombre para cuidarlas.

Can Prat era la dote de boda de Conchita, un caserón semiderruido, rodeado de unas tierras atravesadas por la vía del tren, un secarral que se quemaba todos los veranos por culpa de las chispas del carbón que desprendían las vetustas locomotoras de los trenes.

—¡Fuego en Can Prat!

El grito se trasmitía de masía en masía, desde Calaf a Manresa, por las montañas semidesérticas de la comarca del Bages. Volteaban las campanas de la iglesia, que por cierto había regalado el padre de Conchita como homenaje a la madre muerta, y ahí iban payeses y propietarios con sus cubos de zinc formando una cadena desde las cisternas hasta el incendio, que terminaba extinguiéndose sin causar mayores daños que unos matojos calcinados, pero daba pie a que amos y trabajadores confraternizaran desayunando unos enormes tazones de leche de cabra con trozos de pan de color amarillo.

Conchita había vivido allí gran parte de su infancia. Su madre había muerto en la epidemia de gripe del año 18 al poco de nacer ella, y, mientras el hermano mayor, Lluís, el hereu, había sido enviado interno a los escolapios del paseo Bonanova, a ella la habían mandado con una niñera gallega a robustecer su salud, que el padre creía frágil, comiendo alimentos sanos en aquel clima seco y tan puro que si respirabas muy fuerte te hacía daño en los pulmones. Había crecido montaraz y salvaje con los hijos de los masoveros; el pastorcillo, llamado el Nuri porque los padres querían tener una hija, era su mejor amigo. Con él se bañaba desnuda en la poza, por él supo que los niños y las niñas eran distintos, él le enseñó a silbar, a subir a los árboles y a comer hormigas.

Como esta educación no le pareció suficiente a su padre, cuando vio que la salud de su hija ya no peligraba, la mandó retornar a Barcelona para que asistiera a las Damas Negras y las monjas la convirtieran en una señorita. La niña, asomada al balcón de la casa del Paseo de Gracia, con su horrible uniforme oscuro de falda plisada a media pierna, adelgazaba y lloraba amargamente mientras el tren que iba a la Cataluña interior circulaba echando humo por la vía abierta de la calle Aragón. Con lágrimas de añoranza y suspiros que partían el pecho, le decía a su niñera:

—Mira, ahí va, qué suerte, pasará por Aguilar.

Por eso, cuando había nacido su hijo, cuando se había suicidado su suegro, cuando había estallado la guerra, cuando Mauricio estaba a punto de entrar en quintas, el padre le preguntó, porque ahora ya era una mujer casada y no una niña que pudiera manejar a su antojo:

—Y tú, ¿qué quieres hacer? Aquí, en casa, no te puedes quedar.

Porque había recibido amenazas de muerte de sus propios trabajadores. Y ella gritó excitada y vivaracha, sin consultarlo siquiera con el marido, yéndose hacia dentro para preparar la maleta:

—¡Me voy a Aguilar!

Para ella la guerra había sido una bendición, porque había podido volver a su amado Can Prat, donde el Nuri, el pastor de cabras, el hijo de los masoveros, los acogió a ella y a su hijo posesivamente y juró defenderlos si llegaban los rojos, sin darse cuenta de que los rojos eran los suyos.

Levantaba el puño y enseñaba los dientes, como un perro rabioso:

—Els fotaré una pedrada!

Sus padres llevaban cuatro generaciones con la familia de Conchita y presentaban en tono contrito, año tras año, unas cuentas desoladoras. Era un favor el que hacían ellos a los amos quedándose en el Mas porque la finca no producía nada, había llovido demasiado o muy poco, los incendios lo habían devastado todo, los lobos se habían comido el ganado, era una heroicidad haber podido arrancar a esas tierras menesterosas una exigua recolección cuyo diezmo para el amo consistía en un par de sacos de almendras y avellanas, y en verano algunas cebollas y unos pocos tomates.

El padre de Conchita, viendo aquellas cuentas ininteligibles que nadie comprobaba, a aquel payés lleno de astucia que se echaba la boina atrás y liaba un cigarrillo con una sola mano, comentaba por lo bajo en castellano para que no lo entendieran:

—Y luego dicen esos cabritos de rojos que explotamos a los jornaleros.

Mauricio, que estaba acostumbrado a veranear en la sofisticada Sitges, en una torre en primera línea de mar llena de comodidades, nunca había entendido esa querencia de su mujercita frágil y refinada por la finca fea e inhóspita de Aguilar. Fue una vez, antes de la guerra, cuando aún eran novios, y otra después, ya casados, cuando ella ya se había instalado allí y él estaba a punto de ser movilizado y todavía no sabía que iba a pasarse a las filas de Franco y a estar casi dos años sin ver a su mujer.

Su madre le había rogado que se llevara a Miquelet y lo dejara en la masía. Cuando el hermano intentó protestar hizo ademán de pegarle un bofetón y le soltó un:

—Cállate.

Tan exasperado que Miquelet no volvió a abrir la boca en su presencia.

Mauricio había odiado esas visitas profundamente: lo acribillaban los mosquitos, le repugnaban los platos de caracoles que su mujer se comía con delectación sibarítica y la leche de cabra le producía ronchas en la cara y en el pecho.

Mauricio, por aburrimiento y fingiendo que no advertía la mirada de odio del Nuri, trataba al principio de confraternizar con los masoveros ofreciéndoles paternalmente cigarrillos y dándoles conversación:

—¿Qué? ¿Cómo han ido las cosechas?

Estaba acostumbrado a que todos sucumbieran a su encanto fácil y sus maneras seductoras, pero aquellos seres recelosos, reducidos de tamaño, pegados a la tierra, castigados sin tregua por la vida, con hambre milenaria en sus estómagos siempre vacíos, adoptaban un tono quejumbroso y despleaban su memorial de agravios y necesidades, hasta que Mauricio terminaba echando mano a la cartera para comprarles ropilla a los críos.

Luego se iba con una carabina a pegar tiros a las piñas de los árboles y a desahogarse:

—Animales, llevan dos siglos de atraso..., merecen menos de lo que tienen...

En Aguilar, Conchita se disfrazaba de payesa, iba con alpargatas, se hacía coletas en el pelo, saltaba por los riscos como una cabra montesa y cuando bebía leche se le quedaba un bigotazo blanco que se limpiaba con el dorso de la mano. Por las noches, la luz de la luna clara iluminaba las alcobas como si fuera de día y Mauricio ni siquiera intentaba acercarse a su mujer, que se ponía a roncar en cuanto se acostaba. No entendía cómo podía dormir tan a gusto en los colchones de paja, soportando picores, el olor a estiércol, las gallinas, los perros ladrando y, sobre todo:

—Esos malditos pájaros... ¿Por qué se ponen a cantar esos cabrones a las cinco de la mañana? ¡Joder, se debe de estar más tranquilo en el frente!

¡Qué cama más blanda tenía ahora Mauricio! Le gustaba que el traqueteo de los escasos vehículos que transitaban por el empedrado de la calle hiciera tintinear los cristales de las ventanas. Se parecía a... a... a... ¡Guerra, no me atormentes más, que ya has acabado!

Se movió un poco para que la almohada se esponjase y los bultos de la lana del colchón se adaptasen a sus riñones. Si cerrabas los ojos, el mundo se desvanecía, aunque Mauricio hacía trampas y dejaba un pequeño resquicio, disimulado por las pestañas, para percibir la penumbra del ocaso desdibujando los contornos de los objetos; sobre una peana había una enorme Virgen de escayola con un niño en brazos y el cuadro con la bendición del papa para la boda de los padres, ahora orgullosamente colocado en la cabecera de la cama. El piso lo habían comprado durante su ausencia; su suegro lo había conseguido a buen precio, amueblado, de un oficial alemán que había retornado a su país para participar en una guerra que estaba a punto de estallar y que habría de ser más importante que la española.

Su suegro. ¡Ay, su suegro! Él era una de las razones por las que fingía no haber vuelto aún a su ser. Su suegro, que, sentado en una silla al lado de su cama, estaba fumando un apestoso cigarrillo de picadura. El olor del tabaco se superponía al de las hojas de eucalipto que hervían en un hornillo, un remedio de su madre contra todos los males. La madre, que entró con una botella de cristal de agua caliente en las manos y la metió en la cama aprovechando para tocarle:

—Toma, hijo, que tienes los pies muy fríos... No te preocupes, porque ya he puesto el tapón bien apretado.

Mauricio estuvo a punto de sonreír y delatarse, porque un día, cuando era pequeño, la botella se había abierto y había mojado el colchón, y todos pensaron que se había hecho pipí. Se comunicaron con los corazones, y la madre le hizo una leve caricia en la frente. Ahora el barbero

de la esquina subía todas las mañanas a afeitarlo, tenía zonas oscuras en sombra debajo de los pómulos afilados, y el mentón reposaba ahora sobre el embozo de la sábana.

—¿Estás bien, Maurisiet?

Se lo preguntaba sin pretender una respuesta, con las manos cruzadas sobre el vientre. Preocupada, pero satisfecha, porque su niño era otra vez solo suyo. Ella lo había arrancado de las garras de la muerte, y además la nuera estaba lejos.

Se inclinó sobre su frente y depositó un beso. Le puso su mano seca en la mejilla, Mauricio querría besar aquella mano, querría ponerse de rodillas y rezarle a su madre y no a la Virgen de escayola que le sonreía estúpidamente con su niño enorme en brazos, pero parpadeó ligeramente, solo un temblor de sus espesas pestañas, y la madre entendió sin palabras.

El suegro rezongó:

—Váyase, mujer, que tengo que hablar con él de hombre a hombre. Si no tiene nada, ¡mimo, mucho mimo!

Arrastró la silla y se colocó todavía más cerca de la cama. Agustín Prat, el propietario del Vapor Prat, Prat e Hijos, fabricantes de lana, lo sabía todo sobre el comercio de paños y reconocía al tacto, y a veces únicamente al olfato, de dónde venía el material más fino. Nadie diría al verlo que era capaz de tanta sutileza, porque, a pesar de que había estudiado comercio en Mánchester y viajado bastante por motivos de su trabajo, era un hombrón fuerte como un roble, primitivo y barrigón, que se parecía mucho a un jabalí. De cuello rollizo, tono de piel encendido, ojos saltones y el pelo grueso como cerdas y disparado a los cuatro puntos cardinales, caminaba encogido sobre sí mismo, gritaba como un energúmeno y producía un efecto aterrador.

Mauricio se estremeció. Porque el suegro, con su tosca intuición y su experiencia de los hombres, había adivinado que su yerno se hacía el dormido, pero estaba más despierto que el mismísimo Franco, que, por mucho que el médico dijese que padecía una enfermedad, había tomado Talavera casi sin luchar y aguardaba a veinte kilómetros de Madrid. Y si no entraba aún era para que fuera mayor el efecto propagandístico, que se lo había comentado Delmiro Rivière en el Círculo mientras jugaban de madrugada una última mano de póquer: «Prats, esto está hecho. El tal Franquito nos está sacando las castañas del fuego».

Pero él no quería hablar de la guerra. La guerra era el pasado. Ya estaba cumplida. Ahora tocaba el futuro.

—Tú, a ver... Molins ha mantenido tu fábrica muy bien en estos tres años de... —no sabía cómo llamarla, se reía él de eso de «guerra de liberación» que trataban de imponer los nacionales, toda la retórica de los vencedores le sonaba a música madrileña que no sabía por dónde coger—, estos tres años en que los rojos han intentado cargárselo todo...

¿Molins? Mauricio tardó unos segundos en comprender de quién le hablaba. Ah, sí, el encargado... Una pereza floja y tibia lo aplastaba contra la cama, qué le importaba a él lo que decía su suegro, que bajaba la voz ahora hasta un tono confidencial y cómplice:

—Aunque aquí, entre nosotros, te diré que la colectivización de la fábrica incluso nos ha favorecido, porque han traído una máquina de abrillantar y otra de lavar en ancho y en continuo de la Casa Bouver de París que costaba un ojo de la cara y el acabado es mejor. ¡Queda como culitos de bebé! La producción se ha mantenido y hemos añadido un camión requisado a los Llonch, pero nosotros no tenemos por qué saber de dónde ha salido, ¿no? ¿Qué pasa, collons?

Este grito iba dirigido a la madre. Sin volverse adivinaba que estaba en la puerta vigilando como una perra a su cría favorita.

—Agustín, que deje usted tranquilo al chico..., está enfermo.

—Qué coño, enfermo, enfermo he estado yo estos dos años en los que él hacía el pavero con su boina mientras yo cuidaba de las dos fábricas, la suya y la mía. —La miró, entrecerró los ojos, hundió la punta de la flecha en la herida—. Si aquel hombre no hubiera...

Pero lo detuvo una mirada de la mujer, tan dolorida que se limitó a mascullar:

—Si su marido no hubiera fallecido...

Mauricio se encogió un poco más, le hubiera gustado no abultar. Se le aparecieron los ojos claros de su padre.

Como Agustín Prat, su padre había sido también empresario textil lanero y también el único dueño de Hijos de Casanovas, aprestos, desmotes, tintes y acabados. Juan Casanovas era el último vástago de una dinastía que se remontaba al siglo XVIII y que había hecho fortuna en América, primero en Cuba traficando con esclavos y después esquilando ovejas en la Patagonia, para establecerse luego en Sabadell, aunque, como Prat, cuando empezó a hacer fortuna trasladó su domicilio particular a Barcelona. La fábrica estaba al lado del río Ripoll para poder disponer de caudal de agua abundante, casi toda subterránea, con que realizar las actividades complementarias al hilado, como el lavado de las lanas y el tinte de los hilos.

Vivir en Barcelona, aunque se tuviera coche y chófer, obligaba a irse muy temprano por la mañana y no volver hasta la noche. Mauricio no había llegado a conocer bien a su padre, no recordaba que jamás hubieran entablado una conversación o le hubiera consultado un problema.

Una vez su hermano Miquel, que tenía cinco años menos, le había dicho con perfecta naturalidad:

—Papá no sabe cómo me llamo.

La madre lo defendía blandamente, aunque tampoco mucho, porque le gustaba ser el único referente en el imaginario amoroso de sus hijos:

—El papá trabaja mucho.

El chico del hielo, que venía puntualmente todos los días a traer una barra para el *frigidaire*, cuando hablaba de su padre decía:

—El papa.

Y por broma, una noche, cuando el padre había llegado, ambos hermanos habían dicho al unísono mientras clavaban los ojos en el plato de sopa y se daban con el pie:

—Bona nit, papa.

Fue la única vez que lo vieron sonreír, fue tan solo la sombra de una sonrisa, en realidad, muy leve. Luego les dio un pescozón y señaló un retrato de Pío XI que estaba en la pared:

—Aquí el único papa que hay es ese.

Los domingos se encerraba en el despacho y trabajaba incansablemente, con papeles, con visitas, con llamadas de teléfono que no se acababan nunca. Tenía una única afición: la ópera. Pero era tan sobrio y le gustaba tan poco la gente que no quería ir al Liceo, se había comprado una gramola de cornetón y escuchaba a la Patti y a Caruso a puerta cerrada.

El 15 de julio de 1936 se encerró en el despacho, como hacía siempre, puso la música muy alta y se pegó un tiro que nadie oyó. Lo encontró Molins, su hombre de confianza, que había venido a que firmara unos papeles, y Miquel, el hijo menor, que le había abierto la puerta porque las muchachas habían salido.

Mauricio acababa de ser padre por esas fechas, era domingo y había ido a Sitges a navegar en balandro con Conchita, que se había mareado porque hacía mala mar. Y cuando regresó, con la piel quemada y sal en los labios, encontró a su padre derrumbado sobre la mesa aún con la pistola en la mano. Él no derramó ni una lágrima, pero lo sorprendió el silencio de su hermano, que se había echado en el suelo y le abrazaba las piernas. La madre estaba tan aturdida que se persignaba incesantemente, y Mauricio, desbordado por la situación, terminó por llamar al suegro, que lo había arreglado todo. El doctor Blanco Serrano certificó que Juan Casanovas Ballvé había muerto por hemorragia interna, y así habían podido enterrarlo en el panteón familiar de Montjuic, presidido por un ángel con una antorcha en la mano, una escultura muy mala que habían encargado a un discípulo de Josep Llimona. Cuando, después, el comité revolucionario del cementerio quiso demolerla, le dijeron que era una figura que representaba la libertad.

La voz de su suegro lo devolvió a la realidad:

—... En estos momentos hay solo doscientos trabajadores, y son unos patatas, pero ya verás ahora, tendrás todos los que quieras porque la mano de obra va a estar tirada... —frotó su suegro el índice con el pulgar—, ya sabes, soroll de telers, soroll de diners. Y las tundidoras y los trenes de tintado que compró tu padre en Mulhouse antes de la guerra pueden pitar unos años. Veremos cómo se resuelve la cuestión de los cupos y de la materia prima, la lana de Argentina ahora es inaccesible para nosotros, pero tú igual consigues un proveedor con las amistades que has hecho en Madrid.

¿Amistades? Sí...

*Yo tenía un camarada  
entre todos el mejor...*

En Punta Targa, en medio de los viñedos cayó su amigo, el alférez Regás, aún sonriendo, ese infernal 19 de agosto de 1938, con los racimos de uva colgando, a punto de vendimiarse. También había muerto el boina roja Martín Catasús, ¡solo dieciocho años! Cayó justo a su lado, musitó unas palabras, luego dijeron que había gritado «¡Viva Cristo Rey!». Solo Mauricio sabía que había llamado a su madre con un quejido infantil, los muertos tienen los ojos vidriosos.

*Yo tenía un camarada...*

En el frente de la Serena murió el capitán Eugeni Gay, se había puesto delante de su tropa de choque, era tan chulo que luchaba con un cigarrillo entre los labios. Y en Codo cayeron los tres hermanos Sabat, de Celrá, uno detrás de otro, Carlos, José María y Luis, que se habían alistado después de que el comité del pueblo matara a su padre. Mauricio los vio caer uno a uno, al último le cerró los ojos. Cuando se enderezó, advirtió que había quedado frente a frente con un oficial republicano que portaba la estrella de ocho puntas de comandante en la guerrera. Iba desarmado, pero él, enfermo de miedo y rabia, con la tensión atenazándole la garganta, le apuntó con su pistola. Cuando el oficial se dio cuenta de que le iba a disparar, levantó el puño a la altura de la sien, se movieron las aletas de su nariz y gritó con voz serena: «¡Viva la República!». Mauricio disparó con los ojos cerrados.

—A tu batallón le van a conceder la Laureada colectiva, aunque a tu amigo Bofill le darán la individual... —el suegro se mordió los labios—, él sí que lo va a tener todo pagado.

Mauricio dejó de atender. ¿Cómo era el ruidito que hacían las bombas antes de reventar contra el suelo? Ssshhh, fiii...

—Ahora todo es cuestión de relaciones, lo mismo que está haciendo mi chico —rio con satisfacción mal disimulada—, es más listo que el hambre el Lluiset, ¿está alternando en Roma con la flor y nata! Si me ha contado Egara que se van con el rey de señoritas y que el rey le dice: «Ahora, Prat, regálales a estas chicas un bolso de cocodrilo», y el Lluiset les envía unos bolsos, sí, ¡pero de rafia!

Se reía tanto que estaba a punto de volcar la silla. El Lluiset tenía ínfulas aristocráticas y había pretextado un soplo en el corazón para no ir al frente, y esa superchería cobarde le parecía a aquel animal el colmo del talento. Se echó hacia abajo el párpado inferior con el índice, revelando un globo ocular con el amarillo de los enfermos hepáticos:

—¡A un catalán le van a venir con cocodrilos y cocodrilas!

¿Cómo era? Fiuuu, fiuuu, sí, era más bien eso... Un silbido largo como el canto de muchos pájaros a la vez, que luego se apagaba antes de hacer pum.

El suegro le dio un golpazo brusco en el hombro:

—¿Qué haces, noi? Me estás poniendo nervioso con tanto ruido. A ver si va a ser verdad lo que dice el médico, que todos volvéis de la guerra tocados del bolet. Mejor te hubiera ido si te hubieras quedado en San Sebastián como los Goreta, la familia entera viviendo en el María Cristina a tutiplén, ¡y ahora todo el día brazo en alto! En la función inaugural del Liceo fueron los primeros que se arrancaron a cantar el «Cara al sol». ¡Y hablan castellano!

El suegro tosía y reía a la vez, pero de pronto se puso serio y se arrimó aún más a la cama de Mauricio. Acercó su rostro al de él, le echó el aliento a tabaco, ajo, dispepsia, a la cara.

Pero primero resbalaron sus ojos sobre la sábana y se distrajo, frotó la tela entre dos dedos, se la acercó a la nariz, podría ser de Burés o de Toldrá... Volvió a tocarla, era de dos cabos, ¡de Toldrá! Y con una pequeña mezcla de algodón egipcio. Sonrió con satisfacción, sí, no había perdido facultades.

Tosió de nuevo para disimular, el traje bien cortado de Pellicer no conseguía ocultar la fuerza bruta del individuo, los botones de la chaqueta parecía que fueran a estallar, el cuello de la camisa le apretaba por muchos tirones que se diera. A Mauricio le habían dicho que por la fábrica, antes de la guerra, iba con el mono de los obreros sin nada debajo.

—Mauricio.

No quería enfrentarse a él, no quería abrir los ojos, porque entonces ya no habría marcha atrás. Intentó continuar con el rostro impassible, pero el suegro le tocó el brazo y le dijo:

—Mira, chico...

La madre suspiraba en la puerta, el hombre, sin girarse, le gritó:

—Cierre la puerta, Avelina.

Mauricio estuvo a punto de partirle la boca, pero se reprimió, y el otro siguió con voz meliflua:

—No, si tener un héroe en la familia no nos va mal..., has desatendido a la mujer, al hijo y la fábrica, pero aquí estaba yo para ocuparme de todo. ¡Pero ahora has vuelto y yo me debo al negocio! Mientras este chico mío esté haciendo el perinchinito en Roma, tengo que cuidar el Vapor Prat, ahora te toca a ti ocuparte de lo tuyo.

Se repantigó en su asiento, se calló. Sin darse cuenta, atraído por el magnetismo de esa voz,

Mauricio al fin abrió los ojos. El suegro no se sorprendió en absoluto ni hizo espavientos.

—Haz lo que quieras, no te voy a obligar, ya eres mayorcito y mi hija, mal que bien, podría tirar con las rentas del capitalito que le dejó su madre, porque ya ves tú que lo de Aguilar es miseria y compañía. —Guiñó los ojos y se dio cuenta de que había metido la pata, porque mientras el hijo heredaba una fábrica boyante con cuatrocientos cincuenta obreros, Aguilar había sido la dote de Conchita—. Cuidado, que bien administrado no digo que aquello no vaya bien... En tiempos de mis abuelos, en paz descansan, proveíamos de almendra a las turroneiras más nombradas, competíamos con Alicante.

Se detuvo, volvió a toser, sacó un cigarro ya liado de una petaca de piel de cerdo, lo encendió parsimoniosamente, echó el humo en una larga voluta y añadió como quien no quiere la cosa:

—O sea, que tú decides... —Sonriendo con marrullería, disparó el último cartucho—: Ahora, claro, no te olvides de que la fábrica tiene una deuda con el Banco Sabadell que hay que pagar.

Mauricio, que lo escuchaba distraídamente, se sobresaltó. ¿Una deuda? Su espíritu burgués de buen pagador afloró al instante y pronunció las primeras palabras en seis semanas:

—¿Hemos pedido dinero?

El otro rio socarronamente:

—Claro, si no, ¿cómo crees que se ha podido comprar este piso, los muebles, pagar el servicio y encargar la última partida de lana de Béjar? —Sonreía levemente, sabiendo a su yerno ya atrapado en la trampa—. Y si no se paga, habrá que vender..., eso tú mismo. Si te quieres dedicar al textil, eres listo y lo llevas en la sangre. Además, tienes relaciones y una empresa que puede beneficiarse del momento en que vivimos, ¡a río revuelto, ganancia de pescadores!

Celebró con risotadas esta frase vulgar. Mauricio frunció el ceño asqueado.

—Pero si no quieres, vende. Mira, los Tamburini están intentando ampliar el negocio. Y dedícate a hacer el héroe y enchúfate en Gobernación, en algún puestecillo... Hasta puedes estudiar esa carrera que no sirve para nada, parece que a los que habéis combatido os van a regalar los títulos universitarios. ¡Pero acuérdate de que no estás solo!

Mauricio hizo un esfuerzo por comprender, las aspas de su cerebro empezaron a girar como un mecanismo largo tiempo inactivo; se incorporó un poco en la cama, pero el suegro fingía no verlo y prosiguió tranquilamente:

—Tienes mujer, un hijo, los que vendrán después... Tu madre y tu hermano viven contigo y también dependen de esta fábrica, pero no es solo eso. Mira, Mauricio —el suegro apoyó los codos en las rodillas, cambió su voz, por un momento se descorrió la cortina y pareció vislumbrarse un ser noble y decente, que hablaba incluso con cierta timidez, estrenando palabras que seguramente nunca había pronunciado—, ¿cómo te lo diría? La sangre y la piel de esta tierra no eran los reyes, no son los falangistas, ni los de la Lliga, ni los carlistas, ni la Generalitat, ni los de Franco. ¡Somos nosotros los que sacamos esta tierra adelante, los amos, los hombres de empresa!

Se golpeó el enorme pecho, que hizo un ruido de caverna.

—¡Todas estas pobres familias muertas de hambre, que se han puesto en nuestras manos, dependen de nosotros! Han venido de su tierra para encontrar un futuro y nosotros somos responsables de dárselo, ¡son mis hijos también!, ¡y los tuyos!

Le hundió el índice en el centro del costillar. Mauricio lo miraba con el mismo asombro que hubiera sentido al oír hablar a la Virgen de escayola.

Intentó objetar:

—Pero a usted sus obreros intentaron matarle, darle el paseo...

Prat movió la mano, como si se tratara de una chiquillada, y habló enternecido:

—Los convencieron, ellos son buena gente, pero muy ingenuos... Yo no voy a tomar represalias, ya se lo he dicho al Marcet, el alcalde de Sabadell: el que quiera quedarse, que se quede. ¡Ahora, eso sí, trabajando como bestias!

Otra chupada voraz al cigarro, su corpachón entero parecía aspirar el humo. Mauricio iba a llevarle la contraria, pero lo detuvo con un gesto; ahora que se había decidido a hablar, quería vaciarlo todo:

—Los que tenéis estudios y habéis ido al frente no habéis luchado para defender esta tierra, o la libertad, ¡qué va, hombre!, eso déjasele al *proletariado*, ellos son unos inocentones que se creen cualquier paparrucha. Tú lo has hecho para divertirte, para huir de tu mujer y de tus responsabilidades y porque no sabías qué hacer con tu vida. Pero los que nos hemos quedado aquí, los obreros y los amos, codo con codo, no hemos mantenido la persiana subida y la tienda abierta para que ahora vengáis con romanticismos porque habéis ganado una medallita y os llaman héroes. ¡Despreciáis lo que hemos hecho y lo que somos! ¡Lo hemos conservado para vosotros, para vuestros hijos!

Se hizo el silencio. Un silencio ominoso, pesado como una losa.

El suegro resopló y volvió a ser el de siempre. El arrebató había pasado y regresó el hombre pragmático, cínico y elemental que una vez le había confesado a su yerno con total seriedad que sabía de buena tinta que Gaudí era un enviado del infierno, que Greta Garbo era un hombre en realidad y que la tierra era plana.

Permanecieron callados unos minutos. Al final el hombrón se levantó, se frotó las manos una contra otra, como lavándose las, luego las sacudió y dijo:

—Mira, yo como Herodes.

Y Mauricio tuvo que contenerse para no lanzar una de esas risotadas tristes mojadas en lágrimas. Y después:

—Adeu, yerno. Ahora eres el amo. Tú verás lo que haces.

Mauricio se quedó solo pensando en la conversación que acababa de mantener con su suegro. De todo lo que habían hablado se le había grabado una frase, «lo llevas en la sangre». Lo mismo que le había dicho su padre.

La sangre es más espesa que el agua. Y esa sangre empezó a circular, primero poco a poco, luego torrencialmente. Le fluía una energía especial, una corriente eléctrica desde los pies hasta la cabeza que no podía explicarse, se incorporó y le gritó a su madre:

—Mamá.

—Dime, carinyet, ¿quieres un yogurcito? Lo acaban de traer.

Pero ya, febril e impaciente, había echado los pies fuera de la cama, se arrancaba la chaqueta del pijama y gritaba:

—Ni yogurcitos ni hostias, perdone, mamá. —Se iba hacia el armario—. ¿Pero qué trajes hay aquí? A ver si me sirven aún.

Descartaba una chaqueta de cuadros, demasiado vistosa, un traje azul cielo, un gabán tirolés. Al final la madre, con pasos silenciosos, se acercó llevando en una percha un traje oscuro de tres

piezas y un sombrero en la mano.

—Toma, era del papá..., es de tu talla.

Mauricio lo miró, dudó un instante y empezó a desnudarse exigiendo:

—Tráigame la cartera. Sí, claro, la que llevaba él... Dígale a Miquel que se ha acabado hacer el gandul. ¿Aún no nos han devuelto el coche? Que la chica baje a parar un taxi... Llame a Molins, dígale que voy ahora a la fábrica, a los talleres, no al despacho. Que no avise a nadie.

La madre rezongó:

—Te vas a poner perdido con el barro que hay siempre allí.

Se sentó en la cama para calzarse, tuvo que ponerse sus antiguas botas de colegial porque sus pies deformados por las largas marchas no cabían en los zapatos del padre, y aún pidió gruñón y malhumorado:

—Y dígale a Conchita que vuelva. Y que abran la casa de Sitges. Que iremos el domingo.

La madre protestó:

—¿Cómo vais a ir? Ya sabes que la ocupó ese que llaman Líster, estará todo por hacer.

Y desde el descansillo, poniéndose el sombrero, hablando para sí mismo, Mauricio corroboró:

—Sí, está todo por hacer. Más vale que empecemos.

En el portal se había colado una chiquilla andrajosa con un ramo de margaritas, cogidas seguramente de algún arcén. Buscó una moneda en el bolsillo, se puso la flor en el ojal y silbó una melodía mientras subía al coche, tan destartado que parecía que fuera a desmoronarse en cualquier bache del camino. Las ventanillas no podían cerrarse, pero a Mauricio no le importó. Aspiró profundamente y le dijo al taxista:

—Qué buen tiempo hace.

Llovía y venteaba, pero el hombre le contestó filosóficamente:

—Lo que usted diga, jefe.

Molins esperaba a Mauricio en el enorme patio interior, junto a la majestuosa chimenea de treinta metros que dominaba la fábrica y se veía desde el otro lado del río y más allá. Estaba algo inquieto y se metía el dedo entre el cuello almidonado de la camisa y la garganta como si no pudiera respirar bien. Tenía la cara pálida y sin arrugas, del hombre que no ve jamás la luz del sol ni está a la intemperie, aunque no parecía joven, sino de una vejez artificial, como si llevara una máscara. El bigote y las cejas negras resaltaban como si estuvieran pintados. Llevaba un traje de buen material, pero de corte anticuado, y a Mauricio le extrañó que ahora hablara castellano, eso sí, con el fuerte acento de la tierra.

—Buenas tardes, señor Casanovas.

El ruido ensordecedor de las máquinas obligaba a que toda conversación tuviera que mantenerse a gritos. Y Mauricio, que ya iba a darle un abrazo, Mauricio, que había sido Maurisiet y había jugado muchas veces con los lápices de colores que Molins guardaba en un cajón solo para él, se dio cuenta de que, como en la monarquía inglesa, la corona pasaba del rey padre al rey hijo mediante la muerte, y se sintió vagamente entristecido. Y supo que, si no se ajustaba al papel, decepcionaría al encargado y al pequeño grupo que lo acompañaba. Suponía que uno de ellos, que iba de sport, con una americana príncipe de Gales, debía de ser el ingeniero. Los otros dos eran jóvenes, estaban nerviosos, llevaban chaquetas de pana y las gorras en la mano. Así que, como se esperaba del amo, se limitó a estrechar sobriamente la diestra que le tendían:

—Buenas tardes, Molins... y la compañía. ¿Cómo ha ido todo?

El hombre tragó saliva, su nuez se movió arriba y abajo. Aquel era el Molins que había encontrado a su padre muerto en el despacho. Y si la fábrica, el negocio, seguía en pie era gracias a él. Pero todo en sus ademanes, en la nuca algo inclinada, en esa media reverencia que mantenía constantemente delante de Mauricio, en ese mirar oblicuo, delataba al subordinado.

En los primeros tiempos de la sublevación militar, los de la FAI se habían apresurado a ocupar las fábricas. Al amo de Curtidos Industriales, un hombre duro que se había hecho a sí mismo, del que se decía que incluso azotaba a los operarios díscolos, lo llevaron a la checa de San Elías y lo fusilaron el 22 de noviembre de 1936. Los anarquistas que fueron a Casanovas se enteraron de que el dueño se había pegado un tiro, dijeron que les había ahorrado trabajo y se apresuraron a echar a los responsables y ponerse ellos mismos como jefes y en las máquinas con el pretexto de que «los patronos han sido facciosos y han abandonado la empresa». A eso lo llamaban *colectivización*.

Cuando necesitaban dinero para comer, porque no se permitían ningún lujo, lo cogían de las cajas registradoras. Cuando se acabó el dinero en las cajas registradoras, reventaron las cajas fuertes; cuando se acabó este dinero, lo cogían directamente de los clientes; cuando se acabaron los clientes porque se acabó el suministro, se limitaron a charlar, dar mítines, montaron un

gimnasio en el patio y una escuela en una de las naves, y leían a gritos los poemas de Salvat Papaseit:

*Res es mesquí  
i cap hora es isarda.*

Como es natural, pronto reinó el caos, no solamente en Casanovas, sino en todas las empresas que ocuparon estos hombres primitivos, atroces e ingenuos a la vez, que proclamaban que la propiedad era un robo y que «nosotros no somos anarquistas para envilecernos con once horas de trabajo diarias. Y no aceptamos órdenes de ningún burgués».

Y la Generalitat se dio cuenta de que, si no quería que toda la industria de paños de Cataluña se viniera abajo, necesitaba el mismo personal especializado que la había llevado toda la vida, y puso al frente a los antiguos capataces, eso sí, degradándolos en el carné sindical a «obreros manuales». Lamentablemente, los operarios o habían muerto, o estaban en el frente, o habían huido, y se tuvo que recurrir a individuos muy mayores o a niños, torpes y distraídos.

Prat, que estaba en París y desde allí mangoneaba su fábrica a través de sus hombres de confianza, le pidió a Molins que mientras Mauricio estuviera en el frente lo mantuviera al tanto de la marcha de Casanovas e Hijos. Y Molins siguió haciendo lo de siempre, sacar el máximo partido del trabajo de todos, e incluso se atrevió a pedir una máquina para lavar y una abrillantadora, que le fueron servidas a los dos meses.

En diciembre del 38, sabiendo ya quién iba a ganar la guerra, Prat y otros patronos del textil aparecieron subrepticamente en Barcelona y, guardando un mínimo de precauciones, volvieron a ponerse a los mandos de sus empresas. La primera orden fue: «Antes de nada, echar petróleo en todos los rincones para despiojar las naves».

Y Molins, ahora, con satisfacción no disimulada, se disponía a enseñar a su legítimo amo la fábrica que tan bien había conservado en los casi tres años de guerra.

A Mauricio le parecía admirable, y al mismo tiempo monstruoso, que ese hombre que se había sacrificado hasta límites inhumanos ahora volviera a ser un simple empleado suyo y que, si le diera la gana, podría despedirlo en ese mismo instante y nadie iba a reprochárselo.

Ese hombre le había dicho algo que no había oído, pero esperaba su respuesta. Lo hubiera abrazado, pero se limitó a un gesto adusto que copió de su padre y dijo:

—Muy bien, Molins, gracias por todo.

Empezaron el recorrido por la fábrica.

—Ya sabe que tenemos la zona de mojado y la zona de seco.

Como advertía su desconcierto, señalaba una nave:

—La sección de hilado, a ver si podemos recuperar la producción de antes de la guerra.

Pero Mauricio apenas atendía a las explicaciones:

—Hemos producido 250.000 kilos de lana el último año...

Mauricio agitó la mano porque le parecía una barbaridad:

—¡Coño!

Molins se encogió de hombros:

—Es poco, tenemos que llegar a los 400.000, pero como no podemos cambiar las máquinas de hilar continuo por las selfactinas... —Seguía mostrando las distintas dependencias—: Los almacenes los hemos tenido que instalar donde antes estaban los garajes de los coches, y donde

estaban los almacenes, montar las naves de tintes y aprestos, aquí están ahora las prensas hidráulicas...

—¡Las tundidoras!

Molins rio bonachonamente, pero Mauricio sintió sobre sus hombros la sorpresa del ingeniero ante su ignorancia y la desaprobación de los otros hombres.

—No, aquí es donde enfardamos la lana y...

La nave era enorme, con ventanales inmensos para aprovechar la luz natural, y a Mauricio se le perdía la mirada en unas nubes leves que se deshilachaban en el cielo azul pálido, por encima de los cipreses del cementerio que coronaban la riera y hacia las montañas donde había un resto blanco, quizás nieve.

Hacía mucho tiempo que no iba a esquiar. Bajando por las pistas de La Molina se había roto una pierna cuando era pequeño y su madre le había hecho una funda de ganchillo para cubrir la escayola.

—Ahora llega la lana muy sucia, la mitad queda inservible y...

La voz monótona de Molins le provocaba desazón y al mismo tiempo una extraña amargura. Porque se daba cuenta de que, por mucho que lo intentase, ya no podía sentir aquella fascinación que le recorría el cuerpo cuando era pequeño y observaba a su padre que, con un vistazo, sabía detectar qué hombre trabajaba bien y qué máquina estaba a punto de estropearse. Le parecía entonces que esos saberes eran la base del mundo..., ¡qué insignificantes le parecían ahora!

Con un ademán obsequioso, creyendo complacerle, Molins le dio paso a otra nave y exclamó, como el prestidigitador que saca un conejo de la chistera:

—¡Y aquí sí están las tundidoras!

Miró aquellos enormes artefactos, manejados cada uno por un operario, que vigilaban que la altura de la lana fuera uniforme. Eran hombres o muy jóvenes o muy viejos, con un cuerpo esquelético que bailaba dentro de los monos descoloridos.

Algunas máquinas estaban paradas y cubiertas con una sábana. Se creyó obligado a decir:

—¡Caray!

No sabía muy bien qué se esperaba de él. Molins proseguía incansable:

—Cuando recuperemos la marcha normal, tendremos que comprar una tundidora de tres cuchillas, como la de los Grau, que deja la lana mucho más pulida.

—Claro, claro.

Mauricio cabeceaba, le iba invadiendo un cansancio extremo y deseó haberse quedado en la cama. ¡Qué estupidez había hecho levantándose!

La energía que creía sentir tan solo un par de horas antes se había desplomado como un castillo de naipes. ¡Todo era culpa de su suegro! ¡Su suegro y sus discursos patrióticos!

Piensas así, y de pronto un día te pegas un tiro.

Un olor repugnante, mezcla de química y grasa, lo golpeó casi físicamente y no pudo evitar llevarse un pañuelo a la nariz. Pero con voz apagada pudo decir, esta vez sin temor a equivocarse:

—La sección de tintes y aprestos.

Como si hubiera acertado la fórmula química del oro, Molins aplaudió obsequiosamente:

—Sí, señor, sí, señor.

Pero Mauricio ya no lo escuchaba, porque llegaban al lavadero, que era su nave preferida desde que se escapó una vez del despacho, cuando tenía diez años. Aquí solo trabajaban mujeres, que se sentaban descuidadamente, las batas azules dejaban ver la carne desnuda. A pesar del frío que hacía fuera, tenían cercos de sudor debajo de los brazos. Se hablaban, por encima del ruido, a

gritos chillones como una bandada de gaviotas. ¡Aquí había nacido su fascinación por las mujeres! Había algo amenazador en ellas, y por primera vez su sangre había fluido a borbotones desde su corazón hasta su vientre; ellas lo notaron y hubo de regresar corriendo al despacho perseguido por sus locas carcajadas.

Ahora eran otras, naturalmente, pero ejercían sobre su cuerpo el mismo poder que entonces. Pero ya no era un niño, y lo miraban de reojo de arriba abajo, sopesándolo, haciendo cálculos con una sabiduría milenaria que no se enseñaba en los colegios, mientras proseguían sus movimientos mecánicos... Algunas parecían ancianas, aunque Mauricio sabía que tenían apenas cuarenta años. Otras eran casi niñas, entraban con catorce años, pero muchas veces falsificaban su edad y se notaban sus pechos planos debajo de las batas. Otras eran jóvenes y jugosas, y dentro de sus corazones románticos soñaban que podrían casarse con el hijo del amo, como pasaba en las novelitas de Pérez y Pérez que leían en voz alta por las noches en sus casas.

Su padre se lo había advertido muchas veces: «A todas esas les gustaría pescarte, intentarían comprometerte. ¡Si yo te contara! Pero ese género no se toca, ¡el gran disgusto de mi vida sería que te liaras con una de estas bandarras!».

Ellas sabían que el hijo del amo ya era el amo, y que ya no podían casarse con él, porque ya se había casado. Pero aún había otro camino... Cualquiera cosa era mejor que estar atada a esta máquina embrutecedora y convertirse en cuatro años no en su madre, sino en su abuela. Además de que el amo era muy guapo.

El chapoteo del agua, el ruido de los telares, el tintineo monótono de las lavadoras y, sobre todo, la mirada del dueño las hacían trabajar más deprisa. Cada vez más rápido, como si fuera una competición, y Mauricio se sintió angustiado y tuvo ganas de pedirles calma. Solo una de ellas siguió con su ritmo cadencioso, pausado. Estaba sentada algo apartada de las demás, sugerente y solitaria, con las piernas abiertas, la bata desabrochada casi hasta la ingle, un mechón de pelo le caía sobre los ojos y ella se lo apartaba con el brazo.

En la axila brillaba un puñado de vello oscuro y apretado. Notó que Mauricio la miraba y sonrió. Tenía una pequeña mella entre los dientes delanteros, y al sonreír se orientalizaban sus ojos y sus pómulos se acentuaban, dándole un aspecto exótico y misterioso. Tenía las facciones de una mujer, con la malicia traviesa de una chiquilla. Brillaban tentadoras sus pupilas negrísimas.

Su cambio de ritmo hizo aminorar la marcha de las demás mujeres y Molins miró con severidad a la operaria. La mujer dejó de sonreír lentamente, cerró la boca y su rostro adquirió la belleza severa e inaccesible de una Virgen de estampa. Mauricio se sorprendió al percibir que estaba pensando que acostarse con esa mujer sería como hacerlo con dos mujeres; se estremeció. Y Molins le cogió el brazo y se lo oprimió, un contacto físico que nunca se hubiera atrevido a mantener con su padre. Y por ese gesto, y también por lo que había pensado sobre esa muchacha, se dio cuenta de que, por mucho que lo intentara y se engañara a sí mismo, nunca iba a ser como él.

Hizo un gesto seco de cabeza en dirección a ninguna parte y se dejó dirigir por Molins. Pasaron rápidamente por desmote y acabados. Ahora Mauricio no veía la hora de irse, sentía un fastidio abrumador que le enervaba. Cuando iba a despedirse pretextando su mala salud, Molins propuso con nerviosismo:

—¿Le parece que vayamos a las oficinas para tomar un refrigerio?

La pequeña comitiva estaba pendiente de sus más mínimos gestos, el ingeniero se había puesto a su lado para que se diera cuenta de que no tenía que ver con los otros dos hombres, con el atuendo entre obrero y oficinesco. Uno de ellos le sonreía con cara de conejo, con cierta

complicidad. Al darse cuenta de que Mauricio no lo reconocía, empezó a hacer molinetes con un bastón imaginario y se puso a caminar como un pato, con las puntas de los pies hacia fuera.

Mauricio chasqueó los dedos súbitamente iluminado:

—¡Charlot!

¡El boina roja que tanto los había hecho reír en las trincheras imitando a Charlot! Le avergonzó no recordar su nombre y se acercó para darle un abrazo, que el otro recibió rígidamente. Mauricio balbuceó:

—Pero, hombre, ¿por qué no me has dicho que eras tú? Ya sabes que he estado malo, tengo la cabeza ida.

El chico clavó con timidez la vista en el suelo.

Molins apartó a su jefe y fingió enseñarle una cristalera que había quedado dañada por un artefacto casero, y aprovechó para decirle en voz baja:

—Se llama Batista.

El otro operario observaba la escena con expresión hosca; se adivinaba que era un colérico contenido y tenía un vago parecido con alguien, pero Mauricio no acertaba con quién. Al subir las escaleras, se dio cuenta de que cojeaba.

Con un immaculado pañuelo blanco, Molins se secó las sienes sudorosas y le hizo un gesto al ordenanza para que abriera la puerta.

—Buenas tardes, señor Casanovas.

El hombre llevaba una bata gris hasta los pies, pero Mauricio tampoco recordaba su nombre y se limitó a parpadear. Además, sin quererlo, la visión de la oficina le emocionó. Las paredes con su empapelado verde oscuro y granate, los anaqueles hasta el techo con los libros de registro, los archivadores metálicos, el escritorio de persiana sobre el que dibujaba cuando su padre lo traía los domingos, cuando le habían llamado porque se había estropeado una máquina o porque un cliente extranjero quería girar una visita por los talleres...

En la pared, la fotografía de Alfonso XIII visitando la fábrica en 1904, inaugurando la pasarela sobre el río Ripoll que hoy todavía se utilizaba, aunque la mayoría de los trabajadores prefería atravesar a pie el cauce del río, casi siempre seco. Molins explicó:

—La guardé en un cajón y la saqué ayer.

Había también un retrato de Caruso con una dedicatoria y otro de su padre. Con una banda negra. Serio y triste. Si se miraba bien, ya tenía cara de muerto.

La fotografía de Cambó, que había presidido el despacho durante veinte años, había desaparecido; Molins y Mauricio intercambiaron una mirada de connivencia.

Merceditas, la secretaria de su padre, no sabía si darle la mano o hacerle una reverencia, pero Mauricio la abrazó impulsivamente, sintió su cuerpo deforme entre sus brazos, pero se emocionó porque olía a goma de borrar, a alcanfor, a perfume Maderas de Oriente y a caramelos de miel. Olía a su infancia. Siempre que lo veía, cuando era niño, le daba un caramelo de miel de La Colmena. Mauricio no se atrevía a decirle que no le gustaban y cuando podía se los sacaba de la boca y los metía detrás del armario. ¿Todavía permanecerían ahí, donde había estado el cuadro de Cambó, un amasijo pegajoso que se endurecía como si fuera ámbar?

La mujer se ruborizó hasta la médula con el abrazo a pesar de que debía andar por los cincuenta años:

—¡Ay, Maurisiet, cuánto ha pasado...! Perdón —la mirada de reconvención de Molins la advirtió—, señor Mauricio.

Sobre la mesa había unos vasos y Merceditas, con los ojos húmedos, intentó abrir una botella

de vino espumoso de Badalona. El ingeniero la cogió, la descorchó con destreza y todos brindaron:

—¡Por Casanovas!

Mauricio advirtió que Molins tenía la garganta tan agarrotada que no pudo beber y se limitó a dejar la copa sobre la madera. Carraspeó. Había llegado la hora de los discursos y Mauricio adoptó una expresión benévola y patricia. Cabeceó, se sintió como si tuviera setenta años y también le hubieran puesto una banda negra, como en la fotografía de su padre.

Molins tenía una mirada anómala, extraviada:

—Señor Mauricio, yo quería decirle que he mantenido la fábrica, con la ayuda de su señor suegro, es verdad, porque era mi obligación, pero también mi deber... —el hombre, poco acostumbrado a perorar, se embrollaba—. Espero que todo esté de su gusto, lo he hecho lo mejor posible.

Lagrimó. Mauricio iba a decir algo, «no es necesario..., le agradezco...», pero Molins levantó la mano, estaba lanzado y no quería que lo interrumpieran:

—Si yo le contara las humillaciones que he sufrido...

El chico de expresión colérica tosió, Molins le dirigió una breve mirada de disculpa y prosiguió:

—No, no, dejemos eso, pero yo querría pedirle un favor. —Mauricio se dio cuenta de que el encargado iba a decirle algo serio, apeó la sonrisa, dejó la copa en la mesa y lo miró interrogativamente—. Usted sabe que tengo cinco hijos.

Mauricio no tenía ni idea y se asombró de la capacidad reproductora de aquel hombre que estaba al servicio de la fábrica veinticuatro horas diarias, pero asintió:

—Sí, claro, claro.

—Todos son grandes chicos, su señor padre me había prometido meterlos en el negocio, el mayor estudiaba Ingeniería, y los otros iban a los frailes... Hasta las chicas querían ir a una escuela de comercio para entrar en las oficinas. ¡Casanovas siempre ha sido nuestra familia y nos ha dado amparo!

Mauricio sonrió bondadosamente, aunque empezaba a invadirle un tedio cósmico que le subía por las piernas y se abría paso en su garganta en forma de un bostezo monstruoso; contrajo tanto las mandíbulas que creyó que se le iba a romper alguna muela, porque Molins había cogido carrerilla y no quería ofenderlo:

—Aquí en Sabadell no hemos sufrido tanto como en Tarrasa o Barcelona, solo dos bombardeos, fíjese usted, pero ningún muerto, ya es mala suerte.

Volvió a sacar el pañuelo del bolsillo y se sonó largamente. Mauricio primero se extrañó por el comentario, pero luego se inquietó, ¿habría perdido la cabeza? O, algo peor, ¿iría a pedirle dinero? Ahora liquidez no tenía, aunque él no iba a ser tan canalla de negarle una ayuda. De forma instintiva se tocó el bolsillo, se dio cuenta de que el chico que no era Batista lo miraba burlonamente y fingió que buscaba su petaca de tabaco. Pero Molins proseguía, con la vista clavada en la mesa:

—Ningún muerto aquí, hay que ir a Barcelona para dejarse matar.

El hombre se había puesto lívido y parecía que se fuera a caer al suelo. Mauricio se alarmó:

—¿Pero entonces usted...?

—Sí, mi chico mayor, el que iba para ingeniero, y el pequeño, el Joaquinet, fueron juntos a Barcelona a una reunión de los *boy scouts* y les cayó encima la bomba de la calle Balmes.

Con el dedo índice, rabioso, se quitó una lágrima. Mauricio masculló algunas palabras

precipitadas:

—¡Cómo!, no sabía, perdóneme, Molins, ¿cómo no me lo había dicho?

Pero el otro hizo un gesto para cortarlo:

—No, si era normal que no lo supiera, bastante tuvo usted cuando pasó lo que pasó; pero, claro, otro de mis chicos, el segundo, que su padre tuvo la deferencia de apadrinar, con solo diecisiete años se escapó de casa y se fue con ese García Oliver y sus Aguiluchos a pegar tiros al frente de Aragón... ¡Menos mal que lo hirieron a los pocos días, porque no sabía diferenciar el cañón de la culata!

Se oyó una voz de protesta, Mauricio miró fijamente al joven de expresión iracunda que cojeaba, sí, ahora reparó en el parecido con Molins. El ahijado de su padre.

¡En Aragón! Estuvieron quizás frente a frente. El chico alzó la vista y lo miró sin jactancia, pero también sin miedo. De igual a igual. Los dos habían luchado por su vida y matado quizás. La guerra los había hecho iguales.

Mauricio se sintió incómodo en su papel de vencedor y de amo de la empresa, como si fuera un impostor. ¡Qué caray! Pero así era la vida, mala suerte, camarada. Se sacudió las solapas, irguió la cabeza. Molins prosiguió:

—Está tan mal que no ha podido ni irse a Francia. Yo le conté que el hijo del amo..., que el señor Mauricio, perdón, lo iba a amparar. Dicen que es un desafecto y que lo van a meter en la cárcel, y está empeñado en huir como sea, pero tiene un costurón de aquí a aquí —se señaló desde la ingle hasta el pecho—, pero usted podría... —No pudo seguir, lloraba inconsolablemente—. Es que mi mujer, si pierde otro hijo..., ¡no sé qué será de nosotros!

Mauricio miró a aquel hombre que le había servido tan lealmente durante tantos años, que, mientras su familia se hundía, cuidaba de un negocio que nunca sería suyo, y le invadió una congoja sincera y vehemente que no había sentido siquiera cuando había muerto su padre. Un peso sobre el corazón, una impresión extraña, de vergüenza también. Lo abrazó con torpeza y le dijo:

—Claro, Molins, no se preocupe, por Dios, eso está arreglado.

Fue un momento incómodo para ambos, porque, aunque el sentimiento era auténtico, los gestos resultaban artificiosos. El padre al final se zafó y le propinó un empujón al hijo, que, huraño y cariacontecido, masculló un gracias que sonó como un escupitajo. Sin saber qué decir, Mauricio le preguntó:

—¿Dónde te hirieron?

Y el otro contestó con arrogancia:

—En la sierra de Pandols.

La columna de García Oliver había salido de Barcelona en el mes de agosto de 1936 y los combates de Pandols se dieron en el otoño de 1938, o sea, que no habían sido solo unos días los que había luchado el chico. Y el bombardeo de la aviación italiana sobre el cruce de la calle Balmes con la Gran Vía había tenido lugar el jueves 16 de marzo de 1938, a las dos del mediodía, o sea, que tampoco era cierto que el chico se hubiera alistado como venganza por la muerte de sus hermanos, como le había dicho Molins, que bajó la vista avergonzado por tener que recurrir a estas mentiras para que la falta pareciera menor, él, que era el hombre más íntegro del mundo. Pero Mauricio fingió no haberse dado cuenta y, mientras se ponía los guantes, preguntó distraídamente:

—¿Y cómo te llamas?

Y fue Molins el que contestó:

—Su padre quiso darle su nombre. Se llama Juan, pero todos le llamamos Juanón.

Salieron, el cielo se había ensombrecido. El Ripoll, generalmente un río doméstico y manso, bajaba algo turbulento, de sucio color marrón, arrastrando matojos y basura. Al lado del muro donde estaba escrito Casasnovas e Hijos, Aprestos, Desmotes, Tintes y Acabados, con letras enormes, un grupo de hombres desharrapados y renegridos, con alpargatas rotas, los observaba en silencio. Antes de subir al taxi, con el pie en el estribo, aún le preguntó a Molins:

—¿Son pordioseros?

—No, son murcianos que han venido huyendo de la miseria. Esperan que les demos trabajo. Cuando nos empiecen a servir género, habrá para todos.

Con curiosidad preguntó:

—¿Y dónde viven?

Pero fue Juanón el que contestó con un raro encono:

—Si han venido con las familias se meten en las cuevas de San Olegario. Si están solos, duermen al lado de la fábrica, en cualquier sitio, para ser los primeros por la mañana.

Sonó un timbrazo agudo y Mauricio miró su reloj: las siete y media. El personal de día acababa su turno. Con un vago anhelo que no pudo explicarse, observó la puerta de salida de los operarios. Las primeras fueron las mujeres. Iban cogidas del brazo en grupos, con las fiambreras en la mano, parlotando en tono cansado porque llevaban once horas en las máquinas.

Una de ellas era la que le había sonreído en el taller de lavado. Percibió que era baja, y llevaba una rara capucha tapándole el pelo; había cambiado la bata por una gruesa pelliza que le venía grande. Calzaba botas de hombre, calcetines cortos y las piernas desnudas, pero eso no la masculinizaba, al contrario, le confería una sensualidad turbadora, primaria. La compañera le contaba algún suceso divertido, pero ella estaba seria, y seria lo miraba. Mauricio oyó la voz del padre, «cuidado, que ese género no se toca», «esas bergantas solo te traerán líos», «son descaradas y viciosas», y sintió un puñetazo en el estómago. Y a la voz del hombre muerto se superpuso la de Molins, que lo cogió de nuevo del brazo y lo riñó solo apretándose, y aún pudo ver la mirada socarrona del hijo que acababa de salvar de la cárcel o quizás de la muerte, ese Juanón que no le perdonaba su generosidad, y la mujer aquella de la que no sabía ni el nombre y que le dijo con sus ojos tristes y hechiceros: «Ya sé que eres de carne y hueso y que te he gustado».

Pensó en ir a casa, pero en el último momento le dijo al taxista que lo llevara al Círculo. En la puerta, repartió sus últimas monedas sueltas entre una tropa de niños mendigos que se dispersaron cuando abrió Gustavo, el conserje de siempre, que le cogió el sombrero y el gabán, le dio un resguardo, que se metió en el bolsillo de la chaqueta, y lo saludó como si se hubieran visto el día anterior.

—Buenas noches, don Mauricio.

Como si no hubieran pasado tres años de guerra, como si él no tuviera aún heridas en los pies y en el alma por todo lo que había visto, como si el Círculo hubiera sido una caja que se hubiera cerrado el 18 de julio y no se hubiera abierto hasta ese día... Por cierto:

—¿Qué día es hoy, Gustavo?

—Uno de abril, don Mauricio. ¿Su suegro está bien?

En el elegante vestíbulo se encontró a Pedro Bonmatí con su mujer, Elvirita. Aunque él se denominaba a sí mismo tratante de paños, su fábrica producía más género que todo el resto de

España. Iba con esmoquin, y su mujer, alta y aristocrática, vestía una especie de tubo apretado de color plata y llevaba unas plumas en la cabeza. Le estrechó la mano y dijo como disculpándose por el atuendo:

—Es que nos vamos al Liceo.

Mauricio preguntó ingenuamente:

—¿Qué echan?

El matrimonio se puso a reír al unísono y fue ella la que contestó:

—¡No lo sé!

Ninguno de los dos le preguntó cómo le había ido en esos años, y él tampoco les preguntó a ellos. Y se dio cuenta de que esa era la actitud. No hablar de la guerra.

—Hemos estado con tu cuñado en Roma. Su majestad lo quiere mucho.

Elvirita era marquesa y grande de España. ¿Hablar de aquel rey distante, del que nadie se acordaba, era hablar de la guerra?

No, de la guerra no había que hablar. Con nadie. Antes de entrar en el *foyer* estrechó algunas manos. Ramón Bertrand, que era de su edad e iba con uniforme del ejército de aviación, le dio un abrazo. Juan Antonio Samaranch, hijo de un empresario textil de Molins de Rey amigo de su padre, le propinó un puñetazo cariñoso en el hombro. Ni siquiera Jaime Bofill, más alto aún en ropa de calle, con el abrigo sobre los hombros y esa actitud desenfadada que tienen los hombres (ricos) de campo, le preguntó. Se limitó a comentarle:

—He pasado esta tarde por tu casa y tu madre me ha dicho que ya estás bien.

Cuando iba a contestarle, lo empujó una pareja muy bronceada que se reía como si fuera verano y estuvieran en la cubierta de un yate, y se precipitó de golpe en el *foyer*. Le llamó la atención la riqueza de la ropa, que hubiera muchos uniformes y alguna sotana, que los hombres sonrieran, unos de forma cínica y los otros de forma automática, y los ademanes desenvueltos de las mujeres, muchas fumaban y sostenían cigarrillos americanos con la mano enguantada hasta el codo. Pero advirtió brazaletes negros en las chaquetas masculinas, arrugas prematuras en hombres que no llegaban a los treinta años y una expresión dura en los rostros femeninos.

Se acercó a la barra; necesitaba urgentemente beber algo fuerte para quitarse el gusto dulzón del champany barato que había bebido en la fábrica. Le preguntó al barman con gravedad:

—Manolo, ¿tú sabías que en Badalona hacían champany?

El barman, Manolo, sonrió sin contestarle. Agitaba una coctelera, pero él prefirió un vaso de whisky solo, que apuró de un trago. Le dieron una palmada fuerte en la espalda que lo hizo toser. Era Vicente Eyre. Instintivamente dirigió la mirada a la camisa azul que se le veía debajo de la americana. Vicente musitó mirando para otro lado:

—No te creas, la verdad es que no tengo otra. —Llevaba colgada del brazo a una chica no muy joven, con el pelo corto como un hombre y un martini en la mano—. Mira, esta es Elisa.

Se dieron dos besos, ella se tambaleaba como si estuviera algo bebida, y Mauricio dijo maquinalmente:

—Qué guapa eres.

Vicente se rio:

—Pues su madre, que es viuda, todavía es más guapa. Pero no te la presento, que tú estás casado. ¿Cómo has podido hacerme esto, cabrón?

Y se volvió a la muchacha:

—Mauricio y yo estudiamos juntos Arquitectura y yo le decía, «espera, chico, que tengo cinco hermanas por colocar...». Pero va él y, hala, a casarse a los veinte años. Claro, con una

monada, ¡y millonaria!

La chica se rio tontamente, pero viendo que Mauricio se sentía violento, trató de cambiar de tema:

—¿Y cómo se os ocurrió matricularos en Arquitectura?

Mauricio se encogió de hombros:

—Yo, para fastidiar a mi padre. Él quería que estudiara Comercio en Mánchester.

Vicente, sin embargo, sonrió con algo de melancolía:

—Claro, tú has nacido con la fábrica puesta, no tienes que trabajar para ganarte la vida, pero yo soy hijo de juez y somos ocho hermanos.

El amigo fingió asombrarse:

—¡Pero si sois terratenientes y tenéis un pazo en Galicia que te mueres!

—¡Pero nos toca un ladrillo a cada uno! —Vicente reía de buen talante—. Mi padre es un obseso de la educación, nos ha hecho estudiar a bofetadas, hasta a las chicas. ¡Yo lo de Arquitectura lo tenía muy claro porque me gusta mucho dibujar!

—¿Y a qué te vas a dedicar profesionalmente? —le preguntó a Mauricio.

—Aún no sé..., quizás estudie Ingeniería.

Se encogió de hombros. Se ensombreció. Se miraron con miedo. El recuerdo oscuro de la guerra pasó un momento por los ojos de ambos, pero Jaime Bofill apareció de pronto, agarró a Mauricio y a Vicente por el pescuezo y le dijo a la chica en su pintoresco hablar discontinuo:

—Estás con los tíos más guapos de Barcelona, ve con cuidado. —Desde su altura observó la coronilla de Vicente—. Oye, Eyre, que te estás quedando calvo.

—Sí, tengo que pescar a una rica antes de que esa catástrofe ocurra.

La chica protestó, pero nadie oyó lo que decía, porque en ese momento entraba Carlos Sentís, con su uniforme de alférez de regulares a pesar de que era periodista. Llegaba desde la redacción de *La Vanguardia* en la calle Pelayo, un periódico que desde el 27 de enero salía a la calle «al servicio de España y del Generalísimo Franco». Traía un papel entre las manos, un teletipo, lo agitaba por encima de su cabeza como si fuera una banderola y gritaba algo. Todos empezaron a chistar, se hizo el silencio, los que estaban a punto de irse volvieron a entrar y entonces sí que se oyó la voz de Sentís:

—Señores, la guerra ha terminado.

Y el papel empezó a pasar de mano en mano, «cautivo y desarmado el ejército rojo...», y Elisa se puso la mano en el pecho y solo dijo:

—¡Oh!

La mujer de Bonmatí, la marquesa, que arrastraba un abrigo de renard, se lo llevó a los ojos, porque le habían matado a dos hermanos en el buque Uruguay. Los dos Roviralta, los reyes del textil, que habían pasado toda la guerra en París, se abrazaron emocionados, sus mujeres empezaron a gritar, los camareros sacaron el champán de la Viuda que llevaban tres años guardando para este momento y empezaron a repartir copas y a escanciar el dorado y burbujeante líquido.

A Manolo, el barman, le temblaba ligeramente el pulso y solo Mauricio advirtió que una lágrima le resbalaba por la mejilla.

Juan Antonio Samaranch gritó con voz aflautada:

—¡Viva Franco! ¡Arriba España!

Algunos se sumaron, pero con poca convicción; aún no estaban hechos a este grito que tanto iban a oír en los años venideros. Y no creían tampoco necesario mencionar a ese general. ¡Total

iba a estar cuatro días!

Mauricio quiso ir a su casa. ¿Qué le esperaba allí? Ya veía el panorama. Su mujer seguramente ya habría llegado, se habría puesto su bata vaporosa de seda del *trousseau* que le habían bordado las monjas clarisas de Pedralbes y que él no había podido desgarrar la noche de bodas, aunque lo había intentado, como en las películas. No pudo dejar de decir con admiración: «Debe de estar hecho con género de Lyon, estos franceses, cuando se ponen, se ponen».

Al entrar en la habitación, la vería cepillándose el pelo frente al tocador, lo hacía cien veces cada noche, y cuando él se acercara y le besara el hombro, ella protestaría: «¡Mauri!».

Su madre se habría retirado discretamente a su habitación para dejarlos solos, Miquelet estaría rumiando su desencanto porque la guerra se había terminado y no había podido ser héroe como su hermano. Su hijo, el heredero de Casanovas, ya estaría durmiendo, el pulgar en la boca porque le acababan de quitar el chupete y lo echaba a faltar. Y de pronto aquel ambiente hogareño y tranquilo, el vago olor a eucalipto y repollo, la intimidad forzada con su mujer, le repugnó.

Una muchacha muy joven se le acercó, le rodeó el cuello con las manos y le dijo al oído con acento extranjero:

—Quédate, vamos a celebrarlo.

Vicente, que estaba abrazado a Elisa y mantenía en la mano una copa ancha de champán, la levantó y le guiñó el ojo.

—Me gustan mucho los *españoles*.

Le pareció que en un pasado remoto aquella criatura habría sido como Antonia, como la obrera de su fábrica..., era todas las mujeres. Estuvo a punto de decirle: «Bendita tú eres entre todas las mujeres».

Aspiró profundamente su olor, cerró los ojos, y sin querer dio un largo suspiro.

Y se quedó.

Los ligeros balandros navegaban en paralelo como barquitos de juguete, saltando sobre las olas. A la derecha, cerrando la línea de playa de Sitges, la elegancia algo trasnochada del hotel Terramar, que durante la guerra había servido de hospital de sangre, donde se atendía a los heridos que llegaban del frente. A la izquierda, el esbelto campanario de la iglesia parroquial parecía vigilar la arena plateada, tan deslumbrante que te obligaba a cerrar los ojos, para que no se cometieran tropelías e indecencias como llevar un traje de baño enseñando más de lo permitido.

Junto al espigón, las ingenuas casetas de madera y un grupo de alegres parasoles de rayas daban cobijo a los veraneantes. Los niños chillaban en la orilla, y se podía ver a las gaviotas descendiendo raudas al agua y levantando el vuelo con un pececillo agitándose en el pico.

El cielo era del azul de los cromos.

—Mauri.

—¿Qué?

—Ponme crema en la espalda.

—Déjame, collons, que estoy leyendo el diario.

—Va, no seas así.

Rezongando, Mauricio dejó *La Vanguardia* a un lado, «Aeroplanos alemanes lanzaron ayer bombas incendiarias sobre Escocia», se sacudió las manos de arena y cogió la caja de Nivea. Su mujer, sentada sobre la toalla de espaldas a él, se había bajado los tirantes del traje de baño, se veía la marca blanca sobre la piel enrojecida por el ardiente sol del mes de agosto.

Metió los dedos en la materia pringosa y empezó a untar la piel como si amasara pan. Conchita, que sujetaba el traje de baño con ambas manos cruzadas sobre el pecho, se quejó, no se sabía si de gusto o de dolor. Poco a poco la piel iba cobrando vida, se estremecía, respondía a la caricia, los dedos se hundían en la carne blanda como si fuera nata, a Mauricio se le erizaron los pelos del brazo y se encalabrinó. Se inclinó jadeante sobre el hombro de su mujer, echó su aliento caliente en su cuello y suplicó con voz enronquecida:

—Vamos a casa.

Conchita se retiró de golpe y lo miró con ojos abiertos hasta límites insospechados:

—Pero, Mauri, si acabamos de llegar. Y qué dirá el grupo..., irnos corriendo a... a... a..., como si fuéramos menstrales.

Con un gesto brusco Mauricio tiró el tarro de crema a un lado, se limpió con la toalla, cogió de nuevo *La Vanguardia* y se dispuso a leer incómodamente acostado sobre el pecho, ¡estos bañadores que lo delataban todo! Pasó de las páginas que informaban sobre la guerra europea a las de noticias nacionales, «El sindicato de los arroceros valencianos rindió un emotivo homenaje a la esposa del Caudillo».

Mientras, su mujer compartía miradas de conmiseración con sus amigas que, aunque fingían hablar entre ellas, vigilar a las niñeras y tomar el sol, no se habían perdido ni un gesto de esa

escena tan corriente del hombre cayendo en una de las torpes debilidades de la carne.

«¡Ay, este Mauri, tan encendido siempre!», pensaba Conchita. Aunque en el fondo se sentía envidiada: su marido era el más guapo de la colonia, el más triunfador. ¿O no había puesto en pie de nuevo en apenas un año el negocio, había reorganizado él solo el gremio de fabricantes e importaba lana a manos llenas? ¿No había sabido aprovechar la guerra mundial que había estallado el año pasado para colocar sus lanas en Alemania? ¿No habían contratado al decorador Manolo Muntañola para que arreglara el piso de Barcelona sin reparar en gastos? ¿No había conseguido adecentar la torre de Sitges en cuatro días, limpiando toda la porquería que habían dejado el tal Líster y sus secuaces? Por no hablar de que era un héroe de guerra, sí, mejor no hablar de eso.

¿Se le podía perdonar o no se le podía perdonar que fuera algo mujeriego? Vamos, que Conchita no sabía nada, pero en Madrid, adonde debía viajar todos los meses para pelearse con la fiscalía de tasas, decían que había unas fulanas de aúpa. Al menos, cuando regresaba de la capital venía más calmado, como si se hubiera desbravado, y Conchita podía dormir tranquila sin tener que someterse a las acometidas de su fogoso temperamento.

Pero tarde o temprano volvía a la carga, una carga, nunca mejor dicho, para la sufrida Conchita, que ya había contado mil veces cuántos cristales tenía la lámpara de Baccarat que colgaba del techo de su cuarto. Y cuando acababan, Mauricio se desplomaba a un lado y constataba con un punto de decepción: «Nena, a ti no te gusta cardar».

«No seas basto», le respondía ella.

Él se incorporaba sobre el codo e intentaba sonsacarla: «Pero, a ver, ¿no te resulto atractivo? ¿O es que no te gusta el hecho en sí?».

Ella se revolvió molesta, cogía un pañito que la tata guardaba para esos momentos en la mesa de noche, se limpiaba, y luego se sumía en un sueño tan profundo como el de las criaturas.

Una criatura o un animalillo.

Mauricio miraba sin ver la misma página de *La Vanguardia*, «las esposas de los arroceros entregaron un busto de Franco que representa sus rasgos y su genio, su grandeza y sus preclaras virtudes, y fue instalado en la sala de tapices», y se ponía a pensar que su mujer tenía la edad mental de una chiquilla.

Hombre, esto de que las señoras homenajearan a la mujer de Franco no estaba mal, tenía que proponérselo al gremio... Miró a Conchita y casi se rio, ¡esta pánfila trasportando un busto y dándoselo a Franco! Aunque en su caso, y siendo catalanes, no estaría mal que fuera una copia de la Moreneta, ay, perdón, de la Morenita en el idioma del imperio. ¿Costaría mucho eso? La Morenita podía ser de yeso, ojo, no lo hacía porque fuera más barato, sino porque no veía a su mujer trasportando un bloque de mármol como un descargador del muelle.

La observó sin que ella se diera cuenta. Tomaba el sol de espaldas, y con las piernas muy separadas, la faldita del traje de baño se había empinado sobre la doble curva de las nalgas y se le veían los muslos enteros, algo gruesos arriba y con unos agujeros precursores de celulitis a pesar de que solo tenía...

¿Cuánto? ¿Veintiún años?

Se había quedado dormida, tenía las mejillas encendidas y la encontró enloquecedoramente distante. Un hilo de baba le resbalaba de la boca a la barbilla, tuvo un rasgo de ternura y estuvo a punto de limpiárselo. Se acercó y le dijo muy bajito:

—Conchita.

Ella alargó el labio superior como un cachorro de tapir, pero fingió que no lo había oído.

Se conocían desde pequeños. Un día eran niños y se ignoraban mutuamente y al otro Conchita era mayor, reía mucho y se dejaba meter mano. Un día llevaba unas trenzas largas unidas por la punta en la espalda con un solo lazo tornasolado y al otro día la veías con unas medias muy estiradas sobre las pantorrillas, a veces se inclinaba para atarse la tira del zapato, se le abría el escote y a través de la leve gasa de la combinación se transparentaban unos pequeños pechos palpitantes. Era de una procacidad ingenua y natural, como debería de ser Mowgli, el niño de la selva. Cuando se entregó a él por primera vez en la cuadra de Milord, la noche de verbena, sorprendido por su buena disposición, le había preguntado después:

—¿Estás arrepentida?

Y ella le había mirado con tal expresión de asombro que por un momento Mauricio dudó si esa mujercita, que no había hecho otra cosa en su vida que vivir entre algodones, mejor dicho, entre lanas, sabría discernir el bien del mal. Pero, con esa sagacidad que tienen los niños, que a veces aciertan, le dijo:

—Si nos vamos a casar, al fin y al cabo, ¿por qué vamos a esperarnos?

Y, tal como se lo contó a Vicente Eyre mientras tomaban un coñac en el bar de la Escuela de Arquitectura:

—¡Me hizo polvo! Mira, tonta tonta, pero sabía más que yo.

Un día precisamente que se saltó las clases y fue a verla al Polo, la encontró pálida y desmadejada en una butaca del bar, con la mano en el vientre y el pantalón de montar desabrochado. Le preguntó súbitamente alarmado:

—No estarás esperando.

Y ella le respondió con naturalidad:

—La tata me ha dicho que sí, porque no me venía «aquello». Yo no me había dado cuenta.

Al no tener madre la había criado su niñera, Sara, una gallega de Sobrado del Obispo fea como un mono, que estaba al tanto de los detalles más íntimos de aquella niña a la que quería con devoción perruna.

El suegro había sido muy claro cuando fue a pedirle la mano de Conchita:

—Chico, a mí me parece bien que os caséis porque sois de la misma pasta —nadie había hecho alusión, claro está, al embarazo de la nena ni al hecho de que la citada nena solo tuviera diecisiete años y Mauricio diecinueve—, yo siempre le he dicho a esta que se tenía que casar, no con un chico catalán, no con uno de Sabadell o de Barcelona, no con uno del textil, sino con uno que viviera en la misma escalera... ¡Y porque no se puede casar con su hermano, porque eso sería lo perfecto!

¡Nos con nos! Si hubieran tenido escudo de armas, ese podría ser su lema, porque ellos no pertenecían a la nobleza de sangre, sino a la de los negocios, que era la que de verdad hacía funcionar el país. Y los laneros ya se estaban infiltrando en todo el tejido industrial español, véase los Coll y los Quadras que, sin dejar lo suyo, habían montado la cervecera Damm y se habían convertido en unos grandes capitostes con piso en Madrid, París y Londres.

Lluiset, el hermano de Conchita, el hereu, un gallito enseñoritado que era amigo de toreros y andaluces, reía desdeñosamente ante la profesión de fe familiar mientras soltaba unos *ozú* y *arsa* que no venían a cuento. Los padres de Mauricio se mantenían en silencio, algo apabullados por aquel incomprensible discurso del que iba a ser su consuegro, y Conchita parpadeaba pudorosa mientras acariciaba la pulsera de Masriera que le había regalado el novio. Decía en tono maquinal:

—Papá, cómo dice esas cosas...

Pero no estaba realmente asustada, porque las había oído desde que era pequeña. Todos satisfechos. Mauricio cumplía con su deber. ¿Por qué, entonces, sentía ese extraño descontento que lo reconcomía por dentro, esa relajación de su voluntad? ¡Si ni siquiera tenía que ocuparse de la fábrica, su padre era fuerte y aún joven, podría estudiar la carrera de Arquitectura!

O de dibujo, de contador de estrellas, zahorí, taxidermista... ¡Qué más daba! Pero mejor no analizarlo. ¿No lo decía siempre su madre: si quieres ser feliz, como dices, no analices?

Así pues, Mauricio y Conchita se habían casado en la iglesia de los Ángeles y habían celebrado el banquete en el Ritz, una boda perfectamente normal, una lanera con un lanero. Miquelet, que había sido uno de los testigos y estaba muy orgulloso de lucir su primer chaqué, les había dicho:

—En vez de hijos tendréis ovejas.

El traje de ella era de «crepe haway» realizado por la modista Asunción Bastida, de la acreditada casa Modas Mases. Para adaptarse al avance del embarazo, la cinturilla era elástica, como en la mitad de los modelos de novia que realizaban. Y como en el taller de la modista era imposible guardar un secreto, pronto se supo en todo Barcelona que la parejita había hecho «Pascua antes de Ramos» si los que comentaban eran señoras, o «a la nena de Prat le han hecho un bombo» si los maledicentes eran hombres.

¡Nos con nos! Al día siguiente de la boda, *La Vanguardia* había corroborado: «Se han unido dos retoños de dos prestigiosas industrias laneras, Vapor Prat y Casanovas e Hijos. A la boda de la bella señorita María Concepción Prat Devesa, a la que sus numerosas amistades llaman Conchita, y el estudiante de Arquitectura Mauricio Casanovas Feliu, asistieron un total de sesenta invitados, entre los que se encontraban los señores industriales textiles Bertrand, Viladomiu, Coll, Roviralta, Pujol y Valls Taberner con sus respectivas señoras. El nuevo matrimonio marchó a media tarde en auto al hotel Terramar de Sitges».

El pobre Molins, al que habían sentado con el delegado en Galicia y unos productores de lana de Béjar que nunca habían salido de su pueblo, no había sido mencionado en las crónicas.

Pero, sigilosamente, con paso de lobo, detrás de ese escenario tan ideal como una representación de los Pastorets, se iba acercando la tragedia. Se apagaban las luces, el cielo pintado se abría en canal con los desgarrones de los relámpagos y sin darte cuenta de cómo había sido, el padre de Mauricio se había matado de un solo disparo sobre la oreja derecha y había estallado la guerra.

Cuando nació su hijo le habían querido poner Juan, pero el padre que iba a suicidarse había protestado con súbito malhumor:

—No, no, como yo no, no me compliquéis la vida, ya está bien de juanes en el mundo... Ponedle como al padre de Conchita, le hará ilusión.

Mauricio se había atrevido a preguntarle:

—Pero, padre, ¿qué le pasa? Explíqueme lo que tiene, ábrame su corazón y así podré ayudarle.

Y después le dio un abrazo para que no se sintiera solo en el mundo.

Pero no, eso no sucedió así, eso es lo que querría haber dicho y hecho antes de que se pegase el tiro y se lo encontrasen muerto con la cabeza inclinada sobre la mesa, y ese silencio previo no podía perdonárselo.

¿Ponerle al crío *Agustín*, entonces? Le parecía un nombre antipático, pero la madre había opinado de esa forma suya, hablándole al oído, haciendo que se inclinara porque él era muy alto y ella muy bajita:

—Al siguiente le pones como el papá.

Al bautizo en la torre de Sitges, celebrado por un cura amigo, asistió Jaime Bofill, que también tenía casa en la calle San Francisco. Algo debió de advertir en su actitud, porque después le escribió esa carta, «pásate a Burgos y vente con nosotros».

Y, al contrario de lo que esperaba, el suegro no se opuso:

—Ya entiendo que no te quieras mezclar con la chusma esa de la República, pero no te fies de los madrileños, que son todos unos cantamañanas y enseguida dicen mi amigo, mi amigo, aunque solo te hayan visto una vez, ni de los andaluces, que ya ves cómo hablan, que no se entienden ni ellos mismos. Los vascos son los únicos de confianza, pero son muy suyos. Ve tranquilo que yo cuidaré de tu negocio, que ahora también es de mi hija y mi nieto.

Ahora, el hereu, Agustinet, debajo del toldo, levantaba un castillo con ayuda de la niñera que, sudando la gota gorda vestida de immaculado uniforme azul y blanco, con medias y botines, quizás añoraba su pueblo, donde no había qué comer, pero el mar era azul marino, bravo y salvaje, y podía caminar descalza mientras los pescadores arrimaban sus barcas a la orilla y las madres cosían las redes.

Conchita había dicho que *Filomena* era un nombre muy ordinario y la llamaba solo Filo.

—Agustinet, no seas malo. —El niño berreaba si intentaba ayudarlo y gritaba «solo, solo»—. Ven aquí, que te cambio el traje de baño, que lo tienes mojado y te vas a escocer.

Cogía al niño, que pataleaba y trataba de defenderse con los puños, tan rojo que parecía que fuera a reventar. Intentó quitarle el bañador por la fuerza, pero el niño le escupió y se echó al suelo. El padre reía:

—Míralo, el bruto este...

Fue la madre la que aclaró:

—Es que le da vergüenza quedarse desnudo.

La niñera forcejeaba con el minúsculo pantalón y bajaba la cabeza, porque le parecía que el señorito Miquel, que iba con un ridículo canotier que había encontrado en algún rincón de la torre, la miraba intensamente.

La hacía sentir incómoda este cuñado que ya no era un chiquillo, pero que tampoco era un hombre. Con voz suplicante le pidió al pequeño:

—Agustinet, por favor.

Conchita se sentó en la toalla y dijo con su voz de niña pera:

—Filo, no le llames Agustinet, es un nombre muy payés.

Mauricio rio secamente:

—Pero, a ver, mujer, que es el de tu padre.

—Para un señor mayor está bien, pero para un crío...

La muchacha se atrevió a terciar, copiando la amputación que había sufrido ella:

—¿Agus?

Conchita ni siquiera lo tomó en consideración:

—Vamos a llamarlo... Tinet.

La niñera dijo:

—Pues Tinet no se quiere quitar el traje de baño para que no veamos que se ha cagado.

El trémolo del recién bautizado Tinet se pudo oír seguramente hasta en San Pedro de Ribas, que estaba a cuatro kilómetros.

Conchita puso los ojos en blanco:

—No hace falta decirlo, pero si no hay más remedio, di que se ha hecho caca.

Tinet, Filo, Mauri...

Mauricio movió la cabeza con impotencia, dobló el diario y se metió en el agua. Nadaba con brazadas amplias y precisas, con la cara sumergida contemplando el fondo, tan claro que hubiera podido leer el periódico mientras flotaba. La luz se reflejaba en la arena en temblorosos hexágonos amarillos que se movían al mismo tiempo que él.

Sitges, en pleno mes de agosto, y en la playa del Vinyet, la preferida por los veraneantes, era un enredo de gritos de niños que jugaban con las olas mientras las niñeras esperaban en la orilla con una toalla entre las manos. Las señoras, debajo de los toldos y de las sombrillas, intentaban broncearse porque estar moreno se había puesto de moda, y hablaban de los maridos, que solían llegar en el tren de las seis de la tarde entre semana, menos los sábados y los domingos, que se hacían para todos demasiado largos. Claro que estaba el golf, que los dejaba molidos, pero algún marido se resistía porque decía que se sentía demasiado joven para este deporte.

Pero ¿cómo llenar casi cuatro meses de veraneo? Un veraneo que se iniciaba después de San Juan y acababa cuando empezaba el colegio de los niños, a primeros de octubre.

Ese era el caballo de batalla de Mauricio y Conchita. Porque Conchita se empeñaba en ir un mes a Aguilar. Mauricio no lo entendía, porque si había una mujer perfectamente adaptada a la vida matrimonial burguesa era la suya. Aunque Sitges era el territorio de Mauricio, casi todas las veraneantes o habían ido al colegio con ella, o habían compartido puestas de largo en el Polo y en el golf de Pedralbes, o las familias se conocían. Por las tardes se visitaban las unas a las otras, pero algunas veces Conchita prefería quedarse en el jardín, en estado de amodorramiento, tumbada en una hamaca colgada entre dos pinos, ciega y sorda a todo lo que no fuera el rumor de las hojas y el graznido de las gaviotas.

Sonaba el teléfono, e iba Sara a su lado:

—*Neniña*, es tu amiga la del pelo rojo, que la llames para ver qué hacéis en la fiesta mayor.

Cuando Conchita se había prometido a Mauricio, la criada le había dicho con voz meliflua:

—Ahora tendré que llamarte señorita.

Pero le había sido tan difícil que había vuelto a los apelativos cariñosos de la infancia, cuya dulzura había hecho menos árida la vida de aquella chiquilla sin madre.

—Sara, las gaviotas me dan miedo. ¿Cómo se llaman esos pájaros pequeños que hay en Aguilar que tienen plumas de colores en la punta?

—Gorriones, *paréceme*.

Se instalaba el silencio entre las dos mujeres, solo roto por los suspiros hondos de Conchita, que sentía que el pecho se le anegaba de una linfa desconocida y melancólica. Y al final, la sirvienta empezaba a mecer la hamaca y canturreaba:

*Polo río abaixo vai  
unha troita de pé...*

Y al sonido de la canción, Conchita se iba quedando dormida, pero aun así Sara no dejaba de cantar:

*Corre que te corre,  
quen a puidera coller.*

Para regresar a su casa desde la playa solo tenían que cruzar el paseo, bordeado de unas palmeras desplumadas que un indiano remoto había traído de Cuba. Todos iban con albornoces hasta los pies con capucha, lo que los asemejaba a un grupo de monjes trapenses. La «torre», Villa Avelina, era la clásica casa estilo italiano de color rosa, con porche, columnas y un estanque. Sus vecinos, los Goretta, habían construido una piscina en el jardín, pero el padre de Mauricio se había mofado:

—¿Una piscina delante del mar? Qué manera de tirar el dinero..., estos han visto muchas *penículas*.

Decía *penículas* en broma, pero al final todos en la familia decían la misma palabreja sin saber ya cuál estaba bien dicha y cuál no. Las muchachas del servicio creían que así se llamaban en realidad, y Filo, que leía dificultosamente, le había enseñado un día a Miquelet una revista y le había señalado:

—Han puesto *película*..., se han equivocado.

Filo iba la última arrastrando a un avergonzado Tinet, aún marcado por su último percance biológico. Miquelet abría la marcha, con ese caminar jactancioso que era una mala copia del de su hermano. Se había negado a ir a la universidad y no sabía qué hacer con su vida. Mauricio había tenido que hablar con él muy seriamente:

—Si no quieres estudiar, a la fábrica de cabeza. Pero no de señorito, sino de peón en una tundidora, con el hijo de Molins, que te irá enseñando.

El hermano le había contestado con cierta chulería:

—También puedo entrar en el Vapor Prat, tu suegro me lo ha propuesto.

Mauricio no le había dado un bofetón por desidia, bastante trabajo tenía para educar encima a niños malcriados. Y si se había avenido a que pasara con ellos el verano había sido por la madre, que le había suplicado antes de irse a Cestona a tomar las aguas:

—Que esté con vosotros. A ver si se le pega algo tuyo.

Para su madre, él era el individuo más perfecto sobre la tierra y esta responsabilidad le agobiaba, le enervaba y le preocupaba. Porque sabía que no era de una sola pieza, como su suegro o su padre. Se sentía desgarrado por varias fuerzas que tiraban de él, era un huracán de pasiones distintas que no sabía cómo controlar. Aunque otras veces tenía el deseo egoísta de cerrar los ojos y dejar que la pereza se adueñara de sus actos y dominara su vida.

Porque el año que había transcurrido desde que había terminado su guerra había sido extraño, difícil, dilatado en el tiempo siempre con la misma cantinela, «vamos a hacer...», «hay que esperar...», «de momento...». En la primera ceremonia oficial a la que había acudido, una comida para cinco mil personas en el Palacio Nacional de Montjuic, con el gobernador Correa Veglison y unos capitostes de Madrid, Mauricio se había puesto su uniforme y se había sentido ridículo, como si fuera disfrazado.

Los discursos patrióticos los habían dado un hombre grueso con camisa azul que nadie sabía quién era y un oficial que habló del fragor de las batallas al que todos conocían mucho: no había disparado ni un tiro, porque había pasado en Roma toda la guerra al lado del depuesto rey Alfonso XIII. Lluïset, el cuñado, que acababa de regresar, le había dicho:

—Es un pelotillero.

Como eso precisamente es lo que pensaba Mauricio de su cuñado, lo miró con asombro, y este, leyendo su mente, tosió y disimuló:

—Su majestad está muy mal... El corazón.

Había dejado sus veleidades andaluzas e imitaba las maneras de su venerado Alfonso, hasta se hacía los puños de la camisa largos para que le llegaran hasta los nudillos y ponía voz campanuda.

Mauricio se encogió de hombros, ¡qué le importaba a él ese hombre torpe y desdichado que se estaba muriendo en Roma! El Cametas, lo llamaban en Cataluña por su manía de lucir pantalones apretados. Mucha gente creía que el rey llevaba varios años muerto.

Combatientes, soldados, compañeros..., un gentío confuso y grosero. Algunos se emborracharon, dieron vivas y gritos beodos y se los llevaron enseguida a la calle y desaparecieron; otros exhibían un aire tímido y receloso, como si estuvieran en corral ajeno. Vio una cara conocida, uno de los hermanos Valls Taberner, Ferran, que había sido secretario de Cambó. Se acercó para abrazarlo.

—Hombre, Ferran.

El otro le puso las manos en los hombros, le miró a los ojos y le dijo:

—Mauricio, me llamo Fernando.

Y ahí sí que le dio un abrazo.

Al llegar a casa se había quitado el uniforme a manotazos y dado órdenes de que lo hicieran desaparecer de su vista.

Todo tenía un aire provisional que se había acentuado cuando los alemanes habían invadido Polonia, en septiembre del 39, e Inglaterra y Francia declararon la guerra a Hitler. La nueva situación se había aceptado en España con cierta alegría revanchista y la ligera esperanza de que a nosotros esta vez no nos iba a tocar ¡y que vieran todos estos europeos ricachones y altaneros lo que era pasar una guerra!

Bonmatí, que a pesar de estar casado con una marquesa era bastante bruto, había llegado un día a una reunión del gremio de laneros en la calle San Quirico frotándose las manos y había dicho:

—Bé, amics, aquesta guerra ens fotarà molts quartos a las butxacas.

Porque, aunque los catalanistas habían desaparecido como si nunca hubieran existido, en las reuniones se continuaba hablando catalán, a nadie se le hubiera ocurrido cambiar de idioma. Para ganar dinero lo primero era aprender a manejar la cuestión de los cupos, ya que las importaciones de lana estaban restringidas. Tenías derecho a importar la misma cantidad de lana que exportabas. Parecía una cuenta fácil, pero fue el propio Bonmatí el que los informó:

—Tú dices que exportas cuarenta cuando en realidad exportas veinte. Te dan cuarenta y los veinte sobrantes los revendes a precio de oro. Florencio Pujol, en Tánger, hace malabarismos con las divisas.

La verdad es que nadie se creía las cantidades que declaraban, pero los funcionarios que tramitaban las licencias se dejaban convencer por algunos billetes. Para eso había que ir con una cartera llena de dinero a Madrid, donde se decía que en realidad este cambalache *casi* no era delito, sino que era una operación económica llamada *cuenta combinada* y que así se movía la economía de un país y que, de todas formas, Franco era muy austero porque se hacía dar la vuelta a los trajes y cenaba una tortilla de un solo huevo.

Al funcionario trincón además había que reírle las gracias.

—A los catalanes en Madrid se les conoce porque sacan el paquete de tabaco solo para ellos.

Las carcajadas de Mauricio competían con las de su suegro, a ver cuáles eran más estruendosas.

El suegro reconocía amargamente, tomando una copa en Chicote, cansado, ojeroso, con el traje arrugado y gruesas carpetas con papeles e informes que nadie había querido estudiar, mientras la cartera del dinero estaba ya completamente vacía:

—Lo mires como lo mires, no deja de ser una golfada.

Luego se iban al hotel que les habían recomendado los representantes de la fábrica, porque el Palace, adonde iban los Valls, los Gorina y los Viladomiu, les resultaba demasiado ostentoso. Era el hotel Dervi, y estaba en la calle Arlabán. En el pequeño bar había algunas señoritas no muy elegantes fumando en silencio, o hablando con voz muy queda con el camarero con acento andaluz. El suegro decía guiñándole el ojo:

—Yo me voy a la habitación.

Y al cabo de un rato una de las muchachas desaparecía.

Mauricio se tomaba desganado el último whisky con soda, y una de aquellas chicas se acercaba con contoneos presuntamente lascivos:

—Maño, ¿me das fuego?

Y le contaba que era de Calatayud, pero tenía que fingir que era de Cádiz porque así se lo reclamaban los clientes, aunque ella los llamaba amigos con la boca pequeña. Y que, si no lo conocía, el Monasterio de Piedra era una monería, y que tenían que ir un día de excursión. Y acababan subiendo al cuarto después de entregarle un billete de cinco pesetas al camarero, que les abría una puerta discreta detrás de la barra para que no tuvieran que pasar por conserjería.

Ya en la habitación, la muchacha doblaba cuidadosamente la ropa, se quitaba las medias con tanto cuidado para no hacerles una carrera que al final el exiguo deseo de Mauricio se iba apagando, y con los últimos rescoldos mantenían un sexo casi por compasión, con la luz apagada, pues la chica no quería mostrar su cuerpo. Y al dormirse pensaba en lo estúpido que era que le pusiera los cuernos a su mujer con una prostituta que ni siquiera le gustaba y que le costaba el equivalente a un pañuelo de seda, que era lo que le llevaba siempre a Conchita de regalo.

A la vuelta, en el DC3 de las ocho de la mañana, que tardaba dos horas en llegar a Barcelona, se sentía sucio y nostálgico. El suegro le hablaba sin cesar de los negocios que harían aprovechándose del ansia de dinero y la falta de escrúpulos que existían en esos momentos. Domingo Valls Taberner le había prometido una reunión con el ministro Carceller:

—Ya he hablado con Florencio Pujol para el asunto de Tánger.

Mauricio asentía. Pero ahora pensaba no en su mujer, no en la chica del Dervi, sino en aquella operaria de su fábrica vestida de hombre que tenía una mella en los dientes. Recordaba su rostro bonito y serio. Entre dedicarse a puta o a obrera, había elegido el camino más duro. Pero ¿cuál sería el más duro en realidad? Después de ver la avidez con que la muchacha del día

anterior se había metido el dinero en su pecho de pollo y las atroces cicatrices de su vientre causadas por partos o abortos, no podía pensar que ese era el camino fácil. ¿Cómo se llamaría? No había llegado ni a preguntárselo.

Lo que sí sabía era cómo se llamaba «su» operaria, aunque nunca hubiera intercambiado una palabra con ella: Amparo. Amparo Cortés López. Era de Cieza y había llegado a Sabadell caminando, con un hatillo al hombro y un perro que se llamaba Lucero. Se lo había contado Juanón, el hijo de Molins, que ahora trabajaba en la fábrica con resignada mansedumbre y ciega dedicación. Pero como en el fondo de su corazón seguía siendo un rebelde, comentaba con sorna en voz no demasiado alta:

—Si me hubieran herido los rojos, ahora sería un caballero mutilado. Como el rojo era yo, ahora solo soy un jodido cojo.

Amparo vivía en las cuevas de San Olegario con una familia que la había acogido a cambio de unas pesetas. Primero no querían dejar pasar al perro, pero ella había dicho:

—Pues nos quedaremos aquí fuera los dos.

Era una mujer enigmática, pues nadie sabía nada de su vida anterior, pero en realidad a nadie le importaba. Miseria, hambre, guerra... Las mujeres, además, habían estado sometidas a ultrajes suplementarios e inconfesables, pero nadie hablaba de eso, ¡no había que hablar de eso!

Lucero la seguía a la fábrica y se quedaba fuera esperándola. Amparo era dura, hosca y distante, incluso con sus compañeras, pero también, y sobre todo, con el amo. No podía dejar de advertir el interés que despertaba en él, que se hacía el encontradizo a la salida de la fábrica, se llevaba la mano al sombrero y mascullaba:

—Buenas tardes.

Mauricio había oído contar que los patronos se acostaban con las obreras, pero ¿cómo demonios se conseguía eso? A él Amparo, esa murciana pobre, sombría y cansada, le parecía más inaccesible que cualquier señora del Liceo que en el antepalco le había acariciado la cara y arremido el cuerpo, y si no habían llegado a más era porque a él estas mujeres enjoradas le parecían muñecas de cartón.

Amparo le contestaba sin mirarlo, afeada expresamente con su ropa vieja y grande:

—Nos dé Dios.

Lucero le enseñaba sus dientes feroces de cachorro.

En el aeropuerto Muntadas lo esperaba el Hudson con el chófer, que lo llevó directamente a Aguilar de Segarra, primero por la carretera nacional y después por un camino polvoriento rodeado de chumberas. No había nadie en Can Prat, pero todo el calor del verano estaba dentro de la casa. Cruzó las enormes estancias silenciosas, con el piso desigual y paredes desconchadas, y fue al escueto «cuarto de baño» a lavarse las manos con el agua turbia de una jofaina que echó sobre una palangana de loza. Y se preguntó una vez más qué le resultaba atractivo a su mujer de esta forma de vida.

Conchita llegó acalorada, con los ojos vivísimos, con olor a lavanda y una alegría retozándole por el cuerpo que solo tenía en Aguilar. Le echó juguetona los brazos al cuello y le gritó con la risa en la boca:

—¡Mau-ri, Mau-ri!

Lo besó con labios húmedos y carnosos. Se separó de él para darse media vuelta, bailar sobre las puntas de los pies calzados con alpargatas y dejarse admirar. Tenía el pelo alborotado, llevaba una ramita de romero detrás de la oreja, iba vestida con un viejo blusón y unos pantalones suyos que le iban enormes.

Reía locamente y él no pudo menos que reír también. Apareció el hermano, también riendo, llevaba un cayado e iba con boina y chaleco. Conchita lo señaló con burla:

—¡El Miquelet se ha hecho pastor, como el Nuri!

Mauricio le dio un pescozón cariñoso:

—¿Con las cabras? ¿Te quieres hacer cabrero?

Conchita palmoteaba:

—Sí, sí, se va a hacer cabrero, nos quedaremos a vivir aquí y pondremos una granja, mira el niño qué bien se está criando con la leche de cabra.

La niñera, vestida de punta en blanco como en Barcelona, llevaba de la mano al niño, que iba con un peto bastante sucio sin nada debajo. Cuando Tinnet vio a su padre empezó a correr y gritar:

—Papa, papa, he visto una sargantana así de grande...

Ponía una mano frente a otra marcando una dimensión imposible.

Conchita chilló:

—Mira, sabe hacer el saludo de Franco, mira, Tinnet...

—¡Arriba España! ¡Franco, Franco, Franco!

Mauricio, mientras cogía la mano del hereu, «no se dice *sargantana*, Agustinet, sino *lagartija*, y no me llames papa... El único papa que hay es de Roma», miraba de reojo a la chica, era mona, a ver si el bobo de Miquelet iba a meterse en un lío... ¡Claro que no sería el primero en desvirgarse con una chica del servicio!, ¡es ley de vida!

Nerviosa, Conchita lo agarró del brazo y lo arrastró hacia la parte de la masía en la que vivían los masoveros:

—Vamos a saludarlos.

El matrimonio mayor estaba desgranando guisantes en un enorme barreño y el joven Nuri limpiaba su carabina. Se levantaron respetuosamente para saludarlo. Los viejos no se quejaron ni le pidieron nada, como antes de la guerra. Al contrario, tenían ademanes de perro vencido y apaleado, pero Mauricio se sintió incómodo porque le pareció que el Nuri le retaba con la mirada.

Comieron a la luz de una lámpara de carburo costillas de cordero que Conchita cogía con las manos y devoraba con ademanes exagerados.

—Come, niña, come, que da gloria verte —le decía Sara contemplándola con satisfacción.

Tinnet chupaba los huesos y se los daba al perro del pastor, y después se quedó dormido en el suelo como un animalillo más. Había una larga tira de goma pegajosa colgada del techo llena de moscas que movían las alas agónicamente, subían enormes lagartijas por la pared de piedra, y los rodeaba una algarabía imponente de cigarras.

Con delectación, Conchita levantó la mano con una costilla chorreando grasa y la movió como si estuviera dirigiendo una orquesta:

—¿Oyes las cigarras?

Mauricio respondió fastidiado:

—Como en Sitges.

Ella chasqueó la lengua:

—No, estas suenan diferente.

Se fueron a la cama. La habitación tenía dibujos descoloridos en las paredes en los que se adivinaban cenefas y flores tropicales. A Mauricio le divertía y le alarmaba a la vez esa mujer ligera y alegre en la que se había convertido Conchita, pero cuando consiguió abrazarla, porque se movía como una culebrilla traviesa, para conseguir potencia tuvo que acordarse de la lejana Antonia y sus muslos de piedra, e incluso de la prostituta que había conocido en el hotel y con la que tampoco había podido tener relaciones completas. Y, sobre todo, de Amparo con su chaquetón de hombre. Al final, sudados y jadeantes, habían consumado un sexo rápido que lo había dejado insatisfecho.

Hacía mucho calor, no corría ni una gota de aire, los remendados visillos de gasa caían inmóviles como si fueran de piedra. Se levantó mientras su mujer dormía desnuda y enredada en las sábanas mojadas. La ventana daba sobre la era, la luna llena la iluminaba como si fuera un escenario de teatro. Recostados en un carro tumbado sobre el suelo, Miquelet y Nuri fumaban entre toses y de vez en cuando se alzaba en la alta noche una carcajada juvenil.

Las cabras balaban en la cuadra, se oían perros a lo lejos. Los dos chicos susurraban juntando las cabezas, luego extendían un papel delante suyo, quizás un recorte de periódico, lo alisaban, señalaban con el dedo aquí y allí y luego se quedaban acuclillados en silencio. El Nuri se rascaba la nuca, su hermano chupaba ávidamente el cigarrillo; él no sabía que fumaba.

Algo tramaban. Estuvo a punto de llamarlos, pero no se atrevió.

Me imagino perfectamente a Mauricio observando con disimulo a través de los cristales grasientos de la gran ventana del despacho que daba a la salida de los operarios. Faltaban unos minutos para que fueran las siete y media. Con la rápida intuición de los enamorados, Mauricio sabía calcular el tiempo sin necesidad de mirar el reloj. Lucero había abandonado su acostumbrado rincón debajo de la pasarela y se había sentado expectante sobre sus cuartos traseros, con una oreja tiesa y la otra caída esperando a su ama.

Él también la esperaba.

Un día pudo ver, cuando Amparo se quitó el pañuelo que usaba para trabajar y lo cambió por la capucha que llevaba en la calle, que iba peinada con una gruesa trenza alrededor de la cabeza que le confería el aspecto exótico de una campesina rusa y sintió una sacudida en el corazón.

A Mauricio no le gustaba usar la mesa que había sido de su padre, donde ahora se amontonaban las carpetas que Merceditas iba «archivando» según un concepto que solo entendía ella. Pensaba que ya había llegado la hora de jubilarla, pero la verdad es que no se atrevía. ¿Se lo diría a Molins, para que fuera él quien decidiera! Miró los papeles que sostenía, a los que apenas había prestado atención: eran los permisos para obtener más lana, esta vez de Sudáfrica, mediante las célebres y eficaces «cuentas combinadas»; ¡solo pensar en lo que le había costado en sobornos le producía urticaria! Claro que este cambalache le iba a representar un beneficio neto de dos millones de pesetas, ya devuelto el préstamo del banco, a los que se deberían añadir los que obtendría por los fardos de lana argentina que estaban en el almacén. Su suegro se los había conseguido de un antiguo amigo, Jacinto Puget, instalado en Tierra de Fuego, donde tenía el mejor ganado de Argentina, que criaba en su inmensa hacienda llamada La Catalana. Las tiendas más importantes de España y los sastres más ilustres hacían cola para comprar al precio que a él le diera la gana. El Dique Flotante y Santa Eulalia, incluso, le habían dicho que se quedarían toda la producción durante los años que quisiera y que ya se encargarían ellos de colocarla.

No podía quejarse, pero aun así suspiró. Merceditas levantó la mirada obsequiosa:

—¿Desea usted algo, señor Mauricio?

Mauricio se apresuró a negar con la cabeza y discurrió esta puerilidad:

—No, que cuanto más produzcamos, más ganaremos..., nos quitan el género de las manos, ¡quién nos lo iba a decir!

La secretaria pareció tranquilizarse, pero aun así le preguntó:

—¿Quiere que llamemos al señor Molins?

Molins estaba en el despacho que tenían en la Rambla de Sabadell, muy cerca de la plaza Mayor, un principal con mirador sobre la calle, puesto de forma elegante con muebles ingleses, que se usaba para entrevistarse con clientes o representantes de otras empresas. Su padre no lo pisaba nunca, y Mauricio también prefería estar aquí, en la fábrica, sintiendo la vibración y el ruido de las máquinas, tan familiares como si fueran el latido de su propio corazón. Se sentía

seguro, más seguro que en ningún otro sitio... La semana anterior Conchita le había dicho que a media noche había empezado a gritar «¡fuego, fuego, cuerpo a tierra!». Y tres días atrás se tuvo que acostar en el suelo porque se quejaba de que la cama era demasiado blanda.

Desde entonces le preparaban un catre de campaña igual al de Miquelet, porque su hermano había enloquecido con todo lo militar. Sin acabar el bachillerato, había entrado a regañadientes en la Facultad de Derecho enchufado por el hermano de Vicente Eyre, y se había afiliado al sindicato de estudiantes, el SEU, donde casi todos los alumnos eran excombatientes que lucían las condecoraciones de guerra encima de las camisas, iban armados y hacían prácticas de tiro en el jardín trasero de la Universidad Central. Miquelet, que ahora se llamaba Miguel, desplegaba una furiosa energía y estaba aprendiendo boxeo con un excampeón de peso ligero llamado el Niño de Sants, que había puesto un gimnasio en la Cruz Cubierta.

Por Navidad había preguntado con falsa humildad:

—¿Puedo irme a Aguilar? Me ha escrito el Nuri para decirme que este año hay mucha caza.

Más que la petición, a Mauricio le había asombrado que el Nuri supiera escribir, y había sentido un inmenso fastidio cuando su mujer comentó apenada:

—¡Ay, Miquelet, qué feliz vas a ser! ¡Lo que daría yo por poder ir a Aguilar!

No había podido evitar exclamar con malevolencia y frío desprecio:

—Hija mía, hablas de aquello como si fuera Baden Baden.

Su mujer se había encogido como si la hubiera golpeado.

Empezaron a apagar las máquinas, se fueron extinguiendo los ruidos. Tamborileó distraídamente sobre el cristal de la ventana, aún indignado con el comentario de su mujer. ¡Cómo podía ser tan simple! La leche de cabra tenía una nata por encima que le daba asco y sin embargo Conchita la cogía con una cucharilla y se la comía como si fuera un manjar de dioses.

La secretaria seguía allí, a dos pasos. Se volvió hacia ella, que le preguntó con timidez, nunca sabía muy bien a qué atenerse con este don Mauricio, que siempre parecía estar en Babia:

—Si quiere les digo a esos señores que esperan que vuelvan otro día, usted tendrá prisa, dadas las circunstancias.

La miró perplejo.

—¿Circunstancias?

Tardó un minuto en recordar:

—Ah, sí, claro, claro, muchas gracias. No, está todo bien..., hágalos pasar.

Y es que las circunstancias eran que había tenido un nuevo hijo. Una niña, para ser más exactos. Esta vez Conchita había requerido todos los mimos y cuidados que no tuvo en su primer embarazo. Sara le había impedido levantarse de la cama y la cebaba de tal manera que se iba pareciendo alarmanamente a un cerdito. Se le había puesto la nariz respingona, pequeñita en medio de unas mejillas lustrosas y redondas como panecillos, los labios eran gordezuelos y tan hinchados que siempre estaban entreabiertos y húmedos, y cuando el pequeño Tinet se escapaba de su niñera y trepaba a la cama, apartaba el rostro y decía:

—No, no, que la mamá está delicada.

Mauricio no sabía qué quería decir eso de delicada, pero su propia madre trataba de defenderla:

—No ha madurado, Mauricio, tu mujer es una niña y tienes que cuidarla.

Mauricio pegaba un bufido, ¡para cuidar a nadie estaba él!

Aburrimiento. Tédio. La ambigua monotonía de lo cotidiano. ¿Habían hecho una guerra para esto? El olor a eucalipto lo acechaba detrás de la puerta de su hogar como un emboscado.

Su hija había nacido en casa, atendida, no por una comadrona, como era lo habitual, sino por un médico de verdad, el doctor Sala Ponsati. Lo había recomendado el doctor Blanco Serrano:

—Lo tendrían que depurar porque ha trabajado en el hospital de sangre de Manresa cuidando a los heridos del frente, pero se le ha perdonado porque necesitamos gente valiosa como él.

Sala, que era un hombre alto de aspecto triste, se ponía guantes de caucho y una mascarilla, y Tinet lo miraba con temor desde la puerta, porque le habían dicho que no podía entrar en la habitación mientras nacía el enemigo.

Cuando nació la niña, Molins había ido a visitarlos en nombre del personal y había llevado de regalo un sonajero de plata, pero Mauricio adivinaba que solo había contribuido él y que lo había escogido Merceditas; aun así lo había agradecido de corazón. La niña era muy grande, como su hermano, y también era rubia. Él le había tocado el pie y le había echado el humo de su cigarrillo y la niña se había puesto a toser, y a todos, médicos incluidos, esto les había hecho mucha gracia.

—Buenos pulmones —decretó Sala Ponsati mientras cerraba su maletín, estrechaba manos con prisa y se iba.

Mauricio le regaló a su mujer una cruz de brillantes y se mantuvo firme:

—Quiero que se llame como mi padre.

Conchita se había echado a llorar, *Juana* no, *Juana* no, que era muy feo, que en el colegio la llamarían Juana la Loca. Al final su hermano Lluís, que se las daba de cosmopolita porque había viajado por Europa y pertenecía al círculo del rey, le dijo:

—Llámala Yanín..., ya sabes, *Juana* en francés.

La hermana asintió fervorosamente. Y Yanín abrió su bocota desdentada y todos tomaron eso como una sonrisa.

Mauricio se dio cuenta de que la secretaria estaba esperando su respuesta y dijo:

—Sí, claro, haga pasar a esos señores, Merceditas —repitió.

Se atusó el pelo y se colocó bien la corbata, no en vano los que iban a entrar eran «peliculeros». Se los había enviado su cuñado, lo había llamado hacía una semana para decirle:

—Su excelencia —pronunciaba *su excelencia* con la misma unción con la que cuatro días antes decía *su majestad*— es un gran amante del valor propagandístico del cine..., admira lo que se está haciendo en Alemania y quiere que aquí en los cines se proyecten, antes de las películas, unos noticiarios documentales sobre la actualidad económica y deportiva del país.

Mauricio había contestado con un gruñido; su cuñado no dejaba de parecerle un imbécil.

—Y yo he sugerido que grabaran algo en tu fábrica, los industriales como nosotros tenemos que dar ejemplo.

Con un punto de sorna Mauricio le había sugerido que entonces se prestara él, a lo que Lluís, que ahora era Luis María para el mundo, había contestado con tristeza:

—El papá no quiere..., ya sabes que es muy raro, un antiguo, pero dice que lo hagas tú.

Su suegro le había hecho tantos favores que no se había atrevido a negarse.

Se levantó. Entraron dos hombres con aspecto fingidamente bohemio, con chaquetas de cuadros, uno llevaba boina y el otro un viejo sombrero de fieltro en la nuca, a lo gánster americano, pero quizás no había simulación y así era la gente del cine, qué sabía él. Le tendieron la mano, habló el de la boina:

—Casasnovas, es un gran placer... Él es el montador Ismael Palacio y yo soy José Luis Sáenz de Heredia. Vamos a tutearnos, ¿no te parece?

Debía de ser un pez gordo por la autoridad que exhibía, pensó Mauricio, y vaya apellidos rimbombantes usaban estos madrileños: *Sáenz de Heredia*. El caso es que le sonaba.

—Sí, por supuesto. Vosotros diréis.

Lo que querían era muy fácil. Filmar a unos trabajadores en plena producción y luego alguna nota de color, quizás los niños yendo a recibir a sus padres a la puerta de la fábrica con unas flores y saliendo todos juntos abrazados, felices y contentos.

Mauricio reflexionó. Nunca había visto a ningún niño en la puerta de la fábrica abrazando felizmente a su padre, por no hablar de que no había tarjetas de racionamiento de flores para aquellos pobres diablos. Pero de pronto recordó a Batista:

—Uno de mis operarios imita muy bien a Charlot.

Los dos hombres descartaron al imitador de Charlot con un solo gesto y prosiguieron con tozudez:

—Nos gusta más lo de los niños.

Mauricio se encogió de hombros, caviló un minuto y sugirió:

—Bueno, hay un perro que viene todos los días.

Se miraron los dos hombres y sonrieron extasiados:

—¡Ah, qué pintoresco!, pues eso estaría bien. ¿Su dueño es joven y atlético?

—Es una mujer —de pronto se animó, aquí había una buena ocasión para ver a Amparo—, hablaré con ella.

—Bien, y lo de entrar en uno de los talleres en el momento de más trabajo..., tú también aparecerás, ¿no? Tienes muy buena facha.

—Claro, claro, no faltaría más. —Estaba ya impaciente por que se fueran, quería hablar con Amparo antes de que sonara el timbre de salida—. ¿Cuándo queréis hacer todo esto?

—Vamos a estar en Barcelona esta semana, porque necesitamos también unos planos de la Sagrada Familia y de algunos pescadores en la Costa Brava, y de esa cosa en la que os montáis unos encima de otros. ¡Mira que sois raros, con lo bonita que es una corrida de toros!

—Los castells —tradujo atolondradamente—, los *castillos* en español.

Se levantó y los empujó más que acompañarlos a la puerta:

—Para lo que queráis tengo ahí a un chico de confianza... Merceditas, póngalos en contacto con el hijo de Molins ¡y con Batista! —ya en la puerta—, el que imita a Charlot. No lo descartéis, es un excombatiente.

Los dos hombres asintieron con gravedad:

—Ah, en ese caso...

Casi los echó escaleras abajo, las agujas del reloj central estaban a punto de marcar las siete y media y detuvo a la secretaria, que ya se estaba yendo con ellos, y le dijo conminatoriamente:

—Tráigame a Amparo.

La mujer lo miró con extrañeza:

—¿A quién?

La agarró del brazo con fuerza, ¿cómo podía ser tan estúpida?

—Es una de las lavadoras, de Murcia. —Ella lo miraba con los ojos muy abiertos, esperando alguna aclaración más, pero ¿qué iba a decir?: una mujer que va vestida de hombre, una mujer que se me aparece fatalmente en sueños desde que la vi por primera vez, la única mujer que querría tener entre mis brazos... Sin embargo, concluyó con brusquedad—: Búsquela, pregunte...

Sonó el timbrazo de la fábrica, pero esperó nervioso como un adolescente. Trató de tranquilizarse, al fin y al cabo, él no dejaba de ser un señorito y la otra era menos que una criada. Tosió, se paseó arriba y abajo. Se detuvo frente a la ventana con las manos a la espalda... ¿Y si no quería venir?

—¿Pero tú estás loco, Mauricio, cómo no va a querer venir? Dejando aparte que eres el tío más guapo de Barcelona, eres el amo; si no, se va a la puta calle, faltaría más.

Se iba envalentonando así, casi movía los labios pronunciando *a la puta calle*, fruncía el ceño, daba manotazos, cuando apareció Merceditas en la puerta. Remilgadamente, presentó a la intrusa:

—Aquí esta esa mujer que..., por la que usted preguntaba, señor Casanovas.

Se hizo a un lado y así Mauricio pudo verla, porque no solamente era bajita, sino que parecía querer hacerse todavía más pequeña. Llevaba las manos metidas en los bolsillos de la enorme pelliza de hombre, no se notaba cómo era su cuerpo, calzaba sus viejos zapatones, sus calcetines grises arrugados en los tobillos. No se le veía ni un mechón de pelo, el pañuelo le llegaba a las cejas. Porque las cejas, la boca, los ojos eran lo único que no había podido ni ocultar ni afeitar. Era un triángulo del color de la cera, los labios eran finos y pálidos, la nariz recta y larga como una Virgen, los ojos rasgados y negrísimos. No había ni un ápice de coquetería o embellecimiento. El despacho, Merceditas, él mismo, de pronto parecieron vulgares y pobretones delante de aquel abrumador derroche de sexualidad.

Tuvo que sacudirse el envaramiento en que había caído e impostar la voz:

—Pase, pase... Perdone, ¿cuál es su nombre?

La mujer dijo sin entonación:

—Amparo Cortés López.

Bajó los ojos y Mauricio tuvo ganas de gritarle «no, no, ¿por qué?».

Merceditas esperaba trasteando con unas carpetas y Mauricio le dijo sin mirarla:

—Ya puede irse, Mercedes.

La secretaria se resistía a retirarse, fingía ordenar unos papeles, cogía parsimoniosamente su bolso, se ponía la chaqueta... Al final, de mala gana, no tuvo más remedio que salir demostrando su protesta con un ligero portazo.

Amparo se mantenía con la mirada fija en el suelo. Mauricio se puso en la mesa de su padre que nunca utilizaba y señaló una silla delante de él, esperando que no lo delatase el temblor de su voz:

—Siéntese, por favor.

La mujer contestó:

—Estoy bien así, gracias. —Y tímidamente preguntó—: ¿Voy a estar mucho rato? Es que Lucero..., ya sabe, el perro, se pone muy nervioso si no salgo a la hora.

—Claro, claro, solo será un minuto.

Lo único que estaba claro es que, de los dos, animal y hombre, el más nervioso era él.

No sabía por dónde empezar, suponía que la palabra *rodaje* le sonaría a chino a este ser humano, pero aun así trató de explicarle:

—Han venido dos *reporters*, es decir, dos hombres que ruedan cine —hizo el ademán de darle a una manivela—, ya sabe, películas, pero sobre las cosas que pasan: se llaman *documentales*.

No sabía por qué, pero le pareció que la mujer le dirigía una mirada burlona. Claro, en su pueblo, ¿cómo se llamaba?, Cieza, también echarían películas del Gordo y el Flaco los días de

feria. ¿Dónde estaba eso de Cieza? Ah, sí, en Murcia. Aunque le sonaba a Andalucía, y era cierto que la mujer tenía acento andaluz. Atropelladamente prosiguió:

—Y querrían grabar algunas escenas de la fábrica, al fin y al cabo esta es una empresa modélica, la salida sobre todo, y habían pensado ellos, bueno, yo, pero ellos también, que con su perro, ahí fuera...

¿Por qué la trataba de usted como si fuera una princesa? Su padre y el mismo Molins tuteaban a los trabajadores, pero ahora quedaría muy raro que cambiara. Ella no le facilitaba las cosas, lo contemplaba en silencio, con su carita de Virgen muy seria, solo al nombrar al perro se llevó la mano al corazón:

—¿Mi Lucero?

—Sí, sí, una cosa simpática —improvisó soltando disparates—. Se le remuneraría, naturalmente, como si fueran horas trabajadas y además un plus, claro, no para el perro, eh, que quede claro, aquí no empleamos a animales, bueno, algunos sí, ja, ja, ja, pero está mal que yo lo diga, sino porque deberá quedarse cuando todos se hayan ido y hacer horas extras.

Bien, ya lo había soltado.

Ella se quedó callada, cuando pensaba que iba a tener que escuchar una catarata imparable de agradecimientos. Se instaló un largo silencio entre los dos. Ahora, si la miraba bien, no le veía ningún atractivo, tenía ojeras azuladas, la piel como pergamino, de un color enfermizo, tan fina que parecía que fuera a romperse, el tabique de la nariz era tan afilado que podría partir nueces, ¿y las manos?, enrojecidas, gastadas, casi sin uñas... Pero sacó a pasear sus ojos, grandes como lagunas quietas, y ahí se sintió perdido.

Clavó en él el trallazo de su mirada resueltamente, sin humildad, no como se mira a un amo, sino a un compañero, no como se mira a una persona, sino a un hombre, y de pronto se puso a hablar sin ceceo, en un tono que había perdido todo signo de servidumbre:

—¿Es obligatorio?

—¿Cómo? No, claro, yo no puedo obligarla, pero, aun así, es un deber patriótico para con la nación, no causaría buen efecto negarse.

Ella lo miró con tal fijeza que pareció escudriñar los rincones más secretos de su alma, y al final repitió con una voz ronca, caliente, que removió sus entrañas:

—Si no es obligatorio, si usted no me va a despedir, prefiero no hacerlo, señor. —Y con un hilo de voz, pero firme, siguió—: Y déjeme en paz, por favor.

¿Cómo? Esas palabras le causaron un pesar innecesario y abrumador. ¿Esa obrerita de tres al cuarto diciéndole a su dueño que la dejara en paz? ¿Dónde se había visto! Sintió malestar físico, como si le hubieran abierto el pecho con ambas manos y le hubieran introducido carbones encendidos, parpadeó en un tic nervioso.

Se oyó el golpe seco de la última puerta. Estaban solos. La fábrica se había quedado en silencio. Cuando las máquinas se paraban, el silencio era tan estrepitoso como el ruido. El suelo no vibraba. Se habría vaciado de gente ya y los vigilantes estarían en la garita de entrada. Si se dirigía ahora a esta mujer y la forzaba, en caso de que gritara no la oiría nadie... Y si la oían, nadie iba a intervenir, ¡era el amo! ¡Sí, podría hacerlo! Se sentía poseído de una furia salvaje, el sexo le quemaba, sentía una llamarada de fuego en las sienes, en el vientre, en el pecho... Se levantó, se tuvo que apoyar en la mesa con tanta fuerza para no caer que la madera crujió. Amparo permanecía de pie.

Necesitaba que lo amara, que lo respetara, que lo acunara por las noches, necesitaba esa carne tibia, esos brazos alrededor de su cuello, sentir la caricia de sus pestañas en las mejillas...

Quería a esa mujer, pero también su corazón.

Él no era como otros amos, que se acostaban con sus empleadas, siempre tenían algunas favoritas, y cuando se hacían viejas las cambiaban por otras más jóvenes. No, él no era como ellos.

¿Había sido la guerra?, ¿ya era así antes?

Se pasó la mano por los ojos. Una vez trascurrido el arrebató salvaje, se sintió débil, desfondado. La llama de las pupilas de ella también se fue apagando, y bajó la vista. Se oyó un ruidillo a sus espaldas y Lucero asomó la cabeza por la puerta. Cuando la vio movió sobriamente el rabo dos veces y se acercó, como defendiéndola. Ella amagó una caricia y se disculpó:

—Si no me encuentra, me busca.

Él le dijo sin saber qué decía en realidad, pasando inadvertidamente al tuteo:

—Te busca, ¿no me extraña!

Fingió no darse cuenta.

—Bien, si no manda nada más, me retiro, que tengo que caminar mucho y ya es de noche.

Él movió la cabeza como uno de esos muñecos automáticos del Tibidabo que iba a ver cuando era pequeño, y agitó la mano:

—No, claro, vete, vete.

Ella aún se giró en la puerta, vacilando:

—Perdone que le diga que no, señor Casasnovas..., a lo de las películas, pero prefiero que en mi pueblo no sepan que estoy aquí.

—¿No serás una roja buscada por la policía?

Intentó parecer alarmado y amenazador, pero en el fondo no le importaba. Sentía una formidable pereza ante todo. Ella sonrió levemente, brillaron un instante sus dientes desiguales, muy blancos.

—No se preocupe, puede preguntar por mí en Cieza y le dirán que no.

Él la vio tan segura de sí misma que, en un arrebató de astucia vulgar que no pudo entender, le soltó para herirla y humillarla:

—Pues quizás pregunte... ¿Dónde trabajabas allí? ¿Qué hay en... Cieza?, ¿paja?, ¿esparto?

Ella vaciló imperceptiblemente, luego engalló la cabeza y dijo:

—Sí, esparto, y muy bueno. Pero yo soy..., era maestra.

Amparo dio media vuelta y salió, seguida por Lucero. A Mauricio se le cayeron los hombros, se sumergió en un estado de semiinconsciencia y estupor y de pronto la idea de ir a su casa le produjo un tedio espantoso.

Le pidió al chófer que detuviera el coche en la esquina de la plaza donde vivía, recién bautizada como Calvo Sotelo, con la también recién bautizada General Goded. Se quedó un rato dentro, tratando de recuperarse. Al fin salió y cruzó entre las mesas del Arnaiz, un nuevo bar que acababan de abrir, siempre llenas de gente, sorteando a los camareros que iban con las bandejas en alto. Mujeres con los labios en forma de corazón, con abrigos de pieles, sosteniendo la copa de cóctel con el dedo meñique enhiesto; ellos con bigote tan negro que parecía pintado, fumando con expresión cínica y tendiendo displicentemente el zapato para que lo lustrara el limpiabotas sentado en una sillita baja. Un conjunto abigarrado de hombres ricos y sin escrúpulos y fulanas

elegantes que lucían sin recato las joyas que los burgueses habían guardado en las cajas fuertes de los bancos y que los rojos habían saqueado.

Su misma madre, sin ir más lejos, había tratado de recuperar algunas y había ido a una exposición que los vencedores habían organizado en los bajos del hotel Majestic. En concreto, buscaba dos negros de plata de tamaño natural que presidían el despacho del papá en la Rambla de Sabadell, y que habían desaparecido misteriosamente, así como las alfombras, las botellas de licor y los cuadros.

En el sótano del hotel, sobre unas mesas, estaban expuestos centenares de alhajas de las que no se conocían los dueños. Las nuevas autoridades las habían encontrado en los sitios más inverosímiles, desde cisternas de váter hasta en los bolsillos de rojos hechos prisioneros.

Medio escondidos, como si tuvieran vergüenza, la madre vio a los dos negros de plata en un rincón y se dirigió a ellos con la alegría del que descubre a un pariente cercano. Ya iba a señalarlos y acreditar su posesión con unas fotografías en las que aparecían el día en que habían inaugurado el despacho cuando se le adelantó una mujer con unas pieles de conejo teñido al cuello y caminando con la torpeza de la que no sabe llevar tacones. Se los señaló desgadamente al encargado:

—Ay, estaban en mi casa, son nuestros.

La madre, indignada, se había dirigido al responsable para reclamar las figuras y este, un hombrón que masticaba una faria y tenía ojos de haberlo visto todo en este mundo, se había encogido de hombros:

—Déjelo estar..., es la mujer de un falangista muy encumbrado y lo que ella diga va a misa.

La madre arguyó:

—Pero mi hijo también ha estado en la guerra y... y...

El hombre se echó a reír con falsa alegría:

—Pero si este no ha estado en la guerra, mujer, es un camisa nueva... ¿No conoce usted el himno? «Cara al sol, con la camisa nueva...». Ande, ande, será mejor que no proteste y se vaya.

Como cada vez que recordaba ese episodio miserable, a Mauricio le subía a la garganta un sabor amargo de hiel revenida. ¿Quiénes eran esos sinvergüenzas? ¿De dónde habían salido si hacía cuatro días que todos estaban muriéndose de hambre?

Miró a los clientes del bar con rencor y pensó en el río de billetes que soltaba cada vez que tenía que hacer una operación. Esos billetes estaban aquí, a esta gente les pagaba las copas, las pieles, las fulanas, los negros de plata, él y otros como él. Centenares, miles como él.

Sin darse cuenta tropezó con una mujer que lo miró insinuantemente y le dijo sin malicia:

—Tontolaba, que te vas a dar con una farola.

Pero él analizaba el traje chaqueta que llevaba con ojos desorbitados, sí, el género era suyo y estuvo a punto de cogerlo entre los dedos, frotarlo, y después arrebatárselo para vestir a Amparo, o retornarlo a las tundidoras o enviarlo a Argentina, a abrigar los corderos de la Pampa lejana. ¡No quería trabajar para personas como ella!

Sabía también quién vendía esos abrigos de piel. Martas cibelinas, visón, o el más humilde astracán. Era un judío polaco que vivía muy cerquita, al lado del Turó Park. Los traía de no se sabía dónde, estaban usados, aunque él decía que se habían caído del camión de transportes. Los proporcionaba bajo mano, se llamaba Radek.

Él también se aprovechaba. Como todos. Hatajo de sinvergüenzas. Todos, incluido él. Conchita tenía un renard argenté que él mismo le había comprado a Radek. Le había costado trescientas pesetas. Si pudiera derribar estas mesas, las sillas, coger las sombrillas y ensartarlas

en los pechos de los hombres como si fueran aceitunas... Sentía el impulso insano de hacer algo violento, menos mal que de una mesa se levantó Vicente Eyre y le gritó algo así como:

—... Dale un abrazo de mi parte... Nos veremos en la estación de Francia.

¿La estación de Francia? Menuda tontería. ¿Donde habían montado su restaurante los Regás? Pero estaba harto de los negocios que abrían sus antiguos compañeros o sus familiares gracias a las licencias que conseguían en el Ministerio de Comercio en su calidad de excombatientes. Negocios que duraban cuatro días porque se hundían por desidia, por falta de conocimientos o por vender cosas que nadie necesitaba. Claro que los Regás eran profesionales de la hostelería, quizás a ellos les funcionaba el restaurante.

Alzó los hombros para demostrar que no entendía, y además le daba igual. En ese momento vio con extrañeza a un grupo de falangistas brindando ruidosamente con cerveza y cómo sobresalía en medio de otro grupo la larguirucha cabeza de Jaime Bofill tocada con la boina roja, y se dijo que en realidad había demasiada gente para ser tan tarde. Un coche pasó haciendo sonar el claxon, con brazos que salían por las ventanillas saludando a la romana, e iba a preguntar, pero ya el sereno, al llegar a su casa de la plaza Calvo Sotelo, le abrió la puerta tocándose la gorra:

—Buenas noches, señor Mauricio. —Dudó, y luego añadió una frase que no llegó a comprender—: Rusia es culpable.

Subió pensativo, ¿qué ocurriría? Eran casi las once. Le sorprendió que, al abrir la puerta, toda la casa tuviera las luces encendidas. Quiso bromear mientras le tendía el sombrero a Sara:

—¿Qué pasa? ¿Se han acabado las restricciones de luz?

Se dirigió al salón, que Manolo Muntañola había decorado con rojos y negros consiguiendo el efecto dramático de una casa de putas. En el sofá de terciopelo vio a su madre con expresión grave mientras su mujer se apretaba un pañuelo en la cara y sollozaba sin ruido.

Sentado a horcajadas en una silla, mirando al suelo con rostro culpable, estaba Miquelet.

Se alarmó, buscó a los niños con los ojos, pero Sara dijo que estaban bien. Volvió a preguntar qué ocurría.

Su madre no se atrevió a contestar y fue Conchita la que habló:

—Tu hermanito, que se ha alistado... con el Nuri. En eso que llaman la División Azul. ¡La semana que viene se va a Alemania y después a Rusia!

¿Su hermano? ¿Con el Nuri? Absurdamente preguntó:

—¿Con el Nuri? Pero ¿tan amigos son?

La madre lo miró un momento y apartó la vista:

—¿Y eso qué importa ahora, hijo?

Estaba aturdido, todo él aún lleno de rabia y de Amparo, y fue su mujer la que le echó en cara con rencor, como si fuera el responsable:

—¿Por qué no te enteraste? ¡Si grabaron *Arriba España* en el suelo de la terraza de Aguilar con una punta de clavo!

La madre intentó cogerla del brazo para calmarla, pero la nuera se revolvió y luego la acusó con saña:

—¡Y usted ha firmado la autorización!

Mauricio miraba a una y a otra, no sabía qué decir. ¿Su hermano, Miquelet, que ayer iba al colegio y luego se puso el canotier en Sitges para hacer el pavero? ¿Y se las daba de milhombres y fumaba entre toses? ¿Ese bobo larguirucho, en la guerra, con un fusil entre las manos?

La madre se disculpaba mansamente:

—Ay, yo no sé, Maurisiet, no sé qué le firmé, pero ¿es tan peligroso? Los alemanes van a

ganar la guerra, ¿no? ¡Rusia es culpable! Eso dicen.

Miguel, sin tenerlas todas consigo, se levantó y dijo con su voz de mitad hombre y mitad niño, mitad en serio y mitad en broma:

—¿Qué te creías, hermano, que aquí el único héroe ibas a ser tú?

En realidad, héroe héroe Miguel no lo fue hasta el 10 de febrero de 1943. Un año y siete meses antes se había subido en la estación de Francia a un tren que debía llevarlo a un lugar con un nombre tan raro como Grafenwöhr. Y ese lunes 14 de julio de 1941, en la estación y en todo Barcelona, no había nadie menos parecido a un héroe que Miquelet, ese chico desgarrado, con el pelo re peinado untado de gomina como José Antonio y un bigotillo de cuatro pelos que le había crecido durante su precaria semana de instrucción en el cuartel del Bruch.

Los convocaron en la estación a las tres de la madrugada, hacía frío en la calle y más frío aún en los ventosos andenes. En Madrid, el día anterior, en la estación del Norte, el entusiasmo había sido indescriptible. De allí partieron dos trenes consecutivos cargados de jóvenes divisionarios deseando matar rusos, acabar con el comunismo, borrar su pasado rojo o huir de Dios sabe qué. Los habían despedido agitando banderas alemanas, españolas y la roja y negra de Falange, entre aclamaciones y cantos delirantes, desde el cuñadísimo Serrano Suñer hasta la hermana de José Antonio, Pilar Primo de Rivera, pasando por ministros y generales. Mauricio había oído que grupos de exaltados habían querido desenganchar la locomotora de cabeza para arrastrar ellos mismos el tren y al no conseguirlo se subieron al techo de los vagones y zapateaban y cantaban:

*Cara al sol con la camisa nueva  
que tu bordaste en rojo ayer...*

El general Muñoz Grandes, que estaba al mando de todo, gritó:

—¡Viva la División Azul, vivan las madres que parieron a los soldados más valientes del mundo!

La excitación anímica había sido tal que una de esas madres paridoras de héroes había caído fulminada al suelo y en el tumulto consiguiente resultaron heridas de consideración varias personas. «La primera sangre», dijeron los periódicos.

Claro que siempre hay reporteros desafectos que explicaron que los tumultos empezaron cuando se repartían los lotes que el alto mando había regalado a los soldados: una botella de coñac Romate, cajas de cigarrillos Philip Morris y una medallita de la Virgen del Carmen.

En la puerta de la estación, antes de que saliera el tren, ya había personas revendiendo por separado estos productos; lo que tenía menos aceptación era la medallita de la Virgen del Carmen.

Pero en Barcelona, en plan espontáneo, solo había un grupo de falangistas provistos de banderas que gritaban con mucho acento catalán:

—¡Viva Alemania!

Y se contestaban a ellos mismos con un soso:

—¡Viva!

Los camareros de la fonda Regás también soltaban por su cuenta, desganadamente, algún «¡arriba España!» y «Rusia es culpable». Pero aun así la estación estaba abarrotada, ya que a la despedida habían acudido los familiares de los trescientos muchachos que iban en ese contingente, en su gran mayoría estudiantes pertenecientes al SEU, como Miquelet. En el último momento aún alguna madre, acercándose al comandante Suárez Roselló, le había suplicado que su hijo no fuera al frente:

—Ha falsificado la firma, solo tiene dieciséis años.

El comandante, con aire paternal, le decía al muchacho:

—Anda, vamos, baja, que aquí no queremos soldados que se meen en los pantalones, sino hombres de verdad.

Y Tinet se avergonzaba y se ocultaba en las faldas de su madre porque a veces todavía se hacía pipí en los pantalones a pesar de que ya tenía la proveya edad de cinco años.

A despecho de la hora, Conchita se había empeñado en traer a los niños, aunque también vino Sara para echarle una mano, ¡pesaban tanto! Ahora Miquel los alzaba en brazos para que pudieran tocar el llamativo escudo con el yugo y las flechas que llevaba en el bolsillo superior de la camisa, porque iban uniformados con una guerrera italiana, pantalón noruego de pana verdosa y la camisa azul de falangista.

Mauricio, cuando salían de casa, lo había hecho esperar un momento y había aparecido con su boina de requeté, le había quitado de un manotazo la gorra nueva y se la había encasquetado en el cráneo, y Mauricio, que era tan poco dado a demostrar sentimientos, se había emocionado con este hermano pequeño que de pronto era más alto que él:

—Toma, imbécil, a ver si te da suerte. —Y aquí se le había quebrado la voz—: Ven para aquí, burro, que eres un burro.

Y le había dado un abrazo apretado en el rellano de casa.

— Calamidad, aún estás a tiempo, vuélvete atrás, ¿qué necesidad tienes? ¿Qué cojones se te ha perdido allí?

Pero el hermano, como cada vez que había tratado de disuadirlo, le replicaba confusamente, sorprendido por su efusividad:

—Mauricio, yo no sé por dónde tirar, no soy como tú...

Y luego se había echado a llorar con lágrimas retenidas hacía mucho tiempo, que no había derramado en su momento un Miquelet de quince años, cuando había encontrado a su padre muerto con aquel orificio pequeño y negro como un grano de café por donde había entrado la bala y aquella cabeza de perfil, recostada sobre la sangre coagulada, donde un ojo lechoso abierto con la ceja alzada era una pregunta imposible de responder.

Mauricio lo apretó más fuerte todavía, los dos unidos por el atroz recuerdo de aquella lúgubre y misteriosa noche de julio. Nunca habían hablado de eso. No había que hablar de eso. Y ahora, en el último minuto, todo se resumía en ese «Maurisi, yo no soy como tú» pronunciado sorbiéndose los mocos. Y a pesar de que el hermano contestaba «Ya lo sé, ya lo sé», por dentro Mauricio rezongaba: «Qué coño sabes tú cómo soy en realidad, cuáles son mis sueños». Pero se soltó de Miguel bruscamente, resignado ya a esa separación, tan sin sentido y tan inevitable como la vida.

Resignado como su madre. Curiosamente la más desesperada era su mujer, Conchita, que no hacía más que repetir:

—Están locos, son unos críos. —Y se revolvía escupiéndole su desprecio—: No sé cómo lo has consentido, Mauricio, como siempre, tú a lo tuyo, los demás no te importamos.

La suegra la miraba con asombro porque estaba intentando mancillar el buen nombre de su hijo adorado, pero Mauricio la cogió por el brazo y con los ojos le dijo: «No importa, mamá».

El Nuri se mantenía aparte, consciente de su relación ambigua con la familia de Miquel, su compañero de armas. Porque, en realidad, a la única que conocía bien era a Conchita. Sus padres también habían acudido a la despedida, una pareja oscura, con sus pobretonas ropas endomingadas, que observaban sin entender aquella estación de techos altos de hierro y cristal y se admiraban de cómo eran los trenes cuando estaban parados, porque solo los conocían marchando traqueteantes e indiferentes, echando chispas como un dragón de fuego, dejando a su paso un paisaje devastado. También escrutaban a su hijo con algo de asombro.

Mauricio no podía dejar de reconocer que el Nuri con uniforme estaba guapo, era inesperadamente alto y rubio, la camisa arremangada dejaba ver unos bíceps muy trabajados de color dorado y tenía un señorío natural que no se aprendía ni en el Polo, ni en el Liceo, ni siquiera en los veraneos de Sitges.

Se desasía incómodo del abrazo de su madre, una tenaza torpe, no estaban ellos hechos a las caricias y carantoñas como si fueran señoritos, pero la mujer veía que eso era lo que hacían las otras madres y no quería que su Nuri se sintiera menos amado. Le daba unos besos húmedos y ruidosos que despertaban cierta burla contenida en las otras familias, todas, evidentemente, de un origen más urbano y acomodado. ¡Incluso entre las madres de héroes hay clases!

El Nuri se enfrentó violentamente a un hombre con monóculo que le pareció que lo estudiaba con altanería:

—¿Qué miras, pardús? ¡Te vas a mirar así a tu puta madre!

El hombre, que iba de acompañante del general Kindelán, se asombró, porque en realidad miraba sin ver, pensando en esos chicos locos que se enrolaban en la División Azul para ir a luchar contra una causa que les era ajena, y Mauricio, que lo conocía, sujetó al Nuri y le dijo iracundo al oído:

—Estate quieto, es el marqués de la Fronda, un tío importante.

El Nuri se desasía con violencia y lo miró, a Mauricio y no al marqués, con un odio antiguo y tenebroso, y masculló alguna cosa terrible que nadie entendió.

En ese momento levantaba el brazo Kindelán, capitán general de Cataluña, y todos gritaron, el marqués el primero:

—¡Arriba España!

Al regimiento 263 se le llamaba Vierna, porque estaba al mando del coronel José Vierna Trápaga que, con un pie en la escalerilla, se dejaba tomar fotos. Correa Veglison, el gobernador civil, que llegaba tarde porque había tenido que despedir a otro contingente que salía de la estación del Norte, se apresuró a desplazarlo con un sutil codazo, y Vierna estuvo a punto de despeñarse escalerilla abajo. Todo esto ocurrió sin que ninguno de los dos dejara de sonreír.

El suegro, que también había querido venir, observó este episodio y toda la parafernalia patrioterica en general con una expresión de enorme escepticismo, y el Nuri y Miquelet también sonreían sin saber muy bien qué decir. La ceremonia de la marcha se estaba alargando interminablemente. En un momento dado Tinet quiso ver qué llevaban en el petate, y el Nuri se arrodilló a su altura y le enseñó el vaso, el tenedor, el cuchillo, el plato, la cantimplora y la manta atada con una correa. A Tinet le hizo mucha gracia el vaso, que era retráctil, y el Nuri le dijo:

—Toma, te lo regalo. Para que te acuerdes del Nuri.

Yanín empezó a llorar señalando la cuchara y el Nuri se la tendió. Mauricio trató de frenar el gesto generoso, pero Conchita ya estaba dándole las gracias:

—Els nens es recordaran de tu —pero, ante la severa mirada de su padre, rectificó—: los niños se acordarán de ti.

De vez en cuando los masoveros dirigían miradas subrepticias al amo. Aunque seguían siendo los masoveros, creían que ese día lo eran un poco menos, hermanados por el destino común del Nuri y de Miquelet. El padre de Conchita admitía ese nuevo orden de cosas con condescendencia e incluso se permitió darle un pescozón al pastor de cabras, que respondió con una mirada arrogante. A Mauricio, que conocía el carácter despótico de su suegro con sus trabajadores, le asombró que este apartara rápidamente la vista fingiendo no haberse dado cuenta.

Pero el Nuri ya no le hacía caso porque estaba saludando brazo en alto a su coronel. Mauricio lo contemplaba con interés. Que se hubiera alistado en la División Azul un jornalero del campo no dejaba de ser una anomalía, porque se sabía que los mandos buscaban a muchachos de buenas familias y presencia, ya que la División Azul representaba la imagen de España en el mundo.

Se oía el inicio del «Cara al sol»:

*... que tú bordaste en rojo ayer...*

Pero nadie lo coreaba, y se oyó otro «¡viva España!» y «¡viva Alemania!» que sonó insincero e impostado.

De pronto aparecieron dos muchachas con el uniforme de la Sección Femenina repartiendo estampas de la Moreneta. Una de ellas era alta, de pelo castaño y grandes ojos inteligentes. La otra, gordezuela y cursi; para sorpresa de todos le plantó a Miquelet un largo beso en la mejilla.

El chico se puso tan rojo que en contraste la boina empalideció. Toda la familia lo contemplaba con asombro y también aliviados, porque ya no sabían muy bien qué decirse, y él se vio obligado a presentar con voz estrangulada:

—Esta es Gloria... Su hermano es compañero de la universidad y se viene con nosotros. — La chica asintió con expresión complacida y Miguel señaló a la otra—: Y ella es María Dolores Eyre, la primera de la clase, ¡saca mejores notas que los hombres!

Mauricio se sorprendió:

—¿Eres la hermana de Vicente?

María Dolores rio:

—Sí, y ya sé que mi hermano quería que te enoviaras conmigo. —Y se dirigió a Miquelet —: Camarada, por poco no somos cuñados.

Todos se rieron, incluso Conchita un poco desdeñosamente, y cuando las chicas se marcharon, rodearon a Miquelet dándole golpes en la espalda: «Qué callado te lo tenías», «qué guapa es», «¿es tu madrina de guerra?».

Y él se revolvía con incomodidad:

—Callad, pesados, Gloria ha estado ocupándose de la intendencia, es de la Sección Femenina, por eso nos hemos visto.

Mauricio hizo un gesto de sufrimiento. ¡La intendencia! De capitán le habían encargado tela fuerte y piel de borrego para confeccionar quince mil prendas de mujer con las que abrigar a las

enfermeras que iban también al frente ruso. Y no solo no le habían pagado ni un duro, sino que le habían pedido que encabezara una colecta entre los comerciantes textiles para recaudar medio millón de pesetas. Todo esto le había dolido tanto como si le arrancaran una muela, pero se consolaba pensando que la guerra se acabaría rápidamente, ya que era fácil cargarse a aquellos rusos que solo bebían vodka y pasaban miserias. Todos decían que el potencial guerrero nazi acabaría con Rusia antes de Navidad, ya que la caída de Moscú era inminente. ¿No le había dicho Samaranch que a Franco no le gustaba esto de la División Azul, pero que no había más remedio que organizarla porque el cuñadísimo le había dado la tabarra con que tenían que devolverle el favor a Hitler por habernos ayudado durante nuestra guerra? ¿Y que antes de ocho semanas iba a disolverla? Bueno, de momento el chico se iría haciendo un hombre y cobraría doble paga diaria: siete pesetas con treinta céntimos del Ejército español y otro tanto del Ejército alemán. Y a la vuelta le esperaba un puesto oficial si no quería entrar en la fábrica.

Y a él tampoco le iría mal tener un hermano divisionario.

El fotógrafo de *La Vanguardia*, Carlos Pérez de Rozas, que había estado en vano tratando de lograr imágenes de gran entusiasmo como las de Madrid, les había dicho que se juntaran todos al lado del vagón y que levantaran los brazos. Le habían contado que en el grupo había un pastor de cabras de verdad, y le había hecho una foto al Nuri con sus padres y una pequeña entrevista:

—¿Por qué te has alistado?

—Para luchar contra el comunismo.

Mientras, Luis María le preguntaba a su cuñado Mauricio cómo había ido con los peliculeros, pues uno de ellos era primo de José Antonio Primo de Rivera. Al oír el nombre del mártir, Tinet chilló de inmediato:

—¡Presente!

Luis María no tuvo más remedio que cuadrarse y gritar «¡presente!», y una oleada de «¡presente!», talones juntos, pechos fuera y manos al aire cruzó el andén de punta a punta.

Cuando se restableció la tranquilidad, Mauricio sacó un pañuelo, se secó las sienes y contestó vagamente a la pregunta que le había hecho Luis:

—Al final no les interesó..., se fueron y no supe nada más de ellos.

Y como pensar en eso era recordar a Amparo, puso una expresión tal que el cuñado se vio obligado a consolarlo:

—No te preocupes, que a tu hermano no le va a pasar nada. —Y como no podía evitar hacer el fachenda, añadió en voz baja—: Sé de buena tinta que ni siquiera van a entrar en combate.

En ese momento llegó un grupo de falangistas de Valencia, y Pérez de Rozas los hizo posar a todos juntos, luego pidió que levantaran a Yanín y a Tinet en alto, como si fueran trofeos, a lo que el niño se había negado arreando enormes patadones a los soldados. El padre de Conchita protestó:

—¡Oiga, que son niños y no bestias!

Sonó un silbato, gritaron «¡al tren!», las máquinas soltaron humo y chispas, los soldados subieron rumbo a Alemania y quién sabe si a la muerte. El suegro tuvo el gesto de darle la mano al Nuri, sin pronunciar palabra, pero el pastor dijo con la voz ronca:

—Cuide a mis padres..., amo.

Mauricio detuvo a su hermano por el hombro y le hizo una última recomendación en voz baja:

—Aquello dicen que está ganado, Miquel, pero yo no sé, no te fies, no te ofrezcas voluntario para ninguna acción peligrosa, piensa en mamá, no te hagas el héroe. —No sabía qué decir y al

final le dio un abrazo—. Coño, no te dejes matar.

Conchita había subido al tren y el Nuri sacaba a los dos niños por la ventanilla para que fingieran que se iban y saludaran a la gente:

—Adiós, pueblo de España, ¡arriba España!, tío Luis María, yo tenía un camarada...

Conchita se acercó a él y le puso la mano en el hombro. La expresión del Nuri, sin volverse, se entenebreció. Al final se giró, se cruzaron sus miradas, un mundo en llamas fue del uno al otro. Ella levantó un dedo, iba a tocarle la boca:

—Tú, tú...

Pero Yanín se puso a chillar porque quería que la bajarán y Conchita se precipitó de un salto al andén con los ojos llorosos. Luego subió Mauricio a buscar a los niños y se encontró frente a frente con el Nuri. No supo qué hacer. No habían intercambiado en la vida ni una docena de palabras. Pero no dejaba de ser un soldado como su hermano, y carraspeó:

—Bueno, pues...

Le pareció que el pastor de cabras le quería decir algo, porque lo miró con una intensidad que daba miedo. Mauricio cogió a los niños y retrocedió sin comprender su propósito, el otro se acercó y Mauricio sintió hasta su aliento, y cuando ya iba a hablar, irrumpió el suegro gritando:

—Dejaos de últimas palabras, galifardeus. —Cogió al Nuri y le metió unos caliqueños en el bolsillo de la camisa—. Toma, muchacho, para que celebres cada una de las medallas que ganas.

Le asombraron estas palabras de su suegro, que era tan poco belicoso, pero ya llegaba Miquelet huyendo de los brazos de la madre, que se había colgado de su cuello como si quisiera irse con él a Rusia. Se oyeron voces y gritos, «¡al tren, al tren, va a salir!, los que no viajen que descendan», y Mauricio dijo bruscamente mientras bajaba por la escalerilla:

—Adiós.

Pero ya ni su hermano ni el Nuri le hacían caso, porque estaban en la ventanilla obedeciendo al fotógrafo, que les había ordenado:

—Cójanse con los del andén.

Se tendieron las manos. Como a Miquelet lo cogía la madre y al Nuri Conchita, Mauricio tuvo que agarrar la de un soldado rubicundo y algo grueso, hasta que una voz educada le preguntó a su lado:

—¿Me permite la mano de mi hijo?

Los dos se echaron a reír por lo ambiguo de la frase, Mauricio algo cortado, y su vecino se quitó el sombrero para presentarse:

—Somos del Guinardó.

Y luego, con parsimonia, extendió la diestra para coger los dedos de su hijo. Estuvieron un rato así, balanceándose, sin decirse nada.

El soldado rubicundo se llamaba Tiburcio Borrás Batiste, estudiaba para ingeniero y tendría el dudoso honor de ser el primer soldado catalán en caer en el frente el 28 de octubre de 1941.

Arrancó el tren, y mientras se vieron por las ventanillas las palmas de las manos abiertas en el saludo fascista, Conchita lloró sin consuelo.

Las cartas llegaban muy espaciadas: «Nos han dado unos impermeables con estampado de camuflaje y cada cuatro impermeables se puede hacer una tienda de campaña, le llevaré uno a Tinet», «fumamos cigarrillos con la boquilla muy larga para que podamos cogerlos con guantes, el

Nuri lleva un gorro con orejeras y parece un conejo»... Eran cartas sosas en las que hablaban del campamento de Grafenwöhr con aburrimento: «Hacemos cuatro horas de instrucción al día, empieza a hacer frío..., todos queremos ir al frente». Cuando las cartas llegaban a Mauricio ya estaban sucias y arrugadas porque habían pasado por las manos de la madre, de Conchita, que se las leía en voz alta a los niños, y hasta de Filo y Sara, que se las llevaban a la cocina para leerlas y las manchaban de aceite. Pero Mauricio no tenía tiempo para dedicarles más de un rápido vistazo cuando ya estaba en la cama, y a veces se quedaba dormido con ellas sobre el pecho.

La fábrica. Siempre la fábrica. Cada vez había más comisiones que pagar, cada vez se tenía que ofrecer más dinero. Ahora había que untar también a los aduaneros. A Mauricio le habían explicado que el mismísimo Ministerio de Comercio había recomendado «a estos catalanes, tan hostiles al Glorioso Movimiento Nacional, vamos a ahogarlos económicamente..., hay que apretarlos hasta el límite», y en el gremio, Bonmatí había comentado:

—Si siguen así, en vez de vivir de la fábrica vamos a morir de la fábrica.

El suegro maldecía ese invento del INI, el Instituto Nacional de Industria que había creado Juan Antonio Suanzes para dinamizar la economía:

—Crean sociedades a lo grande dándole a la máquina de imprimir dinero y ponen a patriotas franquistas a dirigirlas en lugar de empresarios ¡Pero si este tal Suanzes es almirante, ya me dirás qué sabe de lo nuestro! Pero es del Ferrol, como el Caudillo —al decir *caudillo* aflautaba la voz—. Por mucho que Demetrio Carceller esté de nuestro lado, no sé cómo vamos a sacar adelante todo el tinglado.

El ingeniero Demetrio Carceller era el ministro de Industria. Mauricio viajaba todas las semanas a Madrid con su suegro, ahora ya se alojaban en el Palace y las señoritas que subían a la habitación eran finas y decían que eran estudiantes, y a veces iban con una carpeta que dejaban sobre la mesa mientras se desnudaban con dengues de primeriza. Mauricio contemplaba sus cuerpecillos desnudos, lisos como tablas, fumaba distraídamente y se dejaba hacer, y las pobres muchachas sudaban tanto que en alguna ocasión se sentía obligado a pagarles el doble.

Apagaba la luz y en la oscuridad pensaba en Amparo, y de esa manera conseguía culminar con una eyaculación mínima y esforzada que lo dejaba exhausto. Y cuando encendían la lámpara tenía que darse la vuelta y hundir la cabeza en la almohada para no ver a esa chica rubia y alta, baja y morena, gorda y castaña, guapa quizás, pero que nunca era Amparo.

Tenía por ella una obsesión triste. Ya no entraba en los lavaderos, muchos días optaba por acudir al despacho de la Rambla en lugar de a la fábrica, le decía a Molins que prefería hablar por teléfono desde allí porque era más discreto, pero no hacía otra cosa que escribir muchas veces el nombre de Amparo en un papel, que luego rompía en trozos diminutos.

Merceditas le llamaba por teléfono:

—¿Me necesita usted, señor Mauricio?

Contestaba con un gruñido. Luego se arrepentía:

—Estoy preparando el viaje a Madrid, muchas gracias, Merceditas.

Un día no pudo aguantar más y se fue a merodear a las cuevas de San Olegario, donde vivía Amparo. Era casi primavera y la murciana caminaba descalza llevando las botas en la mano. Tenía las piernas fuertes, con las pantorrillas marcadas y los tobillos finos. Hacía un sol tímido y la mujer se sentó en una roca, se abrió la vieja pelliza y echó hacia delante un pecho abultado, un cuerpo voluptuoso, de cintura pequeña y amplias caderas. Lucero se tendió a sus pies y luego se dio la vuelta con las patitas encogidas para que el sol le calentara la barriga.

Amparo sacó papel del bolsón que siempre llevaba al hombro, se inclinó y haciendo servir

las rodillas de mesa se puso a escribir una carta con agilidad de maestra; debía de ser algo miope porque fruncía el ceño, una arruga se le marcaba entre los ojos. De vez en cuando se detenía, paseaba la mirada por el entorno sin ver, y añadía una palabra, tachaba otra... ¿A quién escribiría?

A veces tenía la tentación mezquina de preguntar por ella en Cieza.

El perro levantó la cabeza y ella le acarició el lomo distraídamente. Pensativa, inaccesible, fascinante.

Mauricio huyó como si hubiera asistido a una profanación.

Le decía al conductor mientras los árboles pasaban veloces:

—¿No puede ir más deprisa?

Desde el coche advirtió que las persianas de las ventanas de su casa estaban bajadas; en la portería ya se olía al maldito eucalipto. Empezó a subir a pie, últimamente se notaba más gordo y se obligaba a hacer este pequeño ejercicio. Se dijo con malhumor: «Seguro que es mi madre y sus dolores de cabeza».

Desde que Miquel se había ido a Rusia, su madre padecía constantes migrañas. Conchita, sin embargo, desplegaba una energía inconmensurable. Por lo menos una vez a la semana se iba a Aguilar a buscar alimentos, porque las tarjetas de racionamiento que con tanta pericia manejaba Sara resultaban insuficientes para toda la familia, incluidos los paquetes que enviaban a Miquel y que no sabían si llegaban a sus manos.

Mauricio le había regalado a su mujer por su santo un Topolino, que había aprendido a conducir en una autoescuela bastante cochambrosa que había montado Vicente Eyre con coches de antes de la guerra requisados a los rojos, unos armatostes antiguos y tan peligrosos que si conseguías dominarlos ya podías manejar tanques y aviones. Hiciera frío o calor, invierno o verano, Conchita cogía a los niños y se iban a Aguilar, y pasaban allí un par de días o más. Luego llamaba al padre del Nuri desde el único teléfono del pueblo, el del almacén de piensos de la estación:

—Se les ha pinchado una rueda.

Mauricio no se atrevía a reñirla, porque volvía tonificada, con las mejillas sonrosadas, cargada de sacos de harina, patatas, almendras, coles... Y Tinet decía dándose importancia:

—A mí me llaman el hereu de Can Prat y los padres del Nuri me dejan que lleve las cabras... El perro, cuando me ve, borda porque ya me conoce.

Mauricio corregía maquinalmente, «no se dice *borda*, se dice *ladra*». Hasta la pequeña Yanín había aprendido a sostener una cesta con huevos con tanto cuidado que solo se rompía la mitad.

A veces se exasperaba:

—Deja que vaya Sara, mujer, que la lleve mi chófer. Tinet no puede faltar tanto al colegio.

Y Conchita respondía:

—Los escolapios dicen que es tan listo que no importa que falte algunos días. Y yo tengo ganas de salir de Barcelona.

Una Barcelona que se empezaba a recuperar después de tres años de martirio y tres de penitencia, como el tullido que consigue ponerse en pie y empieza a caminar. Los invitaron a la inauguración de la Parrilla del Ritz, iba a amenizar la noche el judío Bernard Hilda y su orquesta. El también judío Radek no daba abasto a traer abrigos de visón con grandes hombreras para todas

las señoras, y no tan señoras, que querían lucirlos. Se sacó brillo a las joyas que llevaban escondidas siete años, y el producto más demandado eran las medias de cristal y los bolsos de cocodrilo. En las corseterías decían:

—Hemos vuelto a vender fajas..., las mujeres vuelven a tener barriga.

En la joyería Sanz pusieron de moda las estrellas de esmeraldas, un aderezo copiado del que llevaba la emperatriz Sissi en el cabello, y en las peluquerías inventaron el peinado Arriba España, que consistía en un alto tupé sobre la frente; si no se tenía pelo suficiente se recurría a un postizo.

Pero Conchita dijo de forma inapelable tirando la alambicada invitación de la Parrilla a la papelera:

—No tengo ganas de ir, mientras esté tu hermano en el frente, no me apetece divertirme.

Un frente lejano al que Miquelet había llegado a pie desde su campamento de instrucción, setecientos cincuenta kilómetros, un frente en el que se libraban batallas sangrientas con un lento goteo de muertes: Leningrado, Voljos, Smiesko, Sitno, Muravji, Possad, Paselok. Pero él no contaba nada de esto, sus cartas eran cómicas. Escribía que el Nuri y él habían aprendido a hacer patinaje artístico a la fuerza, para no resbalar en el suelo helado, y que cuando volvieran a España formarían pareja: se llamarían los Pájaros Locos y trabajarían en un circo.

Tinet aplaudía al oír a su madre leérselas y decía que él también quería formar parte del grupo. Había construido un pequeño altar en su habitación dedicado a su tío y al Nuri, con el vaso retráctil, la cuchara de su hermana, su gorra de requeté y una bandera de la Falange que le había dado su madre. En un mapa en la pared iba clavando chinchetas con los avances de la División Azul sobre suelo ruso. De Aguilar se había traído una oxidada herradura de caballo.

Todas las noches se ponía de rodillas y rezaba.

En otoño, Mauricio y Conchita no habían tenido más remedio que acudir a la inauguración de la sala alemana de la nueva residencia de oficiales en la avenida Generalísimo Franco, donde habían colocado una pintura mural donada por Berlín con la esvástica representando la unión de los ejércitos españoles y alemanes. Vestidos de negro estaban los padres del muchacho del Guinardó que se habían acercado a ellos, en ese momento reían por una broma que les estaba gastando Jaime Bofill, que les enseñaba la aparatosa Cruz Laureada de San Fernando, formada por cuatro espadas de oro unidas por la empuñadura, que llevaba en el pecho:

—La muchacha de casa me preguntó si era una brújula para orientarme.

Los padres del chico muerto les dijeron con amargura:

—Nosotros también reíamos hasta que nos llegó el telegrama.

Cuando Mauricio abrió la puerta de casa, el olor a eucaliptus le golpeó como una bofetada y le preguntó a la chica con hastío mientras le tendía el sombrero y la gabardina:

—¿Qué pasa?

Filo le contestó con ojos llorosos:

—Es Tinet, tiene mucha fiebre.

El fantasma de la poliomielitis, que dejaba paralíticos a muchos chiquillos, se le presentó claramente. Y si no era polio, podía ser meningitis. Corrió al cuarto del niño, que estaba ardiendo y con los ojos febriles. Al ver a su padre, trató de incorporarse y le dijo con voz ronca y emocionada:

—Papá, en Aguilar ha caído nieve, como en Rusia.

—¡Maldito Aguilar! —Se volvió furioso a su mujer—. ¿Para qué coño tenéis que ir a Aguilar? Aquello es para salvajes, ¿quieres que tu hijo sea como el Nuri?

Conchita, inclinada sobre el niño, lloraba y no le contestó. Fue la madre la que lo cogió del brazo y le dijo con dulce reproche:

—Ahora eso está de más, hijo.

En ese momento llegó el doctor Blanco Serrano fumando uno de sus habituales puros. Su sola presencia de hombre de mundo aclaró el ambiente. Se acercó al niño con tranquilidad. Lo primero que hizo fue tentarle la nuca a ver si la tenía rígida, síntoma claro de meningitis. Después le tomó el pulso, le palpó los ganglios del cuello, que se veían hinchados, y a continuación le bajó la sábana para mirarle los testículos.

Se volvió hacia ellos y sonriendo dijo sin ninguna duda:

—Es parotiditis, es decir, unas paperas como una casa. No es importante, ponédle compresas frías en la frente para bajar la fiebre, envolvedle la cara con un pañuelo si queréis, pero ya os digo que eso no sirve para nada aparte de que parezca un huevo de Pascua, y en dos semanas estará listo.

Fue al cuarto de baño a lavarse las manos y después al despacho, donde Mauricio le ofreció una copa. Mientras la tomaba y seguía fumando su puro, tranquilizó a Conchita, muy pálida y desmejorada:

—No te preocupes, no es nada importante.

Se oía a la madre dándole instrucciones a Filo, «baja a la farmacia a buscar gasas y una lavativa», y sonrieron al oír que Tinet intentaba aprovecharse gimiendo con falsa voz doliente: «Abuela, y que me traigan un tebeo de Roberto Alcázar y Pedrín». Aún con la sonrisa prendida en los labios, el médico les dijo:

—La única complicación de las paperas para los hombres, en la mitad de los casos, es la esterilidad. Se produce una orquitis, que es una inflamación del testículo, y disminuye la producción de espermatozoides, perdona, Conchita, que sea tan crudo. —La mujer hizo un gesto de indiferencia—. Y eso afecta a la capacidad de reproducción, sobre todo si la enfermedad ataca más allá de los doce años.

—Tinet tiene siete.

—Claro, claro, además he visto que no hay inflamación de las glándulas testiculares, o sea, que no hay problema, ¡habrá Casanovas durante muchos siglos!

—¿Son contagiosas las paperas?

—Sí, Avelina, solo los que las han tenido están inmunizados, pero el resto de la familia, si no las ha pasado, es preferible que no entre en la habitación del enfermito. —Miró significativamente a Mauricio—; sobre todo los hombres, por lo que te comentaba antes.

La madre lo interrumpió con desenfado:

—Ah, pues Mauricio puede entrar tranquilamente, porque ya las ha pasado. Era mayor que Tinet, debía de tener... por lo menos quince años, estuvo muy malo, le subió la fiebre a 41. Y se le hinchó todo el cuerpo, hasta tuvimos que ponerle compresas con hielo ahí abajo.

Mauricio protestó, «hombre, mamá, qué cosas dices», pero se interrumpió porque le asaltó de pronto el recuerdo lejano de una mano palpándole los testículos.

Fue a decir algo, pero al mirar al médico, Mauricio advirtió que este había clavado los ojos no en su madre, sino en Conchita con cierta sorpresa. Y su mujer le respondía con una expresión entre avergonzada y suplicante.

Mauricio sacudió la cabeza para atrapar un pensamiento que volaba, volaba por el despacho como un pájaro negro. El silencio de plomo fue interrumpido por un timbrazo. Llamaban a la puerta. La chica fue a abrir y cuando apareció, el pensamiento se fue para no regresar, porque Filo llevaba un telegrama azul en la mano. ¡Un telegrama!

Fue uno de esos instantes que parecen durar siglos y que dividen la vida en dos, un antes y un después. El médico dio un hondo suspiro y movió la cabeza tristemente, la madre no quería entender, Conchita se quedó en suspenso, los ojos agrandados por el miedo. Filo tendía la mano todo lo que el brazo daba de sí, como si llevara una alimaña muerta.

Mauricio le quitó el papel, lo desplegó, primero un ala, después la otra, y lo leyó en silencio primero, en voz alta después.

Ponía: «División española voluntarios comunica baja acción guerra 10 febrero 1943 soldado Miguel Casanovas Feliu».

La madre abrió la boca, pero no emitió ningún sonido, miró a uno y a otro, preguntó:

—¿Es mort? ¿El nen?

Y se desplomó en el suelo, se fue cayendo lentamente, como un muñeco al que le cortaran las cuerdas. El médico se hizo cargo de la situación, abrió su maletín y mandó a la chica a hervir una jeringuilla, pero Filo temblaba tanto que tuvo que ser Sara la que cumpliera el encargo.

Tinet empezó a gritar desde su cuarto:

—Mamá, ¿qué pasa?, ¿es por el tío Miguel?, ¿por el Nuri? ¡Mamá, mamá!

Conchita corrió junto a él y cerró la puerta.

Al final, como un papel monstruoso que se rasgara de parte a parte, hendió la noche el llanto herido, el gemido interminable de la madre, «Miquelet, el meu Miquelet, que t'han fet», un trémolo estremecedor que se fue diluyendo, apagando; al cabo quedó solo un barboteo que no se sabía si eran suspiros o lágrimas.

El médico preguntó guardando la jeringuilla en su caja metálica:

—¿Y tú necesitas alguna ayuda, Mauricio? Si quieres te puedo pinchar también, ¿o prefieres un sello de aspirina?

Negó aturdido como si llevara muchas noches sin dormir, y cuando se quedó solo, se desmoronó sollozando en una butaca.

Poco después les llegó una carta en la que explicaban lo ocurrido:

«Estaban defendiendo su posición los soldados Miguel Casanovas Feliu y José Nuria Bach García en el sector de Krasny Bor, primero cayó Casanovas herido en el pecho por fuego enemigo, le siguió Bach García queriendo retirarlo para salvarlo; una bala atravesó el casco. Tardaron una semana en recobrar los cuerpos, puesto que estaban en medio de las dos líneas. Ambos heroicos combatientes han sido enterrados en el cementerio de Mestelevo (adjunto fotografía). Señor, acoge en tu seno a los que mueren por España víctimas del odio, los nuestros no cayeron por odio, sino por amor, y el último secreto de sus corazones era la alegría con la que fueron a dar su vida por la Patria» (de la Oración de los Caídos).

En el mismo correo llegó la última carta de Miquelet, que todos leyeron abatidos y desconsolados. La había escrito, rabiosamente vivo y ya eternamente joven, un día antes de su muerte: «Hemos ido a unos baños rusos, nos sentamos en una especie de gallinero como los de Aguilar, hay una caldera al rojo y un hombre va estrellando cubos de agua en las paredes... Empezamos a cacarear y casi nos echan. Aquí hace tanto frío que te has de frotar las orejas con nieve porque si no se te caen como hojas secas...». Y después añadía: «Mauricio, lo he

consultado con el páter y te envió una carta aparte para ti solo, la estoy acabando y te llegará dos días después de esta». Y al final, «do svinadiya» (que quiere decir *adiós* en ruso).

—Nunca te pones la cruz de brillantes que te regalé cuando nació Yanín.

—¡Para la boda de mi hermano no voy a llevar una simple cruz! Además, ahora que soy una mujer mayor, me van mejor las perlas.

Mauricio se acercó a su mujer para abrocharle el collar, que tenía una barra con una doble fila de brillantes enormes en el cierre, preguntándose por qué se habían gastado tanto dinero en una parte del aderezo que nunca se iba a ver. Conchita mantenía con las manos la melena rizada y rubia en alto, descubriendo la nuca hendida en dos por un surco profundo y el dorso nacarino de sus orejas casi traslúcidas, una consecuencia de su extrema delgadez.

—No te conocía este collar.

—Era de mi madre. Como se casa Luis María, papá llevó las joyas a Sanz para que las dividiera en dos lotes, pero no eran iguales y a mí me ha tocado el peor.

Mauricio contestó sin interés:

—Seguro que tu hermano opina lo mismo de su lote —y tuvo una reacción tardía—, pero ¡qué cojones vas a ser mayor...! ¡Aún no tienes treinta años!

Conchita sacudió la cabeza porque a veces olvidaba que Lluiset era su hermano, porque hermanos eran para ella el Nuri y Miquelet. ¡Más que hermanos, más que hijos, marido, más que todo! Se encogió de hombros y, sin darse cuenta, dirigió una mirada a la fotografía que, en medio de las cajas de polvos, las lociones y los frascos de perfume, tenía en el tocador. Miquelet y el Nuri la miraban, ellos sí eran jóvenes y despreocupados. En primer plano el Nuri con una sonrisa amplia, alegre, dejando ver unos dientes blanquísimos, los ojos oscurecidos por la visera de una extraña gorra de piel y el cuello de la camisa abierto. En segundo término, Miquelet asomándose por detrás de su amigo, más que reír parece hablar, gritar, decir algo divertido, congelado ya en el tiempo para toda la eternidad; va con la cabeza descubierta y el pelo revuelto, seguramente le ha pasado al Nuri el brazo por los hombros.

Como hacía siempre que miraba esa foto, Conchita pensó que así recibirían los dos a la muerte, primero cayó Miquel y después llegó hasta él arrastrándose el Nuri, aún vivo, aún ileso, él aún tenía una oportunidad... «Valor, amic, aquí estic, no et preocupis». Como en la foto, la mano del uno en la espalda del otro, consolándose, dándose calor mutuamente hasta el último instante, quizás diciéndose palabras dulces, «aguanta, amic, germá..., aviat tornarem a casa...». El disparo en la cabeza lo tumbaría sobre el pecho amigo, el Nuri había salvado a Miquel..., pero no lo había salvado porque los dos se habían muerto.

Mauricio suspiró haciendo un ruido exagerado:

—¿Te falta mucho?

—Ya voy —respondía con fastidio Conchita mientras se calzaba los zapatos que le habían forrado en Álvarez de la misma tela del vestido. Todo lo que llevaba, de la cabeza a los pies,

costaba una fortuna, pero es que se casaba Luis María Prat Devesa, el hereu de Vapor Prat, y el hombre lo hacía a lo grande, con la hija de los marqueses de la Fronda.

La había conocido en Roma, la familia pertenecía al grupo de monárquicos que acompañaban al rey en su exilio del Grand Hotel. Era una joven sin edad, esquelética, con poco pelo, cutis macilento, los hombros hundidos y mirada huidiza, «el escalón anterior a monja», decía Vicente Eyre con irreverencia. Victoria, llamada así por la última reina, había sido tratada toda su vida por sus padres como si fuera una flor valiosísima, por lo tanto, era vanidosa, ignorante, gazmoña y egoísta. Pero era hija única y sobre sus delgados hombros los padres habían depositado el futuro de la estirpe, porque los Fronda eran unos nobles tronados y llenos de deudas hasta las cejas. Lo sabía todo el mundo en Barcelona, pero, por esa secreta e inconfesable admiración que sienten los burgueses catalanes por la aristocracia, fingían ignorarlo y les rendían pleitesía sin fin. Eran socios de los mejores clubes, aunque no pagaban cuotas desde tiempo inmemorial, y sin pagar tampoco, comían todos los mediodías en el Suizo, y él se hacía la ropa en el sastre Mosella de la Pedrera y encargaba los zapatos en Castellano de Madrid. Los trajes los enviaban a la tintorería en Londres, como hacía el conde de Godó, y arrugaban la nariz cuando lo justificaban diciendo que «aquí te los destrozan».

A Mauricio le había contado el conde de Egara, en el gremio, que había sido el difunto don Alfonso el que había intermediado en esta boda, llegando a hablar con Luis María de las ventajas de este matrimonio: «Aunque ahora en España no hay rey, un título siempre es una garantía de que eres una persona fiable, es como si te hicieras socio de un club muy restringido. Se te abrirán muchas puertas y, créeme, chico, cuando los borbones volvamos, porque volveremos, os necesitaremos a vosotros para restablecer la corona —y esgrimía el supremo argumento—: ¡pero si hasta Franco está loco con la nobleza! ¡Ya verás como querrá casar a su hija con un marqués por lo menos!».

Como buen conocedor de las mujeres, se daba cuenta de que no había en el mundo hembra menos atractiva que Victoria, y abordaba el asunto con misteriosa discreción: «Tengo que decirte que a mí la reina me causa verdadera repugnancia física, pero tuve que cumplir con ella y hacerle siete hijos... Es frígida y tediosa, pero, créeme, Victoria es de esas mujeres que no molestan nunca, y eso es lo máximo que les puedes pedir, que no empuñen, como decís los catalanes».

Egara también le chismorreó a Mauricio:

—La última rehipoteca sobre la casa del Paseo de Gracia, que por cierto está tan podrida de goteras como un queso gruyer, se la han concedido cuando el banco ha tenido constancia de que la hija se iba a casar con tu cuñado... Ya sabes que se tuvieron que vender las fincas de Balaguer para pagar las deudas que habían contraído en Roma, donde ¡pretendían que los invitara su majestad!, pero este les dejó muy clarito que allí cada uno se pagaba lo suyo. Y el último pico de la herencia de la tía Petra Smith, la de Jerez, que no tenía hijos, fue para pagar la puesta de largo de la niña.

Egara frotó el índice con el pulgar en un gesto que lo vulgarizó, y guiñó un ojo dándoselas de entendido, porque él también era textilero:

—Menos mal que tu suegro no anda mal de dinerets, porque esta gente es como una plaga de langosta.

Mauricio se había echado a reír con escepticismo: ¿su suegro, que contaba el último céntimo que gastaba, llevaba zapatos Segarra y no tenía chófer?, ¿el mismo que, siendo viudo desde muy joven, se había negado a mantener querida fija porque decía que salían muy caras y prefería pagar por amantes de paso?, ¿él, que no hacía más que ensalzar las virtudes del trabajo y del esfuerzo,

protegiendo a estos nobles inútiles y tronados? ¿Pretendían que pagara el palacete del Paseo de Gracia y su alto tren de vida a cambio de la mano de Victoria? ¡Pues estaban aviados! Pero como nunca se llega a conocer a fondo a los seres humanos, se había quedado de piedra cuando Agustín Prat, la misma persona pragmática y escéptica que había conseguido sortear tres regímenes políticos diferentes y había salido de todos mejor posicionado y más rico, se volvía miel a la hora de tratar a sus aristócratas consuegros. Los saludaba inclinándose con reverencias cortesanas:

—Señor marqués, señora marquesa.

Luis María enrojeció, y los nobles, con magnanimidad, protestaron:

—Vamos a tutearnos, al fin y al cabo, ya somos familia.

Agustín celebraba con risotadas cualquier broma del aristócrata, le besaba los dedos a la marquesa inclinándose tanto que Mauricio temía que se le rompieran los pantalones por atrás, y cuando la lánguida Victoria se ponía a tocar el «Vals de las olas» en el piano que habían conseguido salvar *in extremis* del embargo, con tan poca habilidad que hasta un ser negado para la música como el suegro debía darse cuenta, este comentaba arrobado, con los ojos en blanco:

—Victoria, eres la música hecha poema —aquí se le acababan sus recursos estilísticos para expresarse de forma delicada—, collons, que deberías tocar en el Palau de la Música. Puedo hablar con los de la junta directiva para que des un recital en la sala pequeña, a mí no me lo negarán.

El consuegro arrugaba la nariz y preguntaba, a pesar de que él y sus cinco generaciones anteriores eran de Barcelona:

—¿Palau?

—Ay, perdón, quiero decir Palacio de la Música. No te creas, marqués, aquello era un nido de separatistas, pero ahora está limpio. Después de cada recital se dan los saludos de rigor..., claro que ahora eso ya no me importa porque soy monárquico.

El marqués se había apresurado a manifestar cierta alarma ante aquel entusiasmo exagerado, propio de los recién conversos y que tan poco convenía en esos momentos de exaltación patriótica:

—Una cosa no quita la otra.

Y lo curioso es que Prat era sincero en sus manifestaciones, la satisfacción le rebosaba por todos sus poros, parecía todavía más orondo y más lustroso. Le repetía a Mauricio en sus viajes a Madrid:

—Yo ya sabía que este chico mío iba a hacer carrera... Mis nietos serán marqueses. ¿Te figuras, Mauricio? —se recostaba en el asiento y echaba una larga bocanada de humo—, ¡marqueses de la Fronda y grandes de España!

Mauricio argumentaba un poco fastidiado:

—Pero ahora estamos en una democracia orgánica, lo acaba de decir Franco. Sin rey.

El suegro se animaba súbitamente y levantaba el índice:

—Pero ¿qué ha dicho Franco? ¡Que España es un reino! —Y después, pensando que lo que tenía el yerno eran celos, se veía obligado a darle explicaciones—. Cuidado, que yo creo que la verdadera aristocracia somos los empresarios, eh, pero esta gente tiene algo que nosotros no tenemos.

Mauricio pensaba, «sí, hambre», pero se callaba y fingía consultar unos papeles para entregar en la Fiscalía de Tasas, que cada día era más exigente. Incapaz de mantenerse callado, el suegro proseguía con inesperada timidez, como si se hubiera olvidado:

—Por cierto, ahora nos vamos a cambiar el apellido. Lluïset, ay, quiero decir, Luis María, ha

ido a un heraldista que le ha dibujado nuestros escudos de armas, ya ves tú, ¡teníamos escudo de armas y nosotros sin enterarnos! Le ha cobrado un buen pico porque el asunto lo valía. Es una oveja y un algarrobo. Yo no sé por qué, aquí entre tú y yo, ha puesto esa tontería, bueno, lo de la oveja no lo veo mal, pero es una oveja con cuernos como un ciervo. Pero, oye, ¡ellos saben más que tú y que yo! —aquí casi gritaba, previendo alguna oposición de Mauricio, que se limitaba a asentir a todo—, y ha dicho que descendemos del primer amo de los prados de Lérida, y de ahí lo de *Prats*.

Mauricio había preguntado intentando evitar el tono irónico:

—¿Y ahora cómo se van a llamar?

El otro tuvo a bien al menos ruborizarse:

—Prats de la Garrocha... Oye, que conste que a mí estas cosas me dan igual, pero si es así, es así.

En definitiva, que el que ahora se casaba era Luis María Prats de la Garrocha y Devesa.

El coche olía a cuero viejo y humo de cigarrillo revenidos. Los niños, que eran los que llevaban la cola de la novia, se habían ido con la abuela en el coche del suegro. Tinet vestido como Freddie Bartholomew en *El pequeño lord*, con cuello rizado y calzones cortos. Le habían tenido que embutir a la fuerza en el traje porque gritaba desde la virilidad mancillada de sus diez años:

—¡No quiero! —Y luego había manifestado dramáticamente—: Filo, si me obligas a ponérmelo, caerá la sangre de la revolución sobre tu cabeza.

Porque era un fiel lector de Alejandro Dumas, pero Filo lo cogió de la oreja y lo llevó arrastrado hasta el coche, donde ya lo esperaban su hermanita, orgullosa con su traje de princesa, y su abuela totalmente vestida de negro, negro el enorme sombrero, negras las pieles, negro el vestido, negros los guantes, hasta las joyas que llevaba eran negras, de azabache. Desde la muerte de Miquelet no había usado otro color. Como siempre también, la abuela iba mascullando un eterno rosario que no se acababa nunca, porque cuando se terminaba, volvía a empezar.

Por las noches hacía rezar también a los niños y al servicio.

Luego, de mayor, Yanín me contaría que siempre recordaría esos momentos como los más aburridos de su vida.

Al lado del portal se habían apostado los habituales mendigos y también los curiosos para verlos salir, un espectáculo gratuito y un poco embarazoso porque no dejaban de expresar su opinión en alto:

—La abuela es como una cucaracha y los niños van de mamarrachos.

Cuando aparecieron Mauricio, de riguroso chaqué y sombrero de copa, y Conchita, con lujoso traje de raso granate, había habido sin embargo un conato de aplausos, que Mauricio había acallado repartiendo algunas monedas.

Hasta los clientes de la terraza del Sandor, el bar que había sustituido al Arnaiz en los bajos de su casa hacía un par de años, se levantaron de sus sillas para admirarlos. Mauricio oyó que decían:

—Míralos, van de boda, son Casanovas y la mujer..., a ese no lo ahorcas por menos de cien millones.

Con los cristales oscuros y las cortinillas que los separaban del conductor echadas, el coche parecía un inmenso ataúd. Conchita apoyaba la frente en el cristal. Mauricio la miraba, iba envuelta en un chal de gasa enorme que la asemejaba a una mariposa atrapada en una flor. Y se preguntó qué había sido de aquella muchacha regordeta, ingenua y amable con la que se había casado, aquellos labios jugosos y siempre entreabiertos; ahora era una mujer de expresión distante y altiva que no sonreía nunca.

—¿Quieres un cigarrillo?

Le tendió el paquete y se lo encendió, ella se inclinó sobre el mechero con gesto duro, los labios apretados, exhaló el humo con cansancio, su actitud gélida imponía. Hasta los niños sentían esa frialdad materna y preferían estar con Filo o con Sara. A veces entraba en el cuarto de juegos mientras merendaban y se quedaba mirándolos con impaciencia, aburrida, y si la niñera le preguntaba si quería algo, contestaba «no, no, ya me iba».

No tenía nada que hacer. Aquellos viajes incesantes a Aguilar se habían acabado. Era cierto que ya no necesitaban provisiones extra, compraban en el mercado negro, donde Sara se desenvolvía como pez en el agua. Pero, aun así, Mauricio la animaba a ir a la vieja masía:

—Vete a darle un vistazo a todo aquello y así visitas a los masoveros, los pobres... se deben de sentir muy solos después de la muerte del Nuri. Podemos ir los dos el sábado si quieres.

Ella negaba:

—No, no tengo ganas.

Él insistía:

—Vamos a arreglarlo si te apetece, introduciremos un poco de confort moderno.

Ella contestaba vagamente, «sí, vale, bien, lo pensaré», pero nunca se decidía, y al final Mauricio dejó de proponérselo. Había vuelto a montar a caballo y por las mañanas se iba al Polo, salía a pasear con su yegua por la Diagonal, subía hasta Pedralbes, recorría la carretera de las Aguas, estaba tantas horas fuera que a veces Mauricio llegaba de la fábrica y se encontraban abajo, ella con el traje de amazona sucio, la camisa sudada, despeinada, golpeándose nerviosamente con la fusta las botas manchadas de barro. Mauricio gruñía:

—Cojones, un día te llevarás un disgusto.

Habían empezado a actuar en Barcelona los elementos anarquistas que venían a escondidas de Francia, y asaltaban comercios, robaban a los viandantes y trataban de derrocar a Franco con cuatro octavillas mal redactadas y artefactos caseros colocados en los buzones de correos. Los diarios los llamaban *bandoleros* y sus nombres, el Facerías y el Sabater, servían para asustar a los niños.

Tinet, viendo que el padre la reñía, se atrevía él también a decirle a su madre en tono lúgubre:

—Te podían haber matado el Facerías y el Sabater.

No habían tenido más hijos, pero a Mauricio no le extrañaba por el escaso interés que ponía ella en las relaciones íntimas. Nunca protestaba ni se resistía, pero se quedaba como muerta, se dejaba hacer, y cuando acababan, se limitaba a limpiarse y a ponerse de espaldas. Poco a poco, él dejó de acercársele y hacía ya años que no mantenían ningún contacto, no ya sexual, ni siquiera epidérmico. Una vez Yanín le había preguntado a Filo, después de que esta la llevara en secreto a ver una del oeste con Víctor Mature, que, según cómo se mirase, se parecía al señorito Mauricio:

—¿Los papás nunca se dan besos?

Y Filo había contestado con suficiencia:

—Aquí en España no es costumbre.

Si Mauricio sentía a veces vagos remordimientos por haber tirado la toalla tan pronto, se consolaba diciéndose que con el sexo en realidad solo disfrutaban las putas. Pero qué putas, qué putas, porque las pobres chicas de Madrid que se llevaba a la habitación en el Palace tampoco parecían pasarlo muy bien. Claro que ahora las relaciones carnales ya no tenían que limitarse a Madrid, porque habían abierto un bar muy elegante y muy bien surtido de señoritas en el pasaje de la Concepción que se llamaba Marfil, un lugar perfectamente legal, donde las chicas pasaban revisiones médicas cada tres semanas. Y, sin ir más lejos, en el Sandor, que si por la mañana era frecuentado por las familias bien que iban a tomar el aperitivo, por la noche ofrecía prostitutas de altos vuelos, que cobraban por un rato lo que las obreras de su fábrica en dos meses. Si quería tener a alguna, avisaba a uno de los «limpia» y se iba a pasar con ella un par de horas al meublé Pedralbes o a la Casita Blanca. Pero por muchos suspiros que dieran, por muchas palabras de pasión que pronunciasen, «sí, sí, qué bien lo haces, qué gorda es, dame más, cariño», Mauricio tenía la suficiente experiencia como para darse cuenta de que ellas tampoco gozaban en la cama, que todo era cuento.

Meneó la cabeza, se colocó bien el chaqué y echó la punta del cigarro por la ventanilla. En la puerta de la iglesia de la Merced se amontonaban los coches, el más aparatoso, un Bentley negro. Un chófer con polainas mantenía la puerta abierta para que salieran los ocupantes, una pareja especialmente atractiva, con gafas oscuras y aire de artistas de cine.

Mientras le abrazaba, el suegro le indicó al oído con admiración:

—Es Jaime Castell... Pensar que el padre tenía una hilatura pequeña y ahora, con las cuentas combinadas y con la guerra, se ha hecho millonario.

«Pues como nosotros», pensó Mauricio mientras le daba la mano a Castell y un abrazo a Juan Antonio Samaranch, que llegaba a la carrera, sin aliento:

—Chico, solo vengo a saludaros, porque a esta misma hora se está casando mi hermana Montse en la Concepción.

A Mauricio le extrañó tanta solicitud, pero Samaranch lo dejó con la palabra en la boca para acercarse al gobernador civil Bartolomé Barba, el auténtico objetivo de su visita:

—¡Gobernador! ¡Qué casualidad! Quería yo verle precisamente... Desde que se ha acabado la guerra, la mundial, eh, no nuestra Gloriosa Cruzada, el negocio de casa ha ido a menos... Sepa que esos rumores sobre mi vida privada son mentira, porque tengo en mente prometerme con una chica de muy buena familia...

Lo cogió del brazo y lo llevó aparte hablándole confidencialmente. Conchita y Mauricio se miraron alzando las cejas con incredulidad ante tamaña desfachatez cuando un hombre uniformado los abordó:

—¿Casasnovas? Mucho gusto, soy Alberto Puente, fui instructor de su hermano en el cuartel del Bruch... Era un buen muchacho, mi más sentido pésame.

Miquelet. El telegrama. Esa carta dirigida a él que nunca le había llegado. ¿Qué querría decirle? Notó un pellizco en el corazón.

—Sí, gracias, muchas gracias.

El oficial, con varias condecoraciones en el pecho, continuó:

—Estuve en su funeral, usted no me vio, estaba lleno de gente.

Fue en la iglesia de Pompeya, había autoridades, mandos militares, amigos del colegio y una representación del personal de la fábrica. Le sorprendió que Juanón, el hijo de Molins, llorara desconsoladamente. Un funeral raro, sin difunto. Marcet, el alcalde de Sabadell, se había puesto a arengar a la gente sin que nadie lo invitara, «¡no lloreis!, ¡envidiadle! Sufrió la más bella muerte del mundo: ¡murió por Dios y por la Patria!».

El hombre prosiguió en un tono más bajo, casi confesional:

—Desde luego su hermano era un patriota de la cabeza a los pies, mejorando lo presente, pero el que era un fenómeno era su amigo José Nuria...

Mauricio tardó un momento en relacionar a ese José Nuria con el Nuri, y balbuceó asombrado:

—Sí, sí, era un buen chico también.

El hombre sacó su voz más rotunda y repitió enfáticamente:

—¡Un fenómeno! Si los *otros* tienen un pastor de cabras, ese tal Miguel Hernández, nosotros tenemos el nuestro. ¡Cómo escribía el tío, qué listo era! Si hubiera vivido sería ahora un... Jacinto Benavente, un...

Se quedó sin referentes literarios, pero no se arredró:

—Un diamante en bruto. ¿Es su señora? —Y se dirigió a Conchita—: Dígaselo a su papá de mi parte, qué gran obra hizo amparando a ese muchacho.

Cuando Mauricio, intrigado, ya iba a preguntar más detalles, el hombre se alejó. Si le quisieran sacar sangre en ese momento, a Mauricio no le hubieran encontrado ni una gota. Se giró hacia su mujer, que fumaba nerviosamente:

—¿Pero tú has oído eso? ¿El Nuri, poeta?

Conchita se encogió de hombros. Con súbita sospecha, el marido la cogió del brazo y la apremió:

—Pero ¿tú sabías algo?, ¿pero ese animal sabía leer y escribir? ¿Y qué pinta tu padre?

Ella tardó en contestar, se sacó una hebra de tabaco del labio y al fin dijo de mala gana:

—Le pagó el colegio, los escolapios de Mataró... Como los masoveros se portaron tan bien conmigo cuando era pequeña, papá se sintió obligado. —Frunció el ceño—. ¡Claro, como tú eres incapaz de hacer nada por nadie!

Él levantó las manos a la defensiva:

—Vale, vale, yo no digo nada, solo me ha extrañado, y como nunca me lo habías comentado...

El banquete era en el Ritz y la novia estaba casi guapa bajo una enorme corona de piedras preciosas que acababan de desempeñar para la ocasión. Los sentaron en la mesa con Jaime Bofill y con Vicente Eyre, que iba con una chica muy joven, muy alta, de ojos verdes. Vicente le cogió la mano para que vieran la pulsera de brillantes que le había regalado, mientras les decía:

—Dentro de cuatro meses estaremos aquí nosotros también, celebrando nuestra boda. Os esperamos, por supuesto.

Jaime aplaudió cómicamente:

—¡Bravo, has conseguido pescarla antes de quedarte completamente calvo!

Se rieron todos, la chica se puso a hablar con Conchita y Jaime le contó a Mauricio:

—Vicente ha tenido una suerte de narices, ella es amiga de mi hermana pequeña, gran pedigrí sin las tonterías de... —hizo un gesto expresivo hacia la presidencia de la mesa— millonaria. Es la hija mayor de Ignacio Estrada, ¿te acuerdas de los anuncios? ¡El rey de los censos!

Y añadió maliciosamente:

—¡Huérfana de padre!

Aunque Vicente añadió con tristeza:

—Sí, pero mi suegra tiene el usufructo... Y una salud de hierro, la condenada.

Todos, hasta la novia, rieron. Mauricio le preguntó mientras le daba un sorbo a su copa de vino:

—¿Y ahora a qué te vas a dedicar?

Vicente se encogió de hombros:

—Lo de la escuela de conducir ha sido un fracaso, porque desde que ha acabado la guerra no entra en España un solo coche, y ahora, con las fronteras cerradas, ya me dirás tú... Mi hermano me ha ofrecido un puestecillo en Sindicatos, en espectáculos.

La novia juntó las manos con entusiasmo:

—¡Y vamos a tener entradas gratis en todo! ¡Los cines, los teatros, la lucha libre, el boxeo!

Mientras hablaban, Vicente iba haciendo un dibujo a lápiz en una servilleta, difuminando los trazos con el dedo meñique. Cuando acabó se lo ofreció a Conchita:

—Toma. A mí lo que me gusta de verdad es pintar.

Y la novia añadió fervorosamente:

—¡Y lo hace muy bien!

Cuando salían se cruzaron con un grupo de hombres con esmoquin que bajaban a cenar a la Parrilla, la sala de fiestas que estaba instalada en el sótano del hotel, donde esa noche tocaba la orquesta de Kurt Dogan. En el centro, jactancioso y chulesco, iba el enigmático millonario Julio Muñoz, que había empezado como algodónero, pero estaba metido en tantas operaciones turbias que se desconocía el origen real de su fabulosa fortuna. Lo llamó con la autoridad del que sabe que «en el cielo manda Dios y en la tierra Julio Muñoz»:

—Casasnovas, ven a tomar una copa con nosotros.

Su mujer ya estaba metiéndose en el coche, solo se veía su pie, tan delgado que el zapato se le resbalaba, y de pronto, enfrentarse a su mueca helada, o escuchar las pueriles peleas de sus hijos en casa, u oír el lento ronroneo del rosario de su madre le hizo estremecerse. Conchita bajó la ventanilla del coche y lo miró interrogativamente. Él le hizo una seña de que se quedaba.

Empezó a descender por la estrecha escalera, pero Julio Muñoz le palmeó la espalda:

—Vamos, hombre, ahí no, que es una pesadez, hemos cogido la suite romana para echar unas manos de póker, y ya verás, están las chicas de la Carola, ya sabes que son lo mejor de Barcelona. ¡Hay dos francesas y una cubana!

Aunque Muñoz se acababa de casar con una hija del banquero Villalonga, llevaba del brazo a una rubia platino, cuya nariz, demasiado grande, le impedía ser una auténtica belleza. Lucía pieles suntuosas sobre los hombros e iba enjoyada como un ídolo chino, con anillos y pulseras por encima de los guantes largos.

—Mira, es una amiga mía, se llama Carmen Broto.

Ella le tendió la mano para que se la besara como si fuera una duquesa.

La habitación era lujosa, muy amplia, y estaba totalmente abarrotada de mesitas de juego con tapete verde para cuatro personas. Unas chicas de cuerpos bonitos y caras feas, ataviadas con camisas de seda y medias con ligero, se sentaban en la enorme cama, se estiraban, se abrazaban,

aparentemente ajenas a aquellos hombres que se quitaban las chaquetas, las dejaban en el respaldo de la silla, sacaban enormes fajos de billetes y se ponían a jugar a las cartas.

Dos chicas empezaban a desnudarse con lentitud y se metían en la bañera romana, daban grititos. Un hombre se levantó de la silla, se quitó la ropa con rapidez y se introdujo en la bañera con ellas. Se oía el gorgoteo del agua, risas y chillidos, y al cabo de un rato, con el pelo aún mojado, volvió a sentarse en la mesa de juego. Y se levantó otro, que siguió el mismo camino. Y otro.

Morenés, Pérez Flauta, Roda, Recasens... No eran empresarios de toda la vida como los Valls Taberner, los Viladomiu, los Bertrand, los Bonmatí, los Prats, los García Planas o los Casanovas, pero eran los nuevos amos de Barcelona, que acumulaban dinero de una forma muy fácil: compraban y pagaban a largo plazo y la inflación hacía el resto. Todo el mundo era pobre en España menos ellos, y ese dinero ganado tan cómodamente, que no podía guardarse en el banco, les quemaba las manos y tenían que gastarlo con rapidez, en los caprichos ostentosos de aquella posguerra que no acababa nunca.

Otras veces eran las chicas con sonrisillas sumisas y forzadas las que se sentaban en las rodillas de algún jugador, que terminaba por levantarse y tener sexo con ellas sobre la cama, a la vista de todos, mientras su lugar en la mesa lo ocupaba otro. Después echaba una cabezada hasta que otro le tocaba el hombro para que volviera a las cartas, y él se lanzaba a la cama como un oso encima de las muchachas, que lo acogían dando alaridos de entusiasmo y simulando apasionados suspiros de amor.

Las prostitutas que se fingían francesas decían todo el rato:

—*Oh là là... c'est magnifique...*

A veces eran dos hombres los que estaban con la misma muchacha. O dos chicas con un hombre. O varios con varias. ¡Todas las combinaciones eran posibles!

Carmen Broto era la única mujer que se sentaba a la mesa y jugaba a las cartas. De vez en cuando dirigía miradas de displicente desprecio a sus antiguas compañeras. Mauricio sabía que era una maña que había llegado a Barcelona como sirvienta y, después de pasar por el burdel de la Carola, se había convertido en la amante de lujo de varios hombres adinerados.

Los camareros, ciegos, sordos y veloces, entraban incesantemente cargando botellas de licor, de champán, paquetes de tabaco, platillos de bombones, lionesas, jamón, aceitunas, langostinos, ostras, en una confusa amalgama que las chicas, con hambre atrasada y evidente, devoraban en segundos.

El humo era cada vez más espeso, se oía lejanamente la orquesta de la Parrilla, pero los jugadores estaban en silencio, solo roto por un:

—Voy.

—Veo.

Los billetes de cien pesetas pasaban de mano en mano. A medida que iban avanzando las horas, el ritmo se iba haciendo frenético. En una mesa baja había una bandeja con cocaína. Estaba a cargo del dueño del cine Tívoli, que llevaba gafas de cristales gruesos: era homosexual, y el único al que aquellas modestas hetairas no hacían caso.

Como cada noche, las chicas se divirtieron poniendo los nombres de todas ellas en papelitos que metieron en un sombrero, que pasaban por las mesas para que cada hombre escogiera. Era la señal que daba por finalizada la partida.

A Mauricio le tocó una chica pelirroja a la que llamaban la Caoba. Cuando se abrazaron sin deseo en una cama supletoria que estaba en el inmenso cuarto de baño, ella le susurró al oído:

—He hecho trampas para que me tocaras tú. Eres el más guapo.

Cuando salieron de la habitación, clareaba el día. Las muchachas, con los labios morados de frío, se habían amontonado en un taxi y habían desaparecido. Solo quedaban los hombres. Uno de ellos, Rosés, un algodnero que se había forrado a costa de comprar y vender maquinaria inexistente, daba pases toreros al aire con el abrigo de pelo de camello y gritaba:

—¡Olé, Barcelona, cuidado! ¡Somos la Brigada del Amanecer!

Todos celebraron la gracia con grandes risas. Un falangista de nuevo cuño, madrileño, que se las daba de intelectual y que según se contaba se estaba enriqueciendo vendiendo penicilina adulterada, empezó a recitar un poema de Foxá, del «muy amigo mío camarada Foxá», como decía, pronunciando a la madrileña, *Focsá*:

*Subían como el alba,  
como piratas de las nocturnas voces...  
Brigada de las tres de la mañana,  
¡maldita seas, enemiga nuestra!*

Se detenía entonces con torpeza de borracho, sacaba el reloj de bolsillo e intentaba mirarlo a la escasa luz de una farola guiñando los ojos.

—Pero no son las tres, son las... —Miraba al cielo—. *¡Focsá*, te has equivocado!, ¡la Brigada del Amanecer funciona a las seis de la mañana!

Aunque no entendían, ya que no conocían el poema —lo máximo que habían leído en sus vidas eran las cotizaciones de la Bolsa—, todos rieron escandalosamente. Muñoz intentaba encender un cigarro con un mechero que el viento apagaba continuamente, y el joven Rosés apoyó el brazo en el tronco de un árbol y empezó a vomitar.

El amigo de Foxá seguía con el patético trémolo de una recitadora profesional:

*Violadora de cándidos secretos...*

Pérez Flauta preguntó con ingenuidad sincera:

—Oiga, ¿se trata de un poema sicalíptico?

Al madrileño le dio tal ataque de risa que se dobló sobre sí mismo.

Una nube roja se le puso a Mauricio delante de los ojos, le acometió un odio insuperable: ¿para esto habían muerto tantos camaradas? ¿Y Miquel? ¿Y el pobre Nuri, un pastor de cabras inmolándose en un charco de sangre para que estos canallas se rieran de él? ¿Podría haber sido un gran poeta!

¿La nueva España era esto?

Se fue hacia el hombre con el puño alzado:

—Cállate. Cállate o te mato.

Muñoz, Rosés y el portero del Ritz lo sujetaron por el brazo. Muñoz le dijo despreciativamente:

—No hagas tonterías, qué mal beber tienes.

El portero lo disculpó:

—Su hermano es un caído de la División Azul.

Se desasíó de ellos impetuosamente y echó a andar por la Gran Vía, oía cada vez más lejos las voces beodas:

*Las casas sin honor y sin recuerdos  
maldicen vuestra sangre vagabunda.*

El corazón le latía con violencia. Le vino una arcada agria desde el estómago a la garganta, pero respiró hondo y el aire frío y húmedo le recordó sus tiempos de estudiante, cuando tenía exámenes y se quedaba toda la noche en vela, y luego salía por la mañana a comprar pan y a misa. Pero ahora se sentía sucio, lo estaba en realidad, olía a tabaco, a semen y a alcohol. En el hotel le habían prestado un gabán que se había abrochado hasta arriba para que no se notara que iba todavía con chaqué.

Fue a coger la calle Aragón, un tren mañanero la recorría con gran aparato de hierros y humo. Tosió y levantó la vista hasta el balcón de la casa de su suegro, en la esquina del Paseo de Gracia; si a este se le ocurriera mirar lo reconocería, porque era el único viandante, las calles estaban solitarias y se oían aún los chuzos de los serenos. Se arrimó instintivamente a la pared. El colmado Quilez tenía la persiana bajada porque era domingo, pero habían pegado un cartel. Se acercó a leerlo sin saber por qué: «Mañana habrá jamones de Trevélez y espárragos de la huerta murciana, se venderán según orden de llegada. Y reparto extra de patatas contra entrega del cupón número 62 de Varios a 1,30 pesetas el kilo». Subió por la calle Entenza. A la altura de la calle Mallorca empezó a ver grupos de peatones caminando apresuradamente, muchos de ellos con bultos o maletas. Primero se extrañó, pero, cuando recordó que allí estaba la prisión Modelo, comprendió que iban a incorporarse a la enorme cola que se formaba para visitar a los presos.

Se detuvo para contemplar la alta tapia amarilla que rodeaba la mole inmensa y siniestra de la prisión. Aunque la cárcel no abría sus puertas hasta las nueve, desde hacía muchas horas familias enteras venidas de muy lejos esperaban poder visitar a sus parientes, aunque solo dejaban pasar a dos personas por recluso. Los familiares de los presos comunes, casi todos gitanos, hablaban, reían, reñían, se intercambiaban tabaco, chismes, víveres, se guardaban el turno o intentaban colarse. Los de los presos políticos, sin embargo, estaban en silencio y se atenían dócilmente a las indicaciones de los funcionarios, que de vez en cuando se asomaban y gritaban alguna orden sin sentido:

—Hagan dos filas. El que grite no pasa. Solo un paquete por persona.

Mauricio los observó con amargura, sin odio. Pensó: «A lo mejor tu marido, tu hermano, tu padre, tu hijo ha matado a un camarada». Pero ¿qué importaba? ¡El miedo lo justificaba todo!

Fue un recordatorio inesperado de la guerra, de la estupidez y crueldad de la guerra, como no lo había sentido en todos estos años transcurridos, siete. El pasado, que había costado medio millón de muertos, se ponía en pie, se enfrentaba a él, sintió el latigazo en el lomo de esa atrocidad humana.

Qué gran pudridero era este país.

Había muchas más mujeres que hombres; una de ellas, con el pelo mal cortado y una bufanda al cuello, le dirigió una mirada de arriba abajo y, dejando a una niña de pocos años guardando el turno en la cola, se le acercó y le dijo:

—Si quieres podemos ir ahí cerca, a un pisito que conozco.

Negó con asco, ¿qué lenguaje les hablaba sin querer a las mujeres, que sabían que era una presa fácil? ¿Cómo presentían su debilidad? ¿Por qué se dirigían a él y no a los hombres que rondaban la calle, fumando un cigarro y observando silenciosamente lo que pasaba?

Sintió impaciencia, quiso cruzar la hilera de gente, pero era demasiado compacta y nadie se apartaba para dejarlo pasar. Dudó qué hacer y entonces advirtió una figura familiar. Miró más intensamente. Apoyada en la pared, con la cabeza baja, estaba..., sí, retrocedió para observarla mejor, la forma del cuello, cómo ponía los pies... Era Amparo. ¡Amparo! ¿Qué hacía aquí?

No llevaba la enorme pelliza habitual, sino una americana de hombre que algún sastre no muy habilidoso había intentado adaptar a su tipo. Con una tira de cuero se la había ceñido a la cintura. El pañuelo en la cabeza; en vez de llevarlo recogido en la nuca, como las otras, lo llevaba atado debajo del mentón. Transportaba dos paquetes: uno grande, y envuelto en papel de estraza manchado de grasa —Mauricio adivinó que se trataba de una tartera con comida—, y el otro lo apretaba contra su pecho, era cuadrado, indudablemente contenía libros. Aunque todas esas personas parecían conocerse y se interpelaban a gritos, con ella no hablaba nadie.

De pronto, se levantaron voces aún más chillonas, una mujer le decía a otra:

—Tú no puedes venir a verlo, su mujer soy yo.

La otra respondía, roja y furibunda, sacando unos documentos del bolsillo:

—¿Y dónde están tus papeles? La legítima soy yo, solo me dejarán pasar a mí porque yo soy la que tengo el certificado de matrimonio.

La una agarró del moño a la otra y se tiraron al suelo, desmelenadas y furiosas, «arrajuntada, puta», «santurrón, beata». La gente reía y las azuzaba, era una distracción para el tedio que causaban esas largas horas de espera, pero Amparo no veía ni oía, de vez en cuando dirigía miradas a la puerta, era de las primeras, a saber cuánto tiempo llevaría esperando.

No lo vio.

Él fue retrocediendo, subyugado por esa figura. En medio de la gran puerta se abrió otra más pequeña, que cruzó un grupo entre el que estaba Amparo, azuzado por dos policías con el fusil desenfundado. Mauricio dirigió la vista alrededor, vio un modesto bar justo enfrente que iba vaciándose a medida que los visitantes iban entrando en la prisión. Se acodó en la barra, al lado de la cristalera, y pidió un café. Se echó el pelo hacia atrás, porque libre del fijador le caía un mechón sobre el ojo, y se subió las solapas del gabán para que no se le viera el cuello duro de la camisa de seda. El camarero, poco habituado a gente tan distinguida, lo observaba con disimulo, y se le acercaron algunas mujeres que, fingiendo querer salir, le rozaron de forma insinuante, pero él, ajeno a todo, no perdía de vista la puerta que debería cruzar Amparo.

¿A quién iría a ver? ¿A un padre, a un hermano? ¿Un marido?

¡Era a él al que escribía cartas! ¿Cómo había podido esconder tanto tiempo este secreto?, ¿por qué nadie se lo había contado?

Un día se había atrevido a preguntarle a Juanón, el hijo de Molins, qué sabía de ella, y el chico le había dicho que nada. ¡Jodido mentiroso! Seguro que le había engañado. ¿Cómo un rojazo como él no iba a saber lo de esta mujer?

Esperó una hora, dos... Pasaban familiares que habían entrado en el mismo turno de Amparo, y al final pensó que habría salido por otro sitio, quizás por una puerta trasera. Le dolían los ojos de tanto fijar la vista.

Le inundó un desaliento cósmico mientras pagaba, salió y se puso a buscar un taxi.

Y, entonces, la vio aparecer en medio del inmenso portón de madera. Llevaba las manos vacías en los bolsillos, la cabeza baja, el rostro palidísimo. El pañuelo había resbalado y se le

veía la gruesa trenza enrollada en la cabeza como un ofidio. Atravesó la calle sin mirar, un coche le tocó la bocina, iba hacia donde él estaba. Mauricio no se movió. Se dijo, «si me mira, la saludo; si no me ve, no le digo nada».

Tragó saliva, contuvo la respiración. Esperó.

Se le fue la mano, sin querer, a la trenza, la tocó levemente y luego descendió a la mejilla en una fugaz caricia que hizo que Amparo, poco acostumbrada al contacto humano, cerrara los ojos con lentitud. ¡Cuánto tiempo transcurrido desde que había sentido sobre su piel la piel de nadie!

Ella no experimentó sorpresa al verlo, sino resignación. Como si ese encuentro, tarde o temprano, fuera inevitable.

Con voz que no parecía suya, Mauricio preguntó:

—¿Y el perro?

Amparo apenas sonrió, visto y no visto el blanco deslumbrante de sus dientes irregulares.

—Se ha quedado en Sabadell, lo cuidan los niños... —Se animó súbitamente—. Es muy listo, no se alborota cuando sabe que vengo a...

Se detuvo con brusquedad. Un mundo entero se levantaba entre ellos, cruzarlo con unas frases banales era imposible. Se ciñó el pañuelo a la cabeza y después ocultó sus manos estropeadas en los bolsillos. Mauricio la miraba tan intensamente que cualquier gesto suyo adquiriría una importancia abrumadora. Hizo ademán de irse y Mauricio sintió una desesperación angustiada. Era ahora o nunca. Esos largos días pensando en ella se le antojaban como una travesía por un desierto interminable. Con voz estrangulada, una voz que salía de algún lugar desconocido, Mauricio le suplicó:

—No te vayas.

Ella lo miró con sorpresa, y después se alzó de hombros y se quedó muy quieta, a la espera. Mauricio echó un vistazo a su alrededor, la gente pasaba indiferente. Le dieron un empujón. Al trasiego de la prisión se habían unido los grupos que iban a la cercana iglesia de San Vicente de Paúl, familias enteras, ellas con mantilla, los niños con devocionarios... El guardia urbano que dirigía la circulación en el cruce de Entenza con Rosellón los conminó a cruzar la calle porque se habían quedado parados en medio de la calzada. Un poco más arriba vio el cartel, Granja Lola, y en una pizarra, escrito a mano, «Se sirven desayunos y meriendas». La cogió del brazo y la metió en el pequeño local con el suelo de tierra. Detrás de un mostrador de mármol se afanaba una mujer gruesa y bigotuda con un delantal no muy limpio, y se oía mugir a las vacas encerradas en un establo trasero.

Les sirvieron la leche en un vaso —Mauricio apenas se mojó los labios—, tenía un ligero sabor al aluminio del recipiente en el que ordeñaban. Sobre la mesa, la mujer les dejó rebanadas de un pan enorme y redondo que se hincó en la barriga y cortó con un largo cuchillo. Amparo primero lo pellizó y se llevaba los trozos a la boca con delicadeza, después lo agarró con ambas manos y lo engulló a mordiscos. Cogió el vaso y se lo bebió con avidez. Mauricio pidió que se lo volvieran a llenar, ella le dirigía miradas agradecidas, pero sin dejar de comer y beber. El hambre, el deseo de vivir, la juventud pujante, a pesar de todo, se manifestaban en esa ansia animal de alimentarse, devorar... El hambre, quien no la ha pasado no sabe lo que es eso.

Amparo, al fin, se abrió la chaqueta, se recostó en la silla, sus mejillas enrojecieron.

Se miraron en silencio. Ella retomó la conversación en el punto donde la habían dejado, hablando apresuradamente para no tener que aclarar otros asuntos:

—Lucero es más que mi perro, ¿sabe?, es mi amigo. Me acompaña desde que salí de Cieza, hemos compartido camino y comida. Se hizo daño con una alambrada de espino y para que no lo dejara... ¡animalito!, ¡cómo lo voy a abandonar si es mi único compañero!, fingía caminar bien; solo cuando creía que estaba dormida se lamía la pata. Mis... caseros —se le hacía cuesta arriba llamar caseros a los dueños de la cueva donde vivía— son muy buenos, los niños lo quieren mucho y le enseñan trucos.

Él rio embelesado por aquella voz melodiosa de dulce acento:

—¿Y aprende?

Amparo, orgullosa, rio a su vez, se le animó el rostro, y de su interior surgió una chiquilla pícara que seguramente hacía mucho que no mostraba:

—Sí, para complacerlos hace las tonterías que le enseñan... —se puso los pulgares en la sisa de las mangas y agitó los dedos, alargó el labio inferior—, pero con un aire de «¡bah, soy el más chulo del barrio!, pero voy a hacer el tonto, aunque sea mucho más inteligente que todos vosotros juntos».

A él le encantaba verla, casi no atendía a lo que decía, y entre risas le preguntó:

—¿Y qué sabe hacer?

Ahora Amparo detallaba las innumerables gracias de su perro contando con los dedos:

—Pues mueve las orejas, se relame como si hubiera comido cosas ricas, y sabe dar la pata. Y se pone de pie y camina unos pasos, y se tumba en el suelo cuando le dices «muere por...».

Se interrumpió de golpe, se le ensombreció el semblante, fue como si se pusiera el sol en el cielo. Y Mauricio, como un niño, le cogió las manos y suplicó:

—Muere por...

Ella se soltó bruscamente.

—Nada, es una tontería.

Ambos miraron a su alrededor, no sabían cómo continuar ahora la conversación. Mauricio adivinaba sus ganas de marcharse porque se abrochó de nuevo la chaqueta y se sentó en el borde de la silla, pero se aguantó porque él no dejaba de ser el amo y ella una trabajadora que podía ser puesta en la calle cuando a él le diera la gana.

Sin reflexionar, preguntó para retenerla:

—¿Vienes todos los domingos? — Y por dentro se reprochó su estupidez, esa frase se decía a los que iban a tomar el aperitivo al Sandor, no a los que iban a la prisión a visitar a... a...

Ella respondió sencillamente:

—Sí, desde que lo trasladaron. Eso fue, a ver... —contó mentalmente—, en el año 40, hace seis años. Antes venía también los sábados, pero era demasiado esfuerzo para mí y... él no quería.

Mauricio le suplicó con la mirada, pasó un segundo angustioso y al final ella susurró:

—Es mi marido.

A su alrededor las mujeres del barrio llegaban con las lecheras al brazo, sacaban de monederos viejos y aplastados los cupones correspondientes, conversaban con la dueña, quien se metía de vez en cuando dentro, se oía mugir más fuerte a la vaca, y salía con la jarra rebosante de leche espumosa. Alguna pedía:

—Dame un yogur.

En un tarro de cristal vertía la sustancia espesa, tapaba el bote con papel, ciñéndolo con una goma, y preguntaba:

—¿Aún está malo tu padre?

Les dirigían alguna mirada furtiva. Mauricio había retirado su silla instintivamente. ¡Su marido! ¿Qué habría hecho ese hombre?, ¡matar, robar, asesinar! Y, sobre todo, la había tenido a ella desnuda, la había abrazado, había dormido envuelto en su melena suelta y oscura.

Quería saber, aunque en el fondo no quería.

—¿Tu marido?, ¿y qué ha hecho?

Le salió sin querer una entonación burlona, y ella respondió con una mueca dolorida. Mauricio atrapó con la suya la mano que tenía sobre la mesa, apretó fuerte. Amparo intentó desasirse:

—Déjeme.

Las mujeres se volvieron hacia ellos y, a pesar de la oscuridad, percibieron que era una pareja desigual, un hombre elegante y una mujer del pueblo, y se dieron con el codo. Se callaron los dos para no llamar la atención, y ella contestó apresuradamente en voz baja:

—Era también maestro.

El maestro del pueblo, ¡un muerto de hambre! ¿Qué esperaba? ¿Qué vulgar todo! Con incredulidad impostada preguntó:

—¿Y por ser maestro está en la cárcel?

Amparo endureció el gesto, se afeó, hizo ademán de levantarse, arrastró la silla. Él intentó detenerla. Hubo un forcejeo y en ese momento se acercó un hombre bajo de anchas espaldas con el típico atuendo de los miembros de la policía secreta, gabardina y sombrero gris:

—¿Qué pasa aquí?

Se dirigió a ella, le agarró el brazo e intentó ponerla en pie sin miramientos. Amparo, sin resistirse, sin protestar, se incorporó con los ojos desorbitados de miedo. Mauricio protestó con suficiencia:

—¿Qué hace?

Cuando el secreta advirtió la traza de Mauricio, dejó caer a Amparo y le informó respetuosamente:

—Perdone, creía que lo estaba molestando... Con estas rojas nunca se sabe, tienen a los maridos presos y aprovechan cualquier ocasión para sacarse unas perras.

Mauricio contestó:

—Gracias, ya nos íbamos. —Vio que miraba a la mujer de arriba abajo y que iba a hacer algún comentario cuando Mauricio lo interrumpió—: Soy Mauricio Casasnovas, esta es una trabajadora mía y estoy ayudándola en unas diligencias.

El hombre, no muy convencido, asintió y se retiró sin pronunciar palabra, y después salió de la lechería, no sin antes mirarlos de reojo. Amparo se dejó caer en la silla, exangüe, y Mauricio se asombró del efecto devastador que habían tenido las palabras del policía. Se puso a temblar. Mauricio la tomó de la barbilla y le reprochó con aspereza:

—No es para tanto.

Para los vencedores nunca era para tanto.

Ella miró fijamente la mesa sin decir nada. Por un instante había bajado la guardia hasta hacer peligrar el delicado equilibrio que había logrado mantener durante seis años. Pensó en Mauricio con rencor. Por culpa de su acoso no deseado y egoísta, había vuelto a sentir miedo. Pero en realidad el miedo siempre estaba ahí, fiel como Lucero, extendiendo sus garras sobre ella.

Volvió a escuchar los gritos, el olor a humo, los falangistas, los moros y los soldados fascistas entrando en su pueblo, buscándolos como se busca a las ratas, abriendo puertas a bayonetazos, casa por casa, habitación por habitación:

—¡El maestro, el maestro!

Germinal escondiéndose puerilmente debajo de la cama, temblando, ellos metiéndose en su casa, destrozando las sillas y las mesas de la humilde habitación que les servía de aula, rompiendo a golpes las pizarras donde manos ingenuas habían hecho sumas y restas, tirando al suelo y pisoteando el telescopio que se había comido sus ahorros, con el que los niños observaban las estrellas, los reclamos para los pájaros, tirando los libros al suelo. El falangista y barbero Tomás Centeno, un afiliado de última hora, enarbolando un tratado de higiene sexual:

—¡Pornografía!

Un cura iba detrás echando agua bendita, dieron una patada al perro, solo un cachorrillo, y cuando entraron en el dormitorio sacaron a Germinal a rastras de debajo de la cama.

—Míralo, ahí está este alfeñique, este medio hombre, el que estropea a los niños con sus enseñanzas libertarias.

—Y ateas —añadió el cura persignándose.

Un oficial le preguntó, acercándole a Germinal por el cogote para que lo viera bien:

—¿Lo reconoce?

El sacerdote aproximó sus ojos viejos al maestrillo, deformado por una mueca horrible de pánico y angustia, y dijo atolondradamente:

—Sí, sí, creo que es uno de los que entró en la cárcel y mató al padre Sotero.

Germinal, horrorizado, intentó negarlo, no, no, él era pacifista, por eso no había ido al frente y se había peleado con sus propios compañeros al reprocharles que entraran en la prisión de Cieza el 13 de septiembre de 1936 para matar a nueve fascistas que ya estaban condenados a muerte y al cura Sotero, al que habían sacado a rastras, habían cortado primero una mano, después los genitales y después lo habían quemado vivo en su parroquia, la iglesia del Carmen. Había roto su carné de la CNT ese día: «Yo no, camaradas, compañeros...».

El militar, dudoso y tal vez honrado, le preguntó al cura:

—Pero ¿está seguro?

Pero se le adelantó Pascualón Gómez, que se había pasado toda la guerra escondido en la finca de sus padres en la sierra de Carrascoy, y le partió la mandíbula de un culatazo. El oficial iba a protestar, pero Pascual dijo en tono iracundo:

—Si no era él, fue otro como él.

Entraban más hombres en la habitación, gritaban:

—¡El maestro, el maestro, el que está casado con la guapa de Cieza, esa dónde está, que salga! —Y la traen a empujones.

Ella no se escondía, los esperaba porque pensaba que estando embarazada no la iban a tocar. ¿No decían los fascistas que había que traer hijos al mundo y que el aborto era pecado? Pero le habían quitado la ropa a manotazos delante de su marido.

—Mírala, qué buenas tetas, las libertarias ya se sabe que son todas putas, les gusta el amor libre, libre te voy a dar.

La tumban en el suelo, el cura dice remilgadamente:

—No, delante de mí no.

Ella extiende la mano pidiendo auxilio, y después se dio cuenta de que no pidió ni para su marido ni para ese hijo que ya no nacería nunca, sino para ella, para su pobre cuerpo mancillado. ¡Cuánto tiempo, cuántos hombres pasaron! Se llevaron al marido sollozando y solo quedó ella en el suelo, un amasijo de sangre y dolor, quería morirse, pero el perrillo se acercó arrastrándose y empezó a lamerle la cara, y fue eso lo que le salvó la vida porque en realidad, a pesar de todo, quizás no quería morirse.

Mauricio, este burgués elegante que babea por ella, la mira con el rostro descompuesto, tiene los dientes tan apretados que apenas se le entiende. Esta mujer lo atrae profundamente y no sabe por qué, no solo por su belleza...

—Maldita sea ser tan guapa —dijo ella.

No le había traído más que dolor y problemas. Pero su expresión se dulcificó cuando pensó en ese hombre al que acababa de ver, su marido...

El rostro de Germinal estaba espantosamente deformado, y tenía la voz fina, ahilada, algo chillona, de los enfermos del pecho. Ella, que no quería romperse cuando iba a verlo, le contaba cosas prácticas, que le había dejado comida (no se la daban nunca, pero él no se lo decía), libros (no pasaban la censura, por inocuos que fueran, pero tampoco se lo contaba), un jersey, eso sí que le llegó, pero solo se lo ponía para comunicar porque estaba muy mal hecho, con una manga más larga que la otra, y los compañeros se reían de él, pero es que Amparo tenía las manos destrozadas por los detergentes químicos y la sosa cáustica y además carecía de habilidades domésticas. Sabía dibujar y leía poemas, y les enseñaba a los niños a coger flores y a secarlas y a poner su nombre, y hasta conocía algunas palabras en esperanto: *cebalo* es «caballo» y *homo* es «hombre». Pero cocinar, coser y hacer calceta, no.

Mauricio volvió a preguntar, esta vez con gentileza:

—Pero, yo ya sé que a veces hay injusticias..., si solo es por ser maestro, yo te puedo ayudar.

Ayudar. ¿Qué quería decir ayudar? Ya no se acordaba del significado de esa palabra Pero, ¡ay, cuánto daría por hundir su rostro en el abrigo del hombre, el refugio más seguro!

La primera vez que había visto a Mauricio no sabía que era el amo. Pasaba visita con el padre de Juanón y la había mirado con deseo. Ella creyó que era un cliente extranjero. Era rubio, demasiado alto para ser español, tenía una expresión risueña, de hombre de lujo que no ha pasado la guerra. Luego le habían contado que había luchado en el frente, que estaba casado con la hija de otro fabricante y que se había quedado prendado de ella, pero de esto se había dado cuenta sola, ya que desde que había empezado a ser mujer, había aprendido a interpretar las miradas de los hombres: deseo, codicia, fatalidad y tragedia.

Únicamente su marido la había amado de una forma limpia. Germinal, que no se cansaba de mirarla, le pasaba una vela por todo el cuerpo y se quejaba, medroso y apabullado:

—Eres demasiada mujer para mí.

Nadie la había tocado desde aquella noche de Cieza, ni siquiera las manos de un médico. Se había ido curando sola, en la casa destrozada a la que nadie fue nunca, porque se había convertido en una apestada. Ella lo entendía, ¡el miedo lo cubría todo!

Al final, un día se había atrevido a presentarse en el Ayuntamiento y, por un funcionario amigo que no había sido depurado, supo que contra ella no había ninguna causa. Le habían extendido un certificado:

«Amparo Cortés López tiene arraigados ideales marxistas y junto a su compinche José Roca Medina, alias el Germinal, un sujeto de cuidado, ha estado al frente de la Escuela Moderna bajo los dictados del propagandista libertario ya fallecido Ferrer y Guardia, pero no se le conoce que haya intervenido en asesinatos, saqueos, huelgas o desmanes. Dejándole este papel a José Roca Medina, que ya ha sido condenado en la Causa General a treinta años de prisión. Por Dios, España y su revolución nacionalsindicalista. Firmado, el delegado local».

Y una posdata escrita a mano: «Está casada legalmente con el citado elemento peligroso, como consta en esta delegación provincial».

Ese aval le había servido de salvoconducto para circular libremente e ir a ver a su marido.

Como ella no respondía, Mauricio preguntó:

—¿Y cómo es que está en Barcelona?

—Es que él es de aquí, aunque ya no le queda nadie. De la prisión de Cieza lo llevaron a la de Murcia, después a la de Burgos y al final vino a la Modelo; ya está cumpliendo condena en la cuarta galería. —Pareció olvidar con quién estaba hablando, porque prosiguió—: Cuando lo trasladaron aquí, un cam..., un amigo me dijo que me podía conseguir trabajo en Sabadell.

Lo miró con cierta alarma, pero Mauricio sonrió:

—Y aquí estás.

—Y aquí estoy.

Ya se enteraría Mauricio de quién era ese camarada, ahora solo quería volver a verla sonreír. Le preguntó:

—¿Quieres otro vaso de leche? ¿Más pan?

Ella negó. La lechera se les acercó:

—Voy a cerrar, los domingos solo abrimos hasta mediodía.

Se levantaron, ahora no sabían qué hacer ninguno de los dos... Por la calle corría un vientecillo fresco, pero brillaba un sol alegre, de domingo. Las calles se habían quedado casi vacías. Él súbitamente propuso:

—¿Te gustaría ir al puerto?

Ella se sorprendió:

—¿Al puerto? No sé, nunca he ido.

Mauricio hizo un gesto exagerado, de sorpresa:

—¿Cómo! ¿Nunca has visto el mar? ¡No puede ser!

Ella seguía negando, ahora sonriendo con timidez.

Detuvo un taxi con autoridad, ella se sentó muy arrimada a la ventanilla, mirando esta ciudad que le parecía distinta a través de los cristales de un coche. Mauricio le cogió la mano y ella se dejó hacer sin darse cuenta, tan embebida estaba viendo todas esas vidas que no eran las suyas. Le llamaron la atención los hombres de la plaza Cataluña que estaban inmóviles con los brazos extendidos. Las palomas se acercaban en un vuelo largo y comían de sus manos. Algunos niños bien vestidos, que iban con sus niñas, los imitaban.

Ya llegaban a la Barceloneta, el taxista los dejó después de dirigirles una mirada de curiosidad. Amparo tuvo un gesto de decepción, porque solo se veían unas feas casas de pisos con sábanas puestas a secar en los balcones, pero Mauricio se puso detrás de ella y le tapó los ojos, le hizo dar unos pasos a pesar de sus quejas, se quitó el gabán, que hasta entonces llevaba

cuidadosamente abotonado hasta el cuello, se alisó los faldones del chaqué, le dio un último empujón y le dijo:

—Ya.

Y extendió la mano, como el prestidigitador que en el circo presenta su número más sensacional.

Amparo primero miró boquiabierto su atuendo. Le pareció tan asombroso que lo tuteó:

—Pero ¿de qué vas vestido? —y aventuró—, ¿de Charlot?

Mauricio se sintió ridículo, pero ella ya se había quedado inmóvil, atónita, y se había llevado las manos a la cara como para protegerse del brillo deslumbrante del Mediterráneo. Se giraba hacia él, volvía a mirar, no le salían las palabras...

El mar, consciente de que estaba siendo admirado por primera vez, se puso sus mejores galas, bailoteaba un chispazo de luz sobre las olas azul oscuro y una rezagada estrella aparecía aún intermitentemente en la lejanía. Mauricio, riéndose, le señaló la arena y la invitó a bajar, como si se tratara de una reina. Ella siguió el juego, hizo una reverencia y puso su mano en la de él, dio un paso, la blandura de la arena la sorprendió, se le doblaron las rodillas y estuvo a punto de caer. Él la obligó a descalzarse, se quitó también los zapatos. Ella susurró:

—Es como una seda muy fría.

Él tiró de ella y la llevó hasta la orilla. Cuando Amparo sintió que el agua le lamía los pies empezó a chillar y a correr. Mauricio la cogió, primero la mantuvo a distancia, y después, bruscamente, la apretó contra su pecho y la conservó así, en medio de un silencio irreal, acurrucada entre sus brazos mucho rato. Se separaron a la vez, Amparo levantó la cara y él se inclinó porque ella apenas le llegaba al hombro. Cerró los ojos y a ciegas recorrió el sendero hasta sus labios, y le dio un beso larguísimo.

Chocaron sus dientes, se enredaron sus lenguas como pececillos.

Cambió la rotación de los planetas, se abrieron todas las rosas sexuales de sus cuerpos.

Se apartaron con lentitud, se tambalearon por la impresión de ese momento único en sus vidas.

Amparo se sintió perdida. Había cruzado la trinchera de miedos y celos que había levantado frente a este hombre. La enorme fuerza de voluntad para resistirse, que la había animado mes a mes, año a año desde que lo conoció, se había desmoronado como un castillo de arena. Fue como si desalojaran con dinamita su interior, pulverizaran las rocas inmensas que la habitaban, ese espigón de piedra que la recorría desde la garganta hasta el pubis. La autoridad que emanaba Mauricio, su posición, la seguridad que le ofrecía tenían un efecto hechicero y devastador. ¡Estaba tan sola! Metió su mano pequeña y deforme en la mano grande de él, suave y fuerte al mismo tiempo. Cabía toda entera.

Una catarata de palabras inconexas y locas le vinieron a los labios; en primer lugar, su nombre:

—Mauricio... —pero solo le salían viejas oraciones aprendidas en la infancia y ya olvidadas, versos de almanaque, boleros, y al final suplicó—, no me despedirás del trabajo, ¿verdad?

Él rio conmovido y le ordenó, con un tono leve que quitaba mordiente a sus palabras, que se callase. La atrajo de nuevo. Ella ocultó la cara, rindiéndose y entregándose, creyó oírle decir contra su pelo «te amo», pero no estaba segura. ¿Amor? Ah, sí, eso que cantaban los poetas y los seriales de la radio, ese sentimiento burgués que ella nunca había experimentado. Aunque quizás este vértigo era amor.

Dos sábanas rotas hacen una entera, lo había leído en la revista del sindicato *Mujeres Libres*. Claro que allí hablaban mucho también de orgullo y dignidad, palabras que ahora se declaran vencidas ante el miedo y el hambre. Bandera blanca.

Caminaron por la orilla descalzos hasta que una timidez angustiosa cayó sobre ellos. Tenían ganas de separarse para revivir este instante sagrado, la comunión de sus almas, unidas ya para siempre. *Siempre*, la palabra mágica de los enamorados.

En voz baja ella le dijo:

—Quiero volver a casa.

Él asintió. Ya habría tiempo. Sin palabras se calzaron.

Él paró un taxi:

—Lleve a esta señora donde ella le diga.

A través de la ventanilla le tendió al conductor un puñado de billetes sin contar.

Él cogió otro taxi.

En casa se encontró a su madre.

—Pero, hijo, qué haces con esta pinta a estas horas.

Tinet le enseñó un tebeo:

—Mira, papá, la abuela me ha comprado *El Guerrero del Antifaz*, le ha costado dos pesetas.

Yanín, que no quería ser menos, también se empeñó en enseñarle lo suyo:

—Y a mí también me ha comprado *Azucena* y además estos cromos de *penículas*.

Tinet le dio un codazo que casi la tiró al suelo.

—Bah, deja, eso son cuentos de hadas, a papá no le interesan, y se dice *película*.

La otra contestó rauda, «sí le interesan», «no», «sí», y se lanzaron una encima del otro hasta que se oyó la voz hastiada de Conchita:

—Parad, niños, sois unos pesados.

Y le soltó una bofetada distraída a cada uno que, si bien los inmovilizó en un principio, después obtuvo un efecto contrario, porque se pusieron a dar alaridos como si los estuvieran desollando vivos.

—Si seguís os daré con la zapatilla. ¡Filo, haz el favor de ocuparte de ellos!

Mauricio se metió en su cuarto y cerró la puerta para no oírlos. Sentía una alegría extraña y adolescente en el corazón. Estaba cansado, pero sin sueño, y se pasaba la mano por los labios que ella había besado. Se quitó el absurdo gabán que le habían prestado en el Ritz, se alisó con gesto presumido las solapas del chaqué, se puso a reír al recordar a Amparo: nunca más, en lo que le quedase de vida, podría ya ponerse un chaqué sin sentirse grotesco.

Se quedó en camiseta, levantó el brazo, hizo bailar el bíceps. Fue ante el espejo, se miró, se tocó la mandíbula, rasposa ya, su propia sonrisa lo turbó.

Le dio un beso a la crucecita de oro que llevaba al cuello y se permitió decir una vez en voz baja, «Am-pa-ro». Le invadió un sentimiento nuevo, la añoranza de ella era una tenaza invisible que le apretaba el corazón. Sintió un deseo sexual abrumador, cerró los ojos, gimió.

Se oía el ruido de platos, estaban poniendo la mesa, «no quiero comer, quiero Amparo». Sara se acercó y se puso a gritar a través de la puerta con su cerrado acento gallego:

—Señorito Mauricio, lo llamaron de la fábrica, *estropheuse* una máquina.

Y qué le importaba a él, eso era cosa de Molins. ¡Seguro que había sido su hijo el camarada que había avisado a Amparo del trabajo en la fábrica! Aquella idea, en lugar de enfadarlo, despertó en él un ansia incontenible de intriga y aventura, ¡tenía hambre de vida!

Se abrazó a sí mismo, empezó a moverse como si bailara un ritmo muy lento, se puso a

canturrear:

*Bésame, bésame mucho,  
como si fuera esta noche la última vez...*

Pero se calló de golpe cuando entró su mujer en la habitación arrancándose el sombrero blanco que llevaba puesto. Dejó el misal encima del tocador y se masajeó las sienes con gesto malhumorado: le debía de doler la cabeza. A todas las mujeres les dolía la cabeza menos a Amparo. Él intentó excusarse de forma maquinal, aunque por dentro todo era Amparo. Encima de la cama estaba su ropa maloliente y arrugada, pero su mujer levantó la mano deteniéndolo, y se dio cuenta de que prefería no enterarse. Y este pensamiento, sin saber por qué, le entristeció.

—¿Se puede, don Mauricio?

Adelina, la secretaria taquimeca, empujó la pesada puerta de roble del despacho de la Rambla y entró con unas carpetas bajo el brazo. Caminaba contoneándose sobre sus altos tacones y sacando mucho pecho como el pavo real desplegando su cola multicolor. Intentaba llamar la atención de su jefe, porque ya le habían dicho que era un mujeriego contumaz, pero Mauricio, que se daba cuenta de sus añagazas y no tenía ningunas ganas de caer en ellas, la trataba con cierta sequedad:

—¿Qué pasa?

Ella apeó el coqueteo y recurrió a sus maneras eficientes, porque era una buena secretaria formada por correspondencia en la academia CCC, y le puso unos papeles sobre la mesa.

—Mire, firme usted aquí, abajo y al lado...

Mauricio los repasó uno a uno y levantó una ceja:

—¿Ya no hay que poner por Dios, por España y por la revolución nacionalsindicalista?

La muchacha tuvo una risa breve.

—No, ya nos han dispensado, han enviado una circular advirtiéndonos que ya no hace falta.

—Vaya.

Mientras firmaba el interminable montón de documentos, Mauricio no podía dejar de pensar en todos los cambios que se habían producido en estos últimos años. Aunque al acabar la guerra mundial a Franco le habían dado una patada monumental en Europa, trataba de sacudirse todos los símbolos fascistas que pudieran relacionarlo con Hitler, como el saludo a la romana y la proliferación de uniformes, con la esperanza de que al final el selecto club de países occidentales volviera a acogerlo en su seno. Mauricio dirigió una rápida mirada a la foto de su hermano que tenía encima de la mesa, «bobo, yo ya te decía que luchar por Hitler era una estupidez».

Aunque Mauricio no podía quejarse, pues, según decía su suegro, «como aquí no hay nada, se vende todo». Con trampas, sobornos, muchos viajes a Madrid, muchos contactos y muy pocos escrúpulos, las pocas pesetas que circulaban en aquel país aislado y pobre iban a parar siempre a los mismos bolsillos.

Adelina se removía impaciente, ora sobre un pie, ora sobre el otro. Mauricio preguntó:

—¿Algo más?

—Sí, ahí fuera está..., ya sabe, ese que es encargado.

Se sorprendió, ahora él ya no iba nunca a la fábrica, pero tampoco Molins se acercaba por el despacho.

—¿El señor Molins?

—No, no, ese tal Juanón.

Mauricio replicó con frialdad:

—Ese señor es el encargado y también se llama Molins... Hágalo pasar.

Sonrió para sí mismo. Y continuaba sonriendo cuando Juanón, el ahijado de su padre, el antiguo revolucionario que lo había mirado con expresión iracunda como si pretendiera pegarle un tiro la primera vez que lo vio, entró en el despacho. Con traje gris, sombrero, corbata, una gruesa cartera y unos rollos de papel debajo del brazo.

Del antiguo Juanón solo quedaba la cojera. Se había casado con una amiga de la infancia, se había sacado el título de oficial mecánico por las noches, mientras por el día trabajaba igual que el último peón de la fábrica, y Mauricio lo acababa de convertir en encargado, mientras daba al padre el pomposo título de director. El día en que se había hecho el traspaso de poderes, el viejo Molins le había encajado al amo el primer y único abrazo de su vida. Y al brindar con champán francés todos habían sonreído recordando el champany de Badalona que habían tomado al terminar la guerra. Merceditas, que ahora se dedicaba únicamente a cuadrar los horarios del personal y solo iba un par de horas por las tardes, protestó:

—Pues a mí me gustaba más, porque era tan dulce...

Estaba muy agradecida porque le seguían pagando el sueldo completo.

Mauricio se puso de pie. Como le pasaba siempre, no sabía si tratar a Juanón con confianza o con la distancia debida a un empleado. Este tipo de problemas no lo tenían ni su padre ni su suegro, que sabían perfectamente cómo guardar las formas sin resultar ofensivos. Al final optó por un término medio y le tendió la mano.

—Enhorabuena, Juanón.

Porque el primer encargo importante que había conseguido había sido proveer de camisetas de lana al ejército, una partida que les iba a reportar pingües beneficios.

Juanón hizo un gesto vago de quitarse mérito, se sentó y sacó de la cartera unos catálogos de hojas lustrosas y muy bien impresas.

—Mire, hasta que en España no consigan las patentes de las máquinas extranjeras, no vamos a comprar nada aquí, no nos vamos a arriesgar. Textiles Clapés perdieron tres semanas de trabajo por culpa de unas perchas metálicas defectuosas que adquirieron en Reus —extendió otros papeles sobre la mesa—, pero hemos conseguido permiso para traer unos telares automáticos Ruti de Suiza y algunas peinadoras de Alsacia.

Mauricio miró los prospectos con interés:

—Ya veo... ¿Y los trenes automáticos de tintado?

—Pediremos el permiso de importación, tendrá usted que hacer uno de sus viajes a Madrid. —Juanón fingía no saber a qué oscuros cambalaches se entregaba su patrón cuando cruzaba la raya de Cataluña, como si más allá habitaran monstruos—. Creo que nos lo concederán, porque con la maquinaria que tenemos no vamos a dar abasto para tanta producción... Es un gasto importante, pero lo amortizaremos enseguida.

—¿Pero hay tanto dinero en la caja?

—Sí hay, pero no hace falta que tiremos de eso, podemos conseguir un préstamo de dos millones de pesetas al 4,5 anual en el Banco Español de Crédito. El número de husos de hilar es ahora de 14.038, en dos meses aumentaremos la producción y esto significa que deberemos doblar turnos.

—Se trabajará de noche y también los domingos.

A Juanón se le iluminó la cara, porque, aunque hubiera dejado atrás sus ideales libertarios, no podía dejar de sentirse más obrero que patrón.

—Y aumentarán los puestos de trabajo, ¡podemos contratar más operarios!

Una de las razones por las que Mauricio ya no iba a la fábrica era porque a las puertas se

arremolinaban los hombres a la espera de trabajo y también elementos revoltosos, de los que recibía insultos y amenazas.

En una ocasión, Quico Sabater había ido con un rudimentario mortero en el techo de un taxi confiscado a punta de pistola con el que lanzaba panfletos muy mal redactados: «Despierta y abre los ojos, trabajador, despierta del letargo profundo en que te ha sumido la miseria, el hambre y la fatiga... no te vendas por un mendrugo de pan...» y había tenido que salir a protegerlo el conserje, pese a que ya tenía más de setenta años.

Le había llamado el propio comisario Quintela, el jefe de la Brigada Político-Social, para advertirle del peligro de acudir a la fábrica, porque habían secuestrado al encargado de los coches Eucort en la misma puerta de la empresa: «Mejor que no se deje ver, no tenemos bastante policía para protegerlo».

—Bien, pues esos amigos tuyos estarán contentos. Ahora tendrán para un mendrugo al menos. Juanón sonrió bonachonamente.

—No son amigos míos, señor Mauricio, y usted lo sabe, es simple humanidad. —Y con cierto resquemor añadió—: Me tienen como un traidor al proletariado.

Desplegó los rollos de papel:

—Aquí están los planos del nuevo comedor y los vestuarios de mujeres y de hombres... También podríamos construir una guardería para los niños pequeños, es por su propio interés, así las trabajadoras rendirán más y podrán hacer horas extras.

Mauricio estudió los diseños en silencio. Juanón era tan listo que no le extrañaría que él mismo los hubiera dibujado, aunque fueran firmados por un arquitecto. Después dictaminó:

—De acuerdo en todo, menos en lo de la guardería. En tiempos de mi padre no había y las mujeres trabajaban las horas que hiciera falta.

Juanón trató de explicarse:

—Es que entonces a los hijos los cuidaban los abuelos, pero ahora son emigrantes que vienen de Murcia y Andalucía, y los abuelos se han quedado en el pueblo.

—No es problema mío. ¡Bastante contentos tendrían que estar!

Juanón volvió a enrollar los planos.

—Más contentos estarían si les subiéramos los jornales. Es una vergüenza que cobren solo 14,15 pesetas los hombres y aún menos las mujeres, 8,43; en eso el Sabater tiene razón.

Mauricio dio un golpe en la mesa:

—¡A la mierda con ese analfabeto sanguinario, Juanón! Los sueldos no se suben porque así lo hemos pactado en el gremio y en Sindicatos, ¡y tú lo sabes bien! ¡Coño, no sé de qué se quejan, si hasta tienen escuela!

—La escuela de aprendices le garantiza a usted y a sus descendientes mano de obra fiel, barata y formada, no lo hace por altruismo. Lo que sube cada año son sus beneficios..., como puede usted ver en los libros contables.

Mauricio se lo quedó mirando con incredulidad. ¿Por qué se lo consentía todo? ¿Por qué había convertido a este rojazo en su mano derecha? Juanón, dándose cuenta de que se había pasado de la raya, carraspeó y ambos guardaron unos segundos de silencio, como combatientes de *catch as catch can* agotados, cada uno en su rincón. Miguel, desde su fotografía, parecía observarlos con disgusto. Mauricio se dio cuenta de que Juanón la miraba también, y tuvo un gesto apenado.

—Es mi hermano pequeño, ya sabes que murió en la División Azul.

—Sí, fue una lástima. ¡Malditas guerras! Era un tío cojonudo.

Cogió la foto, y distraídamente pasó la mano por el cristal.

—Sí lo era..., te hubiera caído bien, era un soñador como tú. —Pero se dio cuenta del sentido de su respuesta y preguntó sorprendido—: Pero ¿lo conocías?

—Sí, a él y al otro chico que cayó, el Nuri. Los dos valían mucho.

Mauricio lo miró con asombro.

—Pero ¿cómo? ¡Nunca me lo habías dicho!

Juanón tuvo una sonrisa turbada.

—Ya..., es que primero no me atreví y después... tampoco.

Mauricio sacudió la cabeza, hizo un gesto con las manos abiertas como de «espera, espera», sacó un cigarrillo de una caja de plata, se la tendió luego a su empleado, encendió los dos pitillos, exhaló una bocanada y solo después preguntó:

—A ver, cuéntame.

—Fue durante la guerra, cuando empezamos a perderla, bueno, cuando la ganaron los suyos, para entendernos. Me vine caminando desde el frente, pasé por la finca de Aguilar y me acordé de que mi padre me había contado que era de su suegro. Estaba desesperado, muerto de hambre, con la pierna destrozada. Me puse a merodear y me vio la señora. Me di a conocer, me hizo pasar y me ampararon.

Juanón se emocionó, no hizo ningún gesto, no se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se le puso la voz honda de pozo hondo:

—Es que no puedo decir otra palabra que no sea esta. Iba tan sucio que su hijo el Tinet se puso a llorar cuando me vio. El Nuri les dijo a sus padres que yo era un compañero del colegio. ¡Éramos unos críos!

Mauricio no salía de su asombro al oír pronunciar esos nombres íntimos de su vida doméstica, pero no dijo palabra y con el cigarrillo lo animó a seguir.

—Estuve dos semanas, la señora me curaba todos los días, y cuando me puse mejor, los adiestraba en la puntería, tirábamos con las carabinas a la señal del tren; la dejamos como un colador... Eran unos infelices, «aunque ellos se daban pisto, nosotros somos los tres mosqueteros y tú el cuarto», me decían —reía ahora—. ¡Me volví un burgués! Pensaba: «¡Si me vieran los camaradas alternando con los amos!». Por la noche íbamos al cine. Y ¿sabe lo que era ir al cine?: contar esas estrellas que se caen...

—Fugaces.

—Le llamábamos el cine cursi, ¡siempre ganaba Conchita!

Abochornado rectificó:

—Su señora, quiero decir, perdone. Allí todos éramos amigos. Me hacían contar historias del frente, no les importaba que yo fuera rojo. Le enseñé al Tinet *Si me quieres escribir, ya sabes mi paradero*... Teníamos miedo de que la cantara si aparecía usted, y le dijimos que era un secreto muy gordo.

Mauricio tartamudeó:

—Pe... pero cuando yo fui, ¿tú estabas?

Juanón se echó a reír.

—No, no se preocupe. Pero un día sí vinieron los del Somatén y me escondieron. Los atendió Conchita. ¡La pubilla de Can Prat convertida en artista de cine! ¡La comedia que les hizo y los cuentos que les soltó! Al final los emborrachó con ratafia, pero el Nuri y el Miquelet tenían las carabinas preparadas, y no sé yo qué hubiera pasado si los del Somatén no se hubieran ido dando trompicones y medio ciegos.

Tiene los ojos brillantes, Mauricio no sale de su asombro y no hace más que repetir:

—Pero ¿cómo no me dijiste nada, hombre, cómo no me lo dijiste?

Y al final Juanón le confiesa:

—La señora me hizo prometer que no le contaría nada... —Disculpándola—: Quizás pensó que no le parecería bien. Pero fue ella la que me dijo que usted me aceptaría en la fábrica porque en el fondo tenía buen corazón. Por eso me atreví a venir con mi padre.

Mauricio sonrió con ironía.

—Hombre, muchas gracias, mala persona no soy, me parece —pero le reconvino con el cigarrillo—, aunque tú venías en un plan inaguantable, con unos humos...

Juanón se levantaba ya riendo y guardando los papeles en la cartera:

—Mi padre me los bajó enseguida.

—¿Cómo está?

—Psssss. Bien nunca estará, recuerde que le han matado a dos hijos.

En la puerta se volvió con timidez y preguntó:

—¿Y Amparo?

Mauricio, que ya estaba planeando su próximo viaje a Madrid para expresar a sus contactos, respondió distraídamente:

—Bien... Ya le diré que has preguntado por ella. —Levantó la vista—. ¡Ah, Juanón!

—Diga.

—Haz la guardería también.

Quando se quedó solo, miró el reloj, tenía una cita en la sede de Falange en una hora. Apartó la agenda y reflexionó sobre lo que acababa de contarle Juanón: ¡los tres mosqueteros! ¡Miquelet, el Nuri y Conchita! Se rio. No sabía por qué, pero no le sorprendía, recordaba a su mujer en Aguilar durante la guerra, vivaz y alegre, con una ramita de romero detrás de la oreja, con el Tinet saludando brazo en alto, ¡arriba España!:

«¡Quiere ser pastor de cabras como el Nuri!».

Cogió el teléfono meneando la cabeza, «¡será tonta! —se decía con la misma indulgencia que se tiene ante las travesuras de un chiquillo—, ¡mira que sentir miedo de contarme eso! ¡Este Nuri, menuda caja de sorpresas! Primero el suegro le paga el colegio, luego se hace poeta y ahora...». Marcó el número de su casa, pero mientras sonaba el timbre, ring, ring, el recuerdo de la Conchita actual, dura como un punzón de hielo, le atravesó el corazón.

Se puso Sara:

—¿Dígame?

—¿Está la señora?

—Sí, señorito Mauricio, acaba de llegar del Polo, ahora la aviso.

—¡Espere!

Sus botas altas y embarradas, los pantalones de montar, la chaqueta de cuadros que le enviaban de Inglaterra. El cigarrillo colgando de la comisura de la boca, la mueca avinagrada. De pronto no quiso compartir confidencias con esa desconocida. Le invadió un tedio espantoso imaginando su gesto impaciente, su respuesta desdeñosa y malhumorada. Ya no le importó lo que pudiera contarle.

—Dígale que hoy llegaré tarde.

Cogió la instantánea de su hermano. Era un retrato del fotógrafo Napoleón, realizado en su estudio de la calle Pelayo, que su madre se había empeñado en que se hiciera el día antes de su partida a Alemania. Estaba con los brazos cruzados, de uniforme, y una banda que le cruzaba el pecho pintada a mano con los colores de la enseña española. Tenía el pelo con raya al lado, muy oscuro, y las cejas espesas y muy negras también. Lo miraba con sus ojos melancólicos. Lo increpó, como hacía siempre: «Burro, al final te dejaste matar».

Suspiró y lo dejó sobre la mesa. Al lado había otra foto. La miró de reojo. Encuadrada en un pretencioso marco de plata, se la había hecho colocar la secretaria, «quedará muy bien delante de los clientes extranjeros», aunque de momento, con las fronteras cerradas, lo único extranjero que llegaba eran los portugueses. Y argentinos, claro está, porque el presidente, Juan Domingo Perón, se había puesto al lado de Franco y le había prometido carne en conserva, trigo y garbanzos, y los corderos de las haciendas de Tierra de Fuego podían continuar trabajando a destajo para Casanovas e Hijos. Y de ahí lo de quedar bien.

Porque en la fotografía, además de Conchita y él vestidos de alto copete, aparecían nada más y nada menos que el Caudillo, su mujer y Eva Perón, la presidenta argentina consorte. Estaba haciendo por España lo que se conocía como *una gira triunfal*. «No he venido a formar ejes, sino a tender arcoíris», según decía ella misma en las vibrantes alocuciones que ofrecía en cada localidad visitada. Viajes en los que iba acompañada por doña Carmen Polo, que estaba ojo avizor porque la argentina coqueteaba con su marido y, todo hay que decirlo, al rudo y mojigato militarote se le caía la baba cuando esa mujer despampanante le decía: «¡Sos regio, Franquito!».

La recepción en Barcelona había sido el verano anterior, en pleno mes de junio. Hacía mucho calor, pero la presidenta iba con capa de armiño, vestido de tul cubierto de lentejuelas y unas joyas tan aparatosas que, en contraste, el collar de esmeraldas colombianas que Mauricio acababa de regalarle a Conchita no dejaba de parecer una pieza de bisutería comprada en el Sepu. En la foto, Conchita no disimula su aburrimiento y su desprecio; no en vano, después le había confesado:

—¡Qué mujer más ordinaria, se nota que ha sido artista! No tiene clase.

La verdad es que estaba dolida porque la mujer ordinaria se había quedado prendada de las maneras caballerosas de Jaime Castell, que se había dedicado a piroparla:

—¡Qué belleza!

A Evita le gustó ser tratada como una mujer después de diez días de ejercer de diosa, y al matrimonio Casanovas no les había hecho ni caso.

—¡Que se vaya a la mierda!

Se enfurruñó Conchita, y a Mauricio le divirtió que su propia mujer se sintiera ofendida porque la argentina no hubiera caído presa de su cotizada capacidad de seducción, y meneaba la cabeza con incredulidad, «no hay quien entienda a las mujeres».

Fue en el Salón de Ciento del Ayuntamiento, y Evita había llegado nada más y nada menos que con cuatro horas de retraso. El champán estaba caliente, la comida fría, la Señora, agotada, se había tenido que sentar en una butaca, y el Caudillo tenía tal cara de cabreo que pensaron por un momento que iba a sacar la Legión y acabar con todo. Mauricio y Conchita habían ido con Luis María, flamante marqués de la Fronda, consorte, eso sí, porque se acababa de morir el suegro. La nueva marquesa, a pesar de ser monárquica hasta las cachas, le había hecho tal reverencia a doña Carmen que habían tenido que ayudarla a levantarse, porque estaba embarazada de ocho meses. La Señora le había sonreído mostrando los dientes y le había preguntado con voz meliflua, ya que se pirraba por los títulos:

—Me parece que eres amiga de mi hija, ¿verdad, mona?

Los invitados eran un conjunto abigarrado de nuevos ricos, los burgueses de siempre y muchos funcionarios, militares y curas, todos recolectados a última hora para aquella recepción improvisada, porque la planificación del viaje se había ido al garete, y todo estaba supeditado a los caprichos de la argentina a la que las multitudes delirantes llamaban «¡Evita, Evita!». El alcázar de Toledo la había aburrido y habían tenido que cancelar casi todas las recepciones. Granada le había gustado y había estado hasta las cinco de la mañana «bailando las danzas típicas del Sacromonte» en los jardines del Partal, lo que había obligado a anular varios actos al día siguiente. En Sevilla las autoridades tuvieron que repetir una «verbena andaluza» en la plaza de América a petición de la invitada. Santiago no gustó, Zaragoza gustó. Y así todo.

En Barcelona, la recepción primero tenía que ser en un salón del palacio de Pedralbes donde se alojaba, y se había proyectado que en los jardines hubiera una exhibición de bailes regionales, pero como Evita debía de estar harta de los citados bailes y ya tenía previsto llegar tarde, dijo que prefería que se celebrase lejos del lugar donde dormía para tener más intimidad. Y como sus deseos eran órdenes, el alcalde se había apresurado a anular sardanas y orquestina e improvisar una cena con aperitivo en el Ayuntamiento, para la que se necesitaba gran número de invitados, pues no querían ser menos que otras provincias españolas que le habían dedicado grandes fastos.

De esta manera habían conseguido acceder a la recepción los antiguos estraperlistas de la Brigada del Amanecer que se reunían cada noche en la Parrilla del Ritz, y que por mucho que ahora se hubieran refinado y se hubieran convertido en «financieros» e incluso hubieran montado un banco propio, no solían ser invitados a ceremonias oficiales. Pero ese día habían llegado los primeros con sus enormes coches, sus enormes puros y las mujeres colgadas del brazo, ataviadas con sus mejores galas. Las legítimas, claro está, ¡menuda hubiera armado doña Carmen si se llega a colar alguna pelandusca!

Cuando oía hablar a Evita, que se autodenominaba «la defensora de los humildes, de las trabajadoras del amor y de sus descamisados», tenía que tomarse una tila y hacer esfuerzos para no estamparle los ramos de flores con los que las obsequiaban en la cabeza. Pero era lo que le decía su marido:

—Ahora no estamos en condiciones de escoger a nuestros amigos, Carmina.

En una semana, la modista Asunción Bastida había tenido que contratar diez nuevas oficiales en su taller del Paseo de Gracia para atender a tan ilustres clientas, y los financieros habían cogido a unos expolicías como guardias de seguridad para proteger a sus damas de bandoleros como el Facerías y el Sabater, porque llevaban encima una fortuna en joyas.

Muñoz se había apartado de su mujer para darle un golpe en el hombro a Mauricio:

—Casasnovas, ya no te veo nunca ni en la Parrilla ni en la Rosaleda. —Y le había preguntado capciosamente, porque estaba al tanto de todo—: ¿Te has hecho cartujo?

El suegro, que era uno de los invitados, había captado esta última observación y lo había mirado tan inquisitivamente que Mauricio tuvo que aflojarse el nudo de la pajarita del esmoquin porque de repente le apretaba mucho.

El gobernador civil, Baeza Alegría, secándose el sudor de la frente con un pañuelo, se había acercado a ellos para confesarles:

—Son las dos de la madrugada, para mí esta mujer se podría meter los garbanzos por el culo.

—Aunque luego había pasado a un tono oficioso—: Su excelencia quiere conocerlos.

Y otra vez había bajado la voz hasta el susurro confidencial:

—Ya no sé qué coño hacer para entretenerlos.

Cuando se acercaron, Franco estaba diciéndole a un sacerdote muy grueso con voz atiplada:

—Ya le he comunicado al alcalde que debe hacer un bando para que los niños de Barcelona dejen de disparar a los gorriones por diversión, hay que inculcarles el amor a estas avecillas.

El sacerdote tenía la boca abierta, porque sabía, como toda España, que Franco era un gran cazador, pero asentía a tontas y a locas:

—Sí, claro, excelencia, faltaría más... Las tiernas avecillas...

El abnegado alcalde de Barcelona, el barón de Terrades, que llevaba un mes sin dormir preparando las multitudes delirantes, limpiando de mendigos las calles, metiendo en la cárcel a todos los elementos sospechosos de alboroto, controlando a los bandoleros, poniendo vallas para tapar los ruinosos edificios, y hasta construyendo unas barracas muy apañadas en el distrito de San Martín por si a la presidenta le daba la ventolera de querer comprobar cómo vivían los descamisados catalanes, corroboró:

—Sí, sí, las pobres avecillas.

El gobernador le dio un discreto empujón al cura para que circulase y se cuadró:

—Excelencia, le presento a Mauricio Casanovas, un fabricante textil muy adepto al Movimiento.

Franco le tendió una mano blanda a Mauricio, pero cuando este iba a retirarse, Franco lo retuvo:

—¿Es Casanovas o Casanovas?

—Casanovas, excelencia.

—Y estuvo usted en el tercio de Montserrat, ¿no es cierto? —Mauricio se sorprendió e iba a decir algo, pero el otro prosiguió—. Y su hermano murió en la División Azul.

Mauricio tragó saliva y asintió. Franco, mirando a la lejanía, como si estuviera viendo los montes Urales, dijo:

—Pobres muchachos, los enviaron a una muerte segura y ellos fueron muy valientes...

A Mauricio casi le dio un ataque al corazón al sentir aquel «los enviaron». ¿Pero qué cinismo era aquel? Se olvidó de respirar, apretó los puños, y cuando estaba a punto de lanzarse al cuello de aquel hombre sin importarle que esa mañana hubiera firmado el «enterado» en media docena de penas de muerte, el gobernador, sin darse cuenta de la situación, lo cogió por el codo y lo apartó, pero aún pudo oír esa voz que ya no iba a olvidar nunca (aunque quisiera tampoco podría hacerlo, las radios y los documentales de los cines repetían machaconamente sus discursos):

—Fronza, ¿verdad? Creo que conocí a su suegro en casa de don Natalio Rivas antes de la Gloriosa Cruzada.

Mauricio empezó a decirle a su mujer:

—Pero ¿tú has visto lo que ha dicho? ¡Como si él no tuviera nada que ver! Que si se habían dejado engañar. ¿Cómo puede ser tan desalmado?

El rostro de Conchita había empalidecido tanto que parecía enferma. En ese momento se les acercó Vicente Eyre, que llevaba a su mujer del brazo, joven y embarazada también, y, ajeno a las turbulencias que agitaban el ánimo de sus amigos, estaba riéndose a carcajadas:

—Oye, tú, el hermano de Eva Perón se me ha acercado y me ha dicho: «¿Dónde están los peringundines de coperas? —le imitaba el acento—: Que yo soy milonguero y estoy de este quilombo hasta las pelotas». ¡Llevaba una tajada de campeonato!

Y en esos momentos interrumpió la conversación el agregado comercial de la Embajada argentina, Molina, con el que Mauricio tenía trato epistolar, y no tuvo más remedio que tragarse su indignación, intentar serenarse y ocultar el temblor de sus manos metiéndoselas en los bolsillos.

Desde entonces, le repetía diariamente a su hermano todavía con más énfasis: «Ya ves, burro, te dejaste matar para nada... Hiciste el panoli... Y el Nuri, tan listo tan listo, pues también la cagó».

—Adiós, Adelina. Le he dejado unas notas en la mesa para que las pase a la agenda.

—Bien, señor Casanovas. ¿Llamo a su señora diciéndole que ya va para casa?

Mauricio la miró con indignación, ¿por qué se tomaba esas atribuciones?

No podía entender si era muy tonta o demasiado lista, pero mentalmente le dijo, «monada, con estos trucos vas a durar muy poco», pero por fuera le dirigió una de sus habituales sonrisas.

Mi madre me contó que su forma de sonreír era única y memorable. Porque Mauricio tenía una sonrisa inolvidable, llena de encanto y complicidad. «En toda mi vida he visto nada igual, con esa calidez íntima de hombre que te conoce más que tú a ti misma... ¡Lo hubieras dado todo por él!». Su capacidad de seducción era uno de esos dones naturales que concede la naturaleza de manera arbitraria e injusta, y que él utilizaba de forma inconsciente causando efectos devastadores en sus interlocutores, ya fueran hombres hechos y derechos, mujeres experimentadas o una niña como yo. ¿Cómo podía resistirse la infeliz Adelina?

Como todas las secretarías que tuvo antes o después, estaba locamente enamorada de él y celosa de todo lo que le rodeaba, como un perro guardián, lo que a la larga no dejaba de ser un fastidio.

—No, no avise, Adelina, antes tengo que hacer unas diligencias.

Mientras iba en el coche, fumaba largamente. La tarde se ponía con gran aparato de oros y rojo sangre, un típico día otoñal. En la calle las mujeres se cruzaban las rebecas sobre el pecho porque ya refrescaba, pero Mauricio, ajeno a todo, se preparaba para la entrevista que iba a tener con María Dolores Eyre. Era delegada provincial de la Sección Femenina y una de las pocas mujeres con poder en aquella España «viril y macho», de la que hablaba José Antonio Primo de Rivera.

La Sección Femenina estaba provisionalmente en la sede de Falange, en el antiguo Círculo Ecuéstere del Paseo de Gracia, entre Consejo de Ciento y Diputación. Claro que el edificio ya había sido ocupado durante la guerra por el PSUC, que lo había convertido en el casal Carlos Marx, y poco quedaba del lujo barroco con que había sido construido, tan solo los frescos de las paredes y los techos con molduras, que contrastaban con la austeridad cuartelera de lámparas de pantallas verdes, sillas incómodas de oficina barata y la camisa azul marino que llevaban todos.

El despacho de la delegada provincial era convento de monjas y cuartel a la vez. No en vano, la mujer ideal para la Falange era mitad monja, mitad soldado y mitad madre. Y como siempre que Mauricio pensaba en esta imposible ecuación, sonreía, aunque trató de contenerse porque iba a tratar un asunto muy serio.

Una secretaria, también con camisa azul y el cabello rubio platino y muy rizado, se le acercó y le dio dos inesperados besos en las mejillas.

—Hola, Casanovas, soy Maruja, la hermana de María Dolores y Vicente. No te acordarás de mí, pero... —bajó coquetonamente los párpados— yo sí te recuerdo.

Aunque, como era una chica decente, a continuación preguntó:

—¿Y cómo está tu mujer? La conozco de antes de la guerra, del club Pedralbes.

—Bien, gracias, ¡caray, qué trabajadores sois todos los hermanos, estáis levantando solos el país!

Maruja se ruborizó.

—Ya sabes cómo es mi padre..., no puede soportar vernos ociosas. ¡Si le hizo acabar la carrera de piano a mi madre con ocho hijos!

—Pero entonces no le gustará el ideario de Falange...

—Le parece de perlas —era ahora María Dolores, que salía del despacho, la que tomaba el relevo de su hermana con su hermosa voz de contralto—, las falangistas somos unas grandes incomprendidas... Pasa, por favor, Mauricio.

En lugar de situarse detrás de su mesa, le indicó un sofá bajo y una butaca bastante viejos. Aunque había sido Mauricio el que había solicitado la entrevista, ahora se sentía intimidado y torpe. Titubeó:

—Tenía muchas ganas de verte. —Se dio cuenta de lo equívoca que resultaba la expresión y trató de enmendarla—. Ya sé que has hecho una gran carrera.

María Dolores prefirió tomárselo a broma:

—Si me vas a hacer una proposición, llegas tarde, te informo que tengo novio, y en cuanto acabe la universidad, me casaré y me iré a vivir al Valle de Arán como modesta esposa de un médico rural. —Se dio cuenta de que Mauricio se avergonzaba, y su tono se suavizó—: Tampoco tan gran carrera..., a veces pienso que hubiera preferido dedicarme al ejercicio de la abogacía pura y dura como mi hermano Paco.

Francisco Eyre Fernández, el mayor de los hermanos, había adquirido notoriedad como abogado defensor designado por los tribunales militares en varios juicios importantes.

—Estuvo muy bien con el general Aranguren —se apresuró Mauricio a precisar—. Vamos, no pudo salvarle del fusilamiento, pero su defensa fue impecable.

María Dolores contestó críticamente:

—En este país envidioso y cicatero, lo hizo demasiado bien, según algunos... —Dio una palmada en el brazo de la butaca y solo por eso Mauricio advirtió que estaba delante de una mujer muy ocupada—. Bien, tú dirás.

Se lanzó de carrerilla:

—Pues mira, vengo a pedirte un favor muy grande. Bueno, grande para mí y pequeño para ti.

María Dolores, levantándose, le preguntó:

—¿Te apetece tomar algo?

Él se negó, pero ella, aun así, se asomó a la puerta y le pidió a su hermana:

—Maruja, ¿puedes hacer que me traigan un café con leche?

Se disculpó:

—Perdona, pero hoy no he comido y no voy a cenar tampoco, ahora a las nueve tengo una reunión con el gobernador civil y después iré a la escuela Luisa Cura al acto de toma de posesión de la nueva directora —rio brevemente—: es mi hermana Marina.

Aunque Mauricio estaba tan impaciente que se hubiera podido comer su sombrero, intentó bromear:

—¡Caray, los hermanos Eyre os extendéis por todo Barcelona!

—Trabajamos mucho —rio ella—, no nos ha ido tan bien, ¿no? Si no, no tendríamos que trabajar tanto.

Le trajeron el café con leche. Echó un terrón de azúcar y se puso a revolverlo con una calma enloquecedora para Mauricio, que miraba su reloj de pulsera con disimulo y veía que los minutos

trascurrían inexorables y que aún no habían abordado el asunto que lo había llevado allí.

Al final, decidió tomar la palabra, y al mismo tiempo María Dolores se puso a hablar:

—Mira, en realidad vengo a...

—Mauricio, sé lo que vienes a pedirme...

Se quedaron mirándose los dos. Ella dejó la taza encima de la mesa y levantó la mano para que guardara silencio.

—Espera, Mauricio. Sé a lo que vienes, sé lo que quieres pedirme, porque mi hermano Paco ya me ha contado que antes se lo has solicitado a él... Y mira, no.

Él meneó la cabeza, aunque lo cierto es que no tenía demasiadas esperanzas. Lo intentó a pesar de todo.

—Escúchame, por favor.

Ella prosiguió con voz serena:

—Nosotros no hemos hecho la revolución para caer en el amiguismo y el enchufismo que tanto daño ha hecho a este país. Nosotros no vamos a estar favoreciendo a nuestros amigos o parientes porque él —alzó la voz y señaló un retrato de José Antonio que estaba en la pared—, él no lo hizo nunca... No quiso que intercedieran por él ni sus hermanos ni sus amigos, no quiso que lo canjearan. ¡Y se trataba de un caso de vida o muerte, como muy bien sabes!

Protestó débilmente:

—Pero, María Dolores, te estoy hablando de una cuestión de humanidad...

—No, Mauricio, tú quieres pasar por encima de los jueces y de nuestros principios. ¿Es que la sangre de nuestros camaradas ya no vale nada? ¿Quieres que tiremos a la basura todo lo que ellos defendían y que saquemos de las cárceles a los amantes de... de...? ¡No me hagas decirlo, por favor! ¡Por capricho!, ¡este sí, este no, porque es un infeliz y no hay nadie influyente que lo reclame!

Su puso en pie y paseó nerviosa por el despacho.

—Todos nos la jugamos durante la guerra, Mauricio. Paco, mi padre, todo un señor juez, estuvo detenido con el pobre Antonio, un niño de quince años, los dos en la checa de Vallmajor, y no se nos ocurrió ir a lloriquear a los despachos de nadie pidiendo favores, ¡y también era una cuestión de vida o muerte!

Al oír voces, Maruja se asomó alarmada a la puerta:

—¿Pasa algo?

María Dolores se dejó caer en la butaca y agitó la mano:

—No, no.

Se instaló un silencio muy incómodo entre los dos, Mauricio no sabía qué decir y maldijo mil veces haber ido. Es más, en realidad, ¿qué le importaba a él que ese pobre desgraciado se pudriera en la cárcel? Al contrario, le convenía.

Pero ¿qué monstruosidad estaba pensando? No, no quería tener un pensamiento tan malvado. Él no era así. Iba a decir algo, pero María Dolores se irguió, se ajustó la camisa al cuerpo y —ella, que no era guapa, estaba guapa ahora— se disculpó:

—Perdona, Mauricio, menuda filípica me ha salido. No es nada personal, es que nos vienen cada día con mil historias como la tuya ¡Y no me da la gana! Si me piden que meta a una hija en el colegio para que pueda estudiar, me mato por hacerlo. Si me piden un subsidio porque los hijos no tienen qué comer, se lo sacaré a mis hermanos para dárselo a ellos.

Fue a la mesa y revolvió unos papeles.

—Mira, aquí están las autorizaciones para que hijos de rojos muertos o en la cárcel vayan a

la escuela de mi hermana... He tramitado todas las solicitudes que me han llegado, ¡ni un solo niño se ha quedado en la calle!

Se volvió hacia él:

—Pero lo que me pides, no, Mauricio, y me avergüenza que un excombatiente como tú me haga esa petición.

Y luego, con voz normal y ya desentendiéndose, metiendo todos los documentos en la cartera, le notificó:

—Además, ya te lo he dicho, me queda muy poco tiempo aquí... En un año lo dejo todo, yo ya he cumplido con la patria. Mejor dicho, me voy a cumplir con la patria de otra manera.

Se fue avergonzado y cabizbajo.

Le dijo al chófer:

—A las Tres Torres, a la calle Vergós... Ya sabe.

Trató de recuperarse respirando hondo, encendió un cigarrillo, lo apagó enseguida sin darse cuenta y encendió otro mascullando:

—¡Pero qué cabronada!

Dejaron atrás las luces de las escasas farolas encendidas del centro de la ciudad para adentrarse en una zona aún más oscura. El silencio señorial de la Vía Augusta, rodeada de inmensas torres y campos sin cultivar, solo se rompía con el tintineo del ferrocarril de Sarriá, que corría dando tumbos como un trenecillo de juguete. Casi no había coches. Se metieron por la calle Anglí y se detuvieron en la esquina con Vergós. De una torrecilla modesta, con tejas verdes como un chalet suizo, surgía una claridad difusa a través de las ventanas de la planta baja. Mauricio empujó la herrumbrosa puerta, cruzó el jardincillo descuidado y pobretón y se detuvo un momento a atisbar a través de los leves visillos de gasa. Con los pies encogidos en el sofá y una manta sobre las rodillas, Amparo leía un periódico de espaldas a la calle. Embebida, concentrada, ajena. Con una mano se recogía el pelo en la nuca, lo volvía a soltar, se hacía una coleta en lo alto, se acariciaba el cuello, y otra vez el pelo, arriba y abajo, y al final, atraída por su mirada magnética, se giró.

Lucero saltó al suelo y se dirigió a su encuentro moviendo el rabo, queriéndose hacer perdonar los estragos que la edad provocaba en sus facultades como vigilante. Amparo le abrió la puerta, iba descalza y aún parecía más diminuta. Él le dijo con falsa tristeza:

—Ya ni Lucero me hace caso.

Falsa porque, como cada vez que veía a Amparo, le invadió un sentimiento de euforia casi inaguantable.

—¡A ver esas palas!

Ella sonrió sin querer y enseñó sus dientes delanteros, separados por una brecha, y sacó la punta de la lengua como un perrillo. Mauricio la abrazó:

—Pero ¿cómo se puede tener estos dientes, a ver? ¡Te voy a llevar al dentista, conejillo, que eres un conejillo! ¡Si solo vas a comer zanahorias!

Se metió con la boca en su boca, pero luego se apartó para quitarse el sombrero y el abrigo, y ella lo abrazó por detrás y hundió la cabeza en su espalda. Y así no pudo ver su expresión cuando le preguntó:

—¿Has ido a ver a esa... mujer?

—Sí, sí, dice que se ocupará, que no te preocupes, que revisará el expediente de tu..., de Germinal, y la cosa está hecha.

Ella se lo agradeció con la mirada, y lo apretó más fuerte.

Carmen Broto, la querida de Julio Muñoz, la exprostituta que en la suite romana del Ritz jugaba a las cartas como un hombre, la de la nariz grande y pelo tan rubio que parecía blanco, había sido encontrada muerta a golpes en un descampado de la calle Legalidad. Desde el primer momento, Amparo, como todos los barceloneses, había seguido con delectación morbosa cada detalle de este asesinato. Se levantaba muy temprano para ir al quiosco de la Vía Augusta aún en zapatillas a recoger los ejemplares calentitos de *La Vanguardia* o la *Soli*, que eran los periódicos que daban más detalles del suceso, y por las tardes bajaba con Lucero para comprar el diario *La Prensa*, y se sentaba a leerlo en la tapia de la torre de los Cardellach en la calle Milanesado, que ya le había dicho Mauricio que eran unos fabricantes de ascensores muy importantes, Lucero a sus pies, hasta que se hacía de noche. Al parecer, la Broto había sido asesinada por tres miembros del hampa, dos de ellos se habían suicidado con cianuro, y el tercero, su amante, había sido detenido.

—Dice que la mataron para robarle una pulsera de oro macizo de la que colgaba un elefante para darle suerte, con la trompa hacia arriba y un brillante así de gordo —trazaba una circunferencia con el dedo índice y el pulgar— en cada ojo.

—¿No estarás leyendo lo del crimen de la Broto?

Amparo asintió avergonzada a las palabras de Mauricio, pero estaba tan ávida de comunicarle las últimas novedades que lo empujó al sofá y le puso delante *La Vanguardia*.

—Es que, mira, Mauricio, aquí pone que su amante mantenía íntimas relaciones con otro hombre, o sea, que era homosexual, ¿no? Pero aún no se sabe quién la mató en realidad. —Señaló la borrosa foto con su dedo retorcido y casi sin uña—: Este es su cuerpo, se le ven hasta las ligas, y está sucia, ¿ves? Porque la habían enterrado. ¡Y el abrigo de astracán que llevaba costaba cincuenta mil pesetas! Para mí que es cosa de ese tal Muñoz, ¿tú lo ves capaz de eso?

Y añadió melodramáticamente:

—Ella sabía demasiado y por eso la mató.

Para no avivar aún más su imaginación desatada —porque, además, si Amparo pensaba en la muerta no pensaba en él, y no dejaba de sentirse celoso—, no quería contarle que había visto a la Broto hacía poco. Estaba en esa ocasión con Conchita y sus cuñados, los marqueses, en la sala de fiestas Parellada y la Broto bailaba en la pequeña pista con un hombre con mucha gomina y aspecto agitanado. Muñoz ya la había abandonado por una francesa a la que había metido en casa fingiendo delante de su familia que era una criada, y a la Broto se le empezaba a notar que, lejos de su poderoso amante, iba cuesta abajo. Para cerrar la noche, la orquesta de Bonet de San Pedro se lanzó a tocar:

*Rascayú, rascayú, cuando mueras qué harás tú.*

Todas las parejas habían salido a la pista. La Broto se tambaleaba peligrosamente, tenía los orificios de la nariz de color blanco y la mirada turbia, pero aun así fijó los ojos en Mauricio y lo señaló con el dedo:

—Eres..., eres...

El *maître* se acercó y le dijo unas palabras en voz baja, ella le gritó a su acompañante con voz desquiciada:

—Jaime, mira lo que me están diciendo, ¡que me vaya! —Y se había puesto con los brazos en jarras y las piernas abiertas, retadora, en medio de la pista—. ¡Maricones, que sois todos unos maricas!

Levantó el puño, desaparecido ya todo vestigio de la mujer sofisticada que incluso en el Liceo provocaba miradas de admiración, aunque las señoras no la trataran.

—¡Julio Muñoz, te voy a hundir! ¡A mí esto no se me hace!

Las parejas dejaron de bailar y se retiraron con expresión disgustada a sus mesas. Se oyó un murmullo indignado. La mujer del gobernador, cogiendo su renard para irse, protestó airadamente:

—¡Qué espectáculo! Al final no vamos a poder salir a la calle las mujeres decentes.

La Broto la oyó y se lanzó a ella como un miura:

—Decente decente..., ¡si tu marido se acuesta con Carmen de Lirio y eso lo sabe todo el mundo! —Y gritaba con cierta inconsciencia—: Golfa, que eres una tía golfa y además una cornuda.

Los hombres se levantaron de la mesa haciendo aspavientos, pero ya entraba un policía de paisano que, con la ayuda del *maître* y un camarero, agarró a la Broto con fuerza y se la llevó en volandas. Ella pateaba y gritaba: «Lo sé todo de vosotros, furcias, zorras, tu marido es un vicioso, tu mujer es puta, tu padre es un cabrón, tu hermano es marica...», e iba señalando ciegameamente mientras la orquesta, ajena a todo, continuaba: *rascayú, rascayú, cuando mueras qué harás tú.*

El amigo llamado Jaime, que luego habría de suicidarse con cianuro en una pensión barata del Barrio Chino, caminaba detrás abrazado al abrigo de pieles como si se tratara de un niño de pecho.

Los camareros pasaron por las mesas invitando a champán como desagravio, y Conchita le dijo a su marido con suspicacia mientras daba golpecitos con el cigarrillo en su reloj antes de insertárselo en el labio:

—Parecía conocerte.

—¡Qué me va a conocer, mujer! ¿No ves que estaba como una cuba?

A gritos, desde la cocina, mientras batía un huevo, Amparo proseguía con la voz conmovida:

—Pobre, había llegado de un pueblecito de Huesca, primero se había vendido en un lupanar...

¡Vendido en un lupanar! Mauricio sonrió con ternura reconociendo el estilo folletinesco de los diarios. ¡Menudo lupanar la Carola! Se dejó caer en el sofá y dijo maquinalmente mientras acariciaba a Lucero entre las orejas:

—Vaya pájara.

Mauricio había llegado a la conclusión de que si a Amparo le interesaba tanto esta muchacha era porque se sentía identificada con ella: tenía treinta años también, eran de pueblo las dos y a

las dos las mantenía un hombre rico.

Aunque nada tenía que ver esa casita del recatado barrio de Tres Torres, de dos plantas, puesta con modestia, que le costaba doscientas pesetas al mes de alquiler, con el suntuoso piso de fulana en la calle Padre Claret que había salido profusamente fotografiado en los periódicos, con una cama redonda y espejos en el techo. Y sin embargo, y en ese marco mediocre y gris tan poco propicio, Amparo desplegaba una sensualidad salvaje y ardiente, sin límites, que lo volvía loco.

Sacudió la cabeza y de pronto se sintió sorprendido por el silencio. Con el plato en una mano y el tenedor en la otra, Amparo lo miraba con sus grandes ojos mojados:

—¿Por qué pájara, Mauricio? ¿Yo qué soy para ti entonces?

Mauricio suspiró y la llamó con el dedo. Obediente, Amparo dejó plato y cubierto encima de la mesa, se sentó en sus rodillas, y sepultó la cabeza en el hueco de su hombro. Con la voz apagada contra su chaqueta, se lamentaba, llorosa y dolida:

—Pero es que me da mucha pena, ¡la usaron y la dejaron tirada como una colilla! Pobrecita.

Mauricio recordó a la Broto barajando las cartas con el gesto endurecido del tahúr profesional, abrazó a Amparo para tratar de consolarla con unas palabras vacuas:

—Seguro que no se enteró de nada.

Ella se incorporó atónita.

—¡Pero si le dieron con una maza del tamaño de una botella y tuvieron que rematarla porque ella se resistía! —La lámpara de pie, de color caramelo, daba un tono mate de madera antigua a su rostro de Virgen sevillana.

Mauricio parpadeó levemente. No era solo Amparo la que estaba obsesionada con el tema, sino también su madre y las criadas de casa, ¡hasta los niños! Tinet, con su voz de adolescente llena de gallos, les leía los periódicos, que luego comentaban con avidez. Hasta la abuela escuchaba con delectación, y cada vez que trataban algún pasaje particularmente depravado, se persignaba y mascullaba: «Ay, Deu meu Senyor...».

Su mujer no, por supuesto. El primer día lo calificó como historias de porteras, y nunca mostraba ningún interés.

Hundió la nariz en su pelo, se estremeció. Quererla tanto le resultaba doloroso. Era vulnerable y temerosamente feliz. Amparo permaneció muy quieta, hasta que al final dijo con voz entre lloro y quejido:

—Mauricio, me prometes que...

—¿Qué?

Se lo susurró en el oído y se quedaron en silencio. Se levantó una ligera brisa, se movieron gravemente los árboles del jardín, golpeó una rama contra el cristal con un sonido impreciso y seco, y Lucero, enroscado sobre sí mismo, se acomodó mejor emitiendo un largo suspiro. Un pensamiento agridulce, raudo como un relámpago, cruzó el cerebro de Mauricio: «Esta es mi casa, es el único Dios, la única Patria y el único rey por el que querría morir. Amo a Amparo ¡más que a mis hijos!». Sintió miedo y placer, pero para quitarle solemnidad al momento preguntó con ligereza:

—¿Quieres que te prometa que no te voy a matar nunca, eso quieres?

Ella empalideció. Mauricio cogió sus manos deformadas y se las llevó a la cara, besaba las palmas cerrando los ojos con unción de comulgante. Acercó sus labios a los de Amparo, pero ella se apartó una vez más.

Todo era preludio, vigilia. Se la llevó a la cama.

—Y, dime, ¿qué has hecho hoy?

Y ella desgranaba su recorrido diario, sus pequeñas cuitas cotidianas que a él le embelesaban tanto como si estuviera escuchando al mismísimo Julio César narrando la guerra de las Galias.

—Pues hoy, cuando he ido a comprar el periódico, me he vuelto a encontrar a ese hombre que va siempre cubierto de polvo blanco como un yesero, y que es escultor, ¿sabes? Y me ha dicho que le gustaría hacerme una estatua —y añadió hundiendo el rostro en la almohada con vergüenza, nunca había entendido por qué decían que era guapa, para ella guapas eran esas rubias de nariz respingona y mejillas sonrosadas que ilustraban los anuncios de jabón—, que tengo el cuerpo escultural y no sé qué más tonterías.

El cuerpo de Amparo era una miniatura perfecta en forma de voluptuoso reloj de arena. Jugando, Mauricio rodeaba su cintura con las dos manos y se juntaban por delante los índices y por la espalda sus pulgares; las caderas estaban suavemente redondeadas, no se notaba ningún hueso; sus pantorrillas eran algo gruesas, y el pecho abundante, pesado, de matrona. Pero sus clavículas delicadamente dibujadas, sus hombros frágiles, su cuello largo y la forma de erguir la cabeza le conferían la gracia encantadora de un caballito de mar.

Mauricio se arrimó a esa piel suave y siempre cálida, como si tuviera un poco de fiebre, con orgullo de propietario. Ya se había enterado de quién era ese escultor, un tal José Clará, y ya movería hilos para que dejara en paz a su querida ¡modelo! ¡Y aún querría que posara desnuda! ¡Desgraciado!

Por si acaso le dijo:

—Ni hablar, eh.

Ella no le hizo caso y prosiguió:

—Y luego fui con Lucerillo a ese descampado donde juegan al fútbol, ahí, al lado del convento de las monjas Teresianas, y ¿sabes a quién me encontré? A la señora bajita que pasea dos perros. ¿Y sabes quién me dijo que era?

Mauricio estaba totalmente concentrado en la conversación, no porque le interesara el tema, sino para que no le asaltara el pensamiento de que era muy tarde, tenía que vestirse e irse a su casa. No quería mirar el reloj. ¡El reloj, el gran enemigo de los enamorados!

—¿Quién?

—La directora de la escuela que hay más arriba. ¿Sabes? La de la verja grande, donde van esos niños tan traviosos. Donde te conté que una elegantona con abrigo de pieles me había preguntado cómo se llamaba Lucero. Te acuerdas, ¿verdad, Mauricio?

Él asintió con cautela, porque no lo recordaba. Cogió un rizo de Amparo y lo retorció entre los dedos. Ella proseguía con su suave ceceo:

—Pues esta que te digo que es la directora tiene un nombre catalán muy largo y complicado, pero me ha dicho que la llame Carmen... —añadió con timidez—, así, en confianza, porque como le he contado que he sido maestra..., somos compañeras.

Él se incorporó en la cama alarmado:

—Nena, ¿no habías dicho que no ibas a hablar con nadie? A ver si me vas a meter en un lío.

Ella se subió encima de él, trepó hasta que sus rostros estuvieron frente a frente y con un beso en los labios le borró el ceño fruncido.

—No me digas eso, Mauricio, ya sabes el dolor tan grande que tengo. ¡Ocultar que he sido maestra!

Mauricio le acarició maquinalmente la espalda desnuda, ella se quedó callada y él supo que quería contarle algo más, porque Amparo era de una sinceridad apabullante. Le preguntó

intentando disimular su preocupación:

—¿Y qué más te ha pasado?

Ella, tartamudeando, le confesó:

—Me ha invitado a visitar el colegio, como los niños ya se habían ido... Es muy bonito, con muchos ventanales, y sin retratos de José Antonio ni de Franco. ¡Y me ha dicho que no cantan el «Cara al sol» y que dan clases en catalán! —Estaba tan entusiasmada que no se daba cuenta de la expresión sombría de Mauricio—. Se parece a la escuela que teníamos en Cieza.

Ante su silencio ominoso, trató de rectificar:

—Bueno, no se parece en realidad, no sé por qué te he dicho eso.

Se callaron los dos, era noche cerrada aún, con esa oscuridad profunda que es preludio del alba.

Hacía tiempo que ella le había contado su historia, pequeña y triste. Al morir sus padres, la había adoptado la maestra de Cieza como criada, aunque ella quería aprender y asistía a las clases a escondidas mientras fingía barrer. Un día llegó al pueblo un nuevo maestro con ideas libertarias: pretendía fundar una Escuela Moderna y fue a presentarle a su colega sus planes de enseñanza.

—Nos llaman equivocadamente *maestros libertarios*, cuando en realidad somos racionalistas, creo que los burgueses y los proletarios deben estar juntos en la misma clase, y los niños y las niñas también. No hay exámenes ni castigos, y los domingos por las mañanas nos iremos de excursión para estudiar la naturaleza.

La maestra se rio desdeñosamente y le auguró un negro futuro.

Y cuando su marido empezó a fijarse en Amparo más de la cuenta, la echó de casa. Y le dijo que, con lo que había aprendido, podía convertirse en sirvienta de ese loco que había proscrito los castigos físicos, no sabía apreciar lo que era una buena corrida de toros y solo comía vegetales.

Le dio un sobre con algo de dinero y un beso, el primero y único que le había ofrecido mientras estuvo viviendo con ella, y le advirtió secamente:

—A mi manera te he tenido cariño, y por eso te voy a dar un consejo: cástate lo antes posible. Una mujer como tú da miedo, a los hombres y a las mujeres, y el miedo es peligroso.

Germinal era de Barcelona y había dado clases en la Escuela Moderna de Ferrer y Guardia en la calle Alcolea. Era un hombre honrado, aunque de mala salud y no muchas luces, que se sintió tan apabullado por la belleza de Amparo que apenas conseguía articular palabra en su presencia.

Para disimular, intentó tratarla con displicencia:

—Te acepto como ayudante, aquí no hay jefes ni subordinados. Sugiero que te cambies el nombre, como hice yo, piensa que me bautizaron como *José*, ese pobre carpintero que sale en la leyenda de Jesús de Nazaret. Todo el mundo sabe que las vírgenes son de derechas. ¿Por qué no te pones *Redención Humana*?

A Amparo le salió de dentro replicarle:

—¿Y por qué no se lo pones a tu madre?

A lo que él había contestado con sencillez:

—Mi madre se llamaba Principio del Mundo. También era libertaria.

Amparo había soltado una carcajada tan rotunda que el infeliz no volvió a tocar el tema.

Los alumnos no necesitaban pagar porque el maestro se ganaba la vida trabajando como espartero, y así la escuela se fue llenando poco a poco con los hijos de los peones, los más pobres de los pobres. Amparo dormía en la cuadra y cada mañana, al levantarse, lo primero que hacía era escribir en la pizarra: «Por un mundo sin amos y sin esclavos», o «solidaridad, fraternidad, justicia». Germinal no podía apartar sus ojos de ella, pero la pretendía a distancia, con la humildad y la derrota de los corderos degollados, y cuando ella, siguiendo el consejo de la maestra, le propuso:

—Si quieres nos casamos.

Él, que tenía ideas muy firmes sobre los casamientos burgueses y las uniones libres, se sintió tan aturdido que se hincó de rodillas y le besó la mano. Y después, abjurando de sus principios libertarios al menos en este asunto, se había ido corriendo al Ayuntamiento para obtener todos los permisos legales correspondientes. Habló con el cura, y si hubiera existido otra forma para atar a su costado a esta hembra deslumbrante, también la hubiera puesto en práctica. Después, al conocer su sexualidad ingenua y salvaje a la vez, le asaltó el terror colosal de que alguien pudiera arrebatársela, porque íntimamente reconocía que era demasiada mujer para su escuchimizada naturaleza.

Germinal estaba facultado para expedir certificados de maestro libertario, o sea, que la preparó, le hizo un examen y después le dio un diploma que ella había conservado, aunque ahora no le sirviera de nada.

—Germinal es un buen hombre, Mauricio.

Y si él le preguntaba:

—¿Mejor que yo?

Ella respondía con tristeza:

—No, tú también eres bueno, pero de otra manera.

Cuando le decía aquello, Mauricio la abrazaba con emoción. Que alguien lo considerara bueno lo hacía bueno. Aunque luego le asaltaba un odio por ese símbolo heroico que representaba el hombre encarcelado, con el que tan difícil era competir.

—Pero ¿le quieres más que a mí?

Y ella trataba de explicarle con honestidad:

—Le quiero mucho, ya lo sabes. Lo que siento por ti es distinto. Aún no lo sé siquiera...

La abrazó de nuevo, ahora con rabia, y le dijo al oído:

—Dime qué ambicionas, todo te lo doy —le puso un dedo en los labios—, pero no me pidas la libertad de ese, que ya sabes que hago todo lo posible.

Ella suspiró y se acomodó a su juego: se pegaba a él, y Mauricio sentía crecer su deseo de hombre. Y la noche no tenía fin.

Pero sí tenía. Cuando debía arrancarse de las sábanas tibias y de los brazos amorosos, cuando se levantaba de madrugada para volver a su casa con el relente de la noche, medio dormido en el coche que llevaba varias horas esperándole y viendo al quiosquero cómo descargaba los paquetes de periódicos y cómo se levantaba la persiana de las lecherías, contaba las horas que le faltaban para volver a reunirse con ella y regresar a esa pura y caliente felicidad.

¡Tantas tantas noches!

No tenía ganas de contarlas. Al invierno le seguía el verano, pero ya no era verano, sino los meses en los que podían estar casi siempre juntos porque Conchita y los niños estaban en Sitges, y después volvía el invierno, pero ya no era invierno, o si acaso lo era más que nunca, porque si no estaba con ella se sentía desdichado y perdido. Solo se encontraba bien en la casita humilde. Ahora ya sabía por quién moría Lucero.

—¡Muere por Bakunin!

Y Lucero se tendía en el suelo de lado, pero lo miraba socarrón, de hombre a hombre, mientras Amparo aplaudía y no sabía si besar al perro o al amante.

A veces él no podía contenerse y pensaba: «¡Qué bien estamos!». Pero inmediatamente deploraba ese pensamiento, porque el rostro de Amparo se ensombrecía. Y Mauricio se daba cuenta de que, como el prestidigitador que trata de mantener varios platos en el aire, ese delicado equilibrio de vida se acabaría cuando Germinal saliera de la cárcel.

En realidad, ese día no podía estar lejos. Varios indultos habían liberado a los presos con penas de menos de veinte años, y casi todos los que cumplían condenas largas que hubieran tenido buen comportamiento iban consiguiendo la libertad condicional. También había reducción de penas acreditando mala salud o por las redenciones del trabajo. La población reclusa era excesiva y cara, y además se necesitaba mano de obra en la calle y también sitio para los nuevos reclusos, los libertarios de la guerrilla urbana y los comunistas que actuaban en la clandestinidad.

Cuando estaba en el despacho, en esas tardes convulsas y negras en las que leía una y otra vez, sin entender, informes interminables, los puños en las mejillas, haciendo tiempo para ir a las Tres Torres, pensaba qué pasaría con ellos en el futuro. No se hacía ilusiones con Amparo. A él lo quería, sí, lo amaba, pero estaba anudada a ese hombre para siempre.

A veces ella trataba de explicárselo abriendo los brazos con impotencia:

—¡Es como si fuera mi pierna, o la matriz, o el hígado! No los quieres, pero no puedes plantearte la vida sin ellos.

Él fingía reír:

—Vaya simpleza.

Pero una mano de hierro le retorció las tripas.

Había tratado de atraparla por el lado del lujo, pero Amparo despreciaba los bienes terrenales, ni siquiera quería medias, que era el artículo más demandado por las mujeres y el más difícil de conseguir. Decía que le gustaba ir con las piernas desnudas, que ella no sentía el frío y que, para frío, el de Cieza. Y él debía insistirle para que cogiera una costurera que le hiciera vestidos, aunque en el fondo a él le gustaba desharrapada y pobre. Ella se negaba:

—Para qué, si total no salgo nunca.

Sus únicas salidas, una vez a la semana, eran para ver a Germinal. Y le convenía ir vestida de forma modesta, ya que él creía que todavía trabajaba en la fábrica, pero aparte de eso, Amparo nada le contaba a Mauricio de su marido. Sí, que tosía en invierno, pero ¿quién no tosería en esa cárcel húmeda, sin luz y con malos alimentos?

Mauricio le decía embaucador y meloso:

—Ya sabes que estoy haciendo todo lo que puedo.

O sea, que si salía a la calle estaría enfermo, y debería permanecer en la casa cuidado por ella, por las manos de ella... Durmiendo en su cama, ¡la cama que habían roto dos veces! Se mesaba los cabellos con desesperación. ¡Ese pierrot triste sería su rival! Porque se imaginaba a Germinal —no sabía por qué— con la expresión lúgubre de Buster Keaton y el rostro enharinado de los payasos.

Pensaba: «Pero ¿es que voy a continuar manteniendo esta casa? Mauricio, ¿tú te has vuelto loco?». Con el puño golpeaba la mesa, pero entonces, ¿qué debería hacer?, ¿alquilar otro piso para verse con Amparo a espaldas del marido?

Se reía amargamente y suponía que todas estas ideas descabelladas pasarían también por la cabeza de Amparo, aunque nunca lo hablaban. Ella únicamente a veces decía con vaguedad fingida:

—Cuando salga Germinal...

Y lo espiaba para ver qué contestaba.

Una vez llegó antes de lo acostumbrado y ella no estaba. Sin Amparo, la casita cobraba su auténtico aspecto, una vivienda mediocre y pobretona en medio de ninguna parte. La esperó en el coche. No tardó en aparecer, ligera y graciosa, pateando las hojas secas que alfombraban el suelo para que Lucero jugara. A través de la calima violeta del crepúsculo se le veía el rostro iluminado, como si acabara de hacer el amor. Y le preguntó con violencia, sospechando que había otro hombre:

—¿De dónde vienes?

—He estado con Carmen, la directora. —Ignoró su abrazo, dulce y esquiva, y lo hizo pasar a la casa; se quitó la chaqueta con parsimonia y luego se le enfrentó resueltamente—: Me ha prometido que cuando salga Germinal daremos clases en su colegio, aunque nos tendrá que contratar como limpiadores, porque, claro, legalmente no podemos, nuestros diplomas no sirven.

¿Cómo? ¿Una parejita de menestrales cogidos del brazo paseando por el barrio y dando de comer a las palomas? ¿Siendo felices? ¿Y él qué, y él qué?

Días después investigó qué colegio era ese, el Isabel de Villena, y consiguió que fuera un inspector y levantara acta de que no había retratos ni de José Antonio ni de Franco colgados en las paredes, que no cantaban el preceptivo «Cara al sol», ni se daban vivas a España y a la Falange. Y, lo peor de todo, ¡las clases se impartían en catalán! Les habían puesto tal multa que habían tenido que hacer una colecta entre los padres de los alumnos para poder pagarla. A la directora, profesora durante la República de la Institución Libre de Enseñanza, no le había sido difícil relacionar aquella inspección con la visita de la muchacha murciana que tenía a su marido en la cárcel, y, con todo el dolor de su corazón, no había tenido más remedio que evitarla.

Amparo le decía con aflicción a su amante:

—He saludado a la maestra por la calle y me ha vuelto la cara. ¡Para que te fies de estos catalanes!

A Mauricio el alivio le pesó más que el remordimiento.

Pero lo peor eran los domingos.

Él ya no iba a misa, se acercaba a la pastelería Baixas a recoger el brazo de gitano que Sara había encargado, y después esperaba junto a otros hombres en la puerta de la parroquia de San Antonio de Padua de la calle Santaló fumando un cigarrillo. Cuando se sentaban en el Sandor a tomar el aperitivo se sentía como si estuviera en una pecera; no solamente las mesas estaban abarrotadas, sino que había grupos familiares esperando de pie a que se desocupase alguna.

A ellos se la guardaba el portero, era una de las ventajas de vivir encima del local. Otra ventaja había sido que Sara podía gritar por la ventana «a comer» a las tres en punto, pero al final habían optado por desistir de este aviso por la rechifla que se armaba en la terraza.

Abrigos de pieles, sombreros de fieltro, corbatas de seda, pantorrillas luciendo medias de cristal, perlas en el cuello, guantes. Mauricio los conocía a casi todos, la Barcelona de los vencedores estaba allí, pero también la de los vencidos. En la esquina, sentado en el suelo, había un hombre con una pierna extendida cubierta de costras y un periódico al lado para recoger las escasas monedas que le ofrecían. De vez en cuando, todos a una, una nube de niños mendigos se cernía sobre las mesas con las manos tendidas, y las señoras agarraban maquinalmente sus bolsos para protegerlos sin dejar de hablar y comer. Los camareros dispersaban a los chiquillos a golpes de trapo como si fueran insectos molestos.

Los pordioseros se quedaban rondando por la plaza esperando que sacasen los cubos de basura. Tenían, sin embargo, una dura competencia: los centenares de perros vagabundos, delgados, duros y siempre hambrientos, con los que compartían las calles de Barcelona.

Mientras se sentaba, Mauricio saludaba sumariamente a los amigos que ocupaban las otras mesas: los hermanos Eyre con sus mujeres, cochecitos de bebés y dos perros grifones con el pelo cortado a la francesa; Jaime Bofill con una novia filipina a la que trataba con la cortesía de un caballero medieval. Luis Valls Taberner, el hijo de Fernando, que ya había muerto, estaba sentado con el barón de Terrades, que, además de alcalde, era también del gremio textil y estaba casado con una Muntadas, la dueña de la España Industrial, la mayor fábrica de algodón del Estado. Gracias a los millones de la mujer, se acababan de comprar una de las dieciocho unidades Phantom que habían salido de la fábrica Rolls Royce inglesa, un vehículo tan lujoso que, aparcado en la misma plaza, estaba rodeado de un grupo de admiradores que contemplaban en silencio cómo el chófer sacaba brillo con displicente elegancia a los relucientes parachoques, tan bruñidos que parecían un espejo.

También sacudía (innecesariamente) las mantas de cachemir con las que los señores se abrigaban las piernas, provocando un largo «¡oh!» de admiración y respeto.

Bonmatí y su mujer compartían mesa con su suegro. Mauricio estaba seguro de que hablaban de Jaime Castell, que, en un lugar secundario, una de las mesas que no quería nadie, fumaba nerviosamente. Decían que había tenido una aventura amorosa con Eva Perón en Argentina y que cuando se había puesto enferma le habían dado una patada en el culo y ahora estaba arruinado.

—Limpia, pssss, pssss.

Le tendió el zapato al limpiabotas. Por los cepillazos bruscos que le propinaba adivinó que estaba ofendido porque ya nunca recurría a sus servicios para obtener prostitutas, aunque a él le parecía que de su lío con Amparo se había enterado todo Barcelona. El alcalde, por ejemplo, al pasar por su lado le había posado con fuerza la punta del bastón en el hombro para que no se levantase a saludarlo y le había dicho:

—¿Qué, Casasnovas, sigue usted tomando el aire puro por allí arriba?

Y había señalado hacia donde hipotéticamente estaban Sarriá, Pedralbes y las Tres Torres. Hay que decir que con el bastón no había dejado tuerto al limpia de milagro.

Mauricio se rio a carcajadas para ocultar su turbación, pero nadie se dio por aludido. Yanín, que se había levantado muy temprano para ir a la hípica de Tomás, en la calle Aribau, bostezaba aparatosamente, y Tinet, que llevaba sus patines al hombro, quería ir al club que estaba al otro lado de la plaza y se metía a puñados las patatas fritas en la boca. La abuela le reñía:

—Deja para tu hermana.

—No, que he tenido que ir a comulgar y me muero de hambre.

—Y no pidas una Coca-Cola, es un invento americano que está hecho con huesos de muerto, pide un Sandaru como tu hermana, que es más auténtico.

Mauricio se preguntaba si alguien en el mundo aparte de su cándida madre podía pensar que el refresco de artificial color calabaza contenía la más mínima parte de una naranja, pero se calló porque hablar sin que le escuchara Amparo le daba pereza. Conchita iba con unas gafas oscuras de aviador que le había traído su hermano de Estados Unidos, y no se sabía dónde miraba. También había traído para Tinet una especie de pluma sin tinta que se llamaba *bolígrafo*.

Tedio, aburrimiento, impaciencia, todo lo que no fuera Amparo le sobraba.

Esa semana habían estado juntos porque Mauricio había pretextado un viaje a Madrid, cuando en realidad ya no iba casi nunca. A través de su cuñado había entablado relación con un primo del marqués de Villaverde, que acababa de casarse con la hija de Franco, y había aceptado convertirse en su delegado en la capital.

Mauricio le había preguntado ingenuamente:

—¿Dónde tienes el despacho?

Y el otro había respondido con desdén:

—En el café Roma de la calle Serrano.

Ahora los cambalaches con la Fiscalía de Tasas y los ministerios correspondientes iban como la seda, mejor dicho, como la lana de la mejor calidad, pues tenían el monopolio de toda la ropa de cama de los cuarteles de la Guardia Civil. No sabía cuántas mantas tocaban al final a cada número, pero sí sabía que eran las suficientes, al menos sobre el papel, para hacerlos aún más ricos.

Pero, en realidad, ¿qué más daba? ¡Echaba de menos a Amparo!

Quizás podría pasar por la tarde a última hora. Diría que había tenido problemas con una de las máquinas, como hacía su padre. ¿Tendría él también una querida a la que visitaba los domingos?

Se le ocurrió mirar a su madre y vio asombrado que se llevaba un pañuelo a los ojos, y tuvo un pensamiento loco: ¿es que le estaría leyendo la mente como hacía el doctor Mabuse en las películas de terror? Pero su mujer le rozó el brazo con gesto liviano.

—El sacerdote ha celebrado la misa a la intención de Miquelet, hoy hubiera cumplido treinta años.

Saltó Tinet:

—Y el Nuri también.

Conchita bajó la voz:

—Ya te lo había dicho.

¡Vale, pues no se acordaba!

Como tantas veces, Mauricio estuvo a punto de contarle a Conchita que Juanón Molins le había hablado de Aguilar y de los tres mosqueteros, pero en ese momento se acercó Vicente Eyre con una niña enorme en brazos.

—Mirad, os presento a mi hija —guiñó un ojo—, bueno, una de ellas.

Trataron de rehacerse. Yanín, que era muy bajita para su edad, se empeñó en auparla, aunque la niña con los pies tocaba el suelo y se puso a pegar alaridos. Todos rieron con desenvoltura y Vicente aprovechó para inclinarse sobre su hombro:

—Llámame, que yo puedo ayudarte en ese asunto que te interesa.

Mauricio asintió y al mismo tiempo miró temerosamente a su mujer, y se dio cuenta con sorpresa de que tenía los hombros agobiados de fatiga y que, por debajo de las gafas, le corría un fulgor paralelo.

Radek, el peletero, paseaba alrededor del estanque del Turó Park llevando la correa de un caniche y un periódico bajo el brazo. Cada vez que se cruzaba con una señora, se quitaba el sombrero dejando ver el cabello abundante y ondulado de un zíngaro. Se inclinaba sobre cochecitos de bebé haciendo carantoñas, daba la mano ceremoniosamente a niños que no tenían ni diez años, trataba de esquivar las bicicletas que, conducidas con atrevida impericia, hacían carreras por los caminillos del parque, y toda la reconvención que merecían por su parte, después de haber estado a punto de caer al suelo y desnucarse tal vez, eran unas palmadas imaginarias dadas con el canto de la mano, mientras sonreía bajo su bigote rizado y triste.

Las cacas del perro las recogía con una hoja de periódico y la tiraba a la papelera, una originalidad que los niños señalaban con repugnancia y burlas. Después se lavaba cuidadosamente en la fuente, pero a partir de ese momento nadie se atrevía a estrecharle la mano.

Radek el judío. Por mucho que conociera a todas las familias de Barcelona y supiera el verdadero estado de sus finanzas, callaba siempre, ¡el silencio era su única arma! Aunque llevaba quince años aquí, se había casado con una española (judía sefardita) y tenido cuatro hijos, mantenía la condición de apátrida, por lo que no poseía instrumentos legales para cobrar a los morosos. Lo máximo que podía permitirse era ir a buscar el abrigo impagado para luego revenderlo a un precio menor. Más que por la Bolsa, amañada, como todo el mundo sabía, él podía analizar cuál era el estado real de la economía española por la venta de sus prendas. Después de la guerra europea había pasado momentos tan difíciles que había decidido alquilar las pieles en lugar de venderlas: para una semana de concurso hípico en el Polo, para una boda, para una noche en el Liceo. Pero ahora, ya perdonados a Franco casi todos sus pecados porque peores eran el comunismo y Stalin, empezaba a gozar de una moderada prosperidad.

Al pasar frente a Mauricio, lo saludó discretamente. Mauricio tan solo le hizo un gesto con la cabeza. ¡Radek el judío! ¿Qué habrían visto aquellos ojos pequeños y duros, qué caminos polvorientos habrían recorrido esos pies, ahora calzados cuidadosamente en unos zapatos que Mossella le hacía a medida, suaves como zapatillas? Le habían contado que había conseguido escaparse de Varsovia al inicio de la guerra, ante la amenaza del gueto y las deportaciones masivas de judíos, y había caminado cientos de kilómetros hasta llegar a Italia, donde había embarcado rumbo a Barcelona, con un baúl de abrigos de visón salidos nadie sabía de dónde.

Ahora ya todo el mundo había aprendido lo que eran el gueto, las deportaciones e incluso los campos de concentración, porque las noticias sobre el holocausto empezaban a aparecer en los periódicos españoles, aunque el suegro de Mauricio rezongaba:

—Seis millones de muertos, ¡qué exagerados! ¡Estos judíos siempre con el cuento de la lágrima! —Y luego añadía piadosamente—: Para que vean que Franco es de otra pasta que Hitler.

Porque el suegro ahora se había vuelto franquista y decía que el Caudillo había hecho muy bien en no meter a España en la guerra europea. ¿Y mi hermano, qué? Mauricio tenía ganas de

cogerle por las solapas y gritarle, pero cuando ya iban a salir las palabras de la boca, lo aplastaba una apatía sideral, se encogía mentalmente de hombros y lo dejaba estar porque en el fondo le daba lo mismo.

Y es que casi todo le daba igual, menos Amparo.

Sonrió sin querer a su recuerdo y para disimular le dio una chupada a su cigarrillo. Fumaba sentado tranquilamente en un banco bajo las encinas, con las piernas cruzadas, balanceando el pie. De vez en cuando un niño con triciclo se precipitaba sobre él, y mientras se sacudía el polvo del pantalón, lo reconvenía distraídamente:

—¡Cuidado, guapo!

La niñera se apresuraba a levantar al crío, mientras le dirigía miradas de reojo a aquel hombre tan elegante que parecía estar tan solo. Aunque no por mucho tiempo, porque por el camino flanqueado por los setos de boj llegó Vicente Eyre con sus dos hijas, una subida en una bicicleta de tres ruedas y la otra arrastrando un patinete.

Se abrazaron los dos amigos con afecto. Por encima de su hombro a Mauricio le pareció que Radek, una figura solitaria que se iba ya, les dirigía una mirada cargada de nostalgia.

—¡Qué grandes están tus hijas!

—Sí, mira, esta —adelantó a una belleza delgada y seria— es la más alta de todas sus primas, y esta otra...

Esta otra era feúcha y a pesar de ser muy pequeña llevaba unas gafas achinadas de cristales muy gordos. El padre al fin dijo con entusiasmo fingido:

—Estos lentes se los acabamos de comprar en Cottet, ¿a que está muy mona?

La niña, puerilmente halagada por esta evidente mentira, añadió con voz repelente:

—El doctor me ha dicho que nunca había visto una miopía tan grande en una niña tan pequeña —levantó tres dedos de su manita—, tengo tres dioptrías.

El padre, al advertir el asombro de Mauricio por su forma de expresarse, le dijo en voz baja por la comisura de la boca:

—Sí, ya sé que es una repipi. —Y subió la voz—: Venga, niñas, a dar vueltas alrededor del estanque.

La repipi dijo con voz meliflua:

—Yo prefiero sentarme aquí contigo y este señor y hacer versos.

Vicente aclaró, admitiendo algo avergonzado:

—Es que le doy un duro por cada poema que haga —se rebuscó en los bolsillos hasta que sacó un papelito arrugado lleno de garabatos—, y no están mal.

Leyó con tímido orgullo:

*Coronada de pámpanos está mi reina,  
coronada de flores mi princesa...*

Pero Mauricio no había venido hasta aquí para hablar de niños. ¡Si en el fondo no le importaban ni los suyos! Vicente, dándose cuenta de su incomodidad, condujo a sus hijas hasta el caminillo de tierra que rodeaba el pequeño estanque donde unos nenúfares polvorientos trataban de sobrevivir, y regresó a su lado sacudiéndose las manos:

—Perdona, chico, lástima que hoy no haya polichinelas, que estarían más entretenidas.

Se sentó, sacó del bolsillo un bloc de dibujo, que dejó a un lado, y un cigarrillo, y lo encendió parsimoniosamente.

Los dos fumaron. Una niñera pasó llevando un coche azul oscuro con capota más grande que ella y Vicente le propinó un codazo a su amigo:

—Mira qué monada. —Mauricio lanzó un resoplido—. No hagas ascos, que en peores garitas hemos hecho guardia.

Dejándose el cigarro entre los labios, sacó un carboncillo y empezó a dibujar la silueta de la muchacha que, paseando lentamente, se exhibía delante de ellos. Mauricio lo miró, primero con impaciencia y después con sorpresa, porque, con una prodigiosa habilidad, sobre el papel empezaron a aparecer no solo la niñera, sino el jardinero con su largo guardapolvo barriendo las hojas secas con una escoba enorme, una mujer esbelta con una boina verde, otra con el hábito del Carmen, un guardia, unas niñas con el uniforme de las monjas alemanas y unas palomas picoteando un trozo de pan caído en el suelo. Vicente dibujaba con una tranquilidad pasmosa, difuminando con las yemas de los dedos; observaba el modelo con la cabeza ladeada y volvía a dibujar, sonriendo ante las palabras de su amigo:

—¡Pero, coño, no sabía que pintabas tan bien! —Un rápido recuerdo pasó por su cabeza—. Pero ¿te has ido de Sindicatos para dedicarte a esto?

Sin dejar de dibujar, Vicente denegó con la cabeza:

—Qué más quisiera yo, de momento no puedo, aunque por lo que me pagan...

—Pero sigues en Espectáculos, tienes un buen puesto, ¿no?

Vicente admitió con resignación:

—Tenía, pero vinieron unos productores de cine para conseguir unas licencias de importación de películas americanas e intentaron pasarme un dinero bajo mano... Los denuncié, me dieron una palmada, hasta Girón, el delegado nacional, se presentó en mi despacho para felicitar me por mi honradez y que si tal y que si cual. Pero al día siguiente me pusieron en Censura, lo que no quiere nadie. Los censores vienen a darme cuenta y yo con sus informes tengo que clasificar las películas, ya sabes, apta, no apta, para mayores con reparos, altamente peligrosa... Una mierda, vaya.

Lo contaba de una manera que Mauricio no tuvo más remedio que reírse.

—Pero ¿por qué lo hiciste, hombre?

—Porque soy un imbécil, porque no sirvo para mangante. Para eso se ha de ser muy listo.

Volvía las hojas del bloc con rapidez y de su lápiz continuaban fluyendo apuntes veloces llenos de vida. Mauricio le dijo para consolarlo, pero también convencido:

—Lo tuyo es la pintura.

—Sí, no te creas, que ya me he convertido en un profesional, he hecho algunos retratos al óleo. —Dejó el bloc a un lado—. Chico, la primera vez que cobré sudé sangre. Le hice un retrato a María José Ankli, ya sabes, la dueña de Aismalibar. Ella creía que el retrato se lo había hecho por amistad, y cuando le dije «son dos mil pesetas», creo que fue el peor momento de mi vida.

Mauricio reía.

—Hombre, no exageres, el peor, el peor...

—¡Sí, te lo juro, el peor!

Pero a los dos se les cortó la carcajada de golpe. El peor había sido estar en la cárcel y pensar que al día siguiente te iban a matar, el peor era estar en el frente y ver caer a tu lado a un camarada. El peor era irte a Rusia y morir destrozado por una granada abrazado a tu mejor amigo.

¡Miquelet!

Pero no había que hablar de eso. Vicente se pasó una mano furtiva por los ojos y Mauricio tosió para desalojar una piedra inmensa que tenía en la garganta, y preguntó:

—¿Y qué te dijo?

—Me dejó desarmado, me dijo que tenía que cobrar más.

La niña pequeña, la repelente, se acercó a su padre con las gafas en la mano:

—Papá, ¿me las guardas? Es que tengo miedo de romperlas.

El padre se las ajustó amorosamente y le dijo:

—Te las tienes que dejar puestas.

—Es que los niños me llaman cuatro ojos.

—Es que esos hijos de puta son unos cabrones.

La niña se llevó la mano a la boca, encantada:

—¡Estás diciendo palabrotas! —Se fue corriendo junto a su hermana—. ¡Olguita, Olguita, papá está diciendo palabrotas!

Mauricio le comentó a su amigo con expresión apenada:

—Llevamos un rato juntos y ya te envidio dos cosas: lo bien que dibujas y lo buen padre que eres.

Y era verdad que lo envidiaba. ¿Qué sabía él de sus hijos? Yanín montaba a caballo, era graciosa, su madre ya se la había empezado a llevar a los desfiles de modas, pero ¿qué más? ¿Desconocía a qué colegio iba! Su abuela le había enseñado a calcetar y tejía jerséis de colores horribles para los niños pobres del Cottolengo. ¿Y Tinet? Era huraño y silencioso, al menos delante de él. ¿Qué aficiones tenía? Leer, siempre tenía un libro entre las manos; se llevaba los libros a la mesa y los apoyaba en la botella de Vichy y leía mientras comía. Como se lo prohibieron, leía la etiqueta de la botella.

Ahora recordaba que debía boxear también, porque le había preguntado dónde se guardaban los guantes del tío Miquel.

Eran dos completos desconocidos, ninguno de los dos se parecía a él, ni siquiera físicamente.

Al final, se había convertido en su padre. Miquelet dudaba de que conociera su nombre. ¿Qué diría su padre de Amparo? Mientras no perjudicara la marcha de la fábrica... Pero gracias a Molins estaba todo controlado. ¿Cuánto debería ganar Juanón? A ver si le van a ofrecer más dinero en otro sitio. Le habían dicho que Mestre y Ballvé le querían hacer una propuesta para que se fuera con ellos, porque habían crecido de una forma grandiosa desde que habían decidido hacer unos trajes de baño de tejido artificial a los que habían llamado Meyba. Pero ponía la mano en el fuego por la lealtad de Juanón, le había salvado la vida o algo peor, y era hombre que no olvidaba un favor como ese.

¡Ahora era su turno de pedir favores! ¡El señor Casanovas humillándose! Halagar a algún funcionario de baja estofa al que en condiciones normales no dirigiría la palabra, total, ¿para qué?

¿De qué hombre mediocre y gris dependería la libertad de otro hombre mediocre y gris? Se aflojó la corbata porque le pareció que le apretaba hasta estrangularlo. ¡Un señor de Barcelona alternando con el populacho! Su suegro a los que vivían debajo de la Gran Vía los llamaba purria, a él le desagradaba la palabra, pero no dejaba de pensar que tenía razón.

Suspiró de nuevo, ay, Amparo, con las piernas metidas en sus botas grandes, esa imagen para él era tan turbadora que le había dicho que no las tirase y alguna vez la obligaba a ponérselas, y luego él la descalzaba y besaba sus pobres pies mártires. Por las largas caminatas, ¡como Radek!, por los zapatos malos, por ir descalza, por ser pobre... La quería por pobre, por triste, por sola.

Se le erizó la piel. Con ademán brusco tiró la colilla al suelo y la aplastó con la suela,

mientras Vicente hablaba y hablaba. Se esforzó en prestarle atención.

—Mauricio, lo de dibujar sí que es un don, pero lo de los hijos... no hay misterio, dedicarles tiempo. Pero yo no lo hago a la fuerza, sino porque me divierte estar con las niñas. Siempre que puedo las llevo conmigo.

—¿Pero tu mujer...?

—Está con la pequeña, la pobrecita es asmática. ¡Joder!, queríamos ir a por el niño, pero al final nos hemos plantado con las tres, no es plan cargarte de familia. Tú solo dos y yo tres. Listos que somos. —Le dio un puñetazo—. Somos unos tíos modernos, ¡qué coño!

Pero Mauricio no se rio, porque no se imaginaba yendo con sus hijos a todas partes. ¡Hombre!, algún día llevaría al niño a la fábrica, como había hecho su padre con él. ¿Qué edad tendría Tinet? ¿Trece años? ¿Dieciséis? Pero, claro, a todas partes no podía llevarlos...

Se acordó del motivo de esta cita en el parque con desgana. Una cita que él había demorado hasta que Vicente lo había llamado por teléfono.

—Mauricio, ya sé que no me llamas por timidez, pero es un favor que a mí no me cuesta nada.

Sin querer, miró a su amigo con cierta rabia, ¿por qué no se metía en sus asuntos? Vicente, ajeno a estos sentimientos, le estaba atando el zapato a su hija mayor, que se movía como una princesa.

Al final, a regañadientes, se vio obligado a preguntar por educación:

—¿Y cómo están tus hermanos? ¿Y... María Dolores? Vive en el Valle de Arán, ¿no?

—Sí, chico, en Bossost. Es increíble, ¡es feliz! ¡Con lo que ella ha sido! Tiene ya tres o cuatro chiquillos, corta la leña y le prepara a su marido el maletín cuando se va a atender un parto de madrugada a las montañas cubiertas de nieve. Fuimos a verlos las Navidades pasadas, porque ahora han hecho un túnel que atraviesa los Pirineos, ¡antes se quedaban aislados cuatro meses al año! Le preguntamos qué quería que le lleváramos y dijo: «Lo único que necesito son libros». Fuimos cargados como mulas.

Mauricio pensó que se había olvidado del asunto de Germinal y respiró aliviado, se dispuso a levantarse, pero su contento duró poco:

—Mi hermana me habló de ti, ¿sabes? Me dijo que te había pegado una bronca y que tú la mirabas como un pajarillo.

Molesto, Mauricio gruñó:

—Hombre, un pajarillo tampoco.

El otro la disculpó:

—No te creas, es mi hermana pequeña, pero cuando se pone a reñir me acojono, porque además siempre tiene razón. Pero en el fondo es una sentimental y me dijo que se acordaba muchas veces de ti y me pidió que te ayudara.

Con cierta impaciencia y un suspiro inaudible, Mauricio se vio obligado a relatar con incomodidad, evitando mirarle a los ojos:

—Verás, es una historia que... Se trata de liberar a un pobre maestro, un infeliz, el marido de una de mis obreras.

Vicente levantó la mano con una mueca:

—Oye, no me vengas con milongas, que yo no soy María Dolores. Es igual, ¡a lo que íbamos! Tengo un gran amigo en el Patronato Central para la Redención de Penas y me ha contado que han conseguido que Franco conceda un gran indulto con motivo del Congreso Eucarístico, ya sabes, en

mayo... Vendrá el enviado del papa y la hostia en verso. —Vicente se llevó la mano a la boca—. ¡Oh, perdón, menuda herejía!

Mauricio soltó una breve carcajada, aunque por dentro sentía una extraña ansiedad y tristeza a la vez. ¿Por qué ese indulto?, ¿por qué alterar el curso natural de las cosas? ¡Él no quería que su mundo cambiara!

Vicente prosiguió ajeno a sus atormentados pensamientos.

—Ahí podríamos meter a tu hombre, y conste que este amigo, que es un funcionario judicial muy honesto, no lo hace para favorecerte, sino porque somos muchos los que creemos que ha corrido mucha sangre, que las cárceles siguen estando demasiado llenas y que hay que saber perdonar. ¿Has visto a Radek, el judío? Se acaba de ir del parque.

Sorprendido, Mauricio contestó:

—Sí, pero...

—Los judíos tienen un día al año para perdonar, lo llaman *el día del perdón*, Yom Kippur. Cuando nació mi última hija, fui a su casa a comprarle una estola de visón para mi mujer y me lo contó.

Mauricio repitió pensativo:

—El día del perdón.

—Es bonito, ¿verdad? Nosotros también sabemos perdonar, como perdonó Cristo a los que le daban muerte.

Como Mauricio era un católico tibio, se asombró de la religiosidad de su amigo, pero se vio obligado a asentir:

—Sí, claro, soy de la misma opinión.

—Pero como yo no sabía el nombre del sujeto en cuestión ni en qué galería estaba, este amigo me ha dicho que te pongas en contacto con él y le des todos los detalles. Mira, toma su tarjeta, aquí están sus datos y su número de teléfono..., pero dalo por hecho. Trabaja codo con codo con el capellán de la prisión, el padre Buidas. —De pronto, se dio una palmada en la frente—. ¡Anda, si seré burro, pero si tú lo conoces! Es Narciso Buidas, ¿no te acuerdas? Un chico de Tarragona que estudió con nosotros.

Mauricio recordó vagamente:

—Ah, sí, un pelirrojo que nos ganaba siempre al fútbolín.

—Sí, ese. Pues después se hizo sacerdote mercedario y ahora ha entrado en prisiones a las órdenes del padre Bienvenido Lahoz, un tío cojonudo. Entre los dos están consiguiendo muchas libertades.

—¡Olga! —cambió el tono de voz—, pero mira cómo te has puesto el vestido, ya verás tu madre.

La repelente llevaba en la mano la bicicleta de su hermana con el manillar torcido y el patinete, y dijo reclamando la atención de su padre:

—Papá. Yo ya le he dicho que no fuera por ahí, que se iba a caer, pero no me ha hecho caso.

La acusada se esforzaba por no llorar porque era la mayor, aunque llevaba en la rodilla una brecha considerable, pero no pudo evitar decirle a su hermana con desprecio, porque también era una niña:

—Acuseta barrabeta, calzoncillos de bayeta.

—Sí, Olga lleva razón, está feo que te chives de tu hermana, venga, vámonos.

Se pusieron de pie. Vicente le señaló la tarjeta y le dijo con un guiño: «¡La llave de la libertad!», y Mauricio se abochornó por lo melodramático de la expresión. Se dieron un abrazo.

La niña mayor le hizo una encantadora reverencia cogiéndose las puntas de la falda. La feúcha, verde de envidia, le tiró de la chaqueta a Mauricio para que se inclinara y le dijo al oído con zalamería:

—Sé hacer la vertical.

Vicente puso los ojos en blanco, le susurró: «Hasta mis hijas se enamoran de ti, cabronazo», y se las llevó a empujones. Vivían muy cerca, en la calle Madrazo, entre Aribau y Muntaner.

Miró la tarjeta y leyó: «Ministerio del Ejército. Patronato Central de Redención de Penas. Plaza Puerta de la Paz 5». Y más abajo, en letras más pequeñas, «José María González Matos. Asesor jurídico de la Comisión de Examen de Penas». Y unas palabras escritas a mano: «En 24 horas te resuelvo el asunto, un abrazo por persona interpuesta», y un garabato como firma. ¡La llave de la libertad! Cursi, todo era cursi y de mal gusto. Con un gesto de fastidio se la metió en el bolsillo del abrigo y le pareció que abultaba como si en vez de una tarjeta fuera una pistola.

La llevó varios días encima sin decidirse a llamar, sentía un placer culpable y voluptuoso, como ese vértigo que nos atrae hacia el precipicio, al saber que tenía en el bolsillo la llave de la libertad. Cuando llegaba a la casita de las Tres Torres, Amparo le quitaba el gabán y lo colgaba del perchero.

Una vez sacó la tarjeta en un impulso mientras estaba en el despacho, la sostuvo en alto para ver bien los números, cogió el auricular del teléfono, introdujo los dedos en el dial... y en ese momento entró Adelina, la secretaria, para decirle que habían llamado de la fábrica para informar que se había retrasado el género servido desde Argentina y que a ver qué decían a los clientes, teniendo en cuenta que Grau quería hacerse con el suministro a los cuarteles y había presentado una oferta muy interesante (y había untado mejor a los intermediarios).

Llamó a Juanón, alargó innecesariamente la conversación, y cuando acabó de hablar era de noche, se echó de nuevo la tarjeta al bolsillo y salió apresuradamente porque empezaba el Congreso Eucarístico y había una cena en el Ayuntamiento a la que debían asistir por fuerza.

Los sentaron con los del gremio, la vieja guardia lanera, cada día más ricos y más gordos. Se estrecharon las manos y su mujer se puso a hablar resignadamente con Pilar, la baronesa de Quadras:

—He empezado a jugar al bridge.

—Yo juego con Totón Lacambra, Pirucha Coll y Teresa Guarro. Nos reunimos los jueves en casa de cada una y merendamos.

—Nosotras los miércoles.

Un hombre se acercó a Mauricio con la mano tendida, y al ver que no lo reconocía, se identificó:

—Casasnovas, soy el padre de Tiburcio Borrás Batiste, ¿se acuerda? El chico de la División Azul que se fue con su hermano.

Mauricio asintió, sí, claro, iba a decir «el primer caído», pero se interrumpió a tiempo, aunque el hombre completó la frase:

—Sí, el primer caído, qué honor más desgraciado. —Conchita se giró y le miró con curiosidad, el hombre se inclinó sobre su mano—: Señora..., mi más sentido pésame.

Conchita parpadeó sutilmente, tan sutilmente que apenas se notó porque llevaba un sombrero con una leve gasa sobre los ojos. El hombre sacó un pañuelo y se enjugó la frente, se

sonó y volvió a guardárselo mientras decía:

—Ahora están tratando de repatriar a los prisioneros que capturaron los rusos, pero Stalin se está resistiendo. ¡Pobres chicos, serán hombres ya! No como los nuestros, que ya no crecerán nunca.

Mauricio no supo qué contestar, porque no entendió muy bien la frase y porque el hombre del Guinardó se esfumó, y es que Simarro, el alcalde, se aproximaba a la mesa repartiendo puros y gritando en tono exaltado y con cerrado acento catalán, lo que quitaba ampulosidad a la frase:

—Hoy, señores, es un día grande.

Entonces explicó que los otros países que no eran España dominaban el mundo a través de la ONU, en la que todavía no podíamos entrar, pero estábamos a punto, en cuanto se completase el lavado de cara que Franco le estaba practicando al régimen. Nosotros teníamos el dominio de los cielos, ¡a católicos no nos ganaba nadie! Y como prueba de su infinito amor y agradecimiento, el papa Pío XII había consentido celebrar aquí el Congreso Eucarístico, una celebración menor que sin embargo en España se revistió con el aparato de los grandes acontecimientos. Setenta y siete países enviaron representantes eclesiásticos y se ordenaron centenares de sacerdotes en misas multitudinarias en las que flameaban como símbolo de la paloma del Espíritu Santo cientos de pañuelos blancos, mientras cantaban un enrevesado himno que el escritor gaditano José María Pemán había compuesto para la ocasión:

*De rodillas, Señor, ante el sagrario  
que guarda cuanto queda de amor y de unidad,  
venimos con las flores de un deseo  
para que nos las cambies por frutos de verdad.*

Ni que decir tiene que las multitudes, más allá del «De rodillas, Señor, ante el sagrario...», recurrían al tan socorrido «na, na, nananá».

El cardenal Tedeschini, el enviado del papa, lo resumió en una frase muy celebrada:

—Se trata de escoger entre el comunismo o la comunión, ¡y los católicos preferimos la comunión!

Claro que lo dijo en italiano y no lo entendió ni Dios, aparte de José María Pemán, que solía decir «sé callarme en siete idiomas», pero todos aplaudieron fervorosamente e incluso se oyó algún irrespetuoso «¡olé, torero!» por parte de la representación andaluza que acompañaba al ilustre vate, lo que hizo sonreír al anciano cardenal, algo apabullado por la pompa formidable y por tener que pronunciar tantos discursos épicos.

El indulto que concedió el Caudillo con motivo de esta celebración religiosa alcanzó incluso a los condenados a treinta años de la guerra de liberación: «El Caudillo, revestido de la magnanimidad de los césares, perdona a los que cometieron crímenes horrorosos en nuestra Gloriosa Cruzada». Una representación de estos indultados acudió al acto central, una misa de campaña en la avenida del Generalísimo Franco, en la recién inaugurada plaza de Pío XII justo al lado del club de Polo, que presidieron el mismo Franco y su mujer, con peineta, mantilla y sus inevitables collares de perlas.

Cabe decir que algunos de estos libertos estuvieron a punto de ser detenidos de nuevo, pues se negaron a gritar «¡Viva Franco!» y «¡Arriba España!». «Son unos desagradecidos y unos facinerosos contumaces», les dijo el alcalde Simarro con desprecio a Mauricio y a su suegro, que,

como el resto de los textileros, habían tenido que aportar veinte mil dures para la construcción de una barriada nueva, que se llamaría Viviendas del Congreso, para alojar a varios cientos de murcianos que malvivían en las chabolas del Somorrostro. A cambio de este óbolo «voluntario», tenían derecho a una incómoda silla de tijera cerca del altar en el que estaban Franco, su mujer, Pemán y el cardenal italiano.

Conchita y Yanín formaban parte del desfile, como dijo el NO-DO: «Distinguidas damas de Barcelona vestidas gentilmente de amazonas, montando magníficos ejemplares de caballos árabes, mostraron su catolicismo y su amor a España realizando cabriolas por la avenida del Generalísimo Franco». Yanín, que estaba muy guapa con su chaleco de cuadros y la chaquetilla de terciopelo rojo que le había hecho Pellicer, tuvo la mala suerte de que su caballo se pusiera a defecar delante de la tribuna presidencial, lo que provocó las risas de la multitud y hasta de Tedeschini, pero cuando vio que Franco y su mujer permanecían impávidos como esfinges, se apresuró a disimular su risa con un repentino ataque de tos que ocultó tras su pañuelo.

Como todas las procesiones tenían que cruzar la plaza Calvo Sotelo, alguna noche Mauricio esgrimió la excusa de que se había quedado bloqueado en la entrada de Barcelona y había tenido que quedarse a dormir en Sabadell, en el hotel Urpi. En realidad, se iba a la casa de las Tres Torres, junto a Amparo, que lo acogía pregonando con displicencia:

—Yo no creo en Dios y en todas esas patochadas del Congreso Eucarístico —lo decía con la boca pequeña y añadía con candidez—, y si me invitases a ir, me negaría porque va en contra de mis principios.

Mauricio se conmovía y la abrazaba con ternura, tratando de piropearla:

—Con tu mantilla y tu peineta como la mujer de Franco, serías como la Macarena.

Ella enrojecía de placer, pero intentaba mantener el tipo.

—Déjame a mí de peinetas, que no soy ninguna fascista. Y la Macarena es de Sevilla, que lo sepas, que la patrona de mi pueblo es la Virgen del Buen Suceso.

Cuando hacía estas profesiones de fe, Mauricio la encontraba irresistible.

—Fascista, ven aquí, que buenos sucesos te voy a dar —le rugía en el oído mientras la levantaba en brazos como si fuera una criatura y la apretaba contra su cuerpo.

Ella primero sonreía con la comisura de la boca, y después la sonrisa se transmitía a los ojos, trasfigurando toda la cara, iluminándola bajo la gruesa corona de su pelo trenzado. A veces ella se quejaba:

—Me lo voy a cortar como Ingrid Bergman —llevaba la punta de la trenza a su frente simulando un flequillo—, me lo pondré así, como Juana de Arco. La trenza me pesa mucho y me duele la cabeza.

Mauricio le ordenaba con voz campanuda:

—Te lo prohíbo, ¿oyes? ¡Te lo prohíbo porque tu pelo es mío también!

Ella se encogía de hombros y lo tranquilizaba.

—Mauricio, lo decía de broma..., ya sabes que toda yo soy tuya.

Él le pedía en tono distraído:

—¿Tienes por ahí la pelliza que llevabas a la fábrica?

Ella iba a buscarla dócilmente, y Mauricio le ordenaba:

—Póntela.

Porque le gustaba verla así, con sus ropas cochambrosas y su aspecto de indigente, tal como era cuando se habían conocido.

A medida que iba trascurriendo el tiempo, Amparo se anudaba a él, no sabía si con los lazos del amor, pero sí con los de la necesidad. Dependía tanto de Mauricio que cada vez era más frágil, más tierna, más vulnerable, y cuanto más se empequeñecía ella, más grande era el amor que le inspiraba.

¡Que no cambiara!, ¡que se detuviera el mundo!

Las emociones de Mauricio oscilaban violentamente, el corazón le latía a borbotones pensando obsesivamente en Amparo.

Dos veces, dos, la secretaria le había dicho:

—Le ha llamado el señor Fernández Matos, le ha dejado el número de teléfono.

En voz tan baja que Adelina le tuvo que pedir que se lo repitiese, le pidió:

—Cuando vuelva a telefonar, dígame que ese asunto ha dejado de interesarme.

Otro día fue el padre Buidas. Se puso él mismo al aparato, y al escucharlo se quedó rígido por la tensión:

—Ya le daré el recado.

Le pareció que el cura lo había reconocido, pero no dijo nada y colgó. Sintió una oleada de vergüenza y se puso a tiritar incontroladamente.

Un odio ciego e insensato contra todos empezó a anidar en su corazón. ¿Por qué no lo dejaban en paz?, ¿qué querían de él? Él no se metía en la vida de nadie, ¡que nadie se metiera en la suya! ¿Era pedir mucho? Empezó a huir de los sitios frecuentados por Vicente Eyre, su rostro simpático y abierto le resultaba repulsivo, le parecía la máscara diabólica de un enemigo a muerte.

¡Que los dejaran en paz con su pequeña felicidad!

Llegó otro verano. Después de la verbena de la noche del 23 de junio, que pasaron en la azotea de casa tirando cohetes y tomando un champán tibio y aburrido con los vecinos —aunque Mauricio pudo acercarse de madrugada a casa de Amparo—, los niños se fueron a Sitges con Conchita y el servicio. Su madre, como todos los veranos, acudió a tomar las aguas al balneario de Cestona, y esta vez había conseguido arrastrar a su consuegro, que mascullaba:

—Avelina, que estos tíos del norte son muy raros, voy por no hacerle un feo... Y porque me ha dicho mi amigo el conde de Vallengano que allí solo va gente bien.

Porque no solamente ahora era franquista hasta la médula, sino que, desde que había emparentado con la aristocracia y le había puesto un *de* a su apellido, solo quería codearse con la gente bien. ¿No habían hecho a Quadras barón, y eso que venía de la lana, lo mismo que él? En Cestona empezaron a llamarle marqués de la Garrocha, y él reía, pero no deshacía el equívoco.

Mauricio no salía de Barcelona porque debía permanecer al pie del cañón para atender la marcha de la fábrica. Podría ir a Sitges algunos días en septiembre, para recoger a la familia y volver todos juntos en el Chevrolet que acababan de comprarse.

La realidad es que se pasaba días enteros sin ir a Sabadell. Se quitaba la americana, se ponía gafas oscuras e iba con Amparo a los merenderos de la Barceloneta, donde era imposible que se encontraran con algún conocido.

Un día de agosto, por broma, por inconsciencia, por chulería, con la ciudad desierta y un sol que achicharraba las calles, Mauricio llevó a Amparo a la plaza Calvo Sotelo, a la casa vacía. Los muebles, los cuadros, las lámparas, el piano, la mesa donde Conchita y sus amigas jugaban al bridge los miércoles por la tarde, todo estaba cubierto de enormes sábanas blancas como sudarios. En los rayos de sol que entraban a través de las persianas entornadas bailaban miles de motas multicolores de polvo en suspensión, la casa olía a naftalina y a cañerías.

Amparo se movía sin atreverse a tocar nada. Apenas dirigió una ojeada al cuadro pintado por José de Togores que estaba encima de la chimenea, desde el que Conchita observaba el mundo con altivez y fastidio, el rostro apoyado artificiosamente en una mano enguantada de gris. Desdeñó los armarios del suelo al techo con enormes espejos llenos de tules, sedas, encajes, brocados, los vestidos de noche de Balenciaga, Pedro Rodríguez, Santa Eulalia o Pertegaz. No quiso entrar en el cuarto oscuro donde colgaban de las barras metálicas metidos en sus fundas de algodón los abrigos de pieles: visón, astracán, renard argenté, lince, y la última adquisición, una capa de martas cibelinas de las que Radek solo había vendido tres en Barcelona. Una había sido para la hija del dueño de los laboratorios del doctor Andreu, otra para la hermana soltera del banquero Arnús y la tercera para Conchita. Dirigió una mirada distraída a las sombrereras amontonadas unas sobre otras en confusa aglomeración, los cajones con decenas de guantes y mantillas, la ropa interior de seda y guipur, los largos camisones haciendo juego con las batas que colgaban detrás de las puertas. Ni siquiera se burló al ver las vistosas y algo gastadas pantuflas de raso con borla de armiño que asomaban coquetonamente por debajo de la cama matrimonial y que Mauricio se apresuró a quitar de en medio de una certera patada porque le parecía un objeto demasiado íntimo para los ojos de su querida.

Tampoco le había llamado la atención el tocador, con su lujoso juego de cepillos de plata y carey, ni los tarros de crema de porcelana, ni sus perfumes de París, ni el joyero donde se amontonaban las alhajas menos importantes, collares de perlas y pulseras de oro.

Sin embargo, preguntó:

—Las habitaciones de tus hijos ¿cuáles son?

En el cuarto de Tinet había una fotografía de Miquel, la misma que Mauricio tenía sobre su mesa de despacho. Era lo único que quedaba de aquel altar que el pequeño Tinet había levantado a la memoria de su tío mientras luchaba en la lejana Rusia. Eso y el mapa donde iba clavando chinchetas con los avances. La última estaba sobre Stalingrado.

Amparo se acercó la foto a los ojos con curiosidad, y pasó una mano acariciadora por el cristal:

—¿Es tu hermano? Era muy guapo... —Y luego pronunció unas palabras que se clavaron en su corazón como un arponazo cargado de veneno—: Tiene mirada de mujer.

Mauricio le arrebató la foto con brusquedad, pero antes le dirigió una ojeada furtiva y alarmada, ¿mirada de mujer? Ahora que lo decía Amparo... Pero ¿qué iba a saber ella? Quizás sí podría descubrirse cierta sensualidad erótica en los párpados pesados, pero... ¿qué estaba imaginando? ¿Que su hermano era un invertido de esos? No, hombre, no, que lo había ido a despedir esa muchacha de la Sección Femenina y lo había besado. Aunque ese beso había sido de camarada más que de novia, pero el Nuri... ¿El Nuri también? ¡Qué asco! Se pasó el dorso de la mano por la boca, como si le hubieran besado todos los maricas del mundo. Recordaba a la Broto gritando en Parellada, «tu hermano es marica...». ¡Ahora se daba cuenta de que quizás lo señalaba a él! Marica, marica, Miquelet marica. ¿Era verdad o lo estaba imaginando? ¿Con el Nuri? Pero Conchita, que los había conocido tan bien, se lo hubiera dicho. Pero ¿Conchita? ¡Si su mujer era

una caja cerrada llena de secretos que nunca le revelaba! Se pasaba los días fuera, se lo había contado Sara con preocupación, ni siquiera ella se atrevía ya a interrogarla.

Sintió una opresión en el pecho y el aire de la habitación le pareció sofocante. Ya iba a abrir una ventana cuando Amparo le dijo en tono amable e insustancial, sin advertir su desazón:

—Mauricio, ¡cuántos libros lee tu hijo! —Pasaba el dedo por el lomo de los volúmenes alineados en las estanterías—: *Guillermo el travieso, Guillermo el conquistador...*

Se acercó a ella, la odió como se odia la droga de la que se depende, y respondió en tono sombrío:

—Sí, se ríe a carcajadas con esos libros.

—Julio Verne, James Oliver Curwood, Fenimore Cooper, Zane Grey, Karl May, Salgari...

—Sí, esos los leía yo también cuando era pequeño.

—Mauricio, se nota que estás muy orgulloso de tu hijo... Como nunca hablas de él...

Amparo se volvió de repente y tropezó con el corpachón de Mauricio pegado a su espalda, se miraron a los ojos. Ante su sorpresa, vio que los tenía anegados en lágrimas y el hombre sintió una compasión y un amor apabullantes; la abrazó.

Ella se dejó querer en silencio. Con infinito cuidado, Mauricio le pasó la mano por el pelo una y otra vez; sabía que después de su aborto y la salvaje violación que había sufrido en Cieza se había quedado imposibilitada para tener hijos. Nunca lo habían hablado, pero ahora se daba cuenta de cuánto los echaba a faltar. ¡Él no, él no, no quería sentirse excluido por un hijo!

La condujo hasta la habitación de Yanín, la hizo sentar sobre la cama.

Pero ella irguió el busto, lo miró con ojos fieros y él sintió un deseo salvaje y turbulento. La empujó hasta que quedó tendida y, sobre el tálamo virginal, se dejó caer sobre ella. Amparo enroscó sus piernas desnudas alrededor de su cintura. Los dos se amaron allí como si fuera su último día sobre la tierra.

Pasaron meses hasta que se volvió a poner el abrigo, era de vicuña y se lo había comprado en el Dique Flotante. Los Beleta se abastecían de sus telas desde hacía años y le hacían un precio especial. Su madre le había advertido:

—Coge el abrigo, que la muchacha ha ido a la lechería y dice que hace mucho frío.

Ahora necesitaba ver a Amparo todos los días; más que amor se había convertido en una fijación obsesiva y enfermiza. Esa tarde lo recibió extrañamente excitada, saltaba nerviosa sobre la punta de los pies. Lucero, entusiasmado también y sin saber por qué, se perseguía locamente el rabo por toda la habitación como si de repente volviera a ser un cachorro.

Amparo tenía la expresión radiante, acababa de llegar de la cárcel, era día de visita, y le soltó con impaciencia:

—Mauricio, Mauricio, hoy ha pasado una cosa muy rara. Cuando me iba, ha venido el capellán y me ha dado un recado para ti.

Mauricio, que se encontraba mal, tenía la piel irritada, los ojos hinchados y le picaba la nariz, preguntó malhumorado:

—¿Para mí? ¡Algo le habrás dicho tú!

A ella se le borró la sonrisa y contestó temerosa:

—No, no, te lo juro, Mauricio, yo no lo conocía. Se me acercó y me dijo: «Que el señor Casanovas se ponga en contacto conmigo, es urgente». Yo me asusté, iba a preguntarle, pero se ha

ido corriendo, como si no quisiera que los funcionarios lo oyeran. ¿Qué crees que te quería decir?

A Mauricio se le encogió el corazón porque sabía perfectamente qué le quería decir el padre Buidas, pero contestó con vaguedad:

—Sí, claro, creo que quiere pedirme trabajo para los talleres de los reclusos para redimir pena, alguna cosa sencilla —improvisaba, porque Amparo no era tonta—, lo mismo les ha pedido a los otros del gremio... Forran botones para Mestres, hacen flores de trapo para Santa Eulalia... Es normal, lo hablaré con Juanón a ver si se le ocurre algo.

Amparo se apagó como una planta que se mustia rápidamente.

—Ah, yo creía que quizás te quería decir algo de Germinal, está tosiendo mucho, está muy delgado, muy apagado...

Mauricio fingió enfadarse y respondió con acritud:

—Germinal, Germinal, hay más cosas en el mundo que tu Germinal.

Amparo fue hacia él, se puso de puntillas para abrazarlo y le dijo:

—Perdóname, Mauricio, si tienes razón, soy una desagradecida. —Se le llenó la voz de lágrimas—. No sé qué me pasa. Verás, todo el día sola aquí dándole vueltas a la cabeza es como si me fuera a volver loca.

Él la apretó con fuerza, pero no dijo nada. Ella prosiguió:

—Eres la mejor persona que he conocido, perdóname, soy tonta.

Y aquí el hombre ya no pudo callarse y las palabras se desbordaron en su boca:

—Sí, tonta, boba, loco me tienes a mí, que no hay quien te quiera más que yo. —La mentira llegó a sus labios turbia como un vómito—: Ya sabes que estoy luchando por tu Germinal, esta vez sí que me han recomendado a alguien muy importante, pronto tendremos buenas noticias. Lo que pasa es que no te iba a decir nada porque quería darte una sorpresa.

Cuando salió de la casa de madrugada, el coche lo esperaba dos calles más abajo, frente a una taberna de camioneros que no cerraba en toda la noche. Se encasquetó el sombrero hasta las cejas, se subió el cuello del abrigo porque hacía un frío húmedo que helaba hasta el espinazo, se dio cuenta de que se había olvidado los guantes e introdujo las manos en los bolsillos. Sí, ahí estaba aún la tarjeta de José María Fernández Matos, «en veinticuatro horas dalo por hecho». Sin dudar, en una rápida decisión, la sacó y la rompió en mil pedazos que tiró a una alcantarilla. Con la punta del pie empujó un trozo que se había quedado fuera y, ciegamente, empezó a dar patadas a la acera y puñetazos a un árbol gritando «cabrón, cabrón, cabrón» hasta que se hizo sangre en los nudillos.

Volaban unos copos tan sutiles que se movían en horizontal, pero, poco acostumbrados a la nieve, los barceloneses no creían necesario abrir los paraguas, con lo que se posaban levemente en las hombreras de los trajes oscuros de ellos y en el encaje negro de las mantillas de ellas, que apretaban el misal contra el pecho y conminaban a los hijos a entrar rápido en la iglesia. Si acaso un breve «feliz Navidad», y corriendo para dentro, a coger sitio en los pocos bancos que aún quedaban vacíos; a la salida ya habría tiempo de departir con las amistades. Los hombres se quitaban el sombrero y lo sacudían entre exclamaciones de «¡vaya clima de perros, desde la guerra no había hecho tanto frío!».

Yanín se demoró en la puerta y extendió la palma de la mano, sobre la que se depositaron después de un breve balanceo unas estrellas de hielo que se derritieron rápidamente.

La abuela le gritó:

—¿Quieres entrar? —La nieta se enfurruñó—. No hay que hacer enfadar a tu madre.

La niña pensó que ojalá viera enfadada a su madre alguna vez; era preferible eso a la expresión distante y aburrida que solía tener cuando estaba con sus hijos.

El día de Navidad, para la misa de doce, la más frecuentada del año, se abrían especialmente las dos puertas de la iglesia de San Antonio de Padua, la de la calle Santaló y la de la calle Calaf, en pleno barrio de San Gervasio, habitado sobre todo por los vástagos de esas familias con pedigrí que continuaban viviendo en el Ensanche.

—No sé por qué me hacéis venir tan lejos —rezongaba el suegro de Mauricio, porque vivía en el Paseo de Gracia esquina Aragón, y para él estas calles no dejaban de ser el extrarradio.

Ante su sorpresa e incredulidad, Luis María también se había venido a vivir aquí, había desdeñado el principal que su padre quería regalarle en su misma escalera, y se había comprado una torre en la calle Tavern con jardín, bodega y tres pisos.

Un lugar amplio para los cuatro hijos que la lánguida Victoria había alumbrado un año tras otro, como decía la vieja Sara con cierta irreverencia cuando creía que no la oía nadie, «mucha marquesa, mucha marquesa, pero pare como una *cadela*».

La temperatura era más baja dentro del templo que fuera, el agua bendita estaba tan fría que las puntas de los dedos se congelaban. A un lado del altar, adornado con ramos de flores blancas, había un pesebre con figuras de tamaño casi natural. Estaban todas las luces encendidas y los monaguillos se afanaban de espaldas a los fieles colocando el cáliz, el atril con el misal, las vinajeras y los demás ornamentos del altar. Toda la familia se embutió apretujada en un solo banco: Mauricio se colocó en el extremo, a su lado se sentaron Conchita, su madre, Tinet y Yanín, el suegro, la marquesa, Luis María y sus cuatro hijos, además de la marquesa viuda, que vivía con ellos.

Yanín empezó a pasar las páginas del misalito con tapas de nácar que le habían regalado por la comunión y colocó distraídamente una rodilla sobre otra. La abuela le dio un golpe:

—No cruces las piernas como una cabaretera, en la iglesia es pecado.

La niña enrojeció violentamente y Tinet pegó un resoplido:

—Abuela, por favor, no digas tonterías.

La anciana sacó la cabeza para que la viera Mauricio:

—Hijo, mira, Tinet me ha contestado mal.

Por fortuna, en ese momento salió el sacerdote, que llevaba la casulla de color blanco (de damasco bordado con tisú, seguramente de Beloso, discurrió de forma maquinal Mauricio), y se volvió hacia los fieles. Se pusieron de rodillas, «in nomine patri, et filii et spiritus sancti», se santiguaron, «introibo ad altare Dei», y ellos contestaron «ad Deum qui lætificat iuventutem meam», porque el papa Pío XII había impuesto la misa dialogada, aunque no hace falta decir que la mayoría, incluido Mauricio, se limitaba a mover los labios porque no se habían aprendido los latines correspondientes. Los católicos de viejo cuño, como su madre o el suegro, se negaban a contestar porque decían que eso de ponerse en el mismo plano que el sacerdote era una puerta abierta para el gamberrismo y la herejía.

Estaban tan apretados que su mujer le clavaba el codo sin darse cuenta. La veía de soslayo. Esa temporada llevaba el pelo corto y los labios pintados de granate, lo que hacía más pálido su rostro, y le prestaba el aire equívoco de una vampiresa. Claro que iba vestida con un traje chaqueta único en Barcelona. Bajo su pretendida sencillez estaban las manos expertas de Carmen Mir y una tela de Gratacós, un *cashmere* de vellón mezclado con seda que solo se fabricaba en un pequeño taller en el condado de Yorkshire y cuyo maravilloso color rosa palo se obtenía después de lavarlo en las purísimas aguas del río Home.

—¿Qué miras?

Se sobresaltó.

—Perdona, no me daba cuenta, estoy cansado y se me fue el santo al cielo.

Tenía motivos. Ayer había celebrado la Nochebuena como siempre con una merienda en la fábrica, una celebración en las oficinas con los directivos y oficiales, a la que habían asistido, por primera vez, Yanín y Tinet. Antes habían ido sección por sección repartiendo cajas de juguetes para los hijos de los obreros. Le había asombrado a Mauricio el empaque natural con el que los dos adolescentes se comportaban. Yanín sonreía y decía algunas palabras amables a aquellas mujeres cansadas por el trabajo y los partos:

—Me parece que esto es una muñeca hawaiana. Mire, es mona, ¿verdad? —Y observaba compadecida las manos estropeadas de manipular las máquinas de lavado—. Debe de ser muy complicado manejar esto.

Tinet se sentía obligado a dar unos consejos profesionales a los hombres:

—Es un tren por piezas, pero es muy fácil de montar. Yo tuve uno igual cuando era pequeño.

Mauricio sabía que era mentira. Los juguetes, que provenían de los almacenes Capitol, eran baratos y estaban muy mal hechos, y eran muy distintos de los caros trenes, muñecas o coches de fabricación alemana que sus hijos habían tenido, comprados en Tambor o en Tic Tac de la Diagonal. Pero le sorprendió que, sin haberles dado ningún consejo, sus hijos se hubieran comportado de una forma tan sencilla y acertada. El viejo Molins le leyó la mente, porque le dijo:

—Me parece que aquí hay madera —guiñó un ojo con malicia—, aunque no sepan todavía lo que es una tundidora.

Habían encalado las paredes de la fábrica, las letras *Casasnovas e Hijos*, recién pintadas con alquitrán, resaltaban como si fueran fosforescentes. Incluso había ido un fotógrafo de la revista *Lecturas* a tomar unas imágenes para ilustrar un almanaque dedicado a la Navidad. En

esos momentos en la fábrica había 790 trabajadores y tenían 15.640 husos de hilar, nuevas máquinas en la sección de peinado, lavado e hilado, y producían 500.000 kilos de lana al año.

Mauricio no tenía ni idea de que ese era el período álgido de la fábrica y que pronto lo mejor de su vida iba a quedar a sus espaldas.

Cuando el sacerdote se colocó frente al púlpito, todos se pusieron de pie y se persignaron, «Evangelio según San Lucas: en aquel tiempo los pastores se decían unos a otros, “vamos hasta Belén...”, y vieron a María, José y el Niño Jesús reclinado en un pesebre...». Mauricio se removió inquieto en el banco, su mujer le dio un codazo y le dijo sin mirarlo:

—¿Se puede saber qué te pasa hoy?

Se encogió de hombros. ¿Cómo explicárselo?

La noche anterior, cuando Molins acabó con los brindis habituales, «por el señor Casanovas, por la nueva generación, por esta gran familia que es la fábrica...», dejó a los hijos en casa y, pretextando un compromiso con un cliente de Lérida, se fue a las Tres Torres. Lo recibió Amparo, con una blusa de seda brillante con un lazo en el cuello que no le pegaba nada. Se había puesto colorete en las mejillas, unos chavos al lado de las orejas y unos pendientes de plata con una perlita colgando que le había regalado hacía tiempo. Parecía lo que era en realidad: una pueblerina endomingada. La iba a reconvenir cuando se dio cuenta de su expresión compungida. Llevaba a Lucero en brazos y se lo mostró dramáticamente:

—¡Se ha quedado ciego!

El perrillo tenía un velo turbio sobre los ojos y cuando Mauricio lo cogió, se quejó débilmente. El lomo era de un color mate sucio. Lo depositó en el sofá, le apretó la barriga al azar, le levantó los párpados y al final resolvió sesudamente:

—Son cataratas, es normal para su edad. —Meneó la cabeza—. Mira que eres pesada, no se va a morir de esto, aquí está seguro porque sabe dónde va cada cosa y no tropezará.

La sentó en sus rodillas; pesaba menos que su hija. Ella se reclinó sobre su pecho y él le acarició la cabeza.

—Cuidado, no me manches la camisa con eso rojo que te has puesto en la cara. —Ella, desconcertada, empezó a frotarse las mejillas—. Deja, va.

La volvió a abrazar.

Amparo, después de tapar al perro con su mejor chal y darle un beso en el hocico canoso, le mostró con timidez la mesa que había preparado con esmero. Sobre un enorme mantel de raso granate con flecos que colgaban casi hasta el suelo, había dispuesto unos platos con mortadela, sardinas en lata, avellanas y aceitunas. También una botella de jerez y unos dulces en forma de estrella de aspecto amazacotado.

Mauricio los señaló con el dedo para ganar tiempo.

—¿Qué son?

Ella se puso a sonreír como el jugador que saca el gordo de Navidad.

—¡Aguardentados! Son unos hojaldres típicos de Murcia.

Levantó el plato. Mauricio tragó saliva. ¿Cómo decirle que ya había comido hasta reventar y que le causaba asco todo aquello? ¡Imposible! ¡La única alegría de Amparo era él! ¡Seguramente había estado largas horas preparando aquel banquete! Y cogió un aguardentado, y luego otro. Bebió, comió sardinas y mortadela, dijo «qué rico» y después, en la cama, sin desnudarse porque

tenía que irse pronto, la abrazó y la sintió frágil como un pajarillo, y temió romperle los huesos. Con el aliento se le escapó un «te amo» tan leve que no supo si ella lo había escuchado.

¡La quería tanto que ni siquiera necesitaba hacer el amor con ella!

Pero Amparo estaba callada y tristonosa y él conocía la causa. Al día siguiente iba a ver a Germinal.

—No te preocupes, seguramente será la última Navidad que pase en prisión, ya sabes que su libertad está al caer.

Ella trató de hacerse la valiente.

—Bah, si nosotros no creemos en estas leyendas, y además en Cieza no se celebra la Navidad, sino la Nochebuena.

Pero se acurrucó contra su costado y él no se atrevió a irse hasta que la sintió dormida.

De haber sabido que era la última vez... Pero, como lo desconocía, se limitó a depositar un beso en su frente. ¡Dormía tan a gusto!

La hora de la comunión. Mauricio se cruzó de brazos y apartó las piernas para dejar pasar a toda la familia. Se formó una larga cola delante del sacerdote, que decía:

—*Dominus vobiscum.*

Pero Mauricio miraba a Conchita en esa cola, ¿la había querido alguna vez? Aquel impulso primitivo que los había unido al principio ¿era amor? Si no hubiera conocido a Amparo, pensaría que sí. Su mujer se llevó una mano a los ojos, se había desenguantado y tenía el índice y el dedo medio amarillos por el tabaco, y eso le repelió. ¿Cuánto tiempo hacía que no la tocaba? Menos mal que ella nunca le había exigido nada, es más, parecía rehuirle. Esa misma mañana, sin ir más lejos, él había entrado en el cuarto de baño y la había sorprendido con faja y las ligas colgando sobre los muslos flácidos y delgados. Conchita se había puesto a gritar intentando taparse con las dos manos como si fuera un extraño. Y, como si fuera un extraño, él se había disculpado: «Perdona, mujer, creía que no había nadie».

Sacaban la punta de la lengua y recibían la hostia, que procuraban tragar inmediatamente, aunque a algunos se les adhiriera al paladar y se notaban los esfuerzos terribles que hacían para despegarla sin descomponer el gesto. Uno de la fila, en quien reconoció a Rafael Termes, un chico del grupo de Sitges que se había hecho banquero pese a que su familia tuviera una fábrica de zapatos, tropezó con sus piernas, que ocupaban parte del pasillo, pero como no podía hablar porque llevaba la hostia en la boca, se limitó a un gesto de disculpa. Conchita regresó al banco con los ojos bajos, se puso de rodillas y movió los labios musitando una oración.

¡Amparo, Amparo! Hecha para él solo, para su boca, para su virilidad de macho. No la mancillaban las miradas procaces de los demás porque nunca salía de casa. Tuvo unos deseos locos de verla... ¿Podría argüir que se había dejado algo en la fábrica? Pero no, estaría en la cárcel viendo al desgraciado del marido. Sonrió con desdén. ¿No le había dicho que le dolía el costado y que tenía una infección intestinal? Qué aversión le daba pensar en esto.

Tendría que hacer el esfuerzo de preguntarle cómo estaba. Lo cuidarían en la enfermería, había visto en el NO-DO que la situación de las prisiones había mejorado mucho desde que estaban los sacerdotes mercedarios a su cuidado. Amparo le había contado que por la tarde los reclusos iban a interpretar una obra de José María Pemán, el poeta gaditano que había compuesto «De rodillas, Señor, ante el sagrario». Se titulaba *El divino impaciente*. ¡Pobres desdichados!

—*Ite missa est.*

Ah, ya estaba. Se puso el sombrero, se bajó un poco el ala por si nevaba aún, su mujer se colgó de su brazo, y en ese momento Rafael Termes se acercó para disculparse por el tropezón. Iba acompañado de un hombre de espaldas anchas con gabardina de color claro y grandes solapas que se dirigió a Conchita con familiaridad y le dio dos besos.

Ella se ruborizó y le dijo a su marido:

—Mira, Mauricio, es el doctor Balcells... Alfonso, este es mi marido.

Debía de ser un socio del Polo, Mauricio sabía que Conchita tenía un grupo de amigos de juventud con los que montaba a caballo y competía en concursos. Le estrechó la mano distraídamente y, cuando iba a soltarla, el hombre se la retuvo por un momento y le dijo con una mirada penetrante:

—Tenía muchas ganas de conocerte.

Se sorprendió. ¿Conocerlo? ¿Para qué?

¿Pedirle dinero, como siempre? ¿Qué sería ahora, el Do- mund, los refugiados húngaros, los tuberculosos pobres?

Pero no añadió nada más. Conchita, nerviosa, se apartó rápidamente, el médico y Termes se pusieron a hablar con Luis Valls Taberner y su madre, que también estaban, y ella se lanzó a los brazos de unas amigas, mua mua, no llegaban a tocarse las mejillas frías y tersas, «feliz Navidad». Ellas miraban de reojo a Mauricio, se contaban ciertas historias sobre él que lo hacían aún más peligrosamente atractivo. Se dio cuenta de que Termes y su amigo se habían quedado solos y, creyendo que Conchita estaba reteniendo a sus mujeres, les dijo por cortesía, para llenar el tiempo:

—Cuando se ponen a hablar... Supongo que tendréis prisa, como yo, a ver si conseguís lleváros las, que la comida espera.

Los dos amigos se echaron a reír y Termes dijo:

—Hombre, quedaría un poco raro que nos lleváramos a estas señoras. ¡No las conocemos de nada, somos solteros!

Se marcharon riendo aún. Mauricio se sintió desconcertado y, cuando le iba a comentar la metedura de pata a su mujer, Tinet se puso a su lado y le soltó tan de sopetón que casi le asustó:

—Ayer el señor Molins me dijo que fuera a la fábrica cuando quisiera.

No supo qué contestar ni en qué tono hablarle.

—Bien, pero tú ahora lo que tienes que hacer es estudiar —pronto entraría en la universidad, pero no sabía qué carrera quería cursar, quizás se lo habían dicho y no se acordaba, prefería no preguntar entonces—, después de... podrías hacer Comercio en Mánchester, como tu abuelo. ¿Sabes que Molins va a ir a Italia para estudiar el tema de las telas sintéticas? Ahí hay futuro.

—Ya... —contestó el chico con vaguedad, pero de pronto cambió de tema y señaló la cúpula de la iglesia—: Cuando era pequeño creía que esas ventanas daban al mar, que eran como las escotillas de un submarino, y que si alguna vez se abrieran, la iglesia se inundaría.

Se detuvieron mirando a lo alto.

—Luego empecé a darme cuenta de que era imposible, porque cuando Filo nos llevaba a los Baños Orientales tardábamos mucho rato en llegar.

Mauricio observó a su hijo con curiosidad. Quizás era la conversación más larga que habían mantenido, y por un momento se olvidó de Amparo.

—Pero ¿pensabas esa estupidez?

Yanín, que iba detrás de ellos y no se perdía palabra, se adelantó:

—Sí, papá. Y yo me creía que era el cielo y veía unos ángeles que pasaban volando.

—Pero ¿de dónde sacabais esas ideas tan fantasiosas? Bueno, Tinet, tú sí, con tanto cine y todos esos libros de aventuras que te tragas.

Él hizo una mueca de fastidio.

—Los leía cuando era pequeño, ahora me interesan otras cosas.

—¿Ah, sí?, ¿qué?

Trataba de calcular cuántos años tendría, ¿diecisiete? El hijo se encogió de hombros y Mauricio cambió de conversación.

—Ayer estuvisteis muy bien en la fábrica.

La niña le cogió el brazo espontáneamente, lo besó en la muñeca, y luego se puso de puntillas para abrazarlo, acercar su cara a la de él y decirle con arrobamiento:

—¡Ay, papá, cuánto te quiero!

Su mujer lo miraba burlona. A Tinet, aunque intentó poner un gesto hosco, se le escapó una sonrisa satisfecha.

—¡Bah, si no costó nada! —Y se vio obligado a comentar despectivamente—: Eran juguetes malos..., me daba vergüenza repartirlos.

Mauricio meneó la cabeza, pero fue Conchita la que riñó:

—Niño, no seas desagradable. —Y dirigiéndose a todos—: Vamos yendo, que Sara se enfadará, seguro que ya ha sacado el pollo del horno.

A eso de las siete llamaron por teléfono. Estaban todavía de sobremesa, los cuñados ya se habían ido porque al día siguiente les tocaba preparar los canelones de San Esteban en su casa, y el suegro bromeaba con Sara mientras se tomaba su cuarta copa de Fernet Branca y comía un trozo de turrón de yema, su favorito:

—Sara, esos dinerets que guarda tienen que ser para los niños. Y las tierras del pueblo. Traiga usted un papelito, solo tiene que firmarlo. ¿Le gustaría que vinieran esos sobrinos que no le escriben nunca a arramblar con todo cuando se muera?

Sara reía colorada y feliz porque su escudella y su pollo relleno habían tenido mucho éxito:

—¡Pero qué *papeliño*, *carallo*!, ¡si no tengo nada! Y sepa usted que no pienso morirme.

La madre se había retirado para rezar un rosario por Miquelet, pero Mauricio sospechaba que se había ido a echar un rato. Filo y Tinet se habían ido al cine Balmes, a ver *Las nieves del Kilimanjaro*, a los dos los volvía locos el cine. Yanín estaba sentada en sus rodillas y ahora lo abrazaba, ahora jugueteaba con su pelo, y Mauricio se dejaba hacer, fatigado y aturdido; había caído en un sopor embrutecedor y paralizante.

Fue Conchita entonces la que cogió el teléfono. Sonrió.

A Mauricio le pesaban los párpados. Había intentado llamar a Amparo, pero al final había desistido, la casa estaba llena de gente y ella ya sabía que hoy no podía ir a verla. Pero mañana le daría una sorpresa, se presentaría temprano antes de ir a casa de los cuñados, y le llevaría una bandejita de lionesas, porque si no aún le haría tragar eso..., ¿cómo se llamaba?, ¿aguardentosas? ¡Pobrecilla! La imaginaba en casa acariciando a Lucero, los dos solos, mientras el mundo entero celebraba el nacimiento del Señor junto a sus familias. Se pasó el dorso de la mano por los ojos, ¿se estaba emocionando?

Sería el humo que había en el comedor.

—Abrid la ventana —dijo.

El suegro proseguía, puro en ristre, con tozudez beoda:

—El *papeliño*, Sara, el *papeliño*.

Conchita se dirigió a él ahora gritando un poco:

—Es Juanón, que te pongas.

Arrugó la nariz. ¿Qué querría?

—¿Qué quiere?

La mujer tapó el auricular con la mano:

—Nada, supongo que felicitarte la Navidad.

Intentó levantarse, la hija le abrazó.

—No, papá, no vayas, quédate.

Le pareció que los cuatro metros que le separaban del teléfono eran cuatro kilómetros, y le invadió una flojera espantosa.

—Dile que lo llamaré mañana.

¿Por qué no quiso ponerse? ¿Podría perdonarse algún día?

Cuando Tinet volvió del cine comentó pedantemente que la película no le llegaba al libro de Ernest Hemingway ni a la suela de los zapatos —Filo dijo que ella no sabía quién era ese tal Ernest, pero que la película le había gustado porque salía Clark Gable—, y Yanín se empeñó en que jugaran al parchís. Sara sacó empanada gallega, filloas de sangre y unos chorizos que le enviaban del pueblo con mucho nervio, pero muy ricos.

Como hacían siempre que estaban en confianza, Sara y Conchita se pusieron a cantar:

*Ondiñas veñen, ondiñas veñen,  
ondiñas veñen e van...*

La sirvienta se la había enseñado a Conchita, a la que quería más que a una hija. Le corrían unos enormes lagrimones por el rostro que se secaba con una punta del delantal recordando la tierra a la que ya no volvería nunca, pero su «niña» la abrazó tiernamente y le dijo que ellos eran su casa y su familia. Momento que aprovechó el suegro para recordarle entre hipidos y toses:

—El *papeliño*, Sara, acuértese del *papeliño*.

Fue Filo, la única que no había bebido, la que lo llevó casi en brazos a la habitación de invitados. Rojo y congestionado, trazaba una firma imaginaria en el aire: «Los niños, todo para ellos, *papeliño*».

Mauricio se quedó dormido con una sonrisa.

A la mañana siguiente salió pronto y su mujer le preguntó con una taza de té en la mano:

—¿Nos vienes a buscar o vas a casa de Luis María directamente?

—No, no, vamos juntos.

Cuando bajó a la calle, un hombre dobló el periódico tras el que se ocultaba y le sorprendió ver que era Juanón. Lo saludó atónito:

—Pero, qué casualidad... —se dio cuenta de que algo ocurría, estaba ojeroso y pálido, y preguntó aprensivamente—: ¿Qué ha pasado?

Juanón miró a un lado y otro. Mauricio lo cogió del brazo de forma imperiosa, pero el portero le cortó el paso y se dirigió a él llevándose la mano a la gorra:

—Felices fiestas, señor Mauricio.

—Gracias, Manuel.

El camarero del Sandor también lo felicitó, y el limpia, y la florista, y el del tabaco, y el barrendero. Para todos tuvo una palabra de agradecimiento y una propina, aunque todos ellos habían cobrado ya su aguinaldo correspondiente. Con cierta impaciencia, Juanón le indicó su coche, que estaba aparcado en la esquina. Subieron. Mauricio le apremió inquieto:

—Espera, ¿es que le ha pasado algo a... Amparo?

Juanón ajustó el espejo retrovisor, le dio al motor de arranque y dijo:

—Ayer de madrugada se murió Germinal, su marido.

Mauricio no pudo reprimir un ahogado grito de sorpresa, no sabía si sentía satisfacción, pero se avergonzó de sí mismo y comentó:

—¡Caramba..., no me digas! ¿Y cómo ha sido?

—No acudió a la cena de Nochebuena y se lo encontraron en la celda, ya en las últimas. Lo trasladaron a la enfermería y quisieron avisar a Amparo, pero estaba en la cola para comunicar... No la llamaban, se extrañó, fue a preguntar y le dijeron que ya se había muerto.

—¡Qué horror, pobrecilla! —Meneó la cabeza compasivamente. Al pensar en el dolor de su amante se estremeció y se sintió egoísta—. Pero tú, ¿cómo te enteraste?

—Me llamó la mujer de un camarad..., de un amigo que está preso, fui a buscarla y ya me quedé con ella.

—¿El día de Navidad? Pero, ¡coño!, Juanón. —No sabía cómo expresar su gratitud. De pronto le pareció que era lo más grande que habían hecho por él jamás. Le dio una especie de abrazo torpe, de medio lado—. No sé cómo agradeceréte, no lo voy a olvidar nunca.

El hombre, con la vista al frente, quiso restarle importancia:

—¿Pues qué iba a hacer? Ella estaba sola, mi mujer lo entendió..., no importa. —Lo miró fugazmente—. ¡Más hizo usted por mí!

Mauricio se emocionó:

—¡Qué voy a hacer, hombre, todo te lo has ganado por tus méritos! —Le volvió a asaltar la imagen de Amparo, pequeña y asustada, en medio de los pasillos interminables de la cárcel, un lugar que nunca había pisado—. Pero ella ¿tuvo que identificarlo?

—No nos lo dejaron ver, lo metieron en un furgón cerrado y esta mañana lo hemos enterrado en el cementerio de Montjuic; hay unos nichos especiales para estos casos.

Tartamudeó Mauricio:

—Pe... pero ¿los dos solos?

—¡Pues claro, no íbamos a llamar al Orfeón Donostiarra! —La brutalidad de la respuesta hizo que Mauricio se encogiese en su asiento—. Perdona, ya ni sé lo que me digo, sí, los dos solos, con el cura y los funcionarios de la prisión. Lo llamé ayer por la tarde, pero no insistí, tampoco era cuestión de irle a molestar a su casa, creo yo.

Vaciló:

—Supongo que su mujer no sabe nada.

—No, ni pensarlo.

Juanón titubeó con una leve sonrisa:

—La pobre Amparo estaba tan aturdida que aún no se ha hecho a la idea, me parece. Ayer lo que más le preocupaba es que el perro estuviera todo el día solo, tuve que ir yo a la casa y darle

de comer y beber. No será viejo ni nada ese perro.

Mauricio comentó distraídamente, pensando en lo que iba a cambiar su vida ahora:

—Pero viejo viejo.

Se detuvieron ante un urbano que les daba el alto. Estaba sobre una pequeña peana rodeada de botellas de champán dulce, turrón duro, tarros de frutas en almíbar y escarchadas, esas viandas que suelen ir en las cestas de Navidad de las empresas que no gustan a nadie, y que los conductores depositaban a los pies de los guardias de la circulación como obsequio, pero ninguno de los dos se fijó.

—¿Y ella qué hacía mientras?

—Se quedó con un capellán que no parecía mala persona, y mire usted que a mí los curas me dan repelús, un tal Buidas. Dijo que Germinal no había querido ni confesarse ni comulgar, pero que de todas formas iría al cielo porque era muy bueno. —Dio un frenazo, un niño perseguía una pelota por la calle—: ¡Cuidado, chaval! Mire, yo, en realidad, a Germinal no lo conocía, yo era amigo de un muchacho de Cieza que me escribió después de la guerra para que le buscara a Amparo un trabajo en Barcelona, y como mi padre me había dicho que la fábrica necesitaba personal...

De pronto se le ocurrió que Mauricio podía malinterpretarle.

—Oiga, que mi padre no tenía nada que ver, nunca llegó a enterarse.

Mauricio hizo un gesto con la mano:

—Deja, hombre, me lo figuro, pero qué más da. —Caviló—: O sea, ¿que el cura dijo que Germinal se iría al cielo?

—Sí, ¿y sabe lo que le contestó ella? Que sea lo que sea lo que haya allí, todo será mejor que esto, ¡hasta el infierno será mejor que esto!

Movía la cabeza con incredulidad y admiración, y Mauricio sacó un pañuelo y se sonó, «su chica valiente».

—¿Eso dijo?

—Sí... El cura no *pio* más.

Doblaban ya por la calle Mallorca y Mauricio sacudió la cabeza para salir de su embotamiento y preguntó:

—Pero ¿dónde vamos?

Juanón lo miró estupefacto.

—A la Modelo, la he dejado allí, tenía que recoger el certificado de defunción y sus cosas, le dije que la iríamos a buscar.

—Claro, por supuesto.

Había poca gente alrededor de la prisión, con el deambular perezoso del que tiene todo el día por delante. Aparcaron subidos a la acera. Mauricio permanecía inmóvil, con la vista fija en el cristal, mientras Juanón cogía la cartera, el abrigo, y se disponía a salir. Lo miró interrogativamente y Mauricio le dijo en tono forzado:

—¿Te importa que os espere aquí? —balbuceó—, entiende, no conviene que entre, no sabría cómo explicar que...

Juanón lo observó un momento. Mauricio no supo discernir si había aparecido un chispazo de desprecio en su mirada, pero si fue así se desvaneció enseguida y surgió de nuevo el empleado amable y solícito:

—Claro, ya me hago cargo, la recojo y salgo.

Esperó media hora que se le hizo eterna. ¿Qué decirle? Abrazarla, sin más, pero ¡no iba a

salir del coche! A la puerta de la lechería donde estuvieron la primera vez había un grupo de mujeres, en el bar los parroquianos aburridos miraban a través de la cristalera. Y en la entrada de la prisión estaban los guardias y había una cola exigua, pero atenta también a todo lo que pasara en la calle.

¿Abrazarla dentro del coche? ¿Pasar al asiento de atrás para que fuera más cómodo? Pero todas estas cavilaciones no sirvieron de nada, porque Juanón apareció solo.

—Se ha ido ya. La ha acompañado el sacerdote a su convento para que las monjas la atiendan, lleva más de veinticuatro horas sin descansar. Me ha dicho el funcionario que hasta la tarde no regresará a su casa.

Se sintió aliviado, no sabía por qué, y le pidió:

—Pues déjame en Calvo Sotelo.

La comida en casa de sus cuñados se le hizo interminable. Le pareció que Victoria se daba unos humos impropios teniendo en cuenta que, dejando aparte un título trasnochado, no había aportado nada a aquella familia si exceptuamos los cuatro niños gritones y maleducados que había parido. Además, a Mauricio le fastidiaba que tuvieran que ser ellos siempre los que cargaran con el suegro, cuando Luis María era el único que se beneficiaba de su fábrica. ¡Y hoy hasta le molestaba que su propia mujer, que tan elegante le había parecido el día anterior, se vistiera de una forma ostentosa y de mal gusto! La modestia de Amparo con sus rebecas de punto le conmovía y su cabeza desnuda le parecía más distinguida que todos los sombreritos ridículos que su mujer se hacía enviar de la Rue de la Paix:

—¿Qué haces con esto? —sacudió despreciativamente la estola de zorro que Conchita llevaba alrededor del cuello, dos animales cogidos por la boca con ojos de cristal—, parece como si quisieras burlarte de la gente que tiene menos que tú. Un día nos darán un disgusto por tu culpa, por tu afán de ostentación, y además es una ordinariez.

Conchita entrecerró los ojos e hinchó la nariz, pero no quiso contestar porque Yanín y Tinet los observaban con atención, pretendiendo entender por qué aquel padre amoroso que el día anterior había estado charlando alegremente con ellos y jugando al parchís hoy era un ser malhumorado, nervioso e impaciente, que hasta le dijo a su madre de forma desabrida:

—¿Tiene usted que ir siempre vestida de negro? ¡No es la única a la que se le ha muerto un hijo!

La madre se llevó la mano a la boca, pero no pronunció palabra.

Hala, que se fastidiaran todos como él lo estaba. ¿Qué hacía Amparo en un convento, cuando tendría que estar con él, entre sus brazos? ¡Solo él podía consolarla! ¿Qué se creían todos esos pájaros de mal agüero? Apártense, que ahora no tenía a nadie más en el mundo. Se la llevaría de viaje, a París, por ejemplo, qué agradecida iba a estar... Allí podrían ir del bracete por la calle, ella decía que era lo que más le gustaría del mundo, «como dos burgueses».

Precisamente se discutía en la mesa un posible viaje a Nueva York, y su cuñado decía con suficiencia mientras soplaba la punta de su Cohibas para que tirara mejor:

—Podríamos pasar el reveillon en el Waldorf Astoria, el director es amigo mío.

Malhumorado, Mauricio masculló:

—No están los tiempos para hacer derroches, ¡si vosotros os lo podéis permitir, nosotros no!

Se instaló en la mesa un silencio muy incómodo y después todos se pusieron a hablar a la vez.

Cuando se fueron, Conchita tenía los labios apretados en una línea muy fina, se subió al coche con los niños y la suegra y le dijo cerrándole la puerta en las narices:

—Anda, vete a tomar el aire, que te sentará bien.

Se encogió de hombros. «¡Mejor!, ¡que vayan aprendiendo que yo no soy el muñeco bobo que a todo dice amén! ¡Paganini sí, pero imbécil no!».

Detuvo un taxi para ir a las Tres Torres.

Por el espejo retrovisor el chófer lo miraba algo alarmado, porque alzaba los hombros y parecía discutir consigo mismo. Y es que el corazón le golpeaba en el pecho como el badajo de una campana gigantesca, sentía fuego en las entrañas, se desabrochó el abrigo y trató de tranquilizarse.

Su Amparo. Sonrió tenuemente recordando la primera vez que la había llevado a la casita que iba a ser suya porque ya había decidido que en la fábrica no podía continuar.

—Pare aquí.

Fue caminando desde la Vía Augusta. Ya era de noche, si ella no había llegado, esperaría, dejaban siempre una llave de repuesto debajo de un macetón. La insertó en la cerradura, sí, todo estaba a oscuras. Entró a tientas, e iba ya a colgar la bufanda en el perchero cuando advirtió que alguien estaba sentado en la butaca.

Era Amparo con Lucero a sus pies. Se alarmó y se llevó la mano al pecho, rio nerviosamente:

—¡Ah, qué susto me has dado!

Fue a prender la luz, pero ella gritó:

—¡No la enciendas!

Titubeó. Al final se quitó parsimoniosamente el sombrero, el abrigo, y fue a sentarse a su lado, desconcertado por su impasibilidad. Se estiró los puños de la camisa, tosió:

—Bien, bien...

Intentó cogerle las manos, las tenía frías e inertes, y empezó a acariciarlas. Pero ella se las retiró con gesto brusco y le dijo con una voz sosegada en la que ya no había ningún vestigio de aquellos tonos infantiles que a él le encantaban:

—Mauricio.

Se inclinó hacia ella para oírla mejor.

—Dime.

—Tú nunca me preguntabas por Germinal, ¿por qué?

Se quedó tan confundido que no supo qué contestar.

—Pero ¿cómo? Claro que te pregunté, muchas veces.

Ella negó tozudamente:

—No, nunca me preguntaste, por ejemplo, cómo eran las comunicaciones.

Desconcertado, trató de justificarse:

—Lo hacía por ti, pensaba que te resultaría desagradable, que preferirías no hablar de eso.

Ahora la voz se elevó un tono, se le iba notando una creciente tensión nerviosa. Como si no lo hubiera oído, explicó:

—Duraban ocho minutos, Mauricio, ¡solo ocho! Y hablábamos a través de unas rejas con un pasillo en medio por donde caminaban los carceleros vigilando lo que decíamos... —Levantó una

mano haciéndolo callar—. No, no digas nada, éramos veinte en el locutorio, y si uno tenía la voz fuerte, los demás ya podíamos callarnos, porque no se nos oía. ¡Y Germinal casi no tenía voz!

Se calló. Él protestó molesto:

—Ya pasó todo eso, Amparo, no entiendo por qué lo sacas ahora... Bueno, sí entiendo, estás conmocionada, ven aquí.

Pero no se atrevió a tocarla porque ella, ajena a su comentario, sin mirarlo, prosiguió impertérrita:

—¿Y no preguntas por qué no tenía voz?

Con fastidio, le obedeció como el que cede al capricho de un niño o de un loco:

—¿Y por qué no tenía voz?

—Porque tenía los pulmones comidos por la tuberculosis, el derecho ya no le servía y del izquierdo solo le funcionaba una parte, porque en el izquierdo hay tres partes que se llaman *lóbulos*, ¿lo sabías?

Él prefirió no contestar.

Ella levantó la voz, le temblaba ahora por la tensión:

—¡Pero no se le pudo hacer un examen radioscópico! Si le hubieran visto las lesiones, quizás lo hubieran podido trasladar al hospital y hubiera podido curarse. El doctor Manresa corta por allí, corta por allá y el enfermo vuelve a su vida, ¿lo sabías?

Impaciente, sin saber adónde quería ir a parar, preguntó:

—¿Y por qué no lo trasladaron?

—Porque Germinal no era importante, ¡ni siquiera había estado condenado a muerte! Nadie daba la cara por él, había roto con nuestros camaradas, no era comunista, ¡no era nadie, un tísico, era menos que nada! Las ambulancias son caras, en los hospitales no hay sitio... Y total para qué. Ya sabían que se iba a morir. ¡Qué importa! ¡Uno menos!

—¿Por qué no avisaron? Con dinero...

Silencio muy largo, y ella dijo con la precisión del bisturí entrando en la carne:

—Avisaron, Mauricio. Mejor dicho, intentaron avisarte.

Se pasó la mano por el pelo, movió los hombros incómodo. ¿Qué era eso?, ¿una acusación? Esta no era su Amparo. Amparo era dulce, era una niña perdida que lo necesitaba.

La cosa no iba como él esperaba, le tembló el labio inferior de indignación.

—¿Qué quieres decir? Si yo hubiera sabido... Vamos, ya te he dicho que estaba haciendo gestiones, todos estos años...

Ella se puso en pie. Ahora advirtió que vestía la vieja pelliza con la que la había conocido y que lo que tenía a los pies era una maleta de cartón atada con una cuerda. Era Amparo con sus feas manos de obrera, la murciana que había venido en 1940 porque su marido estaba preso en la Modelo de Barcelona. Él se levantó también e intentó abrazarla para romper ese sortilegio, para que volviera su niña perdida, quería sentarla en sus rodillas y acunarla y luego se irían a la cama y quizás harían el amor hasta que ella se quedara dormida y... Pero Amparo se apartó con repugnancia.

—Mauricio, el padre Buidas me lo ha contado. Que no solamente no moviste ni un dedo cuando hubieras podido liberarlo con una sola llamada de teléfono, sino que dijiste que el asunto ya no te interesaba. ¡El asunto! ¿Eso era Germinal para ti?

Trató de justificarse aún, su voz se llenó de ecos indignados:

—Vamos, que me digas eso a mí, que me he movido tanto. —Se revolvió rabioso contra el cura—. ¿Y por qué no actuaba él, ese cabrón, si tan preocupado estaba?

—Lo estaba haciendo, pero tiene mil reclusos a su cargo, la mitad enfermos —hablaba pausadamente ahora, con más desesperación que enfado—. Pero es verdad que tan enfermo como Germinal, ninguno. Esta semana hubieran dado la orden de traslado al hospital de la Merced, donde iba a quedar libre una cama, pero, mira, la muerte se adelantó.

Se puso frente a él, levantó los ojos, aquellos ojos tan amados, y los clavó en los suyos. Sin espavientos le dijo:

—Tú lo mataste, Mauricio.

Él lanzó la risotada más triste del mundo y se señaló el pecho con el pulgar:

—¿Yo? Pero ¿qué dices?

—Sí, Mauricio, eres un asesino porque hay muchas formas de asesinar, y una es dejando morir.

—¡Estás loca!

Se oyó un coche a la puerta, tocaron la bocina, a Mauricio se le quebró la voz:

—Pero ¿qué vas a hacer? Déjame que te explique, si ya había hablado con la hermana de..., y con...

Amparo se inclinó para coger al viejo Lucero, que iba envuelto en una manta y no se movía; se lo puso en un brazo, acunándolo como a un niño. Con la otra mano agarró la maleta. Pero ¿qué hacía?, ¿irse?, ¿dejarlo? Pero, no, no, no podía. Trató de retenerla.

—Amparo, escúchame, estás equivocada, empezaremos de nuevo, ahora seremos libres, el día del perdón...

Ella se desasíó con una calma helada.

—Déjame, ¿no entiendes que te odio, Mauricio? Te odio por lo que has hecho con el amor que te tenía. ¡Me das asco y me doy asco a mí misma por haberte querido! ¿Mi única disculpa sabes cuál es?

Él negó sin palabras, no podía hablar porque le subía un borborismo de llanto y gemido muy grande desde las tripas a la garganta.

—Que he querido a alguien que no existe en realidad. A ti te desprecio porque, siendo poco hombre Germinal, siendo medio hombre, la cuarta parte de un hombre, un trocito minúsculo de hombre, solo la uña del dedo meñique, ¡es más hombre que tú de aquí a la luna, ir y volver un millón de veces!

Intentó retenerla con una voz tan afligida que ni él se reconoció:

—Pero ¿qué haces? Cómo voy a vivir sin ti... No te vayas, por favor.

Gimió. Se puso en medio sin dejarla pasar. Ella se le encaró, levantó la cabeza retadora:

—¿Me dejas ir o no me dejas?

Podría inmovilizarla por la fuerza, estuvo a punto. La cogió por los hombros, la zarandéó. Lucero le enseñó sus dientes amarillos de perro viejo. Sonó la bocina de nuevo.

—Pero no te vayas, Amparo... ¿Dónde vas? ¡No me dejes!

Ella lo rodeó, abrió la puerta sin contestar y se subió al taxi, que desapareció en el silencio oscuro de la noche.

Sollozando, se dejó caer en una silla, hincó los codos en las rodillas y hundió la cabeza en las manos.

*Aquel cerezo rosa que creció  
en un rincón de tu jardín  
junto al manzano blanco floreció...*

La pequeña orquesta cubana llamada Danzón Habanero amenizaba la fiesta de carnaval que se celebraba en casa de los marqueses de la Fronda. La habían colocado en la galería que daba al jardín trasero, donde el gélido vientecillo invernal traspasaba el leve algodón de las camisas de grotescas mangas rizadas con las que se cubrían los músicos. Los invitados estaban, sin embargo, dentro de la torre, bailando al calor de la calefacción recién instalada que le había costado al suegro de Mauricio la producción lanera de un mes, pero todo se daba por bien empleado para que Luis María se codeara con la flor y nata de la sociedad. A la fiesta ya habían acudido tres títulos de la magra nómina de nobles catalanes: Maristany, conde de Lavern; el marqués de la Mesa de Asta, casado con una Fabra; y el barón de Quadras. ¡Y el mismísimo gobernador civil, Felipe Acedo Colunga! Pero faltaba el plato fuerte...

*... floreció...*

Las parejas se habían quedado inmóviles, congeladas en un gesto de foto fija, hasta que la última frase del mambo estallaba en medio de un repicar de maracas:

*¡Mi amor por ti!*

Y todos volvían a mover los pies, las caderas y los codos de forma frenética, mientras los camareros con pajarita pasaban bandejas con aperitivos exquisitos que habían elaborado en Tívoli, la cafetería de la esquina de Muntaner con Vía Augusta.

Muchos años después, el dueño del Tívoli me decía:

—Veía a sus padres en las fiestas que daban los Prats en la torre de la calle Tavern. ¡Madre mía, lo que era aquello! ¡Todo a lo grande! Traíamos los jamones de Andalucía, las ostras de Arcade, las almejas más finas de la ría de Vigo, langosta a la americana, trufa, caviar... Una noche vino hasta la hija de Franco y nos dijeron que no podíamos mirarla a la cara. ¡La gente le hacía reverencias como si fuera la reina!

Y añadía con una sonrisa teñida de tristeza:

—Teníamos que reconvenir a los camareros, porque metían mano en las bandejas y bebían de las botellas a morro, pobrecillos, se morían literalmente de hambre. En la cocina se lanzaban sobre las sobras como perros rabiosos, se las disputaban con los músicos y muchas veces llegaron a liarse a puñetazos.

Pero Mauricio nada sabía de todo esto. Aunque habían publicado un bando en la prensa que prohibía las *rúas* en la calle «en los tres días de las carnestolendas» y también el uso público de caretas y disfraces, es decir, «de todas las exteriorizaciones del Antruejo» —«¿qué es el *antruejo*?», preguntaba Yanín, y su abuela le decía, «no digas eso, que parece una palabrota», y la niña y Tinet se pasaban todo el día repitiendo «antruejo, antruejo, antruejo»—, en las casas particulares podían celebrarse sabiendo que se iba a hacer la vista gorda.

El mismo gobernador le comentaba despreciativamente al suegro de Mauricio, de quien era buen amigo:

—Son exageraciones de los falangistas.

La empinada calle Tavern, que salía de la calle Madrazo, donde vivíamos nosotros, desembocaba en el imponente colegio alemán de Santa Elisabeth, del que se decía que muchas de las monjas habían sido carceleras de campos de concentración nazis. Al principio y al final habían instalado dos llamativos controles de policía, lo que había provocado un inmenso colapso de coches frente a la casa de los marqueses.

Pero no habían impedido que un grupo de pordioseros y vecinos se instalase a ambos lados de la puerta comentando con gran rechifla los disfraces de los invitados:

—Mira, esa va de puta —mirando a la mujer de Bonmatí, que iba de cabaretera.

—¡Una gitana! —refiriéndose a la alcaldesa consorte, con traje flamenco.

El vestido de rusa de Madronita, la hija del doctor Andreu, el célebre doctor Pastilletas, que iba con katuskas y una diadema de cintas de colores, los había sumido en la confusión, hasta que un pilluelo de cara sucia aventuró:

—¡Va de loca!

A su lado, Juan Antonio Samaranch, de pierrot, llevaba del brazo a su novia, una chica rubia que parecía extranjera y a la que todos llamaban Bibís. Cuando la entrevisté, muchos años después, me dijo que se acordaba perfectamente de esa fiesta porque fue la primera a la que acudió como novia oficial de Juan Antonio.

Tocando la ronca bocina, un Biscuter, un cochecito que parecía de juguete, se abrió paso y frenó bruscamente, provocando los ¡oh! y los ¡ah! del personal presente.

El mismo pilluelo de antes decretó con ironía arrabalera:

—¡Menudo *haiga*!

Jaime Bofill se desplegó por tandas, y después, ante el asombro de todos, cogió el coche a pulso y lo dejó en la entrada de una tintorería que esa noche ya no abriría sus puertas. Iba vestido de Drácula, con una larga capa negra, dos colmillos de cartón y un reguero de pintura roja que le resbalaba hasta la barbilla.

Un guardia esgrimió la porra sin mucha convicción:

—Dispersarse, hala, a casa, ya os habéis divertido bastante.

Mauricio observaba sin ser visto detrás de las persianas de la tétrica biblioteca de la casa de su cuñado, la única habitación que daba a la calle, sosteniendo una copa de whisky con mano temblorosa y acometido por una flojedad en las rodillas que le obligaba a apoyarse en el respaldo de una butaca. Sonreía, se encogía de hombros y se preguntaba en voz alta, aunque estaba solo en la habitación:

—¿Qué coño hago aquí?

No recordaba si había comido, si se había duchado, o siquiera cambiado de camisa. Sentía en las narices un hedor agrio, pero no sabía si era su propia persona o el ambiente de una estancia que no debía de abrirse nunca.

Pero, un momento, ¿quién era esa? Se irguió, estiró el cuello, una de las chicas que salía corriendo ante la amenaza del guardia se parecía a... Amparo.

Ahora hablaba solo muchas veces. Y creía verla cada día, se figuraba que el mundo entero era Amparo. La otra tarde había hecho detener el coche y se había lanzado detrás de una muchacha que caminaba como ella y, cuando ya iba a cogerla del brazo, cuando ya iba a gritarle con la voz rota:

—¡Amparo!

Se había girado y no era. Nunca era.

Desde que había conocido a Lucero, se agachaba también para acariciar a todos los perrillos con los que se cruzaba.

Suspiró. Paseó la mirada turbia por los oscuros bodegones de pintores de principios de siglo de los que nadie recordaba el nombre y los lomos de los libros que nadie había leído jamás.

Silabeó:

—To-do-es-u-na-mier-da.

Mauricio dudaba de que su cuñado hubiera entrado alguna vez en esta habitación siquiera. Aunque teóricamente dirigía la fábrica, era su padre el que seguía llevando las riendas. Luis María se limitaba a viajar con Victoria a Madrid y a Andalucía, había recomprado la finca olivarera que había sido de la familia de su mujer en el campo de Jaén, y era vecino del conde de Arjillo, el padre del marqués de Villaverde, casado con la única hija de Franco. Alternaba con los Terry, el duque de Monteleón, que era medio andaluz y medio catalán, los Pemartín, los Domecq y los O'Hara, y alababa de forma afectada a Perico y Pepe Pantera:

—Son una fuerza de la naturaleza, estos andaluces sí que saben vivir bien.

Se había aficionado al fino La Ina y había vuelto al flamenco, que bailaba apretándose la chaqueta a los riñones y poniendo los índices enhiestos como si empitonase a las señoras, que se reían de él, pero en buen plan.

Victoria daba palmas a destiempo y decía:

—¡Oule!

Conchita, a veces, para fastidiar a su hermano, le enseñaba al padre los ecos de sociedad de la revista *¡Hola!* En ellos se veía a Luis María y a Victoria disfrazados con unos atuendos de cazador tan impecables que parecía que acabaran de salir de la caja, sombreros tiroleses y una escopeta incómodamente colocada debajo del brazo, «los marqueses de la Fronda, disfrutando de un día de campo con sus amistades». El padre fingía espanto y se persignaba:

—¡Ay, que san Antonio María Claret—el patrón de la industria textil— nos coja confesados!

El día anterior, Luis María había llamado a Mauricio al despacho con mucho misterio para contarle que a su fiesta de carnaval, ¡ay, perdón!, del antruejo, iban a ir los marqueses de Villaverde:

—Pero por normas de seguridad lo tenemos que llevar en secreto, o sea, que por favor no se lo digas a nadie.

Mauricio se preguntó a cuántos les habría dicho lo mismo su cuñado, porque si no se podía contar que la hija de Franco y su marido iban a visitarlo, ¿de qué servía?

Pero asintió, más que nada porque sabía perfectamente que no le iba a costar guardar el secreto; no hablaba con nadie.

—Claro, no te preocupes.

Carmen Franco Polo, la hija del Generalísimo, iba con frecuencia a Barcelona, teóricamente para probarse nuevos vestidos en el taller de Pertegaz en la Diagonal, pero se rumoreaba que mantenía un *affaire* con un apuesto empresario muy mujeriego, Alfredo Puig, casado con la hija de una familia patricia. En realidad, el primero en contarlo era el propio interesado, pero como tenía fama de ser un fanfarrón, nadie acababa de creérselo. La propia mujer, halagada por este acercamiento a la primera familia de España, hacía lo posible para que todo el mundo se enterase y les contaba a sus amigas más indiscretas que creía que Alfredo mantenía una habitación en el hotel Ritz para encontrarse con la hijísima.

Emocionado, Luis María se lo había comunicado a su cuñado:

—Los marqueses vienen con un grupo de amigos. Aunque no me lo creo del todo, no tengo más remedio que invitar a Alfredo Puig —Luis María se había descatalanizado tanto que pronunciaba *Puij*, a la española—, espero que mi padre no meta la pata.

Se oyó un tumulto en la calle y un Citroën negro, propio de la policía secreta, se abrió paso sin contemplaciones. Todos se apartaron y un par de silenciosos Mercedes se detuvieron majestuosamente. Del primero bajaron el actor Alberto Closas y su mujer, una ricachona valenciana que lo había introducido en la alta sociedad cuando el actor regresó de Argentina, donde había estado actuando en la compañía de Margarita Xirgu, una mancha en su historial que nunca se mencionaba porque la Xirgu era roja y estaba exiliada. Tampoco se mencionaba que el padre de Alberto había sido un político catalanista, se decía simplemente que, a pesar de ser artista, «era de buena familia». Alberto, en Argentina, se había convertido en el galán teatral por excelencia. Atravesaba el escenario fumando un cigarrillo simplemente para lucirse e interpretaba comedias de Oscar Wilde. Y, aunque era muy buen actor, los espectadores solo iban para admirar su apostura y sus trajes. Cada vez que se cambiaba de ropa, la gente se ponía en pie y aplaudía. Lo primero que había preguntado cuando llegó a España fue:

—¿Cuál es el mejor sastre?

Le habían dicho Yusti, que había vestido al último rey, y Alberto Closas, de una tacada, se había hecho veinte trajes. Ahora estaba a punto de rodar una película con Juan Antonio Bardem.

Jaime Castell, que era muy amigo suyo de la época de Buenos Aires, le había comunicado:

—Que sepas que ese tal Bardem, aunque es un chico bien, se ha torcido y es comunista... No te vaya a meter en un lío.

El otro había protestado:

—Hombre, preferiría que no me lo hubieras dicho.

Y es que el incombustible Jaime Castell volvía a estar en órbita. Muy derecho en su esmoquin bien cortado, con una amplia capa de Seseña, la punta del pañuelo asomando por el bolsillo y la piel bronceada, estrechaba la mano de Luis María con cierta actitud paternalista. Y es que Jaime había logrado llegar de nuevo a la cumbre, y nunca más se bajaría de ella. Con sus últimas pesetas había comprado un pequeño banco, la Banca Suñer de Ripoll, lo había convertido en el Banco de Madrid y había diseñado una jugada maestra: le ofreció la presidencia al conde de Arjillo, el padre del marqués de Villaverde, con lo que el banco había empezado a ir viento en popa, y su economía todavía más. Se había ido a vivir al barrio de Salamanca, tenía piso en París, cenaba todas las noches en Horcher, llevaba otra vez un Bentley y chófer con gorra de plato al que llamaba *mecánico*, a la manera madrileña, y Elvirita solía lucir en las fiestas una corona que había pertenecido a Eugenia de Montijo y que había comprado a la duquesita de Alba.

Mauricio se había encontrado en Sandor el día anterior al flamante banquero, que le había

espetado con desdén:

—¿Sigues con las lanas? —en el mismo tono que si le hubiera preguntado, «¿sigues mendigando?»—. Los catalanes no sabéis evolucionar, no sé por qué tenéis fama de buenos empresarios. Mira los vascos, estos sí han conseguido hacer dinero de verdad, el Caudillo no puede vivir sin ellos.

Mauricio arguyó:

—Hombre, es que durante la guerra le apoyaron.

Jaime había hecho un gesto de desprecio bajando las comisuras de la boca.

—¿Quién se acuerda ahora de la guerra? —Aunque luego, queriendo congraciarse porque no en vano se consideraba un profesional de la simpatía, le había dado una palmada amistosa—. Lo que tienes que hacer es venirte a vivir a Madrid, ganaremos dinero y con la planta que tienes ya verás lo bien que lo vamos a pasar.

Pasarlo bien parecía la única ocupación de aquella pareja tan rutilante.

Elvirita le dio dos besos a Victoria, y otros dos a Alfredo Puig, que, como un anfitrión más, esperaba en la puerta a que llegara el segundo Mercedes. Como nadie sabía si su relación con Carmencita Franco era real o inventada, no sabían muy bien cómo tratarle.

—Ya llegan.

Se detuvo el coche y descendió una pareja que olía a poder y a dinero desde cien metros de distancia. Ella, todo sonrisa de dientes prominentes, con el pelo muy negro y el cutis muy blanco, no podía ocultar los rasgos que conocía toda España. Era Carmencita Franco, la única hija del Caudillo, aquella Nenuca que se acurrucaba en brazos de su padre durante la guerra para ver películas de Popeye, según decía el semanario *Fotos*. Claro que ahora ya era una mujer hecha y derecha que parecía mayor de sus veintiocho años, había dado a luz a dos hijas y tenía la voz quebradiza de una niña pequeña. Le tendió la mano al anfitrión.

—Gracias, Luis María, por invitarnos a tu casa.

El hombre estaba tan emocionado que no pudo pronunciar palabra, y le levantó la mano con tanta brusquedad para llevársela a los labios que estuvo a punto de descoyuntarle el brazo. Graznó:

—Marquesa.

Cristóbal Martínez Bordiú, marqués de Villaverde, iba con esmoquin haciéndose el chulo sin abrigo a pesar de que hacía un frío que cortaba el bigote, y dirigió una mirada a su alrededor para calibrar el personal femenino de la fiesta. Solo vio a la infeliz Victoria con sus escuálidos brazos y sus muslitos de pollo al aire porque iba disfrazada de nadadora olímpica, y la besó en ambas mejillas.

—Yo a las mujeres guapas siempre las beso. ¡Hasta a las monjas!

Todos rieron la procacidad, que si no hubiera sido pronunciada por el yerno del Caudillo hubiera merecido repulsa y desprecio.

Y Luis María tomó nota. ¡A besar en las mejillas a él ya no le iba a ganar nadie! Y estuvo a punto de agarrar a la marquesa y besarla con efecto retroactivo, pero Carmen ya estaba saludando a Alfredo Puig, su presunto amante, que intentó que sus labios rozaran los de ella, pero esta apartó la cabeza de repente y él se quedó, desairado, con el morro fruncido y los ojos cerrados, y la marquesa ya se adelantaba hacia la casa apretándose sobre el pecho una fabulosa capa de armiño con una mano cuajada de brillantes y uñas tan rojas que parecían negras.

Todo esto lo advirtió Mauricio desde su posición privilegiada; era como estar en un palco de teatro sin que nadie lo viese. Por eso cuando el marqués de Villaverde, al que conocía de Madrid

de alguna noche en el Molino Rojo, levantó la mano y lo saludó, se retiró asustado, y más asustado se quedó cuando tropezó con una forma humana.

—¡Coño!

Era su suegro, que observaba también la calle con curiosidad meneando la cabeza y mascullando: «Este hijo mío, este hijo mío».

Sarcástico, Mauricio lanzó una carcajada.

—No se quejará... Está la flor y nata.

El suegro, sin hacerle caso, salió con un asunto distinto:

—¿Sabes que los Carulla y Cendrós, el de la Floïd, no han querido venir para no coincidir con la hija de Franco?

Mauricio se extrañó porque sabía que los Carulla, que se habían enriquecido después de la guerra con unas sopas de sobre que no faltaban en ninguna cocina, acababan de sacar unos cubitos llamados Avecrem para hacer caldo instantáneo y se estaban forrando. Cuando los viernes llegaba a casa, desalentado por el largo fin de semana familiar que le aguardaba sin remisión, oía el soniquete de la radio: «Avecrem llama a su puerta».

Era un concurso que conducía el famoso Joaquín Soler Serrano y que nadie se perdía, aunque Conchita lo despreciaba:

—Escuchar la radio es una paletada.

¿Y esos Carulla jugando a los desafectos y opositores a Franco? Pero ¿qué querían? ¿Que volviera la República y otra vez a matarnos los unos a los otros?

Protestó:

—Pero si el otro día me contaron en el Ecuestre que habían cerrado un acuerdo con el Gobierno para distribuir esas pastillas de sopicaldo en los comedores de Auxilio Social...

—¿Y eso qué tiene que ver, galifardeu? Una cosa es el negocio y otra bailar al son que tocan, como ese mono de feria de Jaime Castell.

Mauricio ya nunca se alteraba, no porque hubiera alcanzado la paz, sino porque lo de Amparo lo había dejado vacío y desfondado. Durante la guerra, a su lado había caído Martín Catasús, un muchacho de dieciocho años, a causa del impacto de una granada. Aparentemente estaba intacto, pero Mauricio le puso las manos sobre el pecho y el tórax cedió, como si debajo del uniforme estuviera hueco, y es que le habían estallado los tejidos por dentro. Fue una sensación angustiosa, pero ahora le era familiar. Como él, sin Amparo, estaba del todo vacío.

Y lo peor era que cada vez que pensaba en Amparo pensaba también en Germinal, en ese hombre insignificante que vivo no había ocupado ni un segundo de su tiempo. Y a la añoranza se superponía el remordimiento y la vergüenza.

Sufría constantemente un pesar hondo y abrumador. Lo único que le ayudaba era beber. Beber no para olvidar, sino para *desolvidar*... ¿Existía esa palabra? ¡*Desolvidar!*

El suegro chasqueó los dedos delante de sus ojos:

—¡Eh, Mauricio, Mauricio!

Volvió bruscamente al presente y respondió malhumorado:

—Sí, sí, no quieren alternar con Franco. ¡A mí tampoco me gusta, pero hay que aguantarse!

El suegro se removió molesto.

—Ay, hijo, eres un somniatruites como tu padre, nunca sé si todo os da lo mismo o en realidad os importa demasiado.

Mauricio, que estaba pensando que tenía la copa vacía y que a ver si su cuñado tenía aquí alguna botella escondida porque no se sentía con ánimos de salir al pasillo, sumergirse en la fiesta

y pedírsela a algún camarero, levantó la cabeza. Su suegro nunca le hablaba de su padre y ahora se daba cuenta de que era un hecho extraño, porque había sido su mejor amigo, quizás el único. Le cogió del brazo:

—¿Qué dice de mi padre?

La voz del suegro cambió y, a pesar de la oscuridad, notó que estaba conmovido.

—Era una buena persona, un ingenuo en el fondo..., por eso cometió esa barbaridad. Los Casanovas no saben transigir.

Se hizo un silencio tan profundo como si estuvieran en una gruta muy honda a la que no llegaran los sonidos de la vida cotidiana. A Mauricio le pareció que ahora no eran dos, sino tres, y que se iba a enterar por fin de muchas cosas, del sentido de la existencia, de por qué la vida, siendo tan corta, parecía tan larga. Del paso oscuro del tiempo sobre los corazones. Iba a saber por qué amar duele tanto.

El aire, lleno de palabras no pronunciadas, se espesó hasta límites irrespirables, pero de pronto penetraron en la habitación, abriéndose paso a través del silencio, las voces chillonas de la orquesta.

*Ya viene el negro zumbón  
bailando alegre el bayón...*

¿El bayón?, ¿qué sería eso del bayón?

¿Qué mensaje era ese que venía del más allá? ¡Quizás el secreto de todo estaba en el bayón!

Para *desolvidar*, lo mejor era el bayón.

Empezó a reírse, el bayón, el bayón, le parecía tan gracioso que iba a comentárselo a su suegro: «Mire usted, al fin y al cabo no hay tanto misterio. Que teatreros somos todos, el porqué de las cosas es el bayón». Pero no llegó a abrir la boca, porque el suegro había movido las persianas para escuchar, ladeando un poco la cabeza porque era duro de oído: «Oh, Barcelona es tan bonita, a papá le gusta mucho porque le recuerda al Ferrol», «a mi suegro, el Caudillo, no le importa que se hable catalán en la intimidad de las casas, pero, claro, no cabe duda de que al lado de la belleza del castellano, estos dialectos minoritarios y groseros, que deforman la boca, se batan en retroceso...», «nosotros ya no hablamos catalán nunca, se nos ha olvidado, ¿verdad, Victoria? Ni con el servicio, que es andaluz», aunque recordando que el marqués de Villaverde era andaluz, Luis María se apresuró a rectificar «bueno, andaluz de Murcia, quiero decir».

El suegro cerró de golpe las persianas con gesto airado.

—Mira, a mí que me den todos los Franco del mundo contra la anarquía y el latrocinio de aquellos años de República... La gente de bien está al lado del Caudillo.

Mauricio se encogió sobre sí mismo. El tedio espantoso de su vida cotidiana, como un pajarraco de mal agüero, hundió las pezuñas en sus hombros. Se sintieron más fuertes de nuevo las voces de la orquesta.

*Ya viene el negro zumbón  
bailando alegre el bayón...*

Hacia un momento le había parecido que esto del bayón era algo importante... Miró su copa vacía. El suegro prosiguió:

—Ahora están recogiendo dinero para reactivar el Instituto de Estudios Catalanes. Y no te creas que son cuatro gatos, están metidos los Carulla y Cendrós, pero también Pau Riera, el hijo del algodónero amigo de tu padre, y Fèlix Millet, también del textil como nosotros, y Joan Ballvé y Creus, de Platerías Ribera, que tiene tan buenas relaciones con el Banco de España que se dice que va a acuñar las nuevas monedas...

Mauricio le preguntó, sin mucho interés porque estaba seguro de la respuesta:

—Supongo que le habrán pedido dinero y usted habrá dicho que no. —Tras un silencio, le extrañó que el otro no contestara y levantó la voz—: Porque ha dicho que no, ¿verdad?

El suegro permanecía en silencio, Mauricio persistió:

—Pero a usted esto del catalán no le importa.

Como vio que no contestaba, adivinó estupefacto:

—¡Se lo ha dado! Pero ¿por qué?

El suegro se le enfrentó al fin y le dijo en tono socarrón, con su cerrado acento:

—Mauricio, yo no necesito que nadie me venga a dar permiso para ser catalán, porque eso se es o no se es, ¡y lo digo por unos y por otros! —Bajó la voz—. Pero sé que hay que encender dos velas, una a Dios y otra al diablo, y en este caso no sé quién es Dios y quién es el diablo, la verdad.

Con un gesto de mano le quitó importancia:

—El doble juego es lo más viejo del mundo, ¡no seas un ingenuo tú también!

Ahora las voces de la calle se elevaron, se sintió un gran tumulto, risas, un conato de aplausos porque la marquesa de Villaverde se había abierto la capa y había mostrado un vestido plateado a la moda de los años veinte, que dejaba ver las rodillas. Entraron todos en la casa, Alberto Closas se demoró unos instantes lanzando besos a los últimos admiradores con la punta de los dedos. El suegro meneó la cabeza con impaciencia y confesó con rabia:

—Y además, tengo que contrarrestar los afanes patrióticos de ese hijo mío. Es un bobo significándose tanto, ¡es un tonto del culo! No te creas que no me doy cuenta de que aquest noi té llana al clatell. Ojalá Conchita hubiera sido hombre, ella sí tiene inteligencia y sangre fría para dirigir un negocio. —Dudó antes de proseguir y miró de reojo a su yerno—. Claro, tanta energía tiene que canalizarse por algún sitio.

Le dio unos golpecitos en el hombro.

—Vigila, Mauricio, que a ella no le basta con los hijos y esas tonterías a las que se dedican las mujeres, el bridge y la hípica.

Mauricio, que había perdido el hilo de la conversación, se extrañó.

—¿Qué tengo que vigilar? La fábrica va bien, la dirección de Molins ha sido un acierto, hemos suprimido ya casi todas las selfactinas y comprado máquinas en continuo...

El suegro suspiró.

—Mira, te equivocas delegándolo todo en un empleado: el ojo del amo engorda el caballo. Vienen tiempos difíciles para nosotros, me lo ha dicho el gobernador, que se van a abrir los mercados y el que no esté preparado para competir, ¡y aquí no está nadie preparado!, se va a ir a freír puñetas. Pero ahora no me refería a la fábrica.

Ah, ¿no? De pronto recordó Mauricio al amigo con gabardina que su mujer le había presentado en misa el día de Navidad. Ya se había enterado de quién era ese tal doctor Balcells Gorina, un médico solterón del Hospital Clínico que hacía mucha vida social. No le pegaba a Conchita, pero qué sabía él.

Levantó el dedo:

—Oiga, a ver. ¿Será posible que mi mujer...?

Pero el suegro lo cortó abruptamente:

—Supongo, yerno, que no estarás intentando sonsacarme sobre mi hija. —Y lanzó una última advertencia por encima del hombro antes de abrir la puerta señalando la copa que aguantaba con pulso tembloroso—: Controla la bebida..., te estás desquiciando, no creas que no nos damos cuenta. ¡Pórtate como un hombre, collons!

Y dirigiéndose a un camarero, le pidió mientras cerraba lentamente la puerta a sus espaldas:

—¿Me trae un coñac, por favor? No, hombre, español no, ¿no sabe usted que el coñac español ha causado más bajas que la Guerra Civil?

No recordaba si se había dormido o simplemente perdido el conocimiento, no se acordaba de cómo había llegado a su casa ni de qué manera había subido las escaleras, seguramente a gatas. Por suerte, nunca se había cruzado aún con ningún vecino. Solo sabía que, en un último momento de lucidez, había conseguido depositar cuidadosamente un vaso de whisky en el suelo, al lado de la cama, antes de precipitarse por el hueco de un ascensor transparente, muy abajo, muy abajo, kilómetros abajo, el estómago encogido, y cuando ya creía que iba a caer a plomo en el fondo con ruido de peso muerto, había sentido una voz:

—¡Mauricio, Mauricio!

No, no quería despertarse y regresar a su vida sin Amparo. Apretaba los ojos como los niños chicos, pero le taladró las sienes un apremiante y remoto:

—¡Mauri!

Abrió primero un ojo, la boca contra la almohada húmeda. La luz difusa del amanecer se colaba a través de los visillos porque nadie había bajado las persianas. Conchita, muy cerca de su cabeza, seguía suave pero implacable:

—¡Mauri, Mauri, despierta!

Se estiro, se removió, se llevó la mano a la frente. ¿Qué pasaba? ¿Le llamaba Mauri como cuando eran jóvenes y retozaban en la cuadra de Milord? Gruñó:

—Qué tienes..., déjame. —Miró el despertador que estaba en la mesa de noche: las seis—. ¿Ha pasado algo?

La mujer se había sentado de espaldas a él y se quitaba los zapatos, su voz era alegre y afectuosa:

—No te he visto en toda la noche. ¿Cuándo te fuiste? Papá me dijo que estabas en la biblioteca y te fui a buscar... —Se volvió—. ¿Estás despierto ya?

¿Qué le había dicho su suegro? ¿Que Conchita tenía un amante? ¿Como si a él le importase! Se inclinó para mirar su vaso... ¡vacío! Pero encima del tocador de su mujer había una botella casi llena de whisky. Quizás la había robado de casa de su cuñado; una sonrisa maliciosa se extendió por su rostro. Su mujer meneó la cabeza.

—Mauricio, ahora no. Escúchame, esto que te voy a decir es importante.

Vaya, así que era eso. Había otro hombre, ¡algo tan viejo como el mundo!

¿Tendría que hacerse el ofendido? Su mujer empezó a desnudarse nerviosamente, se puso una bata de seda, se sentó frente al espejo y se untó la cara con crema, restregándosela con movimientos frenéticos. Con gran esfuerzo, Mauricio consiguió sentarse en el borde de la cama y la observó con curiosidad. Era de esas mujeres que estaban mejor vestidas que desnudas, los

hombros como una percha, rectos y picudos, el torso tan delgado con las costillas protuberantes, los pezones ocupaban todo el pecho, las caderas escurridas de muchacho, el culo plano, todo tan distinto de... Se levantó tambaleante para agarrar la botella, pero Conchita se dio cuenta y lo empujó sobre la cama.

Sintió una sacudida eléctrica, porque hacía muchos años que no se tocaban. La mujer acercó su rostro aceitado al de él:

—Mauricio, he estado hablando con el gobernador Acedo Colunga, el amigo de papá. Y me ha dicho que, como ya se ha muerto Stalin, la Cruz Roja francesa ha llegado a un acuerdo con las autoridades soviéticas para repatriar a los soldados de la División Azul que han permanecido todos estos años en prisiones rusas.

Se calló, lo miró fijamente. Mauricio balbuceó:

—Pero ¿qué quieres decir?

Los ojos de Conchita eran penetrantes, pronunciaba cuidadosamente, como el que habla con un sordo:

—Que se han dado muchos casos de muchachos que se creían muertos y al final solo estaban prisioneros. Enviaron telegramas a las familias diciendo que habían muerto, les han hecho misas..., ¡y resulta que están vivos!

Le dio un golpe en el brazo y ahora gritó con dolor y rabia:

—¡No se han muerto, Mauricio! ¡Están vivos!

Él la miró con asombro, tratando de entender lo que decía. ¿Soldados muertos como Miquelet que ahora volvían a la vida? La mirada se le fue instintivamente a la fotografía que su mujer tenía encima del tocador y notó una feroz dentellada en el alma.

—¿No entiendes, Mauricio? ¡Los van a traer! ¡Han fletado un barco y los van a traer a todos! ¡Casi trescientos!

¿Por qué no se había muerto él en lugar de su hermano? Ahora Miquelet sería un hombre maduro, con familia, iría al Liceo y al fútbol, llevaría la fábrica...

Amparo, ¿qué le había dicho Amparo? Que tenía mirada de mujer.

¿Qué sabía Amparo! Si era una ignorante, si era una mujer de pueblo, con su pelliza y sus botas de hombre, y el perro sarnoso, y sus manos sarnosas, y sus ojos..., sus ojos... La belleza divina y arrebatadora de sus ojos. Sollozó.

Su mujer, creyendo que lloraba por Miquelet, le puso la mano en la rodilla para calmarlo, y bajó la voz insinuante:

—¿Te figuras, Mauri, que estuvieran vivos y volvieran? Los dos, el Nuri y él.

Mauricio se rehízo, apartó la rodilla y la miró con compasión fingida:

—Ya veo, deliras.

Conchita, en lugar de enfadarse, se rio, la risa efervescente de una chica joven.

—Pero ¿no me escuchas, Mauricio? Me ha contado Jaime Bofill que a un muchacho de Madrid lo daban por muerto y resulta que está en la lista de repatriados, ¡y la madre lleva luto desde hace catorce años!

Se levantó de un salto tan entusiasmada que Mauricio sintió ahora el inexplicable impulso de abrazarla para contagiarse de su vitalidad.

—Y aunque no salgan en la lista es igual, porque algunos han perdido la razón, o la memoria, y no se acuerdan ni de cómo se llaman —hablaba con tanta pasión que escupía gotas de saliva—. ¡Todo es posible! Se han detectado errores, y a muchos de los muertos les dieron el nombre de otros para cubrir el expediente.

Cogió la fotografía de los dos muchachos y les habló:

—Yo ya sabía que no estabais muertos. —Se volvió hacia su marido abrazada a la foto como disculpándose—. He rezado mucho para que llegara este momento.

Le dirigió una sonrisa tímida, la niña Conchita que llevaba las trenzas a la espalda. Mauricio sintió por ella un abrumador ataque de cariño.

—Ya sé la amistad que tenías con el Nuri... —cabeceó compasivo—: los tres mosqueteros.

Conchita se ruborizó hasta la raíz del cabello y lanzó una breve carcajada que no ocultó su sorpresa:

—¡Ah, sí! Te lo ha contado Juanón, claro. ¡Ya ni me acordaba! ¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora?

Pero, sin aguardar respuesta, empezó a caminar por la habitación, el batín ondeaba detrás suyo como la capa de una bruja; frenética, erizada de nervios y ansiedades, cogida en el cepo de la idea fija, «están vivos, están vivos». Mauricio la atrapó por el cinturón, la hizo sentar a su lado y le dijo:

—No te lo conté porque a veces me das miedo.

Se quedaron un momento en silencio hasta que Conchita sacudió la cabeza y se levantó de un salto.

—¡Se lo voy a decir a tu madre!

Él la detuvo.

—Te prohíbo que le digas nada, ¡bastante ha sufrido ya!

Conchita lo miró sin entender, otra vez alejados por distancias imposibles de medir, y él masculló, malhumorado, apartando la vista:

—Ya me enteraré de si hay algo en realidad en eso que dices. Me extraña, a mí nadie me ha contado nada.

A Conchita le empezó a temblar la barbilla, se fue al tocador y abrió uno de los cajones.

—Tú qué sabes, nunca te enteras de lo que pasa, estás en la luna. El gobernador me ha dado la seguridad de que es cierto. —Metió la mano hasta el fondo, sacó un puñado de papeles—: Mira, aquí están sus carnés y sus credenciales, los telegramas...

Un objeto cayó al suelo tintineando. Ambos se agacharon a la vez, lo cogió Mauricio, era una simple cuchara de aluminio. Conchita se la arrebató y la apretó contra su pecho como si fuera su bien más preciado.

—Se la dio Miquelet a Yanín cuando se iban a Rusia, ¿te acuerdas?

—No.

—¡Qué tontería guardarla tanto tiempo!

—Sí, vaya tontería.

Mauricio se acordaba perfectamente. No había sido Miquelet, sino el Nuri. Le había regalado un vaso retráctil a Tinet y, como la niña lloraba, le había dado su cuchara de aluminio. El Nuri le había parecido guapo y noble.

—Pero ¿no te acuerdas?

Él ocultó la cara, la pelambreira revuelta, los ojos hinchados.

—No, no me acuerdo, y basta de neurastenias, por favor, que todo esto me está pareciendo de muy mal gusto.

Pero ella ya no le hacía caso, se había levantado, abierto el armario y había empezado a vestirse febrilmente.

—¡Tengo que ir a Aguilar a contárselo a los padres del Nuri!

Alarmado, él lanzó un bufido:

—Qué pesada eres, no les digas nada, mujer, no vayas a crearles falsas expectativas.

Ella lo miró desmelenada y furiosa.

—¡Cállate, Mauricio! Cojo a los niños y nos vamos ahora mismo a Aguilar —su voz tenía ahora ribetes histéricos—. Quiero ver cómo está aquello. ¡Si el Nuri se entera de que no me he preocupado de sus padres todos estos años, se va a enfadar conmigo!

Mauricio se dio cuenta de que, aunque le pusieran delante la División Acorazada Brunete y la Legión, no cejaría en su empeño, y se alzó de hombros resignado.

—¿No tenían unos hijos que vivían en Calaf? A lo mejor ni siquiera están en la masía.

Pero Conchita ya iba por el pasillo, olvidada de él y de todo lo que no fuera la vuelta a la vida de aquellos muchachos, porque así los veía en su imaginación: detenidos los tres, Miquelet, el Nuri y ella misma, en sus veinte años. Mauricio se rascó la cabeza y se dijo cínicamente que sería preferible que le hubiera confesado una infidelidad que esta locura.

Los gritos de Conchita despertaron a toda la casa.

—Filo, los niños hoy no tienen colegio, nos vamos a Aguilar.

Abría las puertas de sus habitaciones.

—Tinet, a Aguilar, el hereu, ¿te acuerdas? ¡El hereu de Can Prat! Yanín, cuidado con los huevos, ¡ja, ja, ja!, ¡arriba, perezosos!

Mauricio se arrastró bostezando hasta la puerta, detuvo a su mujer en el pasillo y le dijo:

—Coge mi chófer, vendrá a las nueve. Yo me voy a quedar en casa, no me encuentro bien.

Regresó a la habitación, se recostó en la cama, la botella de whisky al trasluz tenía reflejos color topacio. El primer trago de la mañana era el mejor, el más mortífero y contundente, se abría paso garganta abajo como una máquina de guerra, se desviaba un poco para no tocarle el corazón y se depositaba lentamente en el estómago.

El corazón. ¿Para qué servía? Ahora no se acordaba bien. Para llevar la sangre de las aurículas a los ventrículos... Lo había estudiado en el bachillerato.

Otro trago más... ¿Cómo era lo del bayón?:

*Ahí viene el negro zumbón  
bailando alegre el bayón...*

Divertido, pensó que se lo tenía que contar a Miquelet, seguro que le hacía gracia. Bailarán juntos, como bailan en los pueblos, hombre con hombre:

*Tengo ganas de bailar  
el nuevo compás...*

La llamada de teléfono en su despacho le sorprendió tanto que al principio no supo de quién se trataba.

—¿El doctor Balcells Gorina? —Arrugó el ceño mientras hacía tintinear los cubitos de hielo de su copa de whisky; aquel nombre le sonaba, pero ahora no recordaba de qué.

—Ha dicho que era para un asunto particular.

De pronto se hizo la luz, ¡la iglesia, el amigo de Conchita! Ese que temió fuera su amante, aún lo sería el pedazo de capullo. Pues para ti toda entera, se dijo con arrogancia.

—Ah, sí, pásamelo. —Carraspeó—: Dígame.

—Hola, Mauricio, ¿qué tal? Soy Alfonso Balcells, nos presentó tu mujer el día de Navidad, ¿te acuerdas?

Tenía un tono de voz tan cordial que se sintió contagiado y sonrió sin querer.

—Sí, claro, ¿cómo estás?

—Bien, bien. Mira, te extrañará mi llamada, pero me gustaría que nos viéramos, querría... comentarte un asunto —vaciló—, hoy, si puede ser.

¿Hoy? Vaya, miró distraídamente su agenda: nada. Pero ¿qué querría? Tenía ganas de decirle, «si pretendes confesar que mi mujer y tú estáis liados, no te molestes, porque no me importa».

Bien, al menos tenía una excusa para llegar tarde a casa, como hacía ahora muchas veces. Se rio por dentro, pero por fuera preguntó:

—Me va algo justo, pero lo arreglaré. A eso de las ocho si te parece.

—¿No podría ser un poco antes?

Quedar un poco antes significaría que la cita terminaría más temprano, lo que le obligaría a regresar pronto a casa, aunque realmente esa tarde no tenía nada que hacer. Ni esa tarde ni ninguna otra, para ser sinceros. Y no porque las cosas fueran bien en la fábrica. De hecho, habían tenido que pedir un nuevo crédito al Banco Zaragozano por valor de ocho millones de pesetas para comprar lanas, y Molins, que había pasado un momento por el despacho a primera hora, le había comunicado con gesto mohíno:

—Estoy preocupado porque los niveles de facturación siguen por debajo de los objetivos que nos habíamos fijado.

Mauricio respondió con rapidez, como si se le hubiera ocurrido en ese momento:

—Habrá que reducir personal, Juanón.

Mauricio se había dado cuenta de que, si no quería que Molins le viniera con malas noticias y funestos presagios, lo mejor era decir que había que despedir *productores*, como se empeñaba en llamar Franco a los que hasta ahora eran obreros puros y duros. Esgrimiendo el fantasma de los despidos masivos, su encargado se mantenía alejado del despacho durante unos cuantos meses, porque en un rincón muy remoto de su alma seguía siendo aquel libertario idealista y rebelde que

se había ido al frente a pegar tiros al capitalismo feroz que se había llevado por delante a sus dos hermanos.

Molins se levantó, recogió apresuradamente sus papeles y fingió un optimismo que no sentía:

—Aún no hemos llegado a eso, señor Mauricio, aún no hemos llegado... Veremos esas lanas nuevas de Australia qué resultado nos dan.

Mauricio rio por lo bajinis. Juanón se creía muy listo, pero más listo era él. ¡Que le vinieran a él con problemas de las lanas y de la fábrica! ¡Así se las apañaran todos!

Además, su suegro ya le había dicho que las industrias textiles nunca se iban a hundir, que al final el Gobierno los ayudaría con un plan de choque. Comentaba con suficiencia mientras mordía su puro: «Yerno, está todo controlado».

Le dio un trago a su copa riendo todavía.

—Mauricio, ¿estás ahí?

Miró sin entender el auricular que tenía en la mano. Estaba hablando por teléfono, era verdad. ¡Claro, el amigo de Conchita!

Concertaron la cita a las ocho en el bar Bagatela.

Balcells estaba sentado en la terraza y le costó reconocerlo, porque, aunque no hacía frío, llevaba una bufanda que casi le tapaba la boca. Se levantó para saludarlo y se la abrió un poco para dejar ver la pajarita.

—Es que mira cómo voy, de *maitre* de hotel... Hoy echan Wagner en el Liceo y mi cuñada — hizo un gesto con la mano, como si Mauricio la conociese—, ya sabes, se ha empeñado en que vaya con ella porque como dura cuatro horas no encuentra ningún infeliz que la acompañe, y dice que le da mucha vergüenza estar sola en el palco.

Pidieron dos martinis. Mauricio, mientras el camarero disponía las servilletas, apuró el suyo y pidió otro, que le sirvieron con rapidez. Al médico, que tenía el rostro mofletudo y bondadoso de un angelote de Rubens, no se le movió ni una ceja.

—Después tengo que pasar visita a una enferma en el Buen Pastor, por lo que creo que hoy toda mi comida será esto. —Sacó el palillo con la aceituna del martini y se la metió en la boca, relamiéndose como si fuera un manjar exquisito.

A Mauricio se le escapó la risa ante esta broma tan infantil y, para que no se le notase, dio un trago a su bebida. En la mesa de al lado se sentaban dos mujeres atractivas, con faldas cortas, el pelo quemado por una mala permanente casera y los labios pintados de rosa fuerte, pero el doctor estaba totalmente concentrado en Mauricio y no les dirigió ni una mirada. Las mujeres cuchicheaban entre ellas mientras fumaban un cigarrillo.

Balcells fue directo al grano:

—Te quiero hablar de Conchita, como debes de suponer.

Le molestó la seguridad que desprendía el hombre y tuvo ganas de cogerlo por las solapas y gritarle: «Mira, si te la estás tirando no me importa». Pero se detuvo a tiempo y dijo con indiferencia deliberada:

—No sé si me interesa esta conversación.

El hombre se quedó primero estupefacto ante lo grosero del comentario, pero después levantó las dos manos y puso los ojos en blanco.

—¡Por Dios! ¡No quiero que te imagines alguna cosa horrible, como un serial de la radio! ¡Lo que nunca muere! —simulaba escandalizarse—, ¡nada de eso!

Se desternillaba de risa, tanto que se le caían las lágrimas. Mauricio, amoscado, le preguntó con sequedad:

—Pues no te entiendo.

—Perdona, chico, pensaba que ya sabías que soy, en fin —bajó la voz—, lo que nosotros llamamos miembro no numerario del Opus Dei, por eso conozco tanto a Conchita. He entregado mi vida a Dios y he optado por el celibato.

Mauricio se extrañó. ¿Opus qué? Nunca había oído esas dos palabras y repuso:

—No sé de qué me hablas.

Ahora le tocó extrañarse al otro:

—Vaya, te suponía al tanto. —Con cierta incomodidad, pero sin perder la sonrisa, prosiguió —: Somos un grupo de gente que trabajamos para mejorar...

Mauricio se apartó con desagrado.

—No seréis masones...

—Ja, ja, sí, eso nos achacan nuestros enemigos, los falangistas, por ejemplo. —Aquí bajó de nuevo la voz hasta el susurro confidencial—. Sé que tú no lo eres, por eso te lo cuento. Dicen que somos una secta infernal, que nos clavamos en la cruz y hacemos sacrificios humanos.

Se rio con amargura.

—Solo somos un grupo de ciudadanos corrientes y molientes, católicos, que tratamos de mejorar nuestra espiritualidad, santificar nuestra vida cotidiana y también el mundo que nos rodea. Desde nuestro propio ámbito, sin necesidad de meternos en un convento. Como decía Santa Teresa, Dios anda también entre fogones.

Elevó la voz en un trémolo dramático:

—¡Y también en los despachos, y en las universidades! —otra vez moduló el tono—, y en los bancos, y en las consultas médicas tan modestas como la mía que, por cierto, está ahí, en Muntaner 444, para lo que gustes disponer.

Mauricio meneó la cabeza:

—Nunca había oído hablar de vosotros, la verdad. ¿Y qué tenéis que ver con Conchita?

—Precisamente fue por medio de mi cuñada como llegó Conchita a nosotros. Habían ido juntas al colegio.

El cerebro de Mauricio se movía a toda marcha, calculando y digiriendo esas novedades.

—Pero ¿cuándo fue eso?

Balcells respondió dubitativo:

—Pues no te sabría decir..., hace unos añitos ya.

¿Así que era el Opus Dei la ocupación de Conchita durante todo el día, esas tareas secretas que ni Sara conocía? ¿Lo que le insinuaba su suegro? Su mujer era un enigma envuelto en un misterio.

—Pero ¿a qué se dedica allí?

Balcells rio bonachonamente.

—Pues lo que hace tu Conchita es ir a los barrios más humildes a enseñar a las madres cómo se cuida a los hijos, les corta las uñas, los lava, obliga a las mujeres a tener siempre agua limpia en las barracas...

—Pero ¿cómo? —Mauricio no concebía a otra persona menos parecida a un ama de casa tradicional que su mujer, dudaba que alguna vez hubiera entrado en la cocina y, por supuesto,

nunca la había visto ocupándose de los niños o realizando una tarea doméstica, ni con un delantal puesto—. ¿Mi Conchita? —insistió sin comprender del todo.

—¡Es muy valiente y entregada! —Se calló—. Eso que cuando vino a nosotros traía una mochila que... —movió la mano arriba y abajo—, había mucho dolor y mucha amargura en su corazón. Yo no te lo puedo contar, claro, tiene un confesor, el padre Sánchez Bella, que la ha vuelto del revés y le ha sacado hasta la última imperfección que tenía dentro, y ahora es santa..., ¡o poco le falta!

Se echó a reír, pero Mauricio estaba tan conmovido que no lo secundó.

—Me parece increíble.

—Pues créetelo, en las cuevas de San Olegario, en Sabadell, por ejemplo, si fueras a preguntar por ella se arrodillarían. Tiene varias familias a las que socorre y está enseñando a leer a los niños. ¡Y catequesis! Y ha conseguido que los padres, que estaban arrejuntados, como ellos dicen, se casen por la Iglesia. ¡No te digo!, ¡es un portento!

Pero Mauricio ya no lo escuchaba, abatió los párpados, ay, esa cintura que podía rodear con las dos manos... Las cuevas de San Olegario, ¡donde había vivido Amparo!

El médico interpretó mal su semblante:

—Perdona que me vaya por las ramas, pero me ha sorprendido que no conocieras su labor, en fin.

Mauricio se rehízo y confesó humildemente, sacudiéndose como un perro mojado:

—Pues la verdad es que no lo sabía y me ha sorprendido.

—¡Aquí viene el problema! Conchita es apasionada y torrencial, y ahora ha puesto todas sus energías en la llegada del buque Semíramis —lo miró de hito en hito—, sabes que llega mañana, ¿verdad?

¡Como para no saberlo!, se dijo Mauricio con malhumor. No solamente porque ese día los habían obligado a cerrar la fábrica para que el personal se sumara a las multitudes que iban a ir al puerto, sino porque en su casa no se hablaba de otra cosa que de la llegada del dichoso barco procedente de Odessa con 286 excombatientes de la División Azul a bordo.

En realidad, los miembros de la División Azul eran 229. Además, había diecinueve desertores, cuatro niños de la guerra, diecinueve marinos mercantes y quince alumnos de la Escuela de la Aviación de la República, pero a la propaganda oficial le venía bien decir que todos provenían de la heroica División de voluntarios a la que habían pertenecido su hermano y el Nuri.

Conchita había ampliado sus fotografías y se las iba a colgar del cuello, como los hombres anuncio ambulantes, y se pondría a pasear de esta guisa por el muelle mientras llegaba el barco. Ella, que no salía nunca a la calle sin sombrero y sin guantes, que no usaba dos temporadas seguidas los mismos vestidos —como sabía muy bien por las abultadas facturas que pagaba—, ¡se iba a convertir en el hazmerreír de todo Barcelona! Y además había obligado a sus hijos a quedarse en casa pendientes de la radio, de la lista de nombres y del teléfono. La madre dudaba entre creer a su nuera o hacer caso a su corazón, que le decía que su hijo pequeño estaba muerto y bien muerto.

Mauricio hizo un gesto de asentimiento y el otro prosiguió:

—Me ha avisado su mentora, una mujer muy valiosa, de muy buena familia, Digna Margarit, de que está enajenada con el tema, alarma a todo el mundo con sus locas esperanzas, ha llamado a los padres de los chicos muertos, que bastante desgracia tienen, para contarles que quizás están vivos, y ha formado una especie de grupo, los llama *sus rescatadores*.

Mauricio meneó la cabeza. No le sorprendía, en ese tema su mujer se había trastornado completamente. Respondió con vaguedad, tratando de disculparla:

—Los quería mucho.

—Eso no se lo reprocho, pero es que son esperanzas infundadas. Es verdad que regresan ocho chicos catalanes, pero todos están identificados. He preguntado y me han confirmado la muerte de vuestros dos caídos. En Krasny Bor. Por cierto, y aquí entre nosotros, tu hermano tuvo una actuación admirable intentando salvar a ese pobre pastor, es un héroe, ¡un héroe!

Protestó débilmente:

—En realidad, fue al revés, fue el Nuri, el pastor, quiero decir, quien intentó salvar a mi hermano y fue cuando lo mataron.

Balcells hizo volar la mano por encima de la cabeza, «qué más da», y Mauricio, sin saber por qué, se vio obligado a ensalzarlo:

—No era un simple pastor, ¿sabes? Tenía estudios, hacía versos...

—Esa amistad entre dos hombres de tan distintas clases sociales dice mucho del buen corazón de tu hermano.

A Mauricio le picaban los ojos, ¡pobre Nuri!, con ese heroísmo póstumo y absurdo de querer salvar a un muerto. Pero no quiso discutir estos temas tan íntimos con un desconocido y preguntó con impaciencia:

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Mañana será un día difícil para Conchita, no queremos que se hunda y pierda todo lo que ha conseguido estos últimos años. ¡Es tan sensible! Ayúdala, sé comprensivo con ella, el matrimonio es un sacramento santo gracias al cual estamos en el mundo, pero a veces también funciona como una yunta de bueyes, un día tira uno y otro día el otro.

Aunque esa comparación con los bueyes no le pareció muy afortunada, Mauricio asintió, y Balcells prosiguió con voz lisonjera:

—Te lo he querido contar porque me figuraba que no sabías nada, un capitán de la industria como tú no está para estas cominerías, de ahí el avisarte.

Mauricio intentó bromear:

—¿Capitán? Soldado raso, más bien.

—Calla, calla, que allí sabemos muy bien quién es cada uno.

Miró el reloj.

—Oh, perdona, son casi las nueve, me tengo que ir, mi cuñada estará que trina. —Llamó al camarero, pagó antes de que Mauricio pudiera hacerlo y añadió como distraídamente—: Un día tienes que venir. Nos reunimos en el colegio mayor Monterols, del que soy rector, y compartimos actividades de formación en un oratorio muy sencillo pero muy confortable. Encontrarás mucha gente conocida: Rafael Termes, el notario Porcioles, Calvo Serer, Luis Valls Taberner, Ramón Guardans, un abogado de Reus con una gran cabeza. ¡Tenemos hasta un filósofo medio hindú, Raimundo Panikkar! —Dudó—. Allí no encontrarás a ningún Julio Muñoz. No nos gustan este tipo de individuos faltos de moral y de escrúpulos.

—Pero ¿no estaréis incurriendo en una ilegalidad? Las reuniones están prohibidas.

—Aunque a veces han venido a hacer un registro por alguna denuncia sin pies ni cabeza, muchas veces propagadas por esos malditos, ¡perdóname, Señor!, falangistas, en realidad tanto el arzobispo Modrego como el abad de Montserrat son grandes amigos y protectores, ¡incluso hablamos catalán entre nosotros!

Se ajustó la bufanda de seda, se puso el sombrero y siguió:

—Nosotros no estamos por estas menudencias del pasado ni somos unos cavernícolas, tenemos miras más altas. —Insistió con convicción, con voz sugestiva—. Anímate, encontrarás personas brillantes... Pero si lo prefieres, pásate un día por mi consulta y hablaremos a fondo.

Se levantaron. Mauricio se sintió subyugado por su mirada compasiva y balbuceó como para sí mismo:

—Pero ¿yo?, ¿qué podría aportar? Mi vida es... He hecho cosas horribles.

Con una familiaridad tan natural que no pudo ofenderle, Balcells le puso la mano en el hombro y le preguntó:

—Casasnovas, ¿conoces la parábola de la oveja descarriada?

Mauricio, desconcertado, no supo qué responder, y el médico siguió con una ingenuidad desarmante:

—Un pastor, como ese tal Nuri, ¿eh?, tenía cien ovejas y se le perdió una. Fue a buscar a la oveja extraviada y sintió más alegría al encontrarla que por las noventa y nueve que no se habían perdido.

—No te entiendo.

El otro cabeceó con una sonrisa sabia.

—Sí que me entiendes. Allá arriba —señaló con el dedo el cielo estrellado— hay más alegría por un alma descarriada que vuelve al redil que por las noventa y nueve almas que nunca han dudado.

Mauricio iba a reírse, pero de repente se dio cuenta de que en realidad sentía un desamparo tan grande al pensar que tendría que cargar con su culpa toda la vida que le gustaría contar con ese hombre como amigo y abrirle su corazón. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y Balcells hizo un gesto extraño. Le cogió por el cuello, trazó la señal de la cruz rápidamente sobre su frente y le susurró:

—Tus custodios te traerán al final con nosotros.

Se fue. Las dos mujeres que estaban en la mesa de al lado dejaron oír unas carcajadas burlonas.

Mauricio no les hizo caso. Sintió un agotamiento que nunca había experimentado, parecido a la muerte, y un nudo doloroso en el pecho; se lo frotó. La inutilidad de su existencia, su falta de entusiasmo, la desesperanza con que se levantaba cada mañana, el aburrimiento de sus días interminables se le hicieron tan evidentes, tan fastidiosos que, si alguien le hubiera tendido una pistola, sin dudar se hubiera pegado un tiro.

Hasta que una de las chicas le preguntó tocándole la rodilla con la punta de su zapato:

—Tú, Rodolfo Valentino, ¿me das fuego?

Ninguna de las dos se parecía a Amparo y eso le gustó.

Cuando llegó a casa, lo recibió la voz metálica del locutor de radio a todo volumen, como si el hombre hablara a través de un megáfono: «... a estas horas de la mañana el vigía del castillo de Montjuic avista en la lejanía la presencia majestuosa del Semíramis y los cientos de miles de personas que abarrotan desde la madrugada la Puerta de la Paz, la estación marítima, las Ramblas, el paseo de Colón, dan vivas a Franco. ¡Españoles, jornada magna patriótica!».

—¡Conchita! ¡Conchita! —le latían las sienas mientras gritaba el nombre de su mujer, sintiendo un sudor frío queapestaba a alcohol, calcetines sucios y colonia barata.

«Los ocho hermanos del capitán Teodoro Palacios Cueto han venido de Santander para recibirlo, aquí tenemos a..., ¿cuál es su nombre, caballero?... José Alfredo, ¿qué siente en este momento? ¿Es verdad que guarda usted nueve corbatas de colores en el bolsillo para sustituir el luto que han llevado todos estos años?».

—¡Conchita! ¿Dónde estás?

Abrió la puerta de la cocina, olía a café, alrededor del aparato de radio estaban su madre, Filo, Sara, acodadas en la mesa, y Yanín, que iba tomando nota de todo lo que decía el locutor en un cuaderno. La madre tenía un rosario entre los dedos.

«Uno de los tres zaragozanos que regresan del cautiverio ruso es el capitán Gerardo Oroquieta Arbiol, que es también licenciado en Ciencias Químicas. Durante cuatro años lo dieron por muerto y sus padres fallecieron sin saber que vivía aún. Lo mismo le sucedió a Ramón Pérez Izaguirre, de Madrid, que...».

Con voz bronca preguntó:

—¿Qué pasa aquí?

La madre se levantó con premura y lo empujó mientras cerraba la puerta.

—¡Hijo, hijo, no te pongas así...! —Lo miró de arriba abajo con pena—. Pero cómo vienes..., que no te vean de esta manera.

Iba con la chaqueta desabrochada, el abrigo por los hombros, despeinado, maloliente, con barba y el cuello de la camisa manchado de carmín. Desabrido, se dirigió a su cuarto, la madre lo siguió.

—Conchita ya se ha ido, se ha llevado a Tinet, aquello está tremendo de gente, a ver si no puede entrar, aunque tenía la tarjeta azul para pasar a la estación marítima, se la ha conseguido Samaranch, como es diputado provincial... —Se llevó las manos a la cara—. Iba la pobre que daba pena verla, con las fotos colgando por el pecho y la espalda, no sé cómo se ha atrevido, ella que es tan mirada para estas cosas.

Mauricio contestó con una rabia que le nació de no sabía dónde:

—Porque tiene más cojones que yo.

La madre se asombró primero y luego se horrorizó.

—Pero ¿cómo dices eso?, ¿crees que el Miquelet puede...?

Una luz de esperanza se asomaba ya a sus ojos sin brillo, y Mauricio se vio obligado a desengañarla con irritación:

—Madre, se ha muerto, no van a venir, ni él ni el Nuri. ¿Le puede entrar eso en la cabeza? Están todos los pasajeros identificados, ¿cómo tengo que repetírselo?

La madre objetó:

—Es que como has dicho eso de que tiene..., ya sabes.

Mauricio respondió con desgana:

—No lo decía por eso, madre. Me voy a duchar.

—Los padres del Nuri están esperando en casa de la hija, en Calaf, al lado del teléfono a que les digamos algo.

Cuando Mauricio iba a soltar un improperio, Yanín se asomó al pasillo gritando:

—¡Abuela, están dando los nombres!

«Españoles a bordo del Semíramis, desde Radio Nacional os queremos decir que os esperamos con los brazos abiertos: Acebal Pérez, Avelino, de Gijón; Alarcón Mateo, Gonzalo, de Barcelona; Alonso Pascual, Alberto, de Bilbao».

Mauricio se metió en su habitación, cerró de un portazo y se dejó caer en la cama.

«Báez Gil, Manuel, de Jerez de la Frontera; Bouzas Pérez, Carlos, de Lugo». Sí, Conchita tenía más huevos que él, y aunque se sentía excitado y febril, y notaba en la espalda unos rasguños que en estos momentos no recordaba cómo se había hecho, se quedó dormido. «Corral Martín, Jesús, de Santander; Corzana Luna, Justo, de Puente Genil; Ciudad Murcia, Antonio, de Santiago de Compostela; David Eiras, Manuel, de Pos Marcos...», soñando que un lobo negro le devoraba los pies.

Cuando se despertó, vio que su madre le había dejado un bocadillo de queso en la mesita de noche. Se arrastró sobre su ropa arrugada y lo engulló en cuatro mordiscos. Luego, acometido de una sed espantosa, se amorró largo rato al grifo.

Abrió unos centímetros la puerta. «... la fuerza pública apenas puede contener a la multitud enfervorizada... A este panorama de incontenible alegría oponen melancólico contraste las familias de otros desaparecidos en la División Azul que acudieron al muelle aferrados a una sombra de esperanza...».

Volvió a cerrar. Aún seguían. Bien, se notaba la cabeza más despejada, cuando viniera Conchita tendría que consolarla. ¿Qué le diría?

Debería abrazarla, quizás. «Mi hija es un fil de vint», le decía siempre su suegro. Sí, era como el hilo más fino y más valioso. ¡Y además santa! En la iglesia rezaba con los ojos cerrados. Y lo había dicho Balcells: una santa loca. Estaba pensando eso, y de repente se le aparecieron las lagunas quietas de los ojos de Amparo. Aquel dolor que había dejado fuera, como el perro al que no se permite entrar en casa, volvió rugiendo.

Se quitó la ropa a manotazos y abrió los dos grifos de la bañera, primero el agua salió turbia. El cuarto de baño se comunicaba con la habitación, una modernidad que había diseñado el último decorador que habían tenido a un precio estratosférico, y que había copiado de los hoteles de lujo. Aún recordaba el énfasis que ponía al decir que iban a tener una suite igual que la del George V de París.

Se sumergió en el agua con un suspiro de placer, sintió los músculos cómo se distendían, hasta le daba gusto que los arañazos de la espalda picaran y le escocieran. Apoyó la nuca en el borde de la bañera y dejó pasear la vista distraídamente por el rincón del dormitorio que se percibía a través de la puerta abierta.

Justo delante quedaba el tocador de Conchita. Desordenado, como siempre. Más que nunca, en realidad, porque era un galimatías de objetos de belleza, cremas, cajas de polvos, peines, perfumes, mezclados con papeles de apariencia oficial y notas escritas a mano. La fotografía de Miquelet y el Nuri había desaparecido, sería la que había llevado al puerto. Y el cajón de los documentos estaba abierto. ¡Conchita! Al pensar en su mujer le embargó un sentimiento pequeño, una emoción sin estrenar, inocente y pura, de hermano a hermana. Ella al menos tenía un sueño. Y había encarado sus demonios internos dedicándose a los demás. «Casi una santa», le había dicho Balcells. Pero ¿qué demonios serían esos?, ¿qué dolor escondido tenía ella, que había llevado una vida sin lucha y sin sobresaltos?

Salió, se secó con una toalla, se la anudó a la cintura. Sus pies descalzos dejaban huellas alargadas en el suelo.

Se sentó delante del espejo y empezó a peinarse con el cepillo de plata de su mujer. El alcohol había dejado su huella en forma de red de finos vasos capilares alrededor de la nariz, pero por lo demás no se notaba la disipación en la que vivía. Se miró los dientes, aún bastante blancos, adelantó el mentón, se puso de semiperfil para que se le notara la barbilla partida, esa hendidura en forma de y griega en la que metían el dedo y la lengua las mujeres, «¡cojones,

cabrón, qué guapo eres!, y aún no tienes cuarenta años», ¿por qué se sentía como un viejo entonces?

Al ir a levantarse, se dio un golpe en la rodilla con el cajón abierto, «¡mierda, carajo!». Intentó cerrarlo con rabia, pero estaba hasta los topes, lleno de papeles, fotos, agendas, objetos tan absurdos como un zapatito de bebé y un abanico viejo. Seguramente su mujer había estado buscando las credenciales de Miquelet y el Nuri. Intentó cerrarlo, pero no pudo, se había atascado. Metió la mano y sacó un grueso fajo de cartas. Unos sobres bastos, alargados, de color gris: ¡las cartas de Miquelet!

Sonrió con condescendencia, su mujer las había guardado todas. No le extrañaba, aún recordaba la emoción de Conchita gritando por el pasillo cada vez que llegaba una carta. Las leía mil veces.

¿Cuántas había? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? Estaban atadas con una cinta rosa. ¿Será una cursi melodramática Conchita, y él sin enterarse? ¡Pero si reñía a Yanín porque escuchaba los seriales de Guillermo Sautier Casaseca en la radio!, se quejaba de que eran cursis y payeses, y la niña tenía que hacerlo a escondidas en complicidad con Filo. «Lo cursi me hace vomitar, por eso me gustan los caballos, no hay nada menos cursi que un caballo», decía. Está visto que a las mujeres no las entendía ni la madre que las parió. Pero en el fondo él sí la comprendía, la conocía desde que tenía nueve, diez años... Quizás no habían hablado demasiado, pero Conchita se había hecho mujer a su lado. Era arrogante y valiente como un soldadito.

Sintió ganas de contarle lo de Amparo y Germinal. Se dio cuenta de que era una aberración y que nunca iba a hacerlo, pero también sabía que Conchita era la única que podría entenderlo.

Abrió algunos sobres al azar y empezó a leer, recordaba vagamente...: «Nos han dado unos impermeables con estampado de camuflaje... el Nuri lleva un gorro con orejeras y parece un conejo...».

La primera era del 15 de agosto de 1941, un mes y un día después de irse, y la última del... Repasó los matasellos de los sobres, ¡ah, sí!, aquí estaba, 8 de febrero de 1943. Los habían matado el 10, en Krasny Bor. Había leído que en el Semíramis llegaban cincuenta supervivientes de esa batalla.

Pasó el dedo por el papel basto, rugoso: «Mauricio Casasnovas Feliu y familia, Plaza Calvo Sotelo número 4», con la letra llena de arabescos que usan los chicos cuando quieren darse importancia.

Pero en la última, la del día antes de morir, Miquelet había suprimido lo de *Familia* y había escrito en letras grandes y de imprenta, debajo de *Mauricio Casasnovas Feliu, PERSONAL*. ¿Por qué?

Qué cosa más rara. De pronto recordó que en la última carta que él había leído, que había llegado cuando ya estaba muerto, avisaba de que iba a comunicarle algo importante en un escrito para él solo.

«Así que al final lo habías hecho, Miquelet, aquí está la carta. ¡Caray con esta Conchita!, ¿no sabía lo que quería decir *personal*?».

Con un raro y urgente presentimiento abrió el sobre y leyó el encabezado de la cuartilla después de la cruz, después de la dirección tachada por la censura, después de la fecha, 9 de febrero de 1943: «Querido hermano Mauricio: te escribo por recomendación del padre Tarraco, mi guía espiritual, y voy a decirte algo que va a cambiar tu vida. Sé fuerte, pero mereces saber la verdad».

Dejó la carta sobre la mesa, se oía la voz lejana del locutor, «... a los repatriados,

embargados por tanta excitación que alguno se ha desmayado, se les han entregado los pasaportes en regla, la cédula personal, veinticinco pesetas, y ahora se dirigen entre emocionados gritos de ¡arriba Franco!, ¡viva España!, a los autobuses para dar las gracias a la Virgen de la Merced, y después regresarán con sus familiares a sus lugares de origen. El viaje también les será abonado...». El grifo de la bañera goteaba, los minutos trascurrían silenciosos, llenos de misterio y fatalismo, la carta abierta sobre la mesa.

Se levantó y fue a mirar a través de la ventana, tableteó con los dedos sobre el cristal. La tarde era cenicienta y pálida, le llegaba el rumor amortiguado del tráfico. Se ajustó la toalla, volvió a sentarse, todo ocurría a cámara lenta. Cogió un frasco negro con letras doradas, ¿qué ponía? *Mitsouko*. Lo abrió y se lo acercó a la nariz. Era un perfume oriental, tan fuerte como el opio; lo depositó cuidadosamente sobre la mesa. La tinta de la carta era azul sobre el papel pautado, «En realidad, no es ningún secreto lo que voy a contarte porque lo saben todos menos tú». Con el pie, sin querer, le dio a una caja que estaba debajo de la mesa; dentro había una especie de lavativa de goma adosada a un recipiente, ¿para qué serviría?, ¡cosas de mujeres! «Por eso me parece injusto que precisamente tú, que llevas el peso de esta familia sobre tus espaldas, ignores la realidad. Yo la conozco desde hace tiempo, y si he callado hasta ahora ha sido por una lealtad mal entendida, pero comprendo, como me dice el páter, que mi silencio me convierte en cómplice de esta monstruosidad».

Se olvidó de respirar. El mundo a su alrededor se volvió confuso e incomprensible, se le descompuso la fisonomía, palidieron sus labios como atacados de un frío mortal, pero siguió leyendo.

«Porque monstruosidad es para mí que tu mujer, mi querida hermana Conchita...».

A ver, a ver, Mauricio, recapacita. Pero ¿qué carta, qué lenguaje era este? Miquelet no hablaba así, este era lenguaje de cura, lenguaje de burócrata, lenguaje de oficinista, no era su hermano el que escribía, no. ¡A ver si alguien había falsificado su letra! ¡A ver si te están dando gato por liebre!

Pero, en realidad, ¿qué sabía él de su hermano? Aún no entendía por qué se había ido a Rusia, ¿por algún amor desgraciado? A su funeral fue la chica de la Sección Femenina que lo había despedido en la estación, y lloraba mucho, sí, pero iba con su novio, y supo que se casó poco después. Casi no lo recordaba ya, ¿cómo era su voz? Sin embargo, recordaba nítidamente al niño que permanecía en silencio en el despacho de su padre suicida, nunca había hablado de eso. Nadie. Solo una vez la madre lo miró y le dijo:

—Si el pare va fer allò...

Le pareció advertir una punta de aversión en sus ojos. ¿Qué querría decirle su madre?

Reparó en la carta que tenía en las manos. Observó las hojas del derecho y del revés. Se volvió a levantar. ¿Y si las rompiera? No quería tener nada que ver con esto, no quería saber. Está tan oscuro ahora que ya casi no se distinguen las letras, frunciendo los ojos tal vez sí, a ver: «Por eso me parece injusto que precisamente tú, que llevas el peso de esta familia sobre tus espaldas, ignores la realidad. Yo la conozco desde hace tiempo, y si he callado hasta ahora ha sido por una lealtad mal entendida, pero comprendo, como me dice el páter, que mi silencio me convierte en cómplice de esta monstruosidad, porque monstruosidad es para mí que tu mujer, mi querida hermana Conchita, porque así la he considerado siempre, hermana más que cuñada, haya tenido amoríos pecaminosos cuando era niña con José Nuria Bach García (el Nuri). La citada Conchita no se podría decir que entonces cometiera adulterio, pues era soltera, pero las relaciones no dejaban de ser pecado porque no estaban bendecidas por el santo sacramento».

¡Ah, vaya! ¿Era esto?

¡Caray, caray, caray!

Así que era este el gran secreto. El gran pecado de su mujer. Tamborileó con los dedos sobre la hoja de papel malo. ¡Sale el Nuri de nuevo a la palestra! Esa larga infancia juntos lo había anudado, no como hermano y hermana como había creído él, sino como... ¿amantes? A través de su cerebro embotado se iba abriendo paso esa idea nueva y perturbadora, su mujer y el pastor de cabras..., pero ¿de chiquillos? ¿Dónde lo habrían aprendido? ¡Lo que veían en los animales!

Mauricio flotaba en una niebla insensible. La huida de Amparo lo mantenía en un espacio vacío y aséptico, con las emociones entumecidas.

—¡Vaya, vaya, vaya! —repitió en voz alta.

Pero ¿sería verdad? Miquelet no podía saberlo de primera mano, porque entonces no se conocían, pero, claro, habían pasado los años de la guerra juntos, ¡los tres mosqueteros! Conchita

y el Nuri se lo habrían contado. ¿Era monstruoso? Hombre, bien no estaba, pero... En realidad, tampoco podía reprochárselo. ¿Qué sabía ella, la pobre huérfana? Los niños hacen estas cosas inocentemente, como si fuera un juego. Bueno, bueno, ¿y esta era la mochila, este era el gran pecado del que le hablaba Balcells, el que llenaba a Conchita de dolor y amargura? En fin. No la tenía él por persona escrupulosa, pero los curas pueden hacerte creer que parpadear es pecado. Este Balcells parecía buena persona, pero no dejaba de ser un ingenuo de cojones. ¿Qué sabía él del mundo?, ¿qué sabía él de Germinales y Amparos?

Pobre Miquelet, en el fondo él también era un inocentón. ¡Vaya secreto! Igual creía que ahora tocaba suicidarse como el padre, «pues no, hermano, en el fondo me da lo mismo».

No dejaba de ser curioso. ¿El Nuri? ¿El pastor?, por mucho que tuviera una pátina de cultura y le diera por pergeñar poemas.

Nada que hacer a su lado, ¡pero si él era el tío más cojonudo de Barcelona!

Ya podía escribir la Biblia en verso, que no le llegaba ni a la suela de los zapatos. Sonrió con indulgencia ante esas desviaciones infantiles.

Ay, por un momento su corazón se había alborotado pensando que la vida le deparaba algún secreto, doloroso quizás, pero también interesante. Tenía la sensación de que todo lo había vivido ya.

Sintió frío. Se puso un jersey negro de cuello alto y los pantalones de rayas del pijama. Se sentó, encendió un cigarrillo, hasta el humo del cigarrillo ascendía con pereza. La casa estaba en silencio, ya no se oía la radio, ni carreras en los pasillos, ni el consabido «¡Filo!».

Quizás debería ir a buscar a Conchita, pero cualquiera se movía hoy por Barcelona, menudo caos sería la ciudad con todo ese histerismo de los repatriados del Semíramis. Juanón le había dicho que dar fiesta a los obreros le parecía bien, mejor dicho, ineludible, ya que era lo convenido. Pero exigirles que fueran al puerto, por mucho que la CNS lo hubiera ordenado, eso estaba fuera de sus obligaciones, aunque lo metieran en la cárcel. Y que él tampoco pensaba hacer el papallona agitando una banderita, cantando el «Cara al sol» y gritando «¡viva Franco!». Y rezongaba el hombre:

—Ahora Franco se atribuye el mérito, pero ha sido la Cruz Roja francesa la que inició el proceso de repatriación con las nuevas autoridades soviéticas, ese tal Krushev, por cierto —levantó el dedo con ese ademán de maestro de escuela que Mauricio detestaba—, ojo a este Nikita Krushev, nos va a dar grandes sorpresas. Por el momento ha parado las depuraciones y está vaciando los gulags, el régimen del terror de Stalin se ha acabado.

Mauricio se sorprendió:

—¿De terror? Pero ¿tú no eras rojo, Juanón?

El otro se echó a reír.

—Ay, señor Mauricio, que a estas alturas de la película aún no sepa usted cómo pienso...

Molesto, Mauricio se puso en pie dando por finalizada la entrevista.

—Vale, déjame a mí de *krusoves* y *krusovas*, qué me importa a mí eso, organízalo todo.

Su empleado, que bajo su apariencia mansa nunca se daba por vencido, refunfuñó aún:

—Pues no digo nada más por respeto a su hermano y al pastor, que se sacrifica...

—Cállate, Juanón.

Mauricio alzó la mano, hasta ahí podíamos llegar. Cada vez que se nombraba a Miquelet, sentía un dolor agudo como cuando tocas con la lengua un nervio al descubierto.

Mira que leer una carta de Miquelet cuando llevaba ya tantos años muerto... ¿Por qué se la habría escondido Conchita? Tonterías de mujer.

Le darían vergüenza estas relaciones con un individuo de baja estofa, pero lo dudaba, porque tenía que reconocer que Conchita no era una esnob, se sentía tan a gusto con los mozos de cuadra y con las chicas de servicio como con los Franco. Mejor dicho, prefería al pueblo llano y se reía de las ínfulas aristocráticas de su hermano.

Lo que Balcells tomaba por caridad y beneficencia, seguro que ella lo hacía porque se encontraba a gusto entre los desheredados de la tierra. Abogada de putas pobres, la llamaba su padre.

Miró el reloj, las siete. Estaría a punto de llegar, ella y sus esperanzas rotas. ¡Claro, por eso le tenía tanto cariño al Nuri! ¡Su noviecito!

Casi casi se enterneció.

Mejor esperarla aquí y después dispensarle los cuidados convenientes. Se sentía como un médico de guardia en el servicio de urgencias de un hospital. Mientras, leería un poco más... Apagó el cigarrillo en el cenicero, encendió la luz de pie, alargó el brazo poniendo la carta lo más lejos posible de los ojos, quizás necesitaba ya gafas, tendría que ir a Cottet, como la hija repelente de Vicente Eyre. ¿Qué sería de él? No lo había vuelto a ver, pero sabía que estaba dedicado a la pintura. Meneó la cabeza, al final lo había conseguido, había dejado su trabajo en Sindicatos y...

Mauricio volvió a la carta. Pero la cuartilla que tenía entre las manos era una ya leída, no había más hojas, ni despedida, ni firma. Evidentemente, faltaba una parte, Conchita la habría hecho desaparecer. O se había perdido después de tanto tiempo.

En realidad, ¿qué importaba?

Su mujer, tan impecable, tan entera, tenía una pequeña mancha en su pasado. Rio con cierta satisfacción e imitó el cerrado acento catalán de su suegro: «No es oru todo lo que reluse».

Se acordó de la sirvienta Antonia, la primera mujer con la que se acostó. Despedía olor a mar embravecido, a pez y a sal. «Salud y dinamita», le había dicho cuando fue a armarse a los cuarteles.

«Salud y dinamita», redundó mientras parpadeaba muy rápido y se observaba de semiperfil en el espejo.

Claro que el Nuri y Conchita eran niños. Él le tocaría sus pechitos adolescentes, de señorita, y ella se dejaría hacer por ignorancia, por simpleza. Por tonta, en una palabra.

Cerró los ojos, le invadió una oscuridad espesa y pegajosa, sin saber por qué se le hizo presente el día en que había llevado a Amparo a su casa. Le había dicho que Miquelet tenía mirada de mujer y después se habían acostado en la cama de Yanín. En el momento del orgasmo le gustaba mirarla a los ojos, se le giraban hacia arriba hasta que las pestañas le llegaban a las cejas y se le veía una media luna blanca. Sin darse cuenta, soltó un gemido de bestia en celo.

No sintió el alboroto en el pasillo, ni que la puerta se abría, no vio a Conchita sin aliento que entraba en la habitación con el semblante desencajado, las medias llenas de carreras y los tacones torcidos, pisando la carta que estaba en el suelo. Cuando ella le puso la mano en el hombro, por unos segundos de delirio creyó que era Amparo.

Abrió los ojos y contempló a su mujer con estupor, como el que ve una aparición.

Ella le apretó el brazo preocupada:

—¿Estás bien, Mauricio?

Él se rehízo rápidamente. Ella y el Nuri. Recordó su agravio y le señaló con desdén las hojas que estaban desparramadas por el suelo.

—Ya me he enterado de todo.

Ella miró la carta y luego clavó sus ojos en él con una intensidad inusitada, como estudiándolo. Le preguntó con lentitud deliberada:

—Entonces sabes que...

Él hizo volar una mano en el aire.

—Esta tontería tuya con el Nuri... ¡Disparates! Vaya cabeza de chorlito tienes.

A Conchita se le descompuso la cara, como si una corriente eléctrica la atravesara en diagonal, y se mordió el labio. Mauricio buscaba a tientas, como un ciego, el paquete de tabaco sobre la mesa, sin encontrarlo, mascullando:

—Anda que tú y ese... Espero que se lavase, al menos.

De pronto alzó la mirada maliciosa e, indiferente a la expresión agónica y extraviada de su mujer, juntó el índice con el pulgar e introdujo el dedo de la otra mano en el círculo, remedando el gesto que hacen los chiquillos para representar la fornicación.

Se puso a reír, pero enseguida trató de recobrase acordándose de dónde venía su mujer, y se vio obligado a interesarse por lo que había pasado en el muelle.

—Perdona, chica, es que imaginarnos a los dos... Pero dejemos esa pequeñez. ¿Cómo ha ido?

Conchita se dio media vuelta sin contestar, se quitó la chaqueta, la tiró al suelo. Mauricio advirtió su espalda huesuda debajo de su blusa, su nuca sombría y, extrañado ante su silencio, le preguntó:

—¿Qué pasa?

Se giró hacia él, cerró los ojos, tomó aire, como cuando vas a lanzarte al agua. Se acercó a Mauricio, se puso de puntillas para verlo cara a cara. Él notó su denso aliento a tabaco y una pequeña gota de sangre negra en el labio inferior. En un susurro torturado que sonaba como un estertor, con los dientes prietos, dijo:

—No fue una tontería, Mauricio.

Él se echó hacia atrás para evitarla y, aunque sintió un doloroso tirón en el hombro por el gesto y el pulso desacompañado, levantó burlón aún una ceja y preguntó:

—¿Qué quieres decir?

Ella volvió a acercarse, apremiante, hasta que sus torsos se tocaron, los ojos llameantes, la respiración acelerada.

—Que lo que tuvimos no fue una tontería. —Las manos le temblaban y, aunque tenía un nudo en la garganta, su voz se mantenía firme—: Nuri y yo nos queríamos.

Aún no podía entenderlo, era como si hablara un idioma extranjero. Frunció el ceño tratando de desentrañar el sentido de sus palabras.

—¿Os queríais? —repitió—. ¿Qué dices?

Conchita se acercó aún más, una expresión rabiosa le crispaba la cara, y le lanzó un puñetazo al hombro tan fuerte e inesperado que le hizo retroceder.

—Sí, querernos, amarnos, ¿puedes entenderlo? Él tendría que ser mi marido, ¿no lo entiendes? —La voz se le rompió, jadeó para recuperar el aliento, y le pegó con más fuerza, una lluvia de golpes ciegos—. Él es mi marido y no tú... ¡Él es mi marido! ¡Y no tú! ¡Y no tú! —bramaba pegándole con los puños, con las manos, dándole patadas.

Mauricio la sujetó por las muñecas y le preguntó todavía con más curiosidad que enfado mientras una sensación opresiva empezaba a aplastarlo como una mole de cemento:

—Pero ¿por qué te casaste conmigo, entonces?

Ella trató de desasirse, su corta melena iba a un lado y a otro, se le hincharon las finas venas de su cuello, se le cayó un pendiente, una perla de Australia que se perdió en la habitación y que nunca volvió a encontrar. Gritó:

—¡Por el niño, Mauricio, por el niño! Porque me dejó preñada. ¿Por qué eres tan obtuso? Me hizo una barriga, y tu padre y el mío pactaron nuestro casamiento.

¿Cómo? La sorpresa es una piedra de tamaño colosal que te golpea la cabeza y te deja aturdido, pero aun así no pudo evitar oírla.

—Como recompensa, mi padre aceptó ayudar al tuyo en los asuntos de la fábrica, que atravesaba por graves dificultades. Le prestó cien mil pesetas, ese era el precio. —Lloraba—. ¡Es lo que pagó por mí, como una ternera, a dos mil pesetas el kilo de Conchita!

Y gimió entre sollozos tapándose la cara con las manos. ¡Pobre Conchita, pobre Conchita!

Mauricio no podía moverse, el estupor lo mantenía inerte, eran un bloque compacto él y el suelo, pero la sangre le empezó a hervir en las venas y le ardieron los pulmones. Las primeras palabras que pudieron abrirse paso a trompicones en su garganta agostada tuvieron la sencillez de los crímenes resueltos:

—¡Por esa vergüenza y humillación mi padre se quitó la vida!

Conchita se tambaleaba como si estuviera a punto de caerse, estaba de pie con los brazos abiertos, la cara desnuda cubierta de lágrimas, ofreciéndose en sacrificio, pero no quiso mirarla. Se frotó las sienes con las palmas de las manos intentando borrar aquello que había escuchado, un dolor angustioso se apoderó de su corazón. ¿Tinet?

¿Tinet era hijo del Nuri y no suyo?

Levantó el puño y dijo, sin saber a quién:

—Hijo de puta, hijo de puta.

¡Por eso su padre no quiso que le pusieran su nombre! «Juan no, Juan no —decía—. Ponle como a tu suegro, le hará ilusión».

«Padre, ¿por qué me hizo esto? Usted no pudo aguantarlo ¿y yo tengo que llevar este baldón toda la vida?».

¡Dos mil pesetas el kilo de Conchita!

Sintió malestar físico, los músculos rígidos y doloridos, oía un grillo en su cabeza que le impedía pensar. Ahora su hermano, el angelical Miquelet, el Nuri, hasta su padre se le aparecían como demonios que estuvieran riéndose de él desde el otro mundo. Llamándole cabrón.

Como un autómatas, cogió a Conchita por los hombros y le preguntó con voz de ultratumba:

—¿La niña también...?

Sin palabras, solo con la cabeza, Conchita asintió. Mauricio bajó la mirada, se miró el ligero pantalón de pijama abultado en la zona de la entrepierna, habló para sí mismo, apurando su cáliz hasta la última gota:

—Yo no puedo tener hijos.

Sí, la mano en los testículos palpándole, a los quince años, aquellas miradas entre el doctor Blanco y Conchita cuando Ti..., cuando el hijo de..., el hijo de... había tenido paperas. Él también las había sufrido.

Cerró el puño, su mujer retrocedió llevándose la mano a la boca sofocando un grito de miedo. ¡No podía tener hijos y le habían adjudicado esos dos! Esos dos seres grotescos, esos desechos de tiente. ¡A llamarse Casasnovas, a heredar la fábrica, a presumir de que eran hijos suyos!

Ahora los recordaba con asco, les veía los rasgos groseros del pueblo llano. Su hijo, ¡qué coño su hijo!, ese adulterino perezoso y soberbio que comía con la boca abierta y reía ordinariamente. Se parecía no al Nuri, sino al padre, el masovero analfabeto que apenas sabía hablar si no era para quejarse. Y Yanín el día de Navidad se había agarrado a su cuello y no quería soltarlo. ¡Esa extraña, ese aborto del infierno abrazándolo! Sintió ganas de bañarse de nuevo y frotar hasta despellejarse.

Preguntó sin saber por qué:

—¿Y lo sabe todo el mundo?

La persona a la que relató estas horas infames, en este caso, mi padre, me dijo que Mauricio había afirmado con resignado acento:

—Tú, Vicente, lo sabías, no me engañes.

Cuando mi padre lo negó, Mauricio sonrió con incredulidad y le confesó:

—Es igual, ya no me importa.

Pero cuando se lo preguntó a Conchita, sí le importaba, tanto que le tremolaba la voz con ribetes de histerismo:

—¿Lo sabe todo el mundo?

Sigue, Conchita, sigue, mujer, no te detengas, echa vinagre en la llaga abierta, aunque me estés destrozando la vida. Sin palabras, una vez más, ella asintió. Pero se apresuró a añadir:

—Los niños no, ¡ellos no!

Los adulterinos no lo saben, ¡pero la madre venerada sí!

A Mauricio le salió una voz arrastrada entre ordinaria y angustiosa cuando preguntó:

—¿Mi madre lo sabe?

Y Sara y Filo y Jaime Bofill y Vicente Eyre y hasta Radek el judío, todos a reírse de él. El suegro, el padre, el mundo entero conocía que era un cornudo.

Todos menos Amparo. O quizás sí lo sabía y nunca se lo había dicho. No se había quedado preñada, no por ella, sino por él. ¡Todo ese semen estéril, esos litros y litros de semen menos valioso que un vaso de agua del grifo! Conocerá otro hombre que le dará hijos... Y este sentimiento fue el más duro y amargo. De pronto se sintió viejo, todo en él era viejo menos la rabia.

Conchita, en voz muy baja, le dijo:

—Si te sirve de consuelo, puedes matarme, Mauricio.

Se levantó y, como un morfinómano, se fue tambaleando hasta la cama, se dejó caer y empezó a golpear con los puños la almohada. Su furia ahora no estaba dirigida a su mujer, ni siquiera al Nuri, sino a su hermano. Por qué, por qué había tenido que escribirle esa carta. Si él no la hubiera leído, Conchita no le hubiera contado nada y podría vivir como antes.

—Fill de puta, ¿por qué me has escrito esa carta?

No advirtió que su mujer se había sentado en la cama, «fill de puta, fill de puta, per que ho has fet». No supo cuánto tiempo había pasado hasta que su mujer se inclinó a su oído:

—Por venganza. Lo hizo por venganza.

La miró con tanto asombro como si hubiera visto volar bueyes. Despeinada, con un rasguño en la mejilla, desbocado el cuello de la blusa, lo observaba ahora compasivamente. Él se incorporó y en un ataque de cólera la cogió por los hombros.

—¡Maldita seas! ¿Por venganza de qué? —La soltó, un sollozo le atravesó la garganta—. Mi hermano me quería...

Otra vez con furia ciega la zarandó, la cabeza de ella se bamboleó de un lado a otro como si

fuera a descoyuntarse. Aun así, trató de contestarle con serenidad:

—Tu hermano no te odiaba a ti, sino a nosotros, al Nuri y a mí... —Y añadió—: Mátame si quieres, no me importa.

Con la voz rota por los sollozos, el corazón desbordado de emociones contrapuestas, él gritó, quería entender.

—¿Qué quieres decir? ¡Era vuestro amigo!

—Mauricio... —le clavó en sus ojos el rejonazo de los suyos—, a tu hermano le gustaban los hombres.

Sintió un tambor retumbante, un estremecimiento le recorrió la médula espinal. Mauricio levantó la mano.

—¡Desvarías! ¡Eso no es verdad!

—Sí lo es, Mauricio, eso no es vicio, ni pecado, había nacido así..., estaba enamorado del Nuri desde siempre. —¡Enamorado! ¡Qué asco más grande! Mauricio levantó aún más la mano, los ojos fuera de las órbitas. Conchita se encogió queriéndose hacer muy pequeña, estaba pálida de angustia, tenía miedo, pero aun así prosiguió—: No, no lo juzgues. El Nuri lo sabía y lo aceptaba. ¡Tenía el corazón muy grande, Mauricio!

Reptó hacia él:

—Más grande que el Dios de Balcells y sus custodios, más grande que todo.

—¡No me hables así, joder!

—Sí, pégame si te apetece, pero eso no cambiará las cosas. Los dos lo sabíamos y lo aceptábamos tal como era, porque le queríamos, ¡era nuestro hermano! Y él también se contentaba con ser nuestro cómplice.

Se zafó de él y fue corriendo al cajón, rebuscó en el fondo, volvió a la cama para enseñarle una fotografía.

—¿Ves? Mira, esto fue durante la guerra.

En la foto, amarilla y con los bordes dentados, se veía al Nuri y a Conchita subidos en un carronato tirado por Miquelet en la era de la masía. Los tres miraban a la cámara con burla inocente, tan jóvenes que dolía. Brillaban las pestañas rubias del Nuri al sol, Conchita echaba el rostro hacia atrás mientras cogía la rienda, el pastor la agarraba por los hombros con ademán de dueño. Miquelet reía como nunca lo había visto, triunfal y sublime.

Mauricio observó la foto un instante y luego la apartó con un rictus de dolor.

—¿Por qué me la muestras? ¿Quieres burlarte de mí?

Conchita miró la imagen con nostalgia.

—¡Tenía tantas ganas de enseñártela y de contártelo todo, Mauricio! Rompí la mitad de la carta, pero la otra la dejé quizás con la intención de que la encontraras algún día... No sé cómo hacértelo entender, ¡ni yo lo comprendo a veces!

Mauricio hundió los hombros, sin saber ya qué decir. Estaba demacrado como un enfermo, le dolía horriblemente la cabeza. Conchita suspiró:

—Cuando el Nuri decidió irse a Rusia, Miquelet quiso acompañarlo pensando que quizás allí tendría su oportunidad, no lo sé. Creo que al final enloqueció y por eso te envió la carta.

Mauricio argumentó casi sin voz:

—Eres una imbécil, ¿no ves que se lo dijo el cura?

Conchita meneó la cabeza:

—No, Mauricio, no. Yo ya sospechaba que eso no era cierto, pero hoy en el puerto he visto al padre Jaime Tarraco Planas, ahora está en el obispado de Vic, había ido a recibir a sus

muchachos. Me lo ha presentado Alfonso Balcells, ya sé que ayer estuvo contigo. —¿Ayer? A Mauricio le parecía que hacía mil años, qué importante le había parecido lo que le había contado el médico, y ahora ni se acordaba—. Le he preguntado al páter por el Nuri y por Miquelet, y me ha dicho «ah, sí, los dos catalanes, estaban en mi regimiento, pero nunca hablé con ellos, no eran buenos católicos».

—¿Y eso qué?

—¿No lo entiendes? Es mentira que lo hubiera obligado a escribirte esa carta. ¡Nunca sabremos por qué lo hizo, Mauricio! —Ahora lloraba, las lágrimas caían a raudales por sus mejillas sin poder evitarlo—. El Nuri no lo quería de esa manera, pero lo quería a pesar de todo, no sé si puedes entenderlo. ¡Lo quería tanto que intentó salvarlo y por eso murió!

Ahora era ella la que le golpeaba el brazo con la mano abierta, una, dos, tres veces, sollozaba tanto que apenas se le entendía:

—Primero salió Miquel de la trinchera a campo abierto, nadie se explica por qué se expuso así, no había ningún motivo. Lo alcanzaron enseguida y se quedó allí tendido a la vista de sus compañeros. Hoy estaban en el puerto todas las familias felices menos yo, cincuenta muchachos que estuvieron con ellos en Krasny Bor han regresado en el Semíramis. ¿Por qué no han vuelto ellos, por qué?

Se limpió la nariz con el dorso de la mano, sin mirar a Mauricio, y prosiguió entre suspiros desgarradores:

—Uno me decía que Casasnovas intentaba mover las piernas para que vieran que seguía vivo, pero ¿qué iban a hacer? ¿Salir a por él era muerte segura! ¿Te figuras, Mauricio?, ¿el pobre Miquelet haciendo el esfuerzo de mover las piernas, intentando advertir que seguía vivo? ¡Qué dolor!

Mauricio hincó la barbilla en el pecho llorando tan desconsoladamente como no lo hacía desde niño. Conchita siguió, sin piedad ni para él ni para ella, vaciándolo todo:

—Y fue el Nuri a por él, mejor dicho, a acompañarlo en la muerte, aunque todos le decían, «no seas loco, te matarán». Y era verdad. Fue, le dispararon y cayó sobre Miquelet. Al final pudo abrazarlo. ¡Quizás ninguno de los dos quería vivir!

Pasaron unos segundos lentos como agonías. Al final Mauricio dijo con voz enronquecida por una ira que ya se había desvanecido:

—En realidad qué más me da eso, es agua pasada. Lo único que me importa es... los niños.

Ella asintió con la cabeza. Mauricio preguntó asqueado:

—Pero ¿qué os pasa a las mujeres? Tanta sinceridad resulta grosera, no es necesaria. —Hizo una mueca fea que le torció la boca—. ¿Por qué me lo has contado? ¿Por qué?

—¡Quería decírtelo desde hace tanto tiempo! —Le falló la voz—. Me confesé con el padre Sánchez Bella hace años, pero no era suficiente. Las mentiras te ensucian, yo no sé cuánto tiempo más voy a vivir, pero me gustaría presentarme ante el Altísimo con el corazón limpio como el de un recién nacido.

Esbozó una sonrisa tan pequeña que casi no existió.

—Por eso estoy contenta de habértelo dicho todo y espero que algún día me perdones.

Él se dejó caer entonces sobre la cama y preguntó con desesperación, con una extraña sequedad de boca que casi no le permitía hablar:

—¿Y yo qué? ¿Pero no te das cuenta de que esto lo cambia todo? ¿Qué voy a hacer ahora que lo sé?

Ella se sentó a su lado, se tocaban sus muslos.

—Pues nada, seguir como hasta ahora. —Sorbió por la nariz, se limpió los ojos con los puños—. Ya ves, al final tenías razón, ¡yo que te tomaba por insensible! Miquelet y el Nuri no han venido porque están muertos. Llevan muertos once años.

—Pero esos... —No quería mirarla ni pronunciar el nombre de los adulterinos—. ¡No puedo continuar viéndolos, no son hijos míos!

Ella se encogió de hombros.

—¿Y qué más te da? Tampoco los has querido nunca aun creyendo que eran tuyos. ¿Qué cambiará?

—Tu, tu... —No sabía cómo expresarlo, la boca se le llenaba de bilis, pero era una bilis triste y derrotada—, tu padre es un canalla.

Ella levantó la voz, otra vez segura de sí misma:

—Gracias a él la fábrica funciona, como sabes muy bien, Mauricio, tu padre era un desastre. Si no, ¿dónde estarías tú ahora? ¡Todo lo que tienes se lo debes a él!

Con un dedo tembloroso, la señaló:

—Pero tú, Conchita, tú con ese gañán...

Ella se alborotó:

—¡Cuidado! Por ahí no vayas, Mauricio.

Él avanzó el pecho con chulería.

—Que no vaya, que no vaya, voy donde me da la gana, qué cara dura tienes, te acuestas con otro y encima me dices que no vaya por ahí —se le rompió la voz—, con otro, todos estos años. ¡Me das asco!

Ella se calmó de golpe y hasta exhibió una mueca de incredulidad. Después silabeó como si hablara con un niño:

—Mauricio, Mauricio, si tú tampoco me has querido nunca. —Meneó la cabeza—. Te casaste conmigo por pereza, por no discutir, porque creías que me habías dejado embarazada y era lo que tocaba... Pero tú solo has querido a Amparo, y aun eso lo pongo en duda.

A pesar de lo furioso que estaba, levantó la cabeza, pero enseguida cayó en la cuenta:

—Ha sido Juanón, ese bocazas, mañana estará en la calle.

Conchita negó y lo reconvino:

—No, Mauricio, Juanón no sabe nada de nadie, no te preocupes. Para él éramos tres amigos y nada más. Pero en las cuevas de San Olegario no se hablaba de otra cosa que de la murciana con el marido en la cárcel a la que retiró el amo y le puso piso en Barcelona. —Añadió con sarcasmo—: ¡Allí es una heroína!, ¡todas quisieran ser como ella!

Con el índice repasó la trama del cubrecama de raso, sin mirarlo. Y dijo cautelosamente:

—¿Sabes que tuve la curiosidad de conocerla? Marita Cardellach me dijo que era vecina suya. —Él estaba con los ojos bajos, sus párpados aletearon levemente. Ella trató de bromear—: Ya te podías haber alargado un poco más. ¡Vaya birria de casita le pusiste a tu querida! ¡Cómo quedábamos la familia, como unos tacaños!

Con la voz ronca, casi ininteligible, él preguntó:

—¿La viste?

Largo silencio, la voz de Conchita se llenó de algo parecido al afecto:

—Sí. La esperé y la seguí, vi que todos los días iba a la verja de un colegio que estaba cerca de la casucha a mirar a los niños.

Le contó que al final decidió abordarla. Era un día de invierno que salía del Polo e iba con el traje de montar debajo del abrigo de piel. Se acercó a la mujer, ella levantó sus grandes ojos

sorprendidos. No supo qué decirle y Conchita le preguntó cómo se llamaba el perro. Ella contestó humildemente: «Lucero».

Mauricio tenía la barbilla hincada en el pecho, Conchita solo le veía la coronilla donde tenía un remolino, como una criatura. Dudó antes de seguir, y le dijo en tono muy bajo:

—Me dio pena..., y entendí por qué te habías enamorado.

Él cerró los ojos, apretó los párpados tan fuertemente que la oscuridad se pobló de puntos brillantes como estrellas. Tenía el rostro lívido, dijo no, no, no, con la cabeza, no sigas hablando.

Sintió la mano tranquilizadora de Conchita en el brazo.

—Sé que el marido murió y ella te culpaba a ti y te abandonó, debes de haber sufrido mucho. Créeme, ¡tantas veces deseé que me lo contaras y poder consolarte!

Él la miró sorprendido y ella repitió:

—Por las noches la llamabas, yo te hubiera podido reconfortar, Mauricio, yo sé lo que es sufrir de amor.

Él se puso a llorar incontinentemente. Ella se acercó con timidez, dudó, y al final optó por abrazarlo. Él primero se dejó hacer, pero luego se derrumbó sobre su hombro, trémulo y aterido, el corazón inflamado por un dolor denso e inconcreto. Conchita le pasaba la mano por la espalda una y otra vez, «Mauri, Maurisiet», y así estuvieron muchas horas las dos almas solitarias, como si fueran dos huérfanos reencontrados en medio de una catástrofe que hubiera acabado con el mundo, en esa tarde amarillenta del 2 de abril de 1954.

Mil novecientos cincuenta y cinco, mil novecientos cincuenta y seis, mil novecientos cincuenta y siete... Dicen que los años pasan, pero somos nosotros los que pasamos. Mauricio se miró distraídamente las manos, eran grandes y nervudas, como las de su padre.

Lo único que permanecía inasequible al desaliento, como decían los viejos discursos de Franco, era la voz de su suegro:

—Los cuatro millones de pesetas que te ha dejado el Banco Español de Crédito son como una manta corta: te tapan los pies o la cabeza. —Se rio satisfecho de su habilidad dialéctica—. O pagas a los proveedores o compras maquinaria nueva, tú verás.

Mauricio abrió un poco las lamas de la persiana de su despacho para mirar afuera. Caía aguanieve que dejaba arañazos en el cristal. Por la Rambla pasaba la gente con las narices rojas de frío, tapándose la boca con las bufandas, caminando un poco inclinada para contrarrestar el viento que volvía del revés los paraguas y hacía volar hojas secas y papeles viejos.

Se estremeció. El suegro proseguía mordiendo su puro arrellanado en el mejor asiento de la cálida estancia.

—Todo es culpa de ese Juanón Molins, tienes ahí a un rojo camuflado que, con tal de no despedir a nadie, te llevará a la ruina. —Señaló a su yerno con el puro—. Créeme, Mauricio, debes ponerte al frente de la empresa, hacer un plan de ajuste para reducir costes, y eso pasa por despedir a la mitad de la plantilla.

Mauricio le preguntó con sorna:

—¿Pero no era usted el que me decía que los obreros eran nuestros hijos?

—Y lo sigo pensando, pero para salvar a doscientos hijos has de sacrificar a unos cuantos. ¿Qué prefieres?, ¿que perezcan todos? Y créeme, yerno, los préstamos son pan para hoy y hambre para mañana. Si no ingresas, ¿cómo los vas a devolver?

En ese momento entró Juanón disculpándose por el retraso, un problema con una de las máquinas de la sección de peinado; tuvieron que llamar al mecánico. Se alisaba, alterado, el pelo ya escaso y cojeaba visiblemente. Había sido convocado también a esta reunión para tratar el futuro cada día más incierto de la fábrica. Una fábrica sobredimensionada, como un enorme animal prehistórico, demasiado grande para mantenerse en una época que ya no era la suya.

Llevaba un brazalete de luto en la manga. Estrechó las manos de Mauricio y su suegro, que dijo:

—Hombre, Juanón, estábamos hablando de ti, precisamente. —Bajó la voz—: He sentido mucho la muerte de tu padre, toda la vida al servicio de Casanovas, ¡el último mohicano!

Juanón rio con amargura mientras parpadeaba.

—Sí, agonizaba y aún preguntaba por los balances.

—Esa fidelidad al negocio ya no la vamos a ver nunca.

—¿Es que va a despedirme, señor Prats?

El otro rio bonachonamente.

—¡Ca!, hombre. Además de que yo no tengo facultad para despedir a nadie, esta fábrica no es mía, como muy bien sabes.

Mauricio se removió incómodo en el sillón y masculló algo así como:

—Es más suya que mía.

Pero quizás no lo dijo en voz alta y nadie se enteró. Sí protestó con sarcasmo:

—Nos hemos pasado todos estos años, desde la guerra, quejándonos porque las fronteras estaban cerradas y no teníamos mercado, y resulta que ahora que las empiezan a abrir, en vez de exportar lo nuestro, entran telas de Escocia, algodón de Egipto, encajes de Burdeos y lana buena y barata de Australia, la India, la China... Ya pueden ir colocando anuncios en las carreteras, «Sabadell, primer centro textil lanero industrial», que aquí esto ya no se lo cree nadie. Hasta el alcalde Marcet ha protestado por el trato que se nos da desde Madrid.

El suegro saltó enseguida, perspicaz:

—Pues, mira, los algodoneros son más ágiles que nosotros. Además de haber comprado un periódico, *El Correo Catalán*, se han sacado de la manga lo de Miss Algodón, un concurso como los que hacen en Estados Unidos. ¡Van a montar un gran sarao en el Ritz presidido por los marqueses de Villaverde!

Mauricio dijo:

—Ya pueden jalearnos y llamarnos el motor de España, pero no es verdad, porque ya nadie quiere nuestro género. Bueno, el de Casanovas, concretamente, porque a usted le va viento en popa.

El suegro se demoró de una forma exagerada para ocultar su turbación:

—Es que, yerno, si no os ha dado la gana de invertir en maquinaria y tenéis una plantilla de quinientos tíos, guardaría, comedores, vacaciones, permisos para tener hijos y escuela de aprendices, y trabajáis con los mismos proveedores desde hace veinte años, no sois competitivos. Mira cómo se han espabilado los Llonch y los Quadras. ¡Si tu fábrica da pena verla! Pasé el otro día y está llena de barracas y gente haciendo cola en la puerta como si fuera Calcuta.

Juanón no dijo nada, continuaba escrutando las molduras del techo, pero Mauricio respondió brusco:

—¿Qué quiere? Son los murcianos que siguen viniendo, con cuatro tochos levantan una chabola, es en tierra de nadie, casi en la riera... Nosotros no podemos decir nada.

—Pero ¿no vivían en las cuevas de San Olegario?

Ahora es Juanón el que contesta:

—Vivían... El Ayuntamiento los va desalojando, pero como no les ofrecen ninguna solución se vienen a la orilla del río. Mire, la semana pasada se instaló una familia de Antequera, niños, perros y los dos abuelos en sillas de ruedas.

Mauricio levantó una ceja y constató con resignación:

—Y seguro que tú ya estás haciendo gestiones para que los hombres entren en la fábrica.

Juanón contestó con un reflejo leve de la pillería de otros tiempos:

—Y las mujeres también.

El suegro masculló:

—Sois unos insensatos. Un día el Ripoll irá crecido y ya veremos qué pasa con esos cuatro ladrillos mal puestos, aún tendremos una desgracia —rezongó—. Eso deberíais arreglarlo, ¡si vierais cómo son las fábricas nuevas que han hecho en Reims!

—Sí, hombre, para arreglar barracas estamos.

—Habéis cometido la equivocación de optar por el género de calidad, pero yo os digo con franqueza que, entre comprar un lote vuestro y otro de Wilkinson e Hijos, me quedo con el inglés. Seguro que el Dique Flotante, Santa Eulalia, Mossella, Gratacós, las modistas de lujo y los sastres de Madrid y Bilbao ya han cancelado sus pedidos, ¿verdad?

Mauricio asintió con tristeza. Agustín, el suegro, sonrió satisfecho:

—¿Ves? ¡Lo que yo te decía! Compran en Leeds directamente, mejor calidad, mismo precio, y los clientes están embobados con eso de que visten lana cien por cien inglesa, y ya no quieren otra cosa.

Mauricio se burló:

—Pues usted no es que ofrezca mucha calidad, que digamos.

Agustín enrojeció de rabia:

—¿Cómo que no? Mi nailon es el mejor —se clavó el pulgar en el pecho—, yo, con los años que tengo, ¡voy para setenta!, he sabido reconvertirme y me lo quitan de las manos... Ahora acabo de firmar un contrato por cuatro años con la red de hospitales públicos para abastecerlos de material médico. Dentro de poco, todo, acuérdate, Mauricio, todo, cortinas, manteles, sábanas, ropa interior, todo será de nailon.

Sombrío, sin embargo, reveló la espina que tenía clavada:

—No supimos ver el potencial del nailon para las medias, mira los Sanllehí de Tarrasa, que con las Pompeya y las Platino se han forrado. Me han dicho que van a sacar unas medias que descansan las piernas, habrá que verlo.

Mauricio y Juanón no pudieron evitar reírse ante lo que les parecía un despropósito, y Agustín se enfureció:

—Reíos, reíos, quien ría el último reirá mejor. —Encima de la mesa había un muestrario con diversos tipos de telas de lana, el suegro lo señaló con un dedo firme a pesar de la edad—: Bah, eso dentro de poco estará en los museos y todos iremos vestidos de nailon de la cabeza a los pies.

El yerno se burló:

—¡Nailon cien por cien!

—Ay, hijo, cuántos pájaros tienes en la cabeza. ¡Aterriza, que a veces parece que estás en las nubes! Somniatruites... Qui fila massa prim, se li pot trencar el fil.

Se levantó, se sacudió la ceniza de la chaqueta como si se sacudiera los escrúpulos de toda una generación de honrados y obtusos laneros catalanes, y dijo:

—Bien, me voy. He quedado con tu hija para llevarla a Sanz a comprarle su regalo de puesta de largo, aunque dice que, en vez de la fiesta, te ha pedido un caballo andaluz. Que te lo busque Luis María, ya sabes que allí alterna con «lo mejor de lo mejor».

Al hablar del inútil de su primogénito, no pudo ocultar cierto tonillo irónico. Mauricio volvió a refunfuñar:

—Mi hija no, diga su nieta, pero nada más.

El suegro rio como si fuera la broma más graciosa del mundo:

—¿Aún estás con eso, muchacho? ¡Troglodita! Ni que fueras el único hombre en la tierra que... Me gustaría saber quiénes son los padres de los hijos de la gente bien de Barcelona. Incluso alguno de los hijos de la marquesa de Villaverde dicen que es de ese tarambana de Puig; él, al menos, lleva la foto en la cartera y se la enseña a todo el mundo. —Y concluyó con cierta incongruencia bufonesca mientras se ajustaba la corbata de seda italiana—: Cual más, cual menos, toda la lana es pelos.

Juanón fingía no escuchar con la nariz metida en las carpetas, y Mauricio hizo un gesto de

mano como diciendo que le dejara en paz y que no le importaba.

Y era cierto. Conchita había tenido razón, carecía de instinto paterno y en el fondo casi agradecía que los hijos no fueran suyos, porque así no se avergonzaba de estar tan deshumanizado y se quitaba de encima todo complejo de culpa. Cuando Tinet obtuvo la nota más alta del examen de Estado, cuando Yanín ganaba copas en los concursos hípicas del Polo y salía en las revistas como la amazona más prometedora de España, sentía desazón e incomodidad, y aunque trataba de achacarlo a que le resultaban ajenos, sabía que en el fondo sus logros lo dejaban frío porque no los quería, ni antes, que creía que eran suyos, ni ahora, que sabía que no lo eran.

La pregunta de su suegro, ya en la puerta, le hizo dar un respingo:

—¿Y el Tinet cómo está, por cierto?

—Entra en quintas este año, en verano se irá a hacer las milicias universitarias. —Aunque se escamó—: ¿Por qué lo dice?

—Me han contado que está metido en muchos follones en la universidad. Supongo que sabrás que, en octubre, cuando las protestas por la invasión de Hungría, que ya me dirás tú qué le importa Hungría a ese mendrugo, se salvó por los pelos de la expulsión porque Valdecasas, el rector, es muy amigo mío, que si no... ¡Decían que había tirado por la ventana del rectorado fotografías de Franco y de José Antonio! A ver si este chico nos va a salir comunista. En nuestra familia nunca...

Él mismo se dio cuenta de que por ahí no tenía que ir, y fingió un repentino ataque de tos. Se llevó un pañuelo a la boca y así salió del despacho, despidiéndose con un cabezazo.

Mauricio se alzó de hombros. La verdad es que los veía poco, la niña iba a la escuela Llar, un colegio del Opus donde estudiaba algo vago que se llamaba Hogar. «Las preparan para ser amas de casa, cocinar, planchar», le había comentado su madre. Y él no se había atrevido a preguntar por qué no la preparaban Filo o Sara, que le saldría más barato que las trescientas pesetas que pagaban al mes. Un día la había acompañado con el coche y al pasar cerca de las Tres Torres y ver las callejuelas en las que se perdía Amparo con Lucero sintió una congoja muy grande. Yanín algo le notó, porque le cogió la mano. Él estuvo a punto de dejarse llevar y abrazarla como el borracho que se agarra a una farola para no caerse, pero al final se desasió con incomodidad. Yanín se puso colorada y volvió la cabeza para que no la viera lloriquear.

Él le dijo con prisa:

—Mira lo del caballo, seguro que lo puedes conseguir a través del Club.

Tinet estudiaba Derecho, segundo o tercer curso, lo ignoraba, y tampoco sabía por qué había elegido esa carrera. También desconocía si él o Yanín sospechaban su origen, no se había atrevido a preguntárselo a Conchita y, en el fondo, prefería no saberlo. Mientras cenaban, única hora del día en la que estaban juntos, Mauricio los observaba de reojo tratando de identificar en sus caras los rasgos del Nuri. Yanín era el vivo retrato de Conchita, pero la verdad es que Tinet se parecía, como una burla de la naturaleza, a él mismo. Entonces sorprendía la mirada vigilante de su mujer, se limpiaba con la servilleta y seguía comiendo.

No habían vuelto a hablar, el nombre del Nuri no había vuelto a ser pronunciado, pero tampoco, por una injusticia que Mauricio no se sentía capaz de rectificar, el de Miquelet. El pobre hermano era la torna, ese trozo de pan insignificante que se da para completar el peso de una barra; sin el Nuri no tenía ya ninguna importancia.

La misma madre reconocía con ingenuidad:

—Para mí ya solo tiene la cara de las fotos...

Sus relaciones con Conchita se habían quedado enquistadas en una amable camaradería forzada y sin confianzas, tan lejanos el uno del otro como la luna de la tierra. Una noche, al llegar a casa, se encontró con dos camas en lugar de una en la habitación:

—Es más higiénico.

Lo aceptó sin comentarios. Conchita salía, entraba, siempre impecablemente vestida, con la diferencia de que ahora hablaba con libertad de sus actividades. El teléfono no paraba de sonar y muchas veces se presentaban emisarios con recados, paquetes, notas... Tenía un aire viril, hasta la voz le había cambiado y exhibía un tonillo de autoridad regañón y algo antipático, de maestra de escuela, mejor dicho, de directora al mando de un colegio de profesores incapaces y alumnos indisciplinados.

No trataba de ocultar las canas que aureolaban su rostro, que ahora llevaba sin gota de maquillaje.

¿Que había que limpiar una casa, enterrar a un anciano, cuidar a un enfermo, escolarizar a unos niños, sacar a unas mujeres de la calle y ofrecerles un trabajo digno, de fregona o de cerillera...? Allí estaba ella diligente, oliendo a colonia fresca, con un bolso muy grande (de Loewe, claro) lleno de caramelos, vendas, mercromina, tarjetas de recomendación y un billetero bien provisto de dinero que él no le escatimaba nunca.

Al principio le pedía:

—Me ha dicho Alfonso Balcells que te pases por Monterols. Mira, tengo que llevar un lote de sábanas remendadas para las camas de los alumnos y te acompaño si quieres.

Siempre contestaba:

—No, hoy no puedo. Ya llamaré yo.

Ir ¿para qué? ¿Qué pócima mágica iban a darle? ¿Podrían, por milagro, volver al punto de inicio, cambiar todos los sucesos de su vida y después depositarlo en el presente como si fuera un hombre nuevo?

Había matado durante la guerra, aquel oficial que se había llevado el puño a la sien y había musitado «¡viva la República!» no podría olvidarlo nunca. Pero la muerte humilde de Germinal, que quizás ni siquiera le era atribuible, era lo que le resultaba más doloroso de todo, lo que no podía perdonarse. Le producía una honda y pesada pena. ¿Qué pasó, tiempo?, ¿no decían que todo lo curabas?

Temía las noches. Por las noches llegaba la ansiedad, los demonios no le dejaban en paz. Mientras su mujer dormía en su cama roncando ligeramente, con la satisfacción del deber cumplido y la conciencia limpia, él permanecía despierto hasta que sentía que se le caían los párpados. Entonces, para no espantar el sueño, apagaba la luz sin moverse, con los ojos cerrados, le parecía que caía dormido, y de pronto le pinchaba una corriente eléctrica y resurgía completamente espabilado. Y en esas largas horas de vigilia se confesaba íntimamente, con los latidos angustiosos de su corazón sonando contra la almohada, que quizás no era el culpable de esa muerte, pero hubiera podido salvarlo. Y salvar a un hombre, ¡solo a un hombre!, justifica una vida entera.

¿Podría alguno de esos santos en nómina tan poderosos, podrían esos enigmáticos custodios realizar el milagro de dar marcha atrás al reloj de su biografía? No, ¿verdad? Pues a la mierda con sus ovejillas extraviadas y la alegría del cielo.

—A la mierda.

La mujer se despertaba y extendía la mano tratando de salvar el vacío que había entre las dos

camas.

—¿Qué pasa, Mauri? —Y barría para lo suyo—. ¿Quieres hablar con el padre Sánchez Bella?

—¡No! —contestaba él desabrida y furiosamente, y se daba la vuelta, se ponía en posición fetal y fingía dormir. Hasta había aprendido a roncar de mentira.

Al final Conchita había optado por dejarlo por imposible, e involucraba en cambio a toda la casa en sus actividades. Si había que reconfortar, se llevaba a Sara, si había que levantar pesos, o limpiar, o desinfectar, a Filo. La suegra marcaba con el nombre sábanas y toallas de Monterols y de la escuela Llar, y arrastraba también a sus hijos, aunque Yanín tenía sus propias buenas obras con las niñas del colegio, iban al Cottolengo y a la Perona, e incluso al asilo Durán, un reformatorio para niños delincuentes y trinxerairas. Fue precisamente en el asilo Durán donde Yanín se contagió de piojos, que Sara eliminó untándole la cabeza con petróleo y envolviéndosela en un trapo durante todo un día. Aun así, se tuvo que cortar la melena, pero a la niña no le importó porque Audrey Hepburn, en la película *Vacaciones en Roma*, había puesto de moda el pelo corto. Ahora, cuando la veías de espaldas, con los pantalones de montar y aquel culo escurrido como el de su madre, la podías confundir con un chico.

Hasta que Tinet se plantó un día mientras cenaban:

—Mamá, conmigo no cuentes más.

La había acompañado al Somorrostro y había estado presente cuando su madre había cazado al vuelo a una pareja de gitanos que llevaban más de veinte años juntos para casarlos por la Iglesia.

La madre le había preguntado:

—¿No te gusta ayudar a los pobres?

—¿Ayudar es darles veinte duros para que se unan por un rito en el que no creen? Ese no es el camino... Y no me estoy refiriendo al librito de tu adorado padre Josemaría. Por cierto, no he leído nunca una tontería más grande.

Conchita, consternada, se llevó la mano a la boca, y maquinalmente, Mauricio le reprendió:

—No contestes a tu madre.

Tinet se revolvió:

—No le contesto. Lo que pasa es que, como no estáis acostumbrados a leer libros de calidad, cualquier bobada os parece el *summum* de la sabiduría.

Divertido con su descaro, Mauricio le había preguntado:

—Y, según tu gran sapiencia, ¿qué debería leer tu madre?

—*El extranjero*, de Camus, por ejemplo. —Y luego, consciente de su pedantería, sonrió traviesamente—. De todas formas, yo estoy por la justicia y no por la caridad.

Y en esa sonrisa Mauricio sí había visto al Nuri y se le arrugó el corazón.

¿O sea, que ahora el hijo del pastor había salido revolucionario?

Hombre, él sabía que el hijo de Egara y el de Bonmatí, e incluso el primogénito de su cuñado y futuro marqués de la Fronda, veían películas prohibidas en un cine fórum de la calle Balmes, se hacían traer libros de Perpiñán y cantaban canciones francesas, pero él lo atribuía más bien a la influencia de los existencialistas, unos bohemios parisinos con pinta de no lavarse muy a menudo. Pero ¿tirar las fotos de Franco y José Antonio por la ventana? Eso era otro nivel de gamberrismo.

No hacía mucho había comentado en la mesa la muerte en un tiroteo de Facerías, el bandolero que tanto miedo les había dado cuando eran niños, y Tinet comentó sesudamente:

—Para nuestra generación es como si dijeran que han matado al Tempranillo.

A Mauricio lo que más le había sorprendido era eso de «mi generación». ¿Ahora esos piojos resucitados eran una generación? ¿Qué habían hecho esos chiquilicuatres aparte de vivir de los padres, y bastante bien, por cierto? Una buena hostia les pegaba él y se les pasarían todas sus pretensiones generacionales. ¿Cómo se llamaba el libro ese que quería que leyeran? ¿*El extranjero*? Seguro que iba de suecas y otras procacidades. Pediría a la secretaria que se lo comprara. ¡Se le hacían tan largas las tardes en el despacho!

Casi se le escapó una sonrisa. Lo que le contaba su suegro era la primera información que tenía de que Tinet era un revoltoso. Bien, todos los jóvenes lo eran, ¿no? Antes, los revoltosos iban al frente y muchas veces los mataban; ahora lanzaban fotos por las ventanas. ¡Un momento! ¿No estarían estos locos también detrás de la huelga de tranvías, que ya llevaba una semana fastidiando a todo el mundo menos a él, que siempre se movía en su coche o en taxi? Desde el 14 de enero los tranvías pasaban vacíos, había grupitos de jóvenes en las paradas paseando disimuladamente con un periódico bajo el brazo, y nadie se atrevía a subir. La verdad es que aún no sabía muy bien por qué era.

—Juanón, la huelga de tranvías es porque han subido el billete, ¿no?

—Sí, señor Mauricio, de cincuenta céntimos a setenta.

Mauricio se mofó:

—Pero eso es muy poco, no vale ni para pagar al limpiabotas. —Y añadió bromeando—: A ver si lo que se quiere en realidad es desestabilizar este régimen que tú tanto veneras, debes de estar muy disgustado.

Pero Juanón meneó la cabeza. Ya no se atrevía a bromear ni a llevarle la contraria al amo, había perdido gran parte de ese descaro juvenil que le obligaba a plantar cara al lucero del alba si era necesario. Ni tenía aquella arrogancia y seguridad en sí mismo de los primeros tiempos, en los que trataba de igual a igual a Mauricio. Ahora un atisbo de incertidumbre asomaba a sus ojos cuando preguntó:

—¿Y qué vamos a hacer, señor Mauricio? Si no pagamos por adelantado, los proveedores no nos sirven, y si no podemos servir, perdemos clientes. Cliente que se va, cliente que no vuelve.

Mauricio se levantó y se puso a mirar de nuevo por la ventana. Unas palomas ateridas se refugiaban en las copas de los plátanos, donde las pocas hojas que resistían el invierno tiritaban de frío. Sin mirar a su segundo, contestó:

—No sé, Juanón, quizás tengamos que vender Aguilar, me han hecho una buena oferta y eso podría solucionar nuestros problemas hasta que la situación internacional nos sea más favorable.

Juanón se extrañó:

—Pero ¿qué dirá Conchita? Su señora, perdón. Aguilar para ella es la vida.

—Era, Juanón, era... Hace muchos años que no pone los pies allí, desde que se fueron los masoveros aquello está dejado de la mano de Dios, se cae a pedazos. A través de mi cuñado hemos encontrado un inglés medio loco y muy rico que quiere retirarse a escribir sus memorias.

Con un hilo de voz, Juanón preguntó:

—¿Entonces no le importará?

Mauricio no le contestó porque en realidad aún no había hablado con su mujer. Los dos hombres se quedaron unos instantes en silencio. Después se levantaron sin haber decidido nada en concreto, como siempre.

—¿Cuándo ingresarán el dinero del crédito?

—Dentro de tres semanas.

—Bueno, pues haces los pagos urgentes a proveedores, y después ya veremos.

Dudó antes de comentar sin mirarlo:

—Es una pena que cuando fuiste a Italia, hace cuatro años, no vieras las posibilidades de las telas sintéticas.

Juanón enrojó y trató de justificarse con torpeza:

—Se necesitaba una gran inversión y traer personal especializado, el método de trabajo es completamente distinto. Aquel no era el momento...

—Ya, ya.

Se separaron. Los dos sabían que había sido una gran ocasión malograda y que ese era un tren que habían perdido irremisiblemente.

Hacía frío, el coche le esperaba abajo. Miró su reloj, esa noche tenían que ir al teatro Windsor, al estreno de *Lo siento, señor García* interpretado por Alberto Closas, que los había invitado personalmente.

—Es mi debut en Barcelona, me haría mucha ilusión veros.

Mauricio consultó el reloj de nuevo, le pasaba muchas veces que lo miraba, se ponía a pensar en otra cosa y aunque le mataran no sabría decir qué hora era. Bueno, las siete, aún le daba tiempo a tomar una copa en el Círculo.

Las calles estaban inquietantemente vacías, la oscuridad tenía el color gris de los uniformes de los policías que, a caballo, se reunían en los cruces. Se extrañó. ¿Era para tanto? Barcelona parecía una ciudad tomada, y hasta los pasos resonaban sobre el empedrado en un siniestro lamento que te hacía girar la cabeza con miedo. Se oía lejano el ulular de una sirena.

El foyer estaba llenísimo, apenas te podías mover y había tanto humo que era difícil distinguir los rostros. Mientras llegaba a la barra, oía retazos sueltos de conversaciones: «Remodelación de Gobierno, el Opus Dei al poder...», «Cros ha cerrado hoy a 1.030...», «ahora que Marruecos es independiente, quieren recuperar el Sahara...», nadie hablaba de la huelga de tranvías, como si fuera un tema demasiado ordinario para tratarlo en un sitio tan distinguido. Llegó hasta la barra y pidió.

—Un whisky doble. —Con disimulo, enseñó dos dedos; el camarero cabeceó dándose por enterado.

El primer vaso lo bebió de golpe porque el alcohol era lo único que mitigaba su angustia y le permitía relajarse. Se le acercó Bonmatí.

—Casasnovas, a ti te quería ver. —Chasqueó los dedos—. Chico, una ginebra. ¿Conoces a Radek, el peletero?

Mauricio contestó tranquilamente:

—Sí, claro, el judío. —Miró alrededor, extrañado de que lo hubieran dejado entrar—. ¿Está aquí?

Con la barbilla señaló hacia abajo. En el sótano se organizaban timbas de póker millonarias, el juego estaba prohibido, pero lo sabía todo Barcelona. Se decía que se jugaban las torres de verano, las empresas y alguno hasta a la mujer, pero Bonmatí meneó la cabeza con prontitud:

—No, por supuesto, quiso hacerse socio y le echamos bola negra; y eso que sería un gran fichaje. Pero lo que no puede ser no puede ser. —Agitó la mano—. Me ha propuesto un negocio que te podría interesar.

Bajó la voz:

—Ha apalabrado unos terrenos en la calle Madrazo, forman parte de la finca de los Moragas, y, cediendo una parte para parque público, esperamos recalificarlos y construir. Caben dos edificios importantes.

Mauricio dudó:

—No sé, a mí todo esto de la construcción...

—¡Es el futuro, hombre! Nuestro oficio está en decadencia. —Se le acercó, bajó aún más la voz insinuante—. Tú, si quisieras, podrías entrar como socio.

Mauricio lo miró alzando una ceja. Sabía que había algo más. El otro carraspeó y al final soltó:

—Con los contactos de tu cuñado con los Franco, podríamos conseguir la licencia de edificación.

Mauricio lo miró con recelo.

—¿Y cómo es que no habéis acudido a Jaime Castell? Él sí que se mueve en el rovell de l'ou de Madrid.

Bonmatí confesó con candidez:

—Nos pide la parte del león y tampoco es eso.

Mauricio se echó a reír, se acodó en la barra ya desentendido del asunto, y pidió otra bebida. Bonmatí, infatigable, prosiguió:

—Tenemos los planos, incluso vamos a construir una iglesia. Es una zona con un gran futuro, se está urbanizando la calle Aribau. ¡Negocio seguro!

No advertía la mirada vidriosa y lejana de Mauricio. En ese momento se oyó:

—Señor Casanovas, señor Casanovas.

—Aquí.

Un botones se abrió paso entre la gente llevando una bandejita con una nota. Se la tendió: «Vaya a su domicilio lo antes posible».

Cuando llegó a casa, los llantos se oían desde la escalera. Se asustó tanto que le empezaron a temblar las manos y sintió pinchazos en los codos y en las rodillas. Lo recibieron las mujeres arremolinadas en el vestíbulo. Conchita había perdido su aire viril para convertirse en un ser asustado y frágil. Echándose a su cuello gimió:

—Mauricio, ¿no sabemos dónde está Tinet!

Su marido sacudió la cabeza. ¿Tinet? No entendía. Preguntó con el corazón desbocado en el pecho:

—Pero ¿qué quieres decir?

El relato fue surgiendo a borbotones de todas las bocas. Los estudiantes se habían reunido en asamblea en el Paraninfo de la Universidad para exigir...

Mauricio se iba quitando el abrigo, la bufanda, el sombrero, y mientras, para ocultar su miedo, despotricaba ante tanto despropósito:

—Pero ¿los estudiantes? ¿Exigir qué? ¿Qué cojones tienen que exigir ellos?, ¿quiénes son esos mierdas?

Conchita se agarraba a su brazo.

—Mauricio, por favor, ha desaparecido, desde este mediodía no se sabe nada de él.

Yanín precisaba con minuciosidad:

—Papá, los estudiantes pedían que la policía se fuera de la universidad, la eliminación del SEU y libertad de expresión.

—¿La libertad de qué? —Pero ¿qué más querían estos niños mimados? ¿Quién los habría

estado enredando?—. ¡Menudos imbéciles!

Y Conchita retomaba la palabra:

—El caso es que un grupo se ha quedado encerrado y después de varias horas de asedio...

—¿Asedio?

Mauricio se dejó caer en un sofá, estaba anonadado, no podía entender ese vocabulario bélico en este entorno doméstico, en esta estancia acogedora con pañitos de punto en las butacas, *policía, libertad de expresión, asedio...*

Seguía Yanín con su revuelto pelo de muchacho, pálida bajo su sempiterno bronceado y los ojos llorosos:

—Ha habido detenciones, papá, nos han llamado sus compañeros. Loperena, Luis Permanyer, Rubert de Ventós, a ellos los han soltado, pero ninguno sabe dónde está Tinet.

Conchita ahora no se atrevía ni a llorar; nerviosa, acuciada por las prisas, trataba de volver a ponerle el abrigo.

—No, no, ve tú, Mauricio, he llamado a los Eyre, a Alfonso Balcells, a Samaranch, papá al alcalde y al gobernador, que le han dicho que mejor que no se meta, que el Caudillo está muy enfadado. Muévete tú, Mauricio, a ti te harán más caso.

Gritaban las cinco como un coro griego. Filo añadió con truculencia:

—El portero me ha dicho que ha habido heridos... y muertos.

Sus emociones oscilaban violentamente, ¿muerto Tinet? ¿Muerto ese engreído que hace cuatro días se mofaba de las obras de caridad de la madre? ¿Muerto, como Miquelet?

¡Un muerto más, no! Se agarró a los brazos del sillón sin saber qué hacer. Echaba en falta el talante resolutivo de su suegro, llevaba demasiado alcohol en las venas, las aspas de su cerebro giraban con lentitud exasperante. Conchita le cogió las manos.

—Mauricio, Mauricio, hemos llamado a todos los hospitales y no está ingresado en ninguno.

El teléfono sonaba sin parar. Preguntó para tratar de rehacerse:

—¿No lo cogéis?

Y fue la madre la que respondió:

—Nos amenazan, Maurisiet. Dicen que nos matarán a todos.

Se llevó las manos a las sienes tratando de pensar. Quintela... El comisario Quintela le había avisado hacía años para que no fuera a la fábrica, que querían atentar contra su vida. Podía recurrir a él, estaba al frente de la comisaría de la Vía Layetana, la sede de la Brigada Político-Social.

Pero era casi un anciano, ¿estaría aún en activo?

Sintió una opresión en el pecho, la habitación y las mujeres le parecieron sofocantes. Se levantó con brusquedad.

—Voy a buscarlo.

Bajo un cielo plomizo, con un frío que acuchillaba, se dirigió por las calles desiertas hasta Vía Layetana. Pensó en ese chico al que apenas había tratado. Cuando era pequeño le tenían que esconder los libros. Se acordó de cuando fue a la fábrica a repartir los regalos de Navidad, con qué gravedad explicaba a los obreros cómo se montaban los trenes de juguete... Le había regalado un Meccano, pero nunca había jugado y se guardaba intacto en una caja en el desván. ¿Y ahora jugaba a revolucionario?

«Tinet, que son mayores», tenía ganas de gritarle. ¿Le habrían hecho daño? No se hacía ilusiones, sabía cómo se trataba a los detenidos en los interrogatorios, y hasta ahora le había parecido bien. ¡Ellos se lo habían buscado! ¡Ya sabían a lo que se exponían! Pero Tinet no, Tinet

era un inconsciente y un milhombres, y no podían mancillar una carne joven que hasta ese momento solo había recibido caricias y besos.

Suyos no. Él nunca había besado a sus hijos, ¡qué iban a ser esos sus hijos!  
Se le llenaron de hiel las venas.

Las ventanas de la comisaría estaban todas iluminadas, se veían siluetas moviéndose en una actividad febril. Trató de entrar, pero le impidieron el paso dos policías con ademán tan chulesco que sintió miedo y timidez a partes iguales. Forzó la voz:

—Vengo a ver a mi amigo el comisario Quintela.

Se miraron entre ellos y uno dijo con sorna:

—Hoy al señor comisario le han salido muchos amigos..., y todos con pinta de señoritos.

El otro añadió más amablemente:

—Está muy ocupado, vaya a esa ventanilla y le informarán.

Estaba tan aturdido que no le sorprendió encontrar en el sórdido vestíbulo a un Bonmatí ojeroso y descalabrado, con la misma ropa que llevaba por la tarde en el Círculo.

—Han detenido a mi hijo y lo están interrogando.

Un policía mayor, colilla apagada en el labio, que estaba tomando notas en un libro de registro, los miró con sorna por encima de las gafas:

—No se preocupen, que a sus hijos no les van a hacer pupa. Aquí se tiene muy en cuenta cuándo son nenes de teta o desgraciados que no tienen dónde caerse muertos.

Intranquilo por las miradas aviesas que le dirigía el hombre, Mauricio preguntó por Tinet. El otro buscó, se fue adentro, salió y le informó con indiferencia:

—Pues aquí no está, no consta como detenido.

Mauricio se angustió.

—¿Cómo que no está? Busque bien.

Pero el policía le gritó:

—Ya le he dicho que nosotros no lo tenemos, ¡y váyase, cojones, que aquí interrumpe el tráfico!

No había nadie más, pero aun así Mauricio se vio impelido a salir a la calle. Miró el cielo, que exhibía el ingenuo tono rosáceo del amanecer. La ciudad se iba despertando y recordó vagamente que hoy deberían haber ido al teatro. ¿Qué hacer ahora? —pateó el suelo para entrar en calor—, llamar a un abogado, supongo. Estaba encendiendo un cigarrillo cuando salió Bonmatí llevando a empellones a su hijo, que trataba de desasirse:

—¡Soy un luchador por la libertad!

—Calla, mentecato, eres un bobo y como un bobo te voy a tratar a partir de ahora. —Se dirigió a Mauricio—: Decía que tenían reuniones para tocar la guitarra y me ha dicho el comisario que era miembro del Partido Comunista. ¡Su madre marquesa y él comunista!

El hijo lo corrigió con pundonor de notario:

—Se llama PSUC. Y mis camaradas de Madrid, Nicolás Sartorius y Carlos Zayas, también pertenecen a esa casta de privilegiados llamada *nobleza* que debería desaparecer, como desaparecerán los burgueses.

El padre mostró un atisbo de súbito interés genealógico:

—¿Cómo? ¿Zayas? ¿Sartorius? Me parece a mí que tu madre los conoce... —Aunque se cortó de pronto al recordar dónde se encontraban, y le atizó a su hijo con el canto de la mano—. Partida te voy a dejar la cabeza de un tortazo, animal.

El muchacho iba despeinado, con el abrigo destrozado, pero el rostro intacto. Una anciana abrigada con una toquilla que iba al mercado con el capazo colgando del brazo meneó la cabeza:

—¡Qué vergüenza! De ahí o se sale echando sangre y con las piernas rotas, o se es un chivato.

Aunque el chico agachó la cabeza avergonzado, Bonmatí protestó:

—Cállese, mujer, que nosotros somos señores y no chusma. —Antes de entrar en el coche que los esperaba, le dijo a Mauricio en un aparte, como en una mala comedia—: Piénsate lo del negocio del hebreo, ya sé que atraviesas dificultades.

Mauricio lo sorteó para acercarse al hijo y preguntarle por Tinet, con la vaga esperanza aún de que le dijera que no tenía nada que ver con el asunto, pero el muchacho le dirigió una mirada hosca y respondió:

—Lo detuvieron el primero, se lo llevaron a rastras.

Bonmatí le dio un cachete.

—No digas nada, que aún te meterás en un lío, bastante has hecho confesando que eras comunista. Apártate, por favor, Casanovas.

Sin hacerle caso, Mauricio cogió al chico del brazo.

—Pero ¿quién?, ¿adónde se lo llevaron? —tenía pánico en la voz—. ¡No lo encontramos en ningún sitio!

El padre lo metió en el coche, pero el hijo sacó la cabeza por la ventanilla y chilló:

—¡La Guardia Civil! ¡A él se lo llevó la Guardia Civil!

En efecto, Tinet estaba detenido en el cuartel de la Guardia Civil en la calle Navas de Tolosa, por eso no constaba en ninguna lista oficial.

Cuando Mauricio fue a buscarlo, salió con la chaqueta debajo del brazo y estiró el cuello para dejar que los primeros rayos de sol le calentaran la cara. Tenía un rasguño debajo del ojo, pero le quitó importancia dándoselas de machote:

—Nada, un bofetón para que entregara a mis compañeros, pero me negué.

Ya le habían dicho a Mauricio que había firmado una declaración en la que confesaba ser el organizador de actividades subversivas tales como cantar «Els segadors», convocar asambleas ilegales y lanzar las fotos de Franco y José Antonio por la ventana del rectorado.

Cuando entró en el coche, perdida ya toda jactancia, apoyó la frente en el cristal de la ventanilla y se puso a llorar. Mauricio soltó un momento el volante y le dio un pescozón. Tinet, con la mirada insegura y perdida, confesó:

—He pasado mucho miedo.

De los seiscientos estudiantes que participaron en la asamblea del Paraninfo, la primera que se convocó en la Universidad de Barcelona después de la Guerra Civil, hubo veintidós detenidos, de los que menos de la mitad fueron a prisión. Doscientos ochenta y ocho alumnos perdieron el curso, y a seis se les prohibió el acceso a la universidad para siempre.

Quintela nunca dio señales de vida porque, según se enteró Mauricio, llevaba años jubilado y vivía tranquilamente en su pueblo orensano. Al frente de la Brigada Político-Social estaba ahora

el comisario Creix.

Fue Alfonso Balcells, al final, el que habló con el capitán general Pablo Martín Alonso del asunto del estudiante de Derecho Agustín Casanovas Prat, uno de los cabecillas del motín, junto a un tal Modolell, que había huido el mismo día de los hechos al extranjero.

Cuando el doctor llamó para informarle del castigo que correspondía al elemento subversivo, Mauricio se puso en el teléfono supletorio que acababan de instalar en el pasillo. A través de la puerta entornada, veía a Tinet inclinado sobre su mesa de estudio, más delgado que nunca. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho como si hiciera mucho frío, y su nuez se movía arriba y abajo.

La voz de Balcells trataba de ser cordial y tranquilizadora, pero no podía ocultar cierta satisfacción:

—Prepárate, Mauricio, a tu hijo no lo van a procesar, pero tampoco se va a ir de rositas. Ya recibirá la comunicación del Decanato de Derecho en la que se le informará de que le ha sido impuesta la sanción de pérdida de curso y la imposibilidad de cursar en el futuro cualquier carrera.

Mauricio, que no se lo esperaba, tartamudeó:

—Pe... pero...

En tono redicho, el otro prosiguió:

—Por tanto, tampoco tendrá la oportunidad de realizar las milicias universitarias, tendrá que comerse el servicio militar puro y duro como todos los españolitos de pro. Mauricio, escúchame, lo que ha hecho tu hijo ha sido muy grave.

—Bien, sí, claro, lo entiendo.

—Si hubieras venido a Monterols algún día, hubiéramos podido aconsejarte, no eres el primero que se encuentra en esta situación, mira, Sanllehí...

A Mauricio le empezaron a latir las sienas de aversión por este hombre, pero no tuvo más remedio que realizar un acto de contrición para contentarlo:

—El fallo ha sido mío.

Balcells constató lúgubrementemente:

—No te culpo, aún puede remediarse la cosa. Lo querían enviar a Sidi Ifni, a un batallón disciplinario, ya sabes que allí va a haber jaleo, porque los moros reclaman el Protectorado. Ojo, que si yo tuviera un hijo y hubiera andado en malos pasos como el tuyo, lo enviaría a África como escarmiento para que viera lo que es una guerra de verdad.

¡Una guerra de verdad! ¡Botarate! Mauricio se estremeció, las mejillas le ardían de indignación, pero no se atrevió a protestar:

—Pero, hombre, ¡cómo me dices eso!, ¿es peligroso?

—No leerás nada en los periódicos, pero sí, será terrible.

Tuvo miedo por Tinet, y con este miedo llegó una certidumbre incomprensible. Lo observó: el chico no se perdía palabra de la conversación, aunque fingía leer, tenía la nuca delgada, el cuello largo, las orejas puntiagudas, apartadas del cráneo como una liebre, y ahora sí que vio al Nuri, pero esto en lugar de enfadarle, le enterneció. El Nuri había muerto cruzado sobre el pecho de su hermano, un aspa humana sobre las tierras heladas de Rusia.

Carraspeó:

—¿Qué otra alternativa hay?

Balcells casi se relamía, no había cosa que le gustara más que hacer favores y tener a los amigos cautivos de su gratitud.

—He hablado con un conocido que está en el negociado de quintos. ¡Por Dios, que esto no

salga de entre nosotros! Y podría conseguirle dos años enteros, sin rebajas, eso no se lo quita nadie, pero en el regimiento de cazadores de Jaca. Se dedicará a la persecución del bandolerismo y a la vigilancia de fronteras, pero no te preocupes porque, aunque el Sabater y el Caraquemada aún peguen algún tiro que otro, operan en Gerona.

—¿No hay riesgo entonces?

—Hombre, no se puede asegurar... No recibirá ningún trato de favor, pero es eso o Ifni, tú dirás.

—Lo de Jaca, claro, Alfonso. Este chico mío necesita un escarmiento, pero tampoco quiero que me lo maten.

Cuando entró en su habitación, Tinet hundió aún más la cabeza, sin atreverse a mirarlo. El flexo vertía una luz tenue sobre la mesa, brillaba su pelo, entreverado de rubio.

Mauricio dio un paso. En un impulso que no supo explicarse, su mano se movió sola y se posó en la cabeza de Tinet, que permaneció inmóvil, el rostro en sombra. Se acordó de las tormentas que agitaban su alma a su edad, de las inseguridades e incertidumbres. Y le dijo unas palabras pueriles en catalán sin darse cuenta:

—Que sepas que te entiendo. Dentro de dos años volverás y serás más fuerte, más hombre, y podrás ir a París a estudiar. O a Mánchester, donde tú quieras.

Tinet levantó el rostro pálido y sus grandes ojos repletos de una seriedad que antes nunca había visto.

—Papá, me es igual, porque tampoco quería ser abogado.

Él movió la cabeza y experimentó un enorme cansancio. Prefería no oír lo que iba a decirle, deseaba irse y acabar esta conversación, pero Tinet prosiguió con voz apenas audible:

—Quiero ser como tú.

A Mauricio le penetró hasta la médula un frío glacial. ¿Como él? ¿Qué tenía él de especial? Ah, sí, había querido a una mujer que no era la suya y por su culpa se había muerto un hombre. La habitación se volvió borrosa, rio amargamente y se señaló a sí mismo con burla:

—¿Como yo? ¿Estás seguro?

Tinet se levantó, era muy alto, pero tan delgado que no lo parecía. Y le dijo con voz estrangulada, una desesperación sin fin en la mirada y los labios temblorosos:

—Sí, como tú y como el abuelo. Quiero trabajar en la fábrica, que me enseñes, entraré como obrero, de barrendero, de lo que me digas. —Se le rompió la voz y algo se rompió también en el corazón de Mauricio—. Pero no me hagas ir fuera a estudiar..., no es lo mío. Quiero ser útil, ayudarte, sé que estás pasando momentos difíciles, Molins sabe que puedo hacerlo. ¡Papá, por favor!

Pero Mauricio ya no lo escuchaba. Sintió una pena terrible que casi lo tiró al suelo, y, por primera vez desde que Tinet era niño, o quizás desde nunca, pronunció una palabra que llevaba años atrancada en su garganta, la más hermosa y más sencilla:

—Hijo.

A primera hora de la mañana caía un agüilla que calaba sin darte cuenta. El cielo era gris luminoso, con nubes bordeadas de plata. Después de comer, la plata se volvió negra y arreció la tormenta, lluvias de setiembre, bienvenidas sean, decían, porque llevábamos cuatro meses de sequía y los alcorques de los árboles de Sabadell estaban tan secos que se veían las raíces. Desde la plaza Mayor empezó a correr el agua Rambla abajo de forma torrencial, los desagües dejaron de absorber líquido y se desbordaban las alcantarillas. Pero en el parte de las seis de la tarde habían anunciado que las tormentas escamparían a última hora, dando paso a una tranquila noche otoñal, y nadie se alarmó. Los niños que salían de los maristas y los escolapios chillaban de contento y se metían en los charcos zapateando, y los coches levantaban a su paso surtidores que obligaban a los transeúntes a arrimarse a las paredes y despotricar levantando el puño:

—Mal parit!

Uno de aquellos niños me contó hace poco:

—Curiosamente, los pájaros se caían al suelo como si llevaran plomo en las alas.

Pero nadie lo comentó hasta después de esa tragedia monstruosa que se llevaría mil vidas por delante y marcaría el Vallés para siempre con su zarpazo de fiera.

Mauricio Casasnovas Feliu, empresario lanero de cuarenta y seis años, observaba desde el mirador de su despacho de la Rambla el ir y venir de gentes. Canturreaba con voz monótona y el alma muerta:

—*Solamente una vez / amé en la vida...*

No tenía prisa, hacía tiempo para marcharse a Barcelona. Dilataba el momento de cruzar la puerta de su casa, porque en su hogar se sentía como un intruso, ¡era demasiado grande, demasiado hombre, demasiado fracasado! Su mujer, desde que habían tenido que vender la finca de Aguilar de Segarra para intentar reflotar su moribunda empresa, lo trataba de forma altiva y displicente, a veces lo miraba con sorpresa, como si hubiera olvidado que estaban casados y vivían juntos.

Juntos habían ido a la vieja masía a recoger sus pertenencias y también a enseñársela por primera y última vez a Curro O'Hara, el flamante marido de Yanín, un ganadero sevillano que poseía una dehesa en la que cabían ciento veinte Aguilares. Educadamente, dijo que le parecía muy bonito el paisaje y preguntó:

—¿Y qué caza hay? ¿Esos venados que vosotros llamáis *isards*?

Cuando Mauricio contestó vagamente que creía que conejos, perdió el interés y se metió en el coche a escuchar la radio. Daban un partido Madrid-Barça y la voz nasal de Matías Prats se adueñó del tranquilo entorno: «Gensana pasa a Pereda, Kocsis intenta rematar, pero Di Stéfano se hace con el esférico y Gento..., Gento..., ¡goooooool del Real Madrid! ¡Señores, qué gol del Real Madrid en toda su gloria!».

Mauricio optó por irse a pasear por el bosque y aprovechó para darle unos tragos a la petaca de whisky que siempre llevaba consigo. Luego se tendió bajo un pino y se quedó dormido. Cuando despertó se apresuró a ir a la casa y vio en la era el viejo carro en el que había posado para una fotografía Conchita con el Nuri y Miquelet. Apoyados en él, su hija y Curro fumaban aburridamente.

—¿Dónde está tu madre?

Yanín señaló con el cigarrillo la casa, y Mauricio entró en las estancias abandonadas y fantasmales, que olían a bodega y a podredumbre.

«Papa, he visto una sargantana así de grande».

Sacudió la cabeza.

«Mira, Mauri, mira lo que tengo aquí».

Retírate, pasado, ya cumpliste tu función.

¿Dónde estaba Conchita?

En la terraza posterior, que daba al campo de almendros, su mujer se había arrodillado en el suelo. Repasaba con el dedo el escudo de España que el Nuri y Miquelet habían grabado en un ladrillo con la punta de un clavo. Tenía una arruga entre las cejas, su pelo, suave, rizado y canoso, se movía por efecto de la brisa.

Le temblaba la barbilla, levantó unos ojos confundidos y musitó:

—¿Por qué se fueron tan jóvenes, Mauricio?

Su marido se agachó a su lado, sus manos se unieron en el suelo de terrizo sobre esa doble muerte. Callaron mientras caía la noche sobre ellos.

Los hijos tocaron la bocina impacientes, y Conchita volvió a su ser, sacó un pañuelito que llevaba en la manga, se sonó, se sacudió la falda con ademanes de solterona, y entró en la casa convertida en doña Eficiencia:

—No nos vamos a llevar nada porque todo está viejo y es basura. ¿Cómo pudimos vivir en estas condiciones?

¿Había servido de algo la venta, los cuatro millones conseguidos? Pues no, no se había podido devolver ni un préstamo, solo habían pagado a los proveedores que, sin embargo, sabiendo que ese milagro no iba a volver a repetirse, dejaron de servirles género si no se les abonaba por adelantado. ¡Género! ¡Las buenas y honradas lanas! Mauricio dirigió una mirada melancólica a su mesa de despacho, a los viejos muestrarios que hasta a él le producían un ataque de asma. Lo que se llevaba ahora era el tergal, que no se arrugaba nunca, el tervilor, la terlenka, el terylene... La fibra sintética que su suegro había puesto en el mercado se llamaba *enkalene* y vestía a todos los trabajadores de la compañía eléctrica Fecsa, unas batas azul marino que no había que planchar y que se podían meter en la lavadora automática. ¡Lanas! Esa antigualla que picaba y olía a manta de borra, a posguerra, a pobre...

El suegro le repetía machaconamente:

—Mezcla, Mauricio, integra un poliéster en los paños, reduce muestrarios, haz tiradas más grandes de cada pieza...

Él se encogía de hombros, ¡demasiado tarde!

La fotografía de Miquelet y el Nuri seguía en su puesto, se había llenado de manchas amarillas como flores de sepultura y sin embargo la sonrisa de los dos muchachos era lo más vivo de todo.

Apoyó la frente en el frío cristal. El cielo se había oscurecido. Atravesó la Rambla zigzagueando un perro con el rabo entre las patas, y Mauricio se acordó de Lucero. Hacía

monadas como un perro de circo y moría por... ¿Carlos Marx? ¿Lenin? ¿Por quién demonios...? No se acordaba, ni siquiera sabía si ese recuerdo era auténtico o inventado. Le pasaba a menudo, incluso había ido a un médico de la cabeza, el doctor Obiols, que le había recomendado beber menos.

Qué fácil. Para dar ese consejo de mierda no hacía falta estudiar una carrera.

¿Por qué no le ofrecía una pastilla para *desolvidar*? Aunque, en realidad, casi no pensaba en Amparo, tenía más presentes a los actores secundarios de su drama: el maestrillo de Cieza, muerto por culpa de... la tuberculosis; la directora del colegio que les había ofrecido un trabajo; el escultor; el quiosquero; María Dolores, que le había señalado el retrato de José Antonio en la pared; Carmen Broto.

Arreció la lluvia. ¿Qué hora sería? Tuvo que mirar el reloj como siempre dos veces, ¡ah, sí!, las siete y media. ¿Y ya noche cerrada?

Era el 25 de septiembre de 1962. Parpadearon las luces, a ver si ahora se iba a ir la corriente. En ese momento sonó el teléfono, la secretaria ya se había ido, estaba solo en el despacho. Le había dejado encima de la mesa los billetes de avión y la carpeta que debía llevar a Madrid, adonde iban los del gremio, con el alcalde Antonio Llonch al frente, para entrevistarse con el nuevo ministro de Industria, Gregorio López Bravo.

—Señor Casasnovas, le he reservado mesa a las tres en Horcher.

—Muchas gracias, Alicia.

Al final, los del Opus Dei lo habían conseguido, ¡llevar a uno de los suyos a la cúpula del poder! En realidad, a varios, pues había nada más y nada menos que cuatro ministros de la Obra en el Gobierno y varios subsecretarios. Como cada vez que pensaba en este tema, le rindió un mudo aplauso a Balcells y a sus esfuerzos titánicos para encumbrarse desde su pisito de la calle Balmes hasta las más altas esferas. Claro que, a partir de que sus negocios habían empezado a ir cuesta abajo sin frenos, el médico no había vuelto a llamarlo, aunque tampoco quería ser injusto, porque siempre le enviaba recuerdos a través de Conchita.

Yanín, que ya se había integrado en el Opus Dei de Sevilla a través de la mujer del gobernador civil, Hermenegildo Altozano, amigo de su tío Luis María, le suplicaba:

—Papá, ¿tienes que entrar en la Obra! ¿Qué quieres? ¿Que estemos todos en el cielo tan ricamente y tu achicharrándote solo en el infierno?

¿Por qué le quería tanto su hija? Su hija... Se rio burlándose de sí mismo, pero debía confesar que así la sentía. Mientras la llevaba al altar para entregarla a ese desconocido con patillas y chaqué apretado en la cintura como un bailarín, que encima se la iba a llevar doblando en dos el mapa de España, había sentido una angustia muy grande, como si la estuviera conduciendo a la piedra de los sacrificios. Cuando se había retirado el velo de la cara, su sonrisa aún infantil e inocente le había hecho daño.

El teléfono enmudeció, pero volvió a sonar enseguida. Al final lo cogió con un suspiro. Era Tinet.

—Papá, en el primer almacén hay goteras, tengo miedo de que se mojen los fardos de Argentina, ¿qué hacemos?

¿A estas horas y todavía estaba Tinet en la fábrica?

—Pero ¿qué haces ahí aún? ¿Y Juanón?

—No se encontraba bien y le he dicho que se marchase.

Juanón Molins había desarrollado una úlcera que no lo dejaba vivir, Mauricio a veces bromeaba con él:

—Te has mimetizado tanto conmigo que tienes la úlcera que debería de tener yo.

Él reía con gesto ratonil, no mucho, lo suficiente para quedar bien con el amo, porque si no le dolía el estómago. Después de tantos años de trabajar juntos, Mauricio tenía que reconocer que era el empleado más fiel y honrado del mundo, pero en la actualidad era una rémora, porque no había sabido adaptarse a los nuevos tiempos. Le faltaba formación y le sobraban escrúpulos.

Cuando tuvieron que despedir a la mitad de la plantilla, tarea que delegó en un experto en resolver conflictos que tuvo que contratar porque Juanón se negaba a hacerlo, su fiel empleado estuvo vomitando día y noche durante dos semanas. Y cuando despidieron a la mitad de esa mitad, desarrolló unas fiebres tifoideas que estuvieron a punto de llevárselo al otro barrio. Vivía en la calle Montserrat, al lado del despacho, y Tinet iba a verlo todos los días a la salida de la fábrica, y luego le pasaba el parte a su padre:

—Dice que le sabe mal dejarte en la estacada... Hoy se quería levantar, pero no se lo he permitido, aún tiene fiebre y ¡nos iba a contagiar a todos!

Y aprovechaba la ausencia del encargado para ofrecer ideas:

—Como están cerrando las empresas en Béjar, podríamos conseguir lanas de Talavera a muy buen precio, se han quedado sin clientela.

O:

—He pensado que podríamos hacer una campaña de publicidad y contratar a tu amigo Alberto Closas para ponderar las virtudes de un buen abrigo de lana.

O también:

—Papá, las medias tintas no sirven para nada, ¡o Vallecas o Montecarlo! U ofrecemos una lana merina entrefina que no tiene nadie, o nos lanzamos al poliéster puro y duro.

Cambiar la flota de viajantes por otros más jóvenes, comprar maquinaria moderna... Pero siempre se tropezaba con la misma dificultad: ¿con qué dinero? A Mauricio le fatigaba el empuje de su hijo, que a veces le amenazaba en broma:

—Al final me voy a ir a trabajar con el abuelo.

Y el padre le contestaba con total sinceridad:

—Hazlo, hijo, tendrás más porvenir que aquí.

Tinet no decía nada, pero lo estudiaba con el pasmo del que contempla un hecho monstruoso e imposible.

—¿Quién queda en la fábrica ahora?

—Empiezan los del turno de noche, son veinte —esta era una de las rarezas del Fuero de los Trabajadores, que el empresario podía despedir a quien quisiera, pero los turnos de los trabajadores que mantenían su puesto no podían cambiarse—, las mujeres de hacer faenas y los porteros.

—¿Qué vas a hacer?

—Pensaba ir al cine, al Euterpe, hoy estrenan *El Cid Campeador*, viene a recogerme Gloria. —Dudó—. Pero me quedo si quieres.

—No, no, vete, ya pasaré antes de ir a casa.

Mauricio sonrió al oír el nombre de Gloria, la novia de Tinet. Era la sobrina de Vicente Eyre. Su sonrisa se hizo más amplia con su recuerdo. Se lo había encontrado hacía poco en el Sándor, se habían dado un abrazo apretado y, con satisfacción sincera, Mauricio le había dicho:

—Ya sé que te has convertido en un pintor de éxito... En cada casa de Barcelona hay un retrato de Eyre. ¡Al final lo has conseguido! —Vicente, que iba con sombrero de ante verde con una plumita, levantaba modestamente las manos al aire. Mauricio no se cansaba de mirarlo, con su

fino bigote y sus vivos ojos negrísimos—. Pero ¿qué es de tu vida? Chico, no se te ve, no vas a ningún lado.

Vicente enrojeció de satisfacción:

—He estado casi dos años en Venezuela, pero, oye, esto de no ser rojo está muy mal visto allí. Me venían los periodistas a preguntar por Franco y cuando yo les decía que lo admiraba, se dedicaban a denigrarme en sus diarios. Pero, ¡cónchale!, pinté a la mujer del presidente, Rómulo Betancourt, y ahí vino todo rodado.

Mauricio reía, agarró a su amigo por el cuello sin soltarlo, que reía también.

—¡Cónchale! ¡Vicente, qué cambiado te veo, para bien! —Chasqueó los dedos tratando de acordarse de la familia—. ¿Y tu mujer?, ¿y tus hijas?, ¿cómo se llamaban?

—Olga, Pilar y Georgina.

—Pilar era la que hacía versos.

Mi padre se rio de mí:

—Sí, la repelente niña Vicente, la llaman sus hermanas, ¡vaya memoria tienes!, ¡qué bestia!

—¿Sigue haciendo versos?

Mi padre miró a un lado y a otro, la terraza estaba llena como siempre, los limpia en el suelo se afanaban cepillando a velocidad supersónica, los camareros pasaban con las bandejas en alto, las mujeres reían sosteniendo los cigarrillos manchados de carmín entre los dedos, los hombres hablaban con gravedad, pero si te acercabas advertías que sus conversaciones versaban sobre fútbol o toros. Bajó la voz, se le ensombreció el semblante y dijo:

—Ya verás, Mauricio, ella va a escribir sobre esto.

Mauricio levantó las cejas e iba a preguntar, cuando Vicente lo cogió del brazo, se detuvo el tiempo, sintieron como si un soplo poderoso en ese momento hubiera apagado todas las luces y su tono fue apremiante:

—Todo esto que nos ha pasado.

La Rambla se había quedado casi vacía. Solo las beatas que salían de la misa vespertina de la iglesia de los Padres caminaban a saltos manteniendo los abrigos sobre la cabeza o tratando de resguardarse bajo los aleros de las casas, y Mauricio se dijo ahora o nunca. Tenía el coche en la esquina de la calle San Pedro, la fábrica estaba apenas a veinte minutos del despacho, se puso los chanclos sobre los zapatos, cogió su sombrero y el paraguas y se lanzó a la calle, aunque tuvo el gesto instintivo de volver adentro cuando advirtió la calle convertida en riera y que el agua le llegaba casi a los tobillos.

Malditos desagües. El cine anunciaba con grandes carteles *El Cid Campeador*, pero no se veía a nadie frente a la taquilla. El chófer mantenía la portezuela abierta. En los escasos metros que tuvo que recorrer, el viento y la lluvia le empaparon la ropa; se lanzó dentro. El conductor, mascullando imprecaciones, se puso al volante.

Recorrieron la calle Lacy, pasaron frente al Vapor Rebés, la catarata de agua impedía ver, no el reloj de la torre, sino la torre misma. Las calles estaban desiertas, todo el mundo se había refugiado en sus casas, en las puertas de los bares los propietarios observaban con curiosidad esa tupida cortina de lluvia que había dejado sus locales vacíos de clientes.

El chófer se giró:

—Se está poniendo difícil la cosa, no sé si podremos acercarnos.

Mauricio no llegó a entenderlo porque un ruido sordo, como si la tierra llorara, un bramido subterráneo se oía cada vez más fuerte, y hasta que no se asomaron a la riera no se dieron cuenta de que el Ripoll bajaba ancho y tumultuoso a una velocidad endemoniada, convertido en una máquina de destrucción, arrastrando árboles y cascotes, devastando huertas y riberas.

La sólida pasarela frente a la fábrica, que había inaugurado Alfonso XIII en 1904, flameaba como una hoja de periódico.

Torre Romeu, el camino para acceder a Casanovas e Hijos, había desaparecido. La fábrica se alzaba adusta, de color negro, la chimenea se perdía en las nubes.

El chófer le dijo:

—Yo de usted dejaría la visita para mañana.

Mauricio se puso el sombrero y cogió el paraguas.

—¡No, hombre, cómo me voy a ir...! Además, han dicho que esta noche despejará. Déjeme aquí, iré caminando, total son cien metros.

El hombre se encogió de hombros.

—Bien, me arrimo a un lado y le espero.

Se dispuso a encender un cigarrillo; se sentía a salvo en el coche, mientras el agua se abatía sobre el techo y solo lo rodeaba la oscuridad más absoluta.

¡Pobre infeliz! Porque en un instante, el reino pavoroso de las tinieblas lo engulló como en una maldición bíblica. Fue uno de los quince cadáveres que encontraron al cabo de dos días en la playa del Prat. El coche, un sólido Mercedes, aparecería empotrado en el puente de la carretera de Mollet.

Pero claro está que Mauricio no lo sabía cuando puso un pie fuera y el viento le arrebató el sombrero y se llevó el paraguas. Se sintió desorientado porque lo rodeaba un telón de agua y el rugido de la tromba asesina, pero con las palmas de las manos tocó los márgenes del río y, evitando las rocas que caían, cogiéndose a los cañaverales que resistían el embate de la tormenta y hundiéndose en el barro hasta que perdió los zapatos, consiguió acercarse a la fábrica por la parte de atrás, empujando con todas sus fuerzas la verja de hierro. Gritó:

—¿Quién hay?

El ambiente era húmedo y sombrío, media docena de trabajadores se afanaban cambiando los fardos de sitio, los almacenes estaban llenos, con las piezas de ropa dispuestas para la nueva temporada. Tinet y los dos obreros más fuertes trataban de empujar las máquinas para ponerlas en un lugar más seguro. Aunque temblaban las bombillas, el rostro de su hijo se iluminó:

—Papá, pensaba que no vendrías.

Se detuvo un momento y se secó la frente con el dorso de la mano. Iba en mangas de camisa y descalzo también. Se oía cada vez más fuerte el ruido del río. Mauricio, sin pronunciar palabra, atravesó la fábrica. El vestíbulo ya estaba inundado, en la garita de los porteros había una lucecita que se apagó de golpe y un relámpago impresionante hendió el cielo en dos: a su luz vio cómo las olas negras del río saltaban primero por encima de la pasarela y después la desgajaban de su anclaje. Un chirrido espantoso se perdió entre el ruido de la tormenta y el silbido del viento, más espantosos aún, y el puentecillo se quedó flotando a merced de la fuerza del agua como un látigo asesino. Se oyeron voces lejanas:

—¡La riera, la riera!

La guardería, los vestuarios, el comedor desaparecieron bajo las aguas. Mauricio le gritó a su hijo mientras iba a la garita de los porteros:

—¡Llama a emergencias, la policía, los bomberos!

La voz del hijo, repentinamente infantilizada, le dijo:

—Papá, el teléfono está cortado, la luz también.

Pero los relámpagos eran tan seguidos que la noche se hacía día. Por el río empezaron a ver bultos de animales, ovejas, vacas, un coche moviéndose de un lado a otro como si fuera de juguete, rieles de tren, rejas de ventana y enormes bobinas de papel del molino que estaba más arriba y, lo que le dolió más a Mauricio, piezas de maquinaria, ruedas, hiladoras, cilindros, a una velocidad imponente, lo que le hizo comprender que las fábricas Buxó, Castelló, Soler Torrella y Ferrer y Compañía ya habían sido exterminadas por esa violencia dantesca e incontenible. Aulló:

—¡A salvo, poneos a salvo!

La frágil estructura de la garita de vigilancia se resquebrajó como si fuera de cartón, sintió el chillido de la mujer mientras su casa aún se mantenía en pie, como el borracho que hace esfuerzos por no caerse:

—¡Remigio!

Tuvo un pensamiento idiota, quién sería ese Remigio, el portero se llamaba Arturo y no tenían hijos. La mujer manoteó a través de una ventana y luego todo fue devorado por una inmensa tromba de agua que, majestuosa e indiferente, siguió río abajo buscando nuevas presas que sacrificar.

Los obreros se arrancaban los monos.

—Yo vivo en el Molí de Amat. Me voy para salvar a la familia.

Los otros dijeron: «y yo en el Molí Torrella», «y yo en el pla de Puigjaner», «Y yo en el Torrent del Capellá». Mauricio intentó detenerlos.

—No vayáis, ¿estáis locos?, ¿no veis que esto viene de allí? Aquello ya estará borrado del mapa.

Estaba convencido de que esas barriadas ya habían sido destruidas por las aguas, pero como es natural ninguno de sus trabajadores le hizo caso y partieron a la muerte. A ellos los encontraron en las playas de San Adrián del Besós, fueron siete, sus nombres se honraron en mármol en una placa que meses después instalaron en el patio. Al principio les llevaban flores.

Mauricio y su hijo se quedaron solos, las naves que daban al río ya habían sido saqueadas por el agua, tuvieron que apartarse porque las máquinas iban a la deriva, golpeándose absurdamente como boxeadores noqueados, echando abajo las paredes hasta que se unían a la colosal ola exterminadora. Solo quedaba en pie el muro transversal y la chimenea. Oyeron voces lejanas, les llegaban como ráfagas, «socorro..., madre...», entre el bombardeo sin tregua de los miles de litros de agua caída. Se miraron a los ojos y los dos tuvieron a la vez el mismo pensamiento:

—¡Las barracas!

Al lado de la fábrica, en los márgenes del río, se habían instalado cuatro familias de Loja, en unas construcciones precarias que habían levantado con sus propias manos los fines de semana. Era un prodigio que todavía aguantaran, pero el muro les servía de parapeto.

Tomaron aire, se dispusieron a salir como el que se tira al barranco mortal, al último viaje de sus vidas, pero Mauricio cogió a Tinet por el brazo e intentó detenerlo:

—Quédate aquí, no salgas. Alguien tendrá que levantar esto...

El hijo respondió, agresivo y desesperado, con la voz rota:

—¿Y te crees que te voy a dejar solo? Estás loco, padre.

Titubearon, se dieron un abrazo apresurado sin mirarse, y se dispusieron a salir.

A la luz de los relámpagos advirtieron que las precarias construcciones todavía se mantenían

en pie, se oían lamentos y llamadas de socorro. En ese momento, las campanas de todas las iglesias de Sabadell empezaron a tocar a rebato, era la única forma de avisar a los vecinos que dormían tranquilamente en sus casas del peligro en que se encontraban. El río rugía como una bestia furiosa y exasperada, el caudal aumentaba, tan destructivo como un jinete del Apocalipsis, las oleadas de fango los aplastaban contra las rocas. Con gran esfuerzo, se fueron acercando a las chabolas. Mauricio sentía un dolor grande en el costado, una opresión horrible, oía el llanto desesperado de un niño pequeño y gritos de mujer. Un hombre mayor, con cerrado acento andaluz, rezaba en voz alta. Mauricio trató de hacerse oír:

—Resistan, que ya llegamos.

La fuerza del agua, como si fuera una mano demencial, arrancó tres casuchas, incluidos los cimientos, y las arrojó caudal abajo; una permaneció todavía en pie. Mauricio y Tinet se iban acercando trabajosamente al tejado de uralita. Más abajo, por un ventanuco asomaban una cabeza de mujer, unas manitas de niños, chillidos, alaridos.

Tinet, gritando, le preguntó:

—¿Cómo lo hacemos?

Acercarse era difícil, el suelo estaba húmedo y blando y tenía efecto succionador. Gritando también, Mauricio contestó:

—Intentaré cogerlos uno a uno y te los paso. —Vio un chopo un poco más arriba que aún se mantenía en pie—. Agárrate ahí y empújalos para que suban por la ribera.

Cuando la oscuridad se hacía absoluta, solo podía orientarse por los gritos de aquellos desgraciados.

—Aquí, aquí...

Centímetro a centímetro, Mauricio llegó hasta donde estaban, se agachó y dijo en tono conminatorio:

—Salga y la recojo.

La mujer, desgreñada, con la cara palidísima, se hizo a un lado y empezó a sacar a unos chiquillos con tal expresión de miedo que no podían ni llorar. Mauricio los agarró por la mano, tiró de ellos; aun así, los pequeños gritaban «madre, madre». Consiguió sacarlos, y a su espalda oyó a Tinet:

—Venid aquí conmigo.

La mujer estrechaba contra su pecho a un recién nacido. Mauricio le dijo:

—Deme al niño.

La mujer lanzó un grito desgarrado, pero le tendió el fardo que llevaba en brazos diciéndole con voz en la que palpitaban los tonos más tiernos del lenguaje humano:

—Hijo de mi vida... Acuérdate de mí.

Era un bulto mojado. Mauricio se lo arrojó a Tinet:

—Aguántalo.

El agua subía de nivel, el barro untuoso y espeso le agarraba por los pies y lo empujaba río abajo en un cepo letal. El rugido exasperante era cada vez más pavoroso. Con una fuerza inexplicable le gritó a la mujer:

—Cójase a mí. —Ella observó temerosamente el abismo que se abría a sus pies, cerró los ojos y se agarró a la mano de Mauricio—. Trepé, trepé con sus hijos lo más arriba posible.

Pero la mujer dijo con un sollozo:

—Está ahí mi padre.

Los niños se negaban a irse solos y Tinet se los tuvo que subir sobre los hombros y empezó a

escalar ribera arriba. La mujer, con su criatura en brazos, aún se resistía:

—Están ahí mi padre y mi hermanico.

Un hombre anciano se asomó y señalando dentro de la barraca le indicó:

—Vete, Encarna, me quedo aquí con el chico.

Mauricio, al límite de sus fuerzas, le pidió:

—Pero salgan ustedes dos, se pueden salvar.

El hombre movía la cabeza tercamente:

—No, yo no me voy...

El agua subía de nivel cada vez más, el río era una fuerza ciega y violenta, la fábrica se iba hundiendo por partes, como fichas de dominó, con un sonido horroroso. Pero ¿qué importaban las piedras? ¡Estas gentes eran sus hijos! Mauricio, incapaz ya de sostenerse por más tiempo, hundido en el barro hasta las rodillas, con las manos ensangrentadas, le gritó:

—Pero ¡quiere salir, carajo! Nosotros ya no podemos ayudarle. Deme la mano y suba.

El hombre respondió con un sollozo:

—No puedo, ahí abajo está mi hijo impedido, tiene *paralís*, no puedo dejarlo.

Mauricio bramó:

—Sube, soy el amo, te lo ordeno.

El hombre, acostumbrado desde tiempo inmemorial a obedecer al patrón, se cogió sollozando de la mano de Mauricio y de la de Tinet, que consiguió arrastrarlo monte arriba. Pero cada vez que lo soltaba, el hombre reaccionaba y trataba de regresar a la barraca:

—¡Hijo, hijo!

En ese momento, el tejado de uralita saltó volando y Mauricio oyó un leve lamento. Incapaz de permanecer en pie, se dejó caer al suelo y reptó hasta el agujero que había quedado al descubierto. Se asomó y a la luz de un relámpago vio una cara enjuta y fantasmal vuelta hacia él, con toda la resignación de los premuertos. Unos ojos que habían viajado desde muy lejos, más lejos que cualquier país que saliera en los mapas, más lejos que las estrellas, porque venían del pasado. Los ojos de un hombre que nunca había conocido.

Mauricio gritó:

—¡Germinal!

Tendió la mano. El muchacho negó con la cabeza, y gimió:

—No, no puedo.

—Germinal, sí puedes, he venido a salvarte.

El hombre levantó la mano también, faltaban centímetros para que sus dedos se juntaran.

—No te preocupes, aquí estoy por fin.

Se acercó un poco más, no oyó a su hijo que le llamaba desde lejos:

—Papá, papá, cuidado, la riera, el río, el río...

Solo veía el rostro de Germinal, su mirada confiada, las puntas de sus dedos se tocaron, el chico trataba de levantarse con fuerzas sobrehumanas, el mundo se hundía con un estrépito horrisono y apocalíptico, pero qué sensación de paz y de ventura le invadió, ¡el día del perdón había llegado! Quien salva a un hombre salva a la humanidad. Asintió a algunas palabras que solo oyó él y sonrió.

Y así, sonriendo, se lo llevó una ola monumental, lo agarró y lo engulló. Mauricio braceó para resistirse, pero la fuerza del agua lo lanzó río abajo golpeándolo con las tundidoras de su propia fábrica, que bajaban convertidas en armas mortíferas. Las corrientes, los choques contra las riberas, el curso del agua lo arrastraron hasta el mar, y después el cuerpo mutilado y la cara

guapa flotaron con las olas apacibles frente a las costas de Sitges, los toldos multicolores donde había jugado de niño, frente a Villanueva. Los pescadores se morían de hambre porque nadie quería comer pescado, y hacían bien, porque a Mauricio lo mordisquearon hasta dejarlo convertido en un desecho, y el último despojo, ya no un hombre siquiera, llegó a las playas de San Carlos de la Rápita diez días después de la catástrofe. Su cadáver fue el último que apareció. Fue también el único empresario que murió en la riada.

El muchacho impedido se salvó milagrosamente y manifestó que el amo le había llamado Germinal, pero nadie le prestó atención.

En los periódicos dijeron que, con su comportamiento heroico, Mauricio Casanovas les había salvado la vida a cientos de trabajadores, pero no era verdad. Tan solo se había salvado a sí mismo.

*Un perfecto caballero*

Pilar Eyre

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, © Lee Avison / Trevillion Images y © Lingxiao Xie / Getty Images

© Pilar Eyre, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-08-21741-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

**BIENESTAR**

---



¡Síguenos en redes sociales!

